

NINA DARTON

# LLAMADA A MEDIANOCHE

¿SEGURO QUE QUIERES SABER LA VERDAD?



se

Lectulandia

«—¿Sí, diga?

Del otro lado de la línea, le llegó la voz de Emma, conmovida y frágil, a través de un torrente de lágrimas:

—Mamá, me dijiste que no hiciera ninguna tontería, pero he hecho algo muy malo.»

Jennifer, Mark y sus tres hijos son una impecable familia americana: ricos, guapos, listos, perfectos. Jennifer ha trabajado duro para crear la familia ideal. Pero una llamada en mitad de la noche destroza su vida perfectamente orquestada: su hija Emma, que cursa un año universitario en Sevilla, ha sido detenida tras el brutal asesinato de un estudiante en su propia casa. Jennifer acude rápidamente a su lado, convencida de que no es más que un error.

Sin embargo, a medida que avanza la investigación, el equipo de defensa de Emma, la policía, y finalmente incluso la propia Jennifer empiezan a dudar de la versión de Emma y Jennifer se preguntará si de verdad conoce a su hija...

LA PEOR PESADILLA DE UNA MADRE PUEDE HACERSE REALIDAD.

«Un *thriller* trepidante con un impacto emocional que trasciende a una simple historia de misterio.» *Kirkus Reviews*

**Lectulandia**

Nina Darnton

# **Llamada a medianoche**

ePub r1.0

orhi 09.06.16

Título original: *The perfect Mother*

Nina Darnton, 2014

Traducción: Claudia Conde

Editor digital: orhi

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*Para Kyra, Liza y Jamie,  
de esta madre imperfecta que os adora*

# 1

Era medianoche y, acostada junto a su marido en su casa de Filadelfia, Jennifer Lewis estaba profundamente dormida. Había sido un buen día. Lily, su hija de dieciséis años, había recibido dos buenas noticias: la habían seleccionado para el equipo de fútbol y había entrado en el cuadro de honor. Eric, de ocho años, había caído rendido, muerto de sueño, después de una visita al circo. Y Emma, de veinte, lo estaba pasando en grande en España, en su año de estancia universitaria en el extranjero. La vida parecía tan perfecta que, cuando sonó el teléfono, Jennifer ni siquiera experimentó el acceso de pánico que solían producirle las llamadas inesperadas en medio de la noche. Su marido, Mark, fue el primero que se despertó.

—¿Lo coges tú, cariño? —masculló semidormido.

Jennifer estiró un brazo para alcanzar el auricular.

—¿Sí, diga?

Del otro lado de la línea le llegó la voz de Emma, conmocionada y frágil, a través de un torrente de lágrimas:

—Mamá, me dijiste que no hiciera ninguna tontería, pero he hecho algo muy malo.

Eso bastó para que Jennifer se despertara del todo, con una intensa sensación de ansiedad. Había mucho ruido de fondo, voces entremezcladas y algunos gritos.

—No te preocupes, cielo —dijo intentando controlar la voz—. Cuéntame qué ha pasado.

—Fui a un bar. Bebí demasiado. Me sentía rara. Había pastelitos y otras cosas. Creo que a los *brownies* les habían echado hachís.

—Dime qué ocurrió, Emma.

—Murió una persona, mamá.

—¿Alguien a quien conocías?

Jennifer estaba horrorizada.

—Creen que fui yo. Creen que yo lo maté. Díselo a papá. Necesito un abogado. Tenéis que venir.

—¿Por qué creen que fuiste tú? ¿Dónde estás?

—Estoy en la comisaría. No puedo hablar más, mamá. Venid, por favor.

Se oyeron unos gritos y después la comunicación se interrumpió.

Al principio, Jennifer quedó tan aturdida que ni siquiera colgó el teléfono.

Mark había encendido la luz y estaba sentado a su lado.

—Jennifer —le dijo con preocupación—, cariño, ¿qué ha pasado?

Ella depositó lentamente el auricular sobre la horquilla y se volvió hacia su marido.

—No lo entiendo —repuso con voz confusa y temblorosa.

—Cuéntame qué te ha dicho.

Jennifer repitió la conversación y, mientras hablaba, su confusión se fue

transformando en pánico. Buscó la mano de su marido y la apretó con fuerza.

—Tenemos que viajar enseguida. Voy a mirar los horarios de los vuelos. ¿Puedes encontrar un abogado? Pero no un abogado mercantil como tú, sino un buen penalista, el mejor de España. ¿Podrás?

Se levantó de la cama sin darle tiempo a responder a su marido y se dirigió al baño, donde se puso a revolver los abarrotados estantes del botiquín, cambiando frenéticamente de sitio cajas de aspirina e ibuprofeno y barriendo a los lados jaboncillos y cosméticos hasta encontrar lo que buscaba: un frasco de Valium que le habían recetado ya hacía más de un año por un espasmo lumbar. Esperaba que un comprimido fuera suficiente para calmarse. Mark fue tras ella y la rodeó con los brazos.

—Tranquila, mi vida, no te angusties. Verás como todo sale bien. Nos ocuparemos de todo. Por favor, Jen, si quieres ayudar a Emma, tienes que estar tranquila.

Jennifer se volvió hacia él y sepultó la cara contra su pecho, esforzándose por contener las lágrimas.

—Vimos *El expreso de medianoche* un día antes de que se fuera, ¿recuerdas? Ella la vio sólo por complacerme, pero yo quería advertirla de los peligros de consumir drogas en el extranjero. Me dijo que fue a una fiesta y que comió unos *brownies* que probablemente contenían hachís. No fue culpa suya. ¡La acusan de asesinato, por el amor de Dios! ¡Es una locura!

Abrazó a su marido, mientras él le acariciaba el pelo.

—Ya sé que es una locura y, por eso mismo, no puede durar mucho —la tranquilizó él—. Además, está en España, no en la Turquía de hace treinta y cinco años. Aquello es Europa y no el tercer mundo. Encontraré un abogado y averiguaré qué tenemos que hacer. Y, sea lo que sea, Jen, lo haremos. Pero ahora Emma necesita tenerte a su lado. Probablemente haya algún vuelo esta misma noche. Tendrás que viajar a Madrid y coger otro avión para Sevilla. Yo me reuniré contigo en cuanto pueda.

—No, Mark. Nos necesita a los dos. Tienes que venir conmigo.

—No puedo, cariño. Tenemos que ocuparnos de Lily y Eric —replicó él.

—Llamaré a mis padres.

—Tendrán que venir hasta aquí y eso lleva tiempo. Además, estoy en medio de un caso. Debo solucionar algunas cosas en la oficina antes de poder viajar.

Mark notó que su esposa endurecía el gesto y supo que estaba a punto de contradecirlo.

—Vamos a necesitar mucho dinero, Jen —se apresuró a añadir él—. Tendremos que tomar decisiones difíciles. Tú irás primero. Pagarás la fianza y la sacarás de la cárcel en cuanto llegues. Podrás empezar a hablar con el abogado y averiguar qué debemos hacer a continuación. Yo viajaré hacia el fin de semana.

Ella asintió, aceptando su lógica. Sabía que tenía mucho que hacer antes de

embarcar, pero se sentía incapaz de empezar. Todavía no.

—Parecía tan asustada, Mark... —dijo con un hilo de voz.

—Es normal —replicó él—. Debe de estar aterrorizada. Por eso tenemos que darnos prisa para sacarla de ahí.

—Ni siquiera habla muy bien el español. La verán como una estadounidense malcriada. ¡Sabe Dios lo que le harán! —Jennifer se metió un Valium en la boca y lo tragó con un sorbo de agua—. No entiendo cómo ha podido producirse semejante error. Tiene que haber algo que podamos hacer incluso desde aquí. ¿No podemos llamar al Departamento de Estado? ¿No tienes amigos en Washington?

—Yo me ocuparé de todo, cariño. No te preocupes. Tú prepara las maletas y piensa solamente en el viaje.

—¿Qué vamos a decirles a los demás? —preguntó ella.

—La verdad, ¿no? La situación es demencial, pero iremos y lo arreglaremos todo.

—¿Estás de broma? No podemos contarle a todo el mundo que nuestra hija está acusada de asesinato. No podemos decírselo a los niños, ni tampoco a mis padres.

Mark suspiró.

—De acuerdo, tienes razón. Tendremos que inventar alguna excusa.

Jennifer intentó ordenar las ideas. Al cabo de unas horas, tendría que despertar a sus hijos y contarles alguna ficción que justificara su viaje a España esa misma noche. Después tendría que llamar a sus padres y convencerlos con la misma historia para que acudieran y se quedaran al cuidado de los niños. También era preciso consultar los horarios de los vuelos, comprar un billete, averiguar cómo llegar a Sevilla desde Madrid y cancelar todos sus planes para las semanas siguientes. Y, además, había que hacer las maletas. Sacó su bolsa de viaje del vestidor, la abrió y metió algo de ropa interior, unos calcetines, unas medias y el neceser de maquillaje. Después, se puso a mirar la ropa colgada de las perchas y se echó a llorar. ¿Cuál era la vestimenta más adecuada para una madre cuya hija había sido acusada de asesinato? ¿Qué ropa era la más correcta para sacarla de la cárcel bajo fianza?

Se secó los ojos con el dorso de la mano. Arrojó sobre la cama pantalones, camisas y unos cuantos vestidos y se quedó un momento contemplándolos. Con su experiencia de actriz retirada que además había trabajado brevemente de modelo durante sus años de estudiante, Jennifer conocía muy bien la importancia de elegir la indumentaria conveniente para cada ocasión. Sabía que tendría que visitar la prisión y que incluso era posible que tuviera que acompañar a su hija a los tribunales, si no conseguían que la causa fuera sobreseída. También era consciente de su atractivo físico, una cualidad que le había sido de gran utilidad durante toda su vida. Se sentía orgullosa de sus espectaculares ojos azules y de su lustrosa melena castaña, y frecuentaba el gimnasio tres mañanas por semana, para que su cuerpo esbelto y elegante conservara la firmeza de la juventud, pese a haber cumplido cuarenta y seis años un mes antes. Supuso que la manera de vestir en España sería más formal que en Estados Unidos. Necesitaba ropa que la hiciera parecer conservadora y respetable, y



también Emma la necesitaría, pensó, aunque de eso podía ocuparse a su llegada. En el último momento, guardó en la maleta su vestido favorito: un sencillo modelo negro, recto y sin mangas, que acentuaba su figura estilizada y sus largas piernas. Mientras pensaba en la ropa, el Valium había empezado a hacerle efecto, por lo que comenzó a sentirse un poco más tranquila. Decidió contarle a todo el mundo que Emma había resultado herida en un accidente de tráfico y que ella pensaba viajar a España para asegurarse de que recibiera el tratamiento adecuado. Por fortuna, Eric y Lily adoraban a sus abuelos, y les entusiasmaría la idea de que vinieran a casa a quedarse con ellos.

Los pensamientos de Jennifer derivaron otra vez hacia la tragedia de Emma. «¡Dios mío! ¡No permitas que esto la marque!» Había pasado todos los años desde el nacimiento de sus hijos tratando de protegerlos de los peligros físicos, intentando fomentarles una imagen positiva de sí mismos y haciendo todo lo posible por impulsar su desarrollo intelectual y creativo. Había colgado en sus habitaciones móviles de los planetas que giraban alrededor del sol, había cubierto las paredes y el techo de pegatinas de estrellas que brillaban en la oscuridad, y había acompañado a sus hijos a la cama para contarles cuentos o leerles historias hasta que se quedaban dormidos. Los había llevado en coche a todas sus clases, a casa de sus amigos y a las secciones infantiles de los museos. A medida que habían ido creciendo, los había ayudado con los deberes y los trabajos de fin de curso, y junto a Mark, que los acompañaba siempre que podía, había ido a ver sus partidos de fútbol, sus conciertos y sus funciones teatrales.

Las chicas la consideraban su confidente. Se lo contaban todo y, aunque ella no pensaba que fueran perfectas, les tenía una confianza enorme. Eran muy trabajadoras, sacaban las mejores notas, participaban activamente en las organizaciones escolares y recibían elogios de todos los profesores. Jennifer sabía de gente cuyos hijos consumían drogas o se juntaban con malas compañías; también había oído hablar de chicos rebeldes que trataban a sus padres con auténtico desprecio, y muchas veces lo había comentado con sus hijas. Aunque nunca se lo había dicho a nadie, ni siquiera a Mark, estaba convencida de que el secreto de su éxito residía en su condición de madre dedicada por completo a sus hijos y a su casa, disponible y alerta a los potenciales peligros, y con las líneas de comunicación siempre abiertas. Estaba orgullosa de sus hijos y de ella misma.

Jennifer sentía los párpados pesados y, aunque estaba segura de no poder dormir, se dijo que quizá pudiera acostarse y cerrar los ojos unos minutos.

La arrancó del sueño el ruido del despertador a las seis y media, la hora de levantar a sus hijos. Descubrió enseguida que Lily ya se había despertado y estaba en la ducha, y que Eric seguía tumbado encima del edredón, enfundado en su pijama de Spiderman. Se inclinó para despertarlo con un beso. El niño le tendió los brazos y ella se acurrucó contra él para inhalar el dulce aroma del champú que había usado la noche anterior.

Preparó tortitas con mermelada y, mientras desayunaban, les contó con mucha calma a sus hijos que Emma se había fracturado una pierna en un accidente de tráfico y que era preciso que ella viajara a España para cuidarla. Su historia tuvo éxito. Ni los niños ni sus padres —cuando logró hablar con ellos— sospecharon nada horrible. Jennifer pensó que por fin le había servido de algo su costosa formación teatral y toda la experiencia acumulada en los escenarios.

Se preparó un café y se dirigió al estudio de Mark para ver si había hecho algún progreso. La diferencia horaria —seis horas más tarde en Europa— había jugado a su favor: su marido ya tenía lista la reserva del vuelo y había localizado al mejor abogado criminalista de España, que había accedido a viajar a Sevilla desde su domicilio en Madrid para reunirse con Jennifer a su llegada a la ciudad, por la tarde del día siguiente. Era demasiado pronto para llamar a sus contactos en el Departamento de Estado, pero le aseguró que lo haría en cuanto comenzara el horario de oficina.

Jennifer se metió en la ducha y, por alguna razón, se puso a recordar el embarazo de Emma. Era su primer bebé y le habían preocupado los problemas que en aquella época la gente mencionaba con más frecuencia: la depresión posparto y las dificultades para establecer el vínculo afectivo con el recién nacido. Había tenido que tomar decisiones: elegir entre una guardería o una niñera, y entre dedicarse totalmente a la maternidad o seguir adelante con su prometida carrera de actriz. También le había atemorizado el dolor, aunque había insistido en que el parto fuera natural, sin anestesia epidural ni ningún otro tipo de medicación. Y sí que había sido doloroso. Recordaba haber apretado la mano de Mark y empujado con todas sus fuerzas, hasta que por fin había tenido que suplicar que le dieran algo para calmar el dolor. Pero entonces el médico le había dicho que ya era tarde y, justo en ese instante, como en una explosión, Emma había irrumpido en el mundo. Todas sus preocupaciones y aprensiones desaparecieron en cuanto la enfermera le depositó el bebé en los brazos. Jennifer no podía dejar de mirar a su hija. Se puso a contarle los dedos de los pies y de las manos, maravillada ante el milagro de perfección que había creado. Sintió en su pecho una marea de amor feroz, una intensa necesidad de protección, una inundación de hormonas, un poderoso vínculo de sangre y dolor, y supo que nunca se separaría de esa niña. Aunque todos esos sentimientos tardaron un tiempo en expresarse, aquel instante había marcado el fin de su antigua vida y el comienzo de otra nueva.

Recordaba que había tenido que esforzarse para no excluir a Mark. De repente, su única preocupación era la pequeña. Quería que todo fuera perfecto y ansiaba controlar todos los aspectos de su vida. Le costaba dejar que su marido se ocupara de algo. Tenía que ser ella quien la vistiera, la calmara y la acunara, pero también sabía que relegar a Mark a un papel secundario sería malo para él, para su relación de pareja y para la relación entre padre e hija, y además impediría que él le brindara todo el apoyo y la ayuda que ella necesitaba. Procuró incluirlo, compartir con él parte del

cuidado de la niña y de las decisiones. Pero, al final, Mark volvió a su trabajo y ella se quedó en casa y se convirtió en el centro de la vida familiar. Lo mismo había sucedido con los otros hijos, o incluso más, porque para entonces sólo habían tenido que repetir un patrón ya existente. Mark siempre estaba ocupado, intentando que lo aceptaran como socio en el bufete de abogados; viajaba a menudo y muchas veces tenía que quedarse a trabajar fuera del horario. Alguien tenía que asumir el papel central en la familia, y Jennifer suponía que él le agradecía su disposición a aceptar esa responsabilidad. Mark jugaba con los niños, daba su opinión cuando se la pedía, los acompañaba en las excursiones que ella organizaba y asistía a las fiestas de cumpleaños que ella les preparaba. Los niños lo adoraban, y Jennifer se sentía muy satisfecha de que así fuera. Para ellos, su presencia era tan reconfortante y segura como el resplandor de la luna. Pero en el pequeño universo de la familia, Jennifer era el sol.

Se vistió rápidamente y, cuando ya tenía listas las maletas, sonó el teléfono. Al ver el prefijo de España en el identificador de llamadas, se apresuró a contestar.

—Hola —dijo una voz lejana con un acento que le pareció estadounidense—, ¿podría hablar con el señor o la señora Lewis?

—Yo soy la señora Lewis.

Le costaba articular las palabras y le faltaba el aliento.

—Soy Julia Zimmerman, amiga de Emma en el programa de Princeton en España.

Enseguida se interrumpió, como si no se atreviera a continuar.

—¿Sí? —la animó Jennifer.

—No sé si Emma habrá hablado con usted, pero se encuentra en una situación difícil y quería asegurarme de que ustedes lo supieran.

Jennifer hizo una profunda inspiración.

—Sí, estamos enterados. Nos ha llamado de madrugada desde la comisaría.

—Ah, ya veo —dijo Julia Zimmerman—. Es que, verá... Es muy importante que vengan ustedes cuanto antes y le consigan un buen abogado. La policía está interrogando a todo el mundo y la gente está diciendo cosas terribles. Pero yo estoy convencida de que ella no ha sido. ¡Ojalá Paco no hubiera desaparecido!

—¿Paco?

—Su novio. Estaba con él anoche, antes de que pasara todo. Estoy segura de que él podría demostrar su inocencia, pero nadie sabe dónde está.

—¿Su novio?

Julia guardó silencio un momento, confusa.

—Lo siento. Pensaba que usted lo sabía. Vivían juntos, bueno, al menos una parte del tiempo.

Jennifer se mordió el labio.

—Tengo que dejarla, señora Lewis, lo siento. La policía me ha dicho que no hable con nadie y podría meterme en un lío.

—Espera, Julia, por favor... ¿Qué cosas terribles están diciendo de Emma? ¿Quién las está diciendo? ¿Quién ha sido asesinado? ¿Qué relación tiene Emma con todo esto?

—Lo siento, no puedo decirle nada más por teléfono. Quizá podamos hablar cuando venga a Sevilla.

—Pero ¿cómo voy a localizarte? Por favor, dame tu... —empezó Jennifer, pero Julia la interrumpió.

—Le enviaré un *email* —contestó apresuradamente, y colgó.

En los ocho meses que Emma llevaba en España, durante los cuales se había comunicado a diario con su madre por correo electrónico, nunca le había dicho que tuviera un novio llamado Paco.

Jennifer volvió a centrarse en sus preparativos, con la mente funcionando a toda velocidad. Decidió no mencionarle a Mark la llamada. ¿Para qué preocuparlo antes de que ella supiera toda la verdad? Fue al supermercado, para dejar a Mark y a los niños bien abastecidos, sacó dinero del cajero automático, recogió su pasaporte e hizo todos sus recados. Después, llamó a un taxi para que la llevara al aeropuerto. Al día siguiente conocería un poco mejor lo sucedido.

A Jennifer todavía le sobraron dos horas después de facturar las maletas para el vuelo de las nueve, de modo que decidió llamar a casa. Araceli, su asistente y niñera de toda la vida, cogió el teléfono. Probablemente Mark no había podido regresar a tiempo del trabajo y la había llamado. Lily debía de estar furiosa; se consideraba demasiado mayor para necesitar una niñera, aunque ella fuera incapaz de soltar el teléfono el tiempo necesario para mandar a Eric a la cama o para asegurarse de que hubiera cenado. Jennifer se sintió decepcionada y, como de costumbre, hizo lo posible por disimularlo. Después, llamó a Mark y esperó a que el teléfono sonara varias veces. Al final, le dejó un mensaje, en tono frío pero medido: «Mark, he llamado a casa y me ha sorprendido no encontrarte, especialmente en un día como hoy. Estoy en el aeropuerto. El embarque empezará dentro de una hora, más o menos. Llámame cuando puedas y, por favor, ve a casa. ¡Y no olvides que Eric tiene entrenamiento de fútbol mañana después del colegio! Tiene que llevar el balón y el uniforme, que está en el armario de deportes, en el estante más alto. Pónselo en la mochila, para que no se lo deje en casa. Si no hablamos antes de que salga el avión, te llamaré en cuanto llegue».

Mark no la llamó. Jennifer embarcó y, justo cuando se estaba acomodando en el asiento, sonó su móvil. Era Mark. Lo apagó sin contestar. Pensó otra vez en Emma, sola y asustada en la cárcel, y volvió a sentir un dolor que ya le resultaba familiar. Ser madre era como ser rehén sin perspectivas de liberación, aunque los hijos fueran mayores e incluso aunque ya tuvieran hijos propios.

Sus pensamientos derivaron hacia asuntos que hasta la víspera le habían parecido apremiantes: ayudar a Eric a construir su volcán en erupción para la feria de la ciencia del colegio y terminar de leer *Fiesta*, de Hemingway, para ayudar a Lily en su trabajo de literatura. Su preocupación presente, esa llamada en medio de la noche, era simplemente un absurdo. Una ridiculez. Probablemente ya se habría solucionado para cuando llegara a España, pero se alegraba de estar en camino. Emma debía de estar angustiada. ¡Qué experiencia tan espantosa para ella!

Cuando el carrito de las bebidas se detuvo a su lado, pidió un whisky, intentando no pensar en la voz temblorosa y asustada de su hija. No era su bebida habitual —ella era más de vino—, pero tomó un sorbo y no pudo contener una mueca al sentir el sabor punzante y el calor reconfortante en la garganta. Bebió un sorbo más.

Pensó en lo orgullosa que se había sentido cuando su hija había sido admitida en Princeton, y en su gran alegría cuando el verano anterior había empezado las prácticas en el Comité Internacional de Rescate. Había sido una suerte enorme. En una cena, Jennifer había conocido a una señora que casualmente formaba parte de la comisión ejecutiva de esa organización, y había aprovechado para contarle lo brillante y trabajadora que era su hija. Días después, Emma había acudido a la entrevista y, por supuesto, la habían contratado. ¿Cómo no iban a contratarla?

Cuando más tarde se lo contó a su marido, éste le había dicho: «Si vivo una segunda vida, me pido ser hijo tuyo». Jennifer le había respondido que ya la tenía como esposa y le había preguntado si no le parecía suficiente. Pero él simplemente se había reído.

Bebió otro sorbo de whisky, que le entró con más facilidad que los anteriores.

Su hija siempre había sido una apasionada de la justicia social. En la escuela secundaria había sido voluntaria del Proyecto Inocencia y, como no podía ser de otra manera, se había convencido de que casi todos los presos eran inocentes. ¡Qué amarga ironía que ahora fuera ella la víctima de una falsa acusación!

Aturdida y cansada tras una noche terrible, con la ropa arrugada y la boca pastosa, Jennifer aterrizó en Madrid, pasó el control de pasaportes y se dirigió a la terminal de vuelos nacionales para la conexión con el otro avión. Una vez en Sevilla, se encaminó a la zona de recogida de equipajes, donde distinguió a un hombre de poco más de treinta años y cazadora negra que enarbolaba un cartel con su nombre. Pronto advirtió que a su lado había otro hombre de aspecto más formal, de unos cincuenta años, con el pelo castaño entrecano, que lucía un immaculado traje azul marino, con camisa azul celeste y corbata azul y roja.

—¿La señora Lewis?

Jennifer asintió.

—Encantado. Me llamo José Sancho Gómez. Soy abogado penalista y me han pedido que la asesore en el caso de su hija —el hombre se presentó en un inglés perfecto y sin acento que sólo por su excesiva formalidad a Jennifer le pareció ligeramente extranjero.

—Muchas gracias por venir. Antes de nada, me gustaría ver a Emma. ¿Podemos ocuparnos ya de su fianza?

—Será mejor que hablemos antes un momento. —El hombre se ofreció para llevar su equipaje y ella le entregó su bolsa de mano, mientras el conductor recogía la maleta más pesada—. Las leyes españolas son diferentes de las suyas —dijo José, guiándola hacia la salida—. Aquí, casi nunca se concede la libertad bajo fianza en los casos de asesinato. Sin embargo, Emma todavía no está en prisión, ni ha sido formalmente acusada. La policía tiene derecho a detenerla por un máximo de setenta y dos horas. Si no encuentra pruebas de culpabilidad tendrá que ponerla en libertad. Es posible que todo esto quede atrás de aquí a dos días.

—¡Gracias a Dios! ¿Cuándo podré verla? Quiero que sepa que estoy aquí.

—La comprendo. Dentro de un instante iremos a comisaría y le permitirán verla. Ya he pasado antes por allí y he podido averiguar que está bien. Ahora la están interrogando, de modo que usted y yo tendremos tiempo de hablar un poco antes de pasar a verla. Si le parece bien, podemos aprovechar este intervalo para que me explique todo lo que ha sucedido hasta ahora. Como soy de Madrid, no tengo despacho en Sevilla, pero podemos hablar en la oficina de un colega.

—Pero si la están interrogando, ¿no debería estar usted con ella? —preguntó

Jennifer.

—Sí, es preciso que la acompañe un abogado, desde luego, pero en estos momentos la está asistiendo mi colega. Es de Sevilla y conoce bien al fiscal y al juez instructor. En esta fase, es preferible que la acompañe él.

Un Peugeot negro se detuvo junto al bordillo y José la condujo hasta el vehículo.

Jennifer no dijo nada durante los quince minutos de trayecto hasta el centro de la ciudad, perdida en sus pensamientos y preocupaciones. José, en cambio, se dedicó a desgranar una serie de informaciones y curiosidades locales, como si ella fuera una turista. El palabrerío la irritaba y trató de no prestarle atención. Sin embargo, cuando llegaron al centro, miró por la ventanilla. No había estado nunca en Sevilla, pero de inmediato comprendió por qué le gustaba tanto a Emma. Era una ciudad espléndida. El intenso brillo del sol sobre la catedral gótica le pareció un buen presagio, aunque no estaba dispuesta a dejarse embelesar por los encantos de la ciudad. El calor y la humedad, inusuales para la época del año, eran abrumadores. Se quitó la chaqueta ligera de algodón, aliviada por haberse acordado de ponerse varias capas de ropa.

Atravesaron el río por el puente de San Telmo, dejaron atrás la plaza de Cuba y se detuvieron en el número 66 de la calle Sánchez del Águila, delante de una cuidada finca de tres pisos. Al entrar, Jennifer vio una placa de bronce junto a la puerta, donde leyó la palabra «abogados», que José le tradujo al inglés.

—Vamos al segundo piso —anunció él mientras pulsaba el botón del ascensor—. Para ustedes, los estadounidenses, sería el tercero, pero en España no contamos la planta baja.

El ascensor era pequeño, con capacidad para apenas tres personas, aunque ya resultaba estrecho para dos, y el pasillo del segundo piso era oscuro, con unos ventanucos casi a la altura del techo. El despacho, sin embargo, era agradable y acogedor, dominado por una enorme mesa de escritorio de madera de caoba. Completaban la decoración dos sillas con tapizado de cuero negro para los visitantes, un pequeño diván y varios mapas antiguos de Sevilla en las paredes. José se sentó tras la mesa y Jennifer se acomodó en una de las sillas negras. Él le ofreció una taza de té, que ella rechazó. Después, sacó un cigarrillo del bolsillo y le preguntó si le importaba que fumara. A ella le importaba, pero dijo que no.

—¿Cuánto sabe acerca de este caso? —le preguntó él.

—Nada. Mi hija nos llamó en plena noche y nos contó que tenía un problema muy grave. Por lo visto, fue a una fiesta, comió unos pastelitos de chocolate que probablemente contenían hachís y, de alguna manera, acabó convertida en sospechosa de un asesinato. Estamos dispuestos a hacer todo lo que haga falta para ayudarla. Queremos llevárnosla de vuelta a casa.

—¿Su marido no ha venido?

—Vendrá.

José asintió con la cabeza.

—Ahora, si me lo permite, le diré lo que sabemos nosotros. —Echó un vistazo a

unos papeles que tenía sobre la mesa, quizá para refrescarse la memoria, y después se recostó en la silla y empezó a hablar con la mirada perdida en el techo—. En la madrugada del martes día 25, la última noche de nuestra Feria de Abril, cuando había mucha gente de fiesta por la calle, su hija llamó al 091, el número de emergencias de la policía. Estaba llorando y, al parecer, no era fácil entenderla, pero consiguió decirle a la operadora que mandara a la policía a su domicilio cuanto antes. Cuando la operadora le preguntó qué había pasado, respondió que alguien había muerto.

Hizo una pausa, para consultar el informe abierto sobre la mesa.

—Continúe, por favor —lo apremió Jennifer.

—Cuando llegó la policía, encontraron a Emma sentada en un rincón, con los ojos vidriosos y en aparente estado de *shock*. Un hombre joven, estudiante de nacionalidad española con domicilio en Almería, estaba tendido en el suelo sobre un charco de sangre. Había recibido numerosas puñaladas en los brazos, el pecho y el cuello, y estaba muerto.

—¡Dios mío, mi pobre niña!

El abogado la miró.

—Sí, claro, aunque lo primero será compadecernos del chico muerto, ¿no cree?

—Por supuesto, sí, lo siento mucho. Es que... me cuesta mucho entender cómo mi hija pudo verse envuelta en una situación tan espantosa.

—Ella declaró que el joven había intentado violarla, y los agentes la llevaron directamente al hospital para una exploración. Los médicos no apreciaron ninguna lesión física y ella se negó a que comprobaran si había sido violada. Fue una mala decisión, porque si bien estaba en su derecho, su negativa puede levantar sospechas. Después del hospital, la llevaron a comisaría para interrogarla. En España, nadie puede estar más de ocho horas detenido sin asistencia letrada, pero recuerde que a su hija la detuvieron a altas horas de la madrugada. Igual que en Estados Unidos, su hija tenía derecho a renunciar a la presencia de un abogado durante su interrogatorio y, como seguramente también habría pasado en Estados Unidos, estoy convencido de que la presionaron para que renunciara. «¿Para qué vas a esperar a un abogado, si no tienes nada que ocultar?», debieron de decirle.

»Después de pasar la noche en un calabozo, la gente se ablanda y habla. Las celdas son sucias, lóbregas, y están abarrotadas. La comida es espantosa y, cada vez que necesitas ir al baño, tienes que llamar a un agente para que te acompañe. Y algunos de esos policías dan bastante miedo. En una ocasión, un oficial se puso a gritarle a una de mis defendidas y a golpear la mesa con la mano para recalcar lo que decía, y se le acercó mucho a la cara para asustarla. Al cabo de un momento, la pobre habría “cantado como un canario”, como dicen ustedes en Estados Unidos. Sin embargo, llegué justo a tiempo para impedir que abriera la boca.

Visiblemente alterada, pero resuelta a no dejar que el abogado se fuera por las ramas, Jennifer lo instó a que le diera más información.

—Dígame, por favor, qué dijo Emma.



—Declaró que había estado en un bar, donde bebió varias cervezas y comió unos pasteles de chocolate, que a su entender contenían hachís. Dijo que se marchó sola a casa y que, poco antes de llegar, notó que un hombre la seguía. Según afirmó, su perseguidor sacó un cuchillo y la obligó a entrar en su piso. Una vez dentro, la arrojó sobre la cama e intentó violarla. Ella luchó y gritó.

Jennifer dejó escapar una exclamación de horror y se tapó la boca con la mano.

—Lo siento —prosiguió José—. Ya sé que para una madre es difícil tener que oír algo así, pero hay más cosas que debe saber y tendrá que ser fuerte.

Abrió un armario, sirvió una copa de Jerez y se la ofreció, pero ella la rechazó con un gesto. Entonces, él se la bebió de un trago.

—Le ruego que continúe —dijo Jennifer.

José volvió a la mesa y miró otra vez el informe.

—Su hija asegura que un transeúnte oyó sus gritos e irrumpió en su apartamento, situado en la planta baja. Al parecer, no estaba cerrado con llave. Entonces, el recién llegado se puso a luchar con el atacante y lo mató en defensa propia. Con Emma de testigo, probablemente nadie lo habría acusado de asesinato, pero el joven (al que los periódicos ya apodan El buen samaritano) le confesó a su hija que era argelino y que se hallaba en el país en situación ilegal. Le dijo que no podía arriesgarse a que lo encontrara la policía y huyó, dejando a Emma sola en la casa con el cadáver. Fue entonces cuando ella llamó a la policía.

—Pero ¿por qué está en la cárcel? ¡Es una víctima, no una delincuente!

—Me temo que, para la policía, eso todavía está por ver. Como mínimo, es un testigo material y, al ser extranjera, se considera que hay riesgo de fuga. Se ha ordenado la busca y captura del argelino. Mañana, todo el país lo estará buscando.

—¿Cómo está Emma? ¿Cómo pudieron interrogarla, si se hallaba en estado de *shock*?

—La he visto brevemente esta mañana, antes de que usted llegara. Se encuentra bien, dentro de lo que cabe. No creo que la sometieran a un verdadero interrogatorio. Supongo que un inspector le preguntó lo sucedido y escribió sus respuestas. Ahora la estarán interrogando más a fondo.

—¿Cuándo puedo verla? ¿Hay alguna manera de sacarla de ahí, antes de que pasen las setenta y dos horas?

—Ya veremos. Todo depende de las pruebas que encuentren. Es posible que le imputen algún delito. La policía científica ha registrado el escenario del crimen y el forense ha practicado la autopsia.

—Y ¿ahora convocarán a un gran jurado para ver el caso?

—La institución del gran jurado no existe en España. Esa función la desempeña el juez instructor (en este caso, el juez Ramón Delgado), que toma declaración a la defensa, a la acusación y a la persona imputada, y decide si la lleva a juicio.

—¿Una sola persona toma esa decisión? ¿Sobre qué base?

José le respondió en el tono neutro de un profesor de Derecho.

—El juez recibe los informes de la policía científica y de los médicos forenses (según la normativa española, tiene que haber dos), así como la transcripción de los interrogatorios de la policía. También puede ordenar a la policía que amplíe las investigaciones, si lo considera necesario. Puede pedir que busquen testigos, que interroguen a amigos y colegas de los implicados y que elaboren informes. Basa su decisión sobre todo eso.

Jennifer habría deseado que Mark estuviera con ella. Él habría entendido mejor todo lo que le estaba explicando el abogado; aun así, se esforzó por asimilar lo que oía, tomando algunas notas, para poder transmitirle la información a su marido más adelante.

—Es importante hacer lo posible para que su hija quede libre de cargos en esta primera fase —prosiguió José—. En nuestro sistema, como ya le he dicho, no hay libertad bajo fianza en los casos de asesinato, y la espera entre la imputación y el juicio puede ser muy larga: entre dos y cuatro años. Si la imputan, su hija podría pasar todo ese tiempo en prisión preventiva.

Jennifer sofocó una exclamación.

—¿Qué? ¿Cómo es posible? ¿Qué sucede entonces con los inocentes? ¿Pasan entre dos y cuatro años en la cárcel, antes incluso de que los juzguen?

José asintió con la cabeza. Había oído a muchos estadounidenses hacer esa misma objeción, y tenía una respuesta que a él le parecía satisfactoria, aunque ellos no pensarán lo mismo:

—La instrucción es muy meticulosa —dijo—. La mantendré informada de todas las novedades a medida que las vaya conociendo.

Jennifer asintió brevemente y se dispuso a levantarse de la silla. Estaba ansiosa por ir a ver a Emma.

—Una cosa más —añadió José, mientras elevaba una mano—. La policía está interesada en localizar a un tal Paco Romero, que varios conocidos de su hija identificaron como su novio. Emma dice no saber su paradero. Puede que sea cierto. No estoy insinuando que haya faltado a la verdad, pero si usted puede convencerla de la necesidad de cooperar en todo con la policía, probablemente el resultado será mucho más favorable.

—Por supuesto que cooperará —replicó Jennifer con frialdad, poniéndose de pie. El abogado consultó su reloj.

—Ya podemos ir a la comisaría. Será mejor que sepan que estamos aquí.

### 3

En comisaría, Jennifer conoció a Fernando Molina, el inspector a cargo del caso de Emma, un hombre de unos cincuenta años, de piel bronceada, musculoso, de mandíbula cuadrada, pelo negro y unos ojos azules asombrosamente luminosos. Hablaba en voz baja, pero parecía un tipo duro e incluso temible. También le presentaron a Raúl González, el abogado sevillano que había acompañado a Emma durante el interrogatorio.

—¿Cuándo podré ver a mi hija? —quiso saber Jennifer, y José tradujo la pregunta al español.

—Por hoy hemos acabado con ella —contestó el inspector en inglés—. La llevaremos en un momento a la sala de visitas. —Se dirigió al mostrador de entrada y habló con un funcionario, antes de volverse otra vez hacia Jennifer—. No me extraña que esté preocupada, pero le aseguro que el procedimiento es el habitual en los casos de homicidio.

—¿Por qué la retienen? ¡Ella es la víctima!

—Ah, pero está viva, ¿no? Parte de su versión no acaba de cuadrar. Y, además, es extranjera. ¿Qué le impediría coger el próximo avión para Estados Unidos?

—Si no tienen ustedes pruebas en su contra, no hay ninguna razón para que no lo haga —observó José.

—Sí, por eso necesitamos asegurarnos de que no tenemos pruebas en su contra.

—Por favor —intervino Jennifer, sintiendo que se le humedecían los ojos—, déjeme ver a mi hija.

—Por supuesto.

El inspector la condujo hasta un recinto que hacía las veces de sala de visitas, con una mesa de madera nudosa en el centro y varias sillas de plástico anaranjado dispersas alrededor.

—Espere aquí, por favor.

Jennifer tuvo la impresión de que transcurrían varias horas, pero al cabo de unos cuarenta minutos llevaron a Emma a la sala. Iba esposada y caminaba lentamente. La larga melena castaña, del mismo tono que la de su madre, le colgaba lacia y grasienta en torno a la cara pálida, que acentuaba la belleza de sus ojos verdiazules, con los iris orlados de negro. Se la veía exhausta y apesadumbrada, pero no corrió a abrazar a su madre, sino que mantuvo la vista fija en el suelo.

—Mamá —dijo en voz baja, mientras cerraba los ojos por un segundo y dejaba escapar un profundo suspiro—. Gracias por venir.

Jennifer corrió hacia ella y la rodeó con sus brazos.

—Por supuesto, mi niñita. Aquí estoy. Papá también vendrá en cuanto pueda. Te queremos mucho.

La estrechó con fuerza y, aunque Emma se dejó hacer, Jennifer la notó rígida.

Se volvió hacia José.

—¿Por qué la tienen esposada? ¿Puede pedir que le quiten las esposas?

José dijo algo en español y el agente de inmediato abrió las esposas con una llave y se las retiró. Emma sacudió las manos y se frotó las muñecas, pero no miró al policía. Sólo prestaba atención a su madre.

—¿Cuándo vendrá papá?

—Ha tenido que quedarse unos días para ayudar a los abuelos con Lily y Eric.

—Y también para trabajar, ¿no?

—Es necesario, Emma. Vamos a necesitar el dinero, cariño, sobre todo ahora.

Emma tragó saliva y retrocedió unos pasos.

—Claro —replicó secamente.

Pareció ver de pronto a José y, con la misma sequedad, le preguntó cuándo la pondrían en libertad.

—¿Cuándo podré irme? —le preguntó en español—. No puedo soportarlo más.

Después se volvió hacia su madre:

—Tengo que salir de aquí. No me dan de comer. No me dejan dormir. Han estado toda la noche interrogándome, sin ninguna pausa y sin darme nada de comer. Ya no puedo pensar con normalidad.

Se sentó a la mesa y su madre se acomodó frente a ella.

—¿Toda la noche? —inquirió Jennifer, y enseguida miró a José—. ¿No me ha dicho que sólo le habían preguntado lo sucedido y lo habían escrito?

—Eso, supuestamente, era lo que tenían que hacer. Emma, ¿hablaste con ellos sin que Raúl estuviera presente?

—Un poco, al principio, antes de que él llegara. Tenía mucho miedo y ni siquiera entendía todo lo que me preguntaban. Hablaban muy rápido y en voz muy alta, y no había nadie que tradujera.

—¿Qué les dijiste?

—Nada. Lo mismo que le conté a usted esta mañana. No hay nada más que decir. Pero me hacían las mismas preguntas una y otra vez, y al final yo estaba muy confusa.

—¿Qué te preguntaron?

Emma se encogió de hombros y pareció exasperada.

—No sé. Todo. Querían que describiera al chico que me salvó: cómo era, qué zapatos calzaba... ¡Como si me hubiera fijado! Pasó todo muy rápido y yo estaba muy asustada. Hay muchas cosas que no recuerdo, pero lo expliqué lo mejor que pude.

—Emma, de ahora en adelante, no dirás nada a ningún policía, psicólogo, médico o juez, a menos que Raúl o yo estemos presentes. Nada en absoluto —añadió José en español—. ¿Comprendes?

—Sí —contestó Emma con un hilo de voz.

Jennifer tendió una mano hacia ella, pero Emma retiró la suya.

—Lo solucionaremos, cariño, ya verás. Todo saldrá bien.

—Mamá, por favor. Tú siempre dices que todo saldrá bien, pero esto no es un juego. Hay un muerto y yo estaba allí. No hables si no sabes lo que estás diciendo. — Emma notó el gesto dolorido de su madre y la expresión de sorpresa de José, y entonces añadió en un tono de voz más suave—: Perdóname. Me cuesta mucho mantener la calma para no volverme histérica.

Jennifer retiró la mano y se volvió hacia el abogado.

—¿Hay alguna manera de que todo esto vaya más rápido?

—No sé. Hablaré con el juez instructor para preguntarle cuál es el plan. No está claro que vayan a imputarla.

—Pero ¿de qué pueden acusarla? No pensarán que ella lo mató, ¿verdad?

Fernando Molina entró en la sala mientras Jennifer estaba hablando y la oyó.

—De hecho, señora, parece ser que no —dijo—. Acabamos de recibir los primeros informes de la policía científica sobre la escena del crimen y el informe del forense, y todo confirma que su hija no... —Dudó un momento, tratando de buscar las palabras en inglés—. Que su hija no usó el cuchillo —dijo por fin.

—Que Emma no infligió las heridas mortales —intervino José.

—Eso mismo —confirmó Fernando—. Sin embargo, no está claro quién fue. Estamos procurando localizar a su misterioso salvador. Tendremos que retenerle el pasaporte, pero puede marcharse cuando quiera.

Con un alivio enorme, firmaron varios documentos y salieron de la comisaría. Al enterarse de que se dirigían a su apartamento, Emma dijo que no quería verlo nunca más. Jennifer dudó un momento, pero José insistió. Alegó que era la escena del crimen y que era necesario que Emma describiera con la mayor exactitud lo sucedido. Durante el trayecto en coche, las callejuelas empedradas llenas de encanto cedieron el paso a calles más anchas y descuidadas. Emma no vivía ni remotamente en un lugar de la categoría que Jennifer había imaginado, teniendo en cuenta la cantidad de dinero que Mark y ella le remitían cada mes para pagar el alquiler. Nada más llegar a Sevilla, su hija había alquilado una habitación en casa de una familia de clase media, en un buen barrio de la ciudad. Se suponía que de ese modo mejoraría su español y además podría vivir con cierta comodidad, porque la dueña de la casa se había comprometido a lavarle la ropa y a prepararle la comida. Pero al cabo de dos meses, Emma había dicho que no estaba a gusto. No le gustaba la familia, que a su juicio era demasiado rígida y anticuada. Además, como ninguno de sus amigos vivía en las mismas condiciones que ella, se sentía aislada. Quería mudarse a la Residencia Universitaria Los Bermejales, situada a unos cuatro kilómetros del centro. Era bastante cara, pero allí estaban todos sus amigos estadounidenses, y había una línea regular de autobuses para ir a la facultad. Jennifer y Mark habían dudado —preferían que su hija tuviera la supervisión de alguna persona adulta—, pero como sólo querían su felicidad, habían cedido y le habían enviado más dinero.

Sin embargo, el apartamento al que los condujo Emma era un destartado piso de tres habitaciones, en la planta baja de un edificio con las paredes cubiertas de grafitis.

Jennifer miró a su hija mientras se acercaban, pero Emma rehuyó su mirada. Aunque la policía científica ya había acabado su trabajo, nadie había retirado los precintos policiales, que seguían atravesados sobre la puerta y las ventanas. Emma sacó la llave, se agachó por debajo de la cinta, abrió y empujó la puerta.

—¿Esto es una residencia de estudiantes? —inquirió Jennifer horrorizada.

—Es más barato —masculló su hija—. No necesito más.

Fue directamente al dormitorio y se acostó. Las sábanas arrugadas se apelotonaban a los pies del colchón de matrimonio. En el suelo, junto a la cama, una cinta marcaba el contorno de un cuerpo. Las ventanas estaban cerradas y el calor era opresivo y agobiante.

—¿Podrías dejarme sola unos minutos? —preguntó Emma con los ojos cerrados.

Jennifer y José se sentaron a una mesa pequeña en la cocina, que estaba equipada con una placa de dos fuegos y un frigorífico de tamaño mediano. No había fregadero, pero, a través de la puerta abierta, Jennifer vio que el lavabo del baño estaba lleno de platos sucios. Se sentía cada vez peor. Deseaba con todas sus fuerzas que Mark estuviera a su lado. Era evidente que Emma les había mentado respecto al apartamento; pero quizá todo tuviera una explicación y, en cualquier caso, ésa era la más pequeña de sus preocupaciones, dadas las circunstancias. Más alarmante le resultaba el estado de ánimo de su hija. Había esperado encontrarla alterada, desde luego, quizá incluso en estado de *shock*, pero pensaba que se alegraría de verla, que se sentiría animada por su presencia y reconfortada como en tantos otros momentos de su vida. En cambio, en lugar de eso, Emma parecía casi enfadada con ella. Jennifer pensó que debía de estar esforzándose por aparentar dureza, porque quizá creyera que, si se permitía expresar su debilidad, empezaría a llorar y no pararía nunca.

Abrió la ventana y puso en marcha un ventilador. Encontró un vaso en el lavabo del baño, lo lavó y lo llenó de agua fría. Llamó a la puerta de Emma y, aunque no obtuvo respuesta, entró de todos modos.

—Tienes que salir, Emma —dijo mientras le ofrecía el vaso de agua a su hija, que lo aceptó e incluso murmuró un agradecimiento, movida quizá por una costumbre más poderosa que su ánimo sombrío.

La chica se levantó de mala gana, se dirigió al cuarto de estar y se dejó caer en un sofá de tapizado descolorido y manchado. José se reunió con ellas y Jennifer le ofreció un vaso de agua y se sirvió otro. Después, encontraron unas sillas y se sentaron. Se hizo un breve e incómodo silencio.

—Y ahora, Emma —le dijo el abogado en voz baja—, cuéntanoslo todo desde el principio. ¿Qué pasó?

Mark había reservado habitación en el hotel Alfonso XIII, el más antiguo y elegante de la ciudad, y José se ofreció para llevar a Jennifer y a Emma en su coche. Jennifer le sugirió a su hija que recogiera algunas de sus cosas y ella obedeció. Vació el contenido de varios cajones en una mochila y añadió algunos artículos sueltos que encontró desperdigados por el apartamento. Cuando bajaron del coche, José les pidió que se pusieran en contacto con él de inmediato si recibían noticias de la policía.

El hotel era precioso, en un estilo muy del Viejo Continente. En mejores momentos, a Jennifer le habría encantado; pero, en esas circunstancias, apenas se fijó en los mosaicos andaluces del vestíbulo, ni en la fuente central, con su romántico motivo árabe. Cuando llegaron a la habitación, esperaron a que el botones se ganara su propina explicándoles el funcionamiento del aire acondicionado y otras comodidades del hotel.

—Por fin estamos solas —dijo Jennifer cuando el chico se marchó.

Emma parecía abatida. Era normal, pero a su madre le pareció notar algo más, algo que no podía explicar.

—¿Cuánto cuesta esta habitación al día? —preguntó Emma, contemplando con aire de desaprobación las pesadas cortinas de motivos florales y las colchas a juego, las mullidas alfombras, los techos altos y las elaboradas molduras de las paredes.

—No lo sé con seguridad. Tu padre hizo la reserva.

—Serán por lo menos cuatrocientos euros al día. Es más de lo que ganan aquí en un mes muchos trabajadores, y eso si tienen la suerte de tener trabajo. Es obsceno gastar tanto dinero, tal como está la economía.

Jennifer abrió la boca para contestar, pero se contuvo, pensando que era mejor no decir nada.

Cuando Emma vio su mochila junto a la maleta de su madre, al lado de la puerta, pareció sorprendida.

—¿No tengo una habitación para mí sola? —preguntó.

Jennifer no pudo reprimir una respuesta irónica:

—No, cariño. Como tú misma has dicho, sería obsceno gastar tanto dinero.

Emma torció el gesto.

—Lo que tú digas, pero yo necesito un poco de intimidad.

Parecía una recaída en la adolescencia: la irracionalidad de desear cosas contradictorias. Emma casi nunca se había comportado de ese modo, pero Jennifer lo había visto a menudo en los hijos de sus amigas. Estaba perpleja y empezaba a perder la paciencia.

—Ten en cuenta que una familia pobre podría vivir varios meses con lo que a nosotros nos costarían dos habitaciones —le hizo ver a su hija en tono cortante.

Al notar que Emma le lanzaba una mirada airada, se controló y trató de hablarle con más calma y racionalidad.

—Las dos vamos a perder parte de nuestra intimidad, Emma, pero tendremos que sobrellevarlo lo mejor que podamos hasta que todo esto termine. No sabemos cuánto durará, y no podemos pagar dos habitaciones. Tú misma has dicho que no quieres volver a ese apartamento, y te aseguro que no te culpo.

Emma se sentó en una de las camas, encontró el mando a distancia y encendió el televisor.

Jennifer le pidió que lo apagara y ella dejó escapar un largo suspiro, como si estuviera siendo víctima de una gran injusticia.

Al cabo de un rato, Jennifer le preguntó:

—¿Qué quieres que hagamos ahora?

—No sé tú, pero yo lo que necesito es dormir —respondió Emma.

«Es normal —pensó su madre—. La han estado interrogando toda la noche.» Eso explicaba también su extraño comportamiento. Ella también estaba cansada, porque no había dormido nada en el avión.

—Podríamos echar una siesta —dijo, pero Emma ya había retirado la colcha de la cama y se había acurrucado bajo la manta. Tenía los ojos cerrados.

Jennifer estaba tan alterada por la forma de comportarse de su hija que no se creía capaz de conciliar el sueño; pero se quedó dormida antes de darse cuenta y no se despertó hasta dos horas más tarde. Cuando abrió los ojos, Emma todavía estaba en la cama, aunque ya empezaba a moverse. Le preguntó si le apetecía algo de comer.

Jennifer estaba demasiado hambrienta para ponerse a buscar un restaurante, así que a pesar de las objeciones de su hija —«Ese sitio es solamente para turistas ricos y ni siquiera tendrán comida buena»—, insistió en comer en el restaurante del hotel. Después de encargar la comanda, propuso hacer algo divertido, ya que tenían varias horas libres y las iban a pasar juntas.

—¿Cuál es tu tienda preferida en la ciudad? —preguntó—. Iremos de compras.

Ésa era una de las actividades que las unía, y Emma jamás había rechazado esa propuesta, aunque sólo le interesaran los vaqueros rotos y prelavados y las camisas de franela de J. Crew. Antes de su viaje a España, las dos habían disfrutado muchísimo eligiendo blusas, pantalones ligeros, faldas y vestidos de tirantes para un clima caluroso. Como regalo especial de despedida, Jennifer había visitado en secreto la tienda favorita de Emma en Germantown Avenue, cerca de su casa de Chestnut Hill, y había adquirido una cazadora de cuero de Andrew Marc de quinientos dólares que su hija adoraba, pero que ella se había negado de plano a comprarle por ser demasiado cara. La había escondido y se la había dado cuando se estaba vistiendo para salir al aeropuerto. Emma se había arrojado a sus brazos. «¡Muchísimas gracias, mamá! ¡Eres la mejor! —le había dicho—. Siempre sabes lo que necesito.»

Sin embargo, ir de compras no parecía ser lo que Emma necesitaba esa tarde. Le dio las gracias a su madre sin mucho entusiasmo y le dijo que no le hacía falta nada.

—Quizá deberías comprarte alguna cosa, cariño. Si vuelven a interrogarte, tendrás que ir bien vestida. Siempre conviene causar buena impresión. Podríamos



comprarte un traje formal.

—¿Formal? —replicó ella con una carcajada—. ¿Para ser formalmente sospechosa?

—Emma, por favor. No tiene ninguna gracia. ¿Qué te pasa? No pareces tú misma. Su hija se encogió de hombros.

—¿No parezco yo? —preguntó en voz baja—. Supongo que tú deberías saberlo mejor que nadie. —Tras ese críptico comentario, pareció recuperarse—. Necesitamos algo que nos quite todo esto de la cabeza —añadió en tono resuelto—. Quizá deberíamos hacer un poco de turismo. Podría enseñarte la ciudad.

Jennifer lo aceptó agradecida y las dos salieron a la calle. El hotel estaba rodeado de palmeras, y los parterres de flores al otro lado de la calle San Fernando perfumaban el aire con la dulzura de las adelfas. Sólo por estar allí, Jennifer se sintió un poco más tranquila. Tras admirar un momento la fuente de la Puerta de Jerez, siguieron paseando. Jennifer sabía que la universidad estaba cerca y sugirió visitarla para ver el lugar donde Emma pasaba la mayor parte del tiempo, pero su hija no estaba interesada.

—Quizá en otra ocasión —repuso.

Fue una decepción para Jennifer, pero no insistió y propuso, en cambio, ir a ver la catedral. La Giralda se divisaba a lo lejos.

—Es demasiado turística. Estará llena de gente. Además, para eso no me necesitas a mí. Puedes contratar un recorrido guiado —replicó Emma.

—Muy bien, de acuerdo. Entonces ¿dónde te parece que vayamos? —interrogó Jennifer.

—A Triana —respondió su hija de inmediato—. Es a donde van los estudiantes. He estado mucho por allí. Podría enseñarte el barrio. —Echó un vistazo a su reloj—. Todavía es un poco pronto, al menos para los españoles. Supongo que podríamos visitar primero la catedral y después cruzar el puente. ¿Te importa caminar un poco?

Su madre dijo que no y se pusieron en marcha. A medida que se acercaban a la catedral, Jennifer quedó deslumbrada por su belleza: la masiva estructura de piedra de matices dorados, la majestuosa puerta con sus complejos relieves, las torres tendidas hacia el cielo... Emma le explicó que era un ejemplo de arquitectura árabe y cristiana.

—Aquí la gente se siente muy orgullosa de que en esta tierra hayan convivido musulmanes, judíos y cristianos durante siglos —le contó a su madre—. Claro que no mencionan la Inquisición, pero ésa es otra historia —añadió, arqueando histriónicamente las cejas—. En cualquier caso, es cierto que los árabes mandaron aquí antes que los cristianos, y la arquitectura lo refleja. La Giralda fue el alminar de una mezquita, antes de ser el campanario de la catedral gótica construida en el lugar de la mezquita. Ahora es un emblema de la ciudad. Los cristianos añadieron su propio simbolismo a la torre. ¿Ves los jarrones de azucenas esculpidos en lo alto?

Jennifer miraba a Emma rebotante de orgullo. ¡Parecía tan enterada, tan cómoda

en su entorno! Siguiendo las indicaciones de su hija, levantó la vista para admirar la Giralda. Semejaba un pastel de bodas, con dos cuerpos prismáticos coronados por dos pisos cilíndricos más ligeros, rematados a su vez por lo que parecía una esfera dorada.

—¿Ves eso de allá arriba, mamá? —señaló Emma—. Es la estatua de bronce de una mujer, y se mueve, porque en realidad es una veleta. Es lo que significa la palabra *giralda*. Es gracioso que bautizaran toda la torre con el nombre de la veleta, cuando la estatua ni siquiera es de un santo ni nada de eso.

Entraron en la catedral y Emma siguió explicando, mientras Jennifer la escuchaba llena de orgullo.

—¿Cómo sabes tantas cosas? —le preguntó.

—No sé decírtelo —respondió ella encogiéndose de hombros—. Al principio, cuando llegué, estaba muy interesada en los monumentos. Leía todas las guías y pasaba mucho tiempo recorriendo la ciudad.

Cuando terminaron la visita y Emma decidió que ya era una hora apropiada para visitar Triana, Jennifer dijo que antes quería tomar un café y descansar un poco, de modo que entraron en un bar.

Ella pidió un café con leche, y su hija, un cortado. Emma le contó a su madre que a los españoles les gustaba tanto el café que tenían nombres específicos al menos para seis maneras diferentes de prepararlo.

—Más o menos como los esquimales, que tienen muchas más palabras que nosotros para designar la nieve —añadió con una sonrisa.

Jennifer se sentía un poco mejor. Sonrió también y se dejó llevar por el impulso de acomodarle a su hija un mechón de pelo rebelde detrás de la oreja.

—Ya veo que estás muy a gusto aquí. ¿Has conocido a mucha gente? —quiso saber—. ¿Sueles ver a los chicos del programa?

Emma se puso un poco tensa y el tono de su voz recuperó parte de la sequedad de unas horas antes.

—Al principio, sí. Pero es una tontería irse a vivir a otro país y quedarse encerrada en el gueto de los estadounidenses, ¿no te parece? Quería conocer a españoles de mi edad y participar en los asuntos del país.

Jennifer captó de inmediato una actitud defensiva en su hija, pero siguió insistiendo, como si no hubiera notado nada.

—Te entiendo perfectamente. ¿Cómo lo hiciste para integrarte?

—Fue un proceso paulatino. —Hizo una pausa, como sopesando la conveniencia de seguir adelante—. Conocí a una persona. Eso me ayudó.

Jennifer se tomó su tiempo. Bebió un sorbo de café y, como de pasada, preguntó:

—¿Era Paco esa persona?

Emma se puso de inmediato en guardia.

—¿Qué sabes tú de Paco? —preguntó en tono acusador—. ¿Con quién has estado hablando?

Su madre intentó dar marcha atrás.

—Yo no sé nada, Emma. Es sólo que... Después de que tú llamaras para decir que tenías problemas, recibimos otra llamada de una amiga tuya, una chica llamada Julia. Dijo que todo sería más fácil si Paco, tu novio, estuviera en la ciudad.

Emma asintió.

—Ni siquiera sabía que tuvieras novio —prosiguió Jennifer—. ¿No quieres contarme nada?

—¡No! —respondió su hija bruscamente, pero enseguida pareció corregirse—. Ya te lo contaré todo más adelante. Ahora no. —Su rostro era de preocupación—. Ha sido un buen gesto por parte de Julia —murmuró—. No me lo esperaba. —A continuación, se levantó con brusquedad y dijo—: ¿Nos vamos ya, mamá? Estoy cansada de estar sentada.

Había un buen trecho hasta Triana. Caminaron por anchas avenidas, estrechas callejuelas empedradas y vías peatonales hasta llegar al puente que atravesaba el río. Al otro lado del puente se extendía la amplia escalera que conducía a la plaza de Triana, un lugar encantador, rodeado de varios restaurantes y una iglesia. La primera placa callejera que vio Jennifer rezaba: CALLE RODRIGO DE TRIANA.

—Hay una historia al respecto —dijo Emma—. Ese tal Rodrigo iba con Colón en una de las carabelas. Fue el primero en divisar tierra. Cuentan que gritó «¡Tierra a la vista!», y se hizo famoso por siempre jamás. Todos los escolares españoles lo conocen.

Jennifer vio grupos de jóvenes sentados en los peldaños, que charlaban y reían, mientras algunos hacían circular botellas de cerveza. Emma miraba a su alrededor de una manera que su madre interpretó como nerviosismo. Quizá temiera encontrarse con algún conocido, después de lo sucedido. Pero no pareció reconocer a nadie, ni hubo nadie que la saludara, aunque Jennifer creyó notar que algunas personas se fijaban mucho en ella —¿o eran imaginaciones suyas?— y otras murmuraban mirando en su dirección. Estuvieron paseando un rato y observando las casas, la arquitectura y la iglesia, hasta que el apetito las llevó a sentarse en una de las terrazas de los muchos restaurantes que había. Emma pidió chopitos de aperitivo, seguidos de cazón en adobo, que le describió a su madre como la versión española de los *fish and chips* ingleses. Estaba sonriente, y Jennifer empezó a sentirse más tranquila e incluso feliz. Casi consiguió olvidar la tensión que se había instalado entre ambas desde su llegada, aunque no del todo.

No volvió a mencionar a Paco. Advirtió que Emma estaba dispuesta a charlar despreocupadamente sobre las atracciones de Sevilla y las anécdotas de sus hermanos y sus amigos estadounidenses, pero se ponía tensa y a la defensiva cada vez que le preguntaba acerca de su vida personal en España, su novio y, sobre todo, la noche del crimen. Supuso que la actitud de su hija sería una secuela de la experiencia traumática, o al menos una forma de autoprotección, y esperaba que la tensión se fuera suavizando con el tiempo, para poder planificar con ella los siguientes pasos.

Mientras tanto, decidió seguir evitando los temas que la irritaban y animarla con conversaciones inocuas.

Volvieron en taxi al hotel. Jennifer esperaba poder hablar un poco más al día siguiente, pero no fue así. Durante los días sucesivos, repitieron el mismo patrón. Visitaron monumentos, comieron en bares y restaurantes, pasearon por la ciudad y hablaron de todo, menos del único tema que Jennifer quería tratar.

Todos los días compraban el periódico local y veían siempre el mismo recuadro en la portada: un mensaje dedicado a El buen samaritano para que acudiera a la policía. Pero nadie respondía al llamamiento. Emma traducía las noticias para su madre. Aunque su conocimiento del español no era perfecto, entendía la mayor parte de los detalles. Las autoridades le habían ofrecido al desconocido el permiso de residencia a cambio de que se presentara y aportara pruebas, pero el hombre seguía sin aparecer.

—Debe de ser que no confía en la policía —aseguró Emma—. Yo tampoco confiaría, ¿y tú?

Después hubo un momento de tensión, cuando Jennifer reconoció estar irritada por la mentira que le había contado su hija al decirle que se alojaba en una residencia de estudiantes, cuando en realidad vivía en una especie de chabola.

—Podías pagar perfectamente la residencia. ¿Qué hiciste con todo el dinero que te mandamos?

Emma replicó en tono airado que era típico de su madre concentrarse en los aspectos más triviales y materialistas de la situación, y se negó a añadir nada más sobre el tema.

Jennifer llamaba a Mark a diario, hablaba con sus hijos por teléfono e intercambiaba con Lily largos mensajes de correo electrónico sobre sus amigos, sus tareas y sus actividades extraescolares, una vida que cada vez le parecía más distante y ajena. Lo que más le importaba era saber qué sucedería a continuación. Un día, cuando ya empezaba a pensar que el silencio de la policía debía de significar que habían hallado pruebas favorables a la versión de Emma o que estarían siguiendo otras pistas, recibió una llamada de José.

Tras los saludos y las formalidades habituales, el abogado le dijo:

—Me temo que tengo malas noticias.

A Jennifer se le encogió el estómago.

—Acabo de saber que la policía irá a buscar a Emma para que vuelva a declarar —prosiguió José—. Por lo visto, necesitan que les aclare algunos detalles de su versión. Creo que le preguntarán por el arma del crimen, que al parecer ha sido localizada. Dígale a su hija que esté preparada para el interrogatorio y llámeme en cuanto llegue la policía.

A Jennifer le pareció sorprendente e irritante que la policía se presentara a las siete y media de la tarde, al día siguiente. Pensó que jamás podría acostumbrarse a los horarios españoles. Allí, nadie parecía respetar el día y la noche tal como lo hacían los estadounidenses. Llamó de inmediato a José, que le aseguró que Raúl y él se reunirían con ellas en la comisaría. No parecía buena señal que acudieran los dos abogados. También Emma parecía muy nerviosa. Era natural. ¿Cómo no ponerse nerviosa, después de todo lo sucedido? Y la perspectiva de un interrogatorio implacable lo empeoraba todo. Jennifer le recordó a su hija que no debía decir nada, a menos que José o Raúl estuvieran delante.

Cuando llegaron a la comisaría, un oficial condujo a Jennifer a la sala de espera y se llevó a su hija. Mientras salía, Emma la miró por encima del hombro casi como acusándola, como si creyera que de algún modo la estaba abandonando, como si su mundo se hubiera desmoronado y pensara que su madre era capaz de arreglarlo. Jennifer la siguió con una mirada de impotencia, hasta que salió de la sala y ya no pudo verla. No había nada que hacer, excepto esperar.

Recogió un periódico que alguien había dejado en una silla y se asombró al ver en la portada la fotografía de su hija. No entendió el titular, pero reconoció las palabras El buen samaritano y supuso que sería un nuevo llamamiento para que el chico argelino se entregara a la policía. Se quedó mirando la foto. Era la misma que Emma había utilizado para solicitar la admisión en el programa de Princeton en Sevilla. Jennifer contempló con tristeza la imagen de su querida hija, una preciosa jovencita de pelo castaño con vestido de flores, que sonreía orgullosamente durante la cena de su diecinueve cumpleaños. Habían adquirido juntas el vestido que lucía. Había sido mucho más caro de lo que ella pensaba gastar, pero Emma le había suplicado que se lo comprara. Estaba tan encantada con el vestido y le quedaba tan bien que Jennifer no había podido resistirse. Recordaba a la perfección esa cena y lo bien que lo habían pasado. Se le encogió el corazón.

Siguió esperando, perdida en sus pensamientos. Parecía como si la maternidad hubiera supuesto para ella una sucesión de esperas, aunque para entonces ya se había acostumbrado. Si sumaba todas las horas que había aguantado a Emma a lo largo de los años, con total seguridad serían centenares: clases de ballet y de piano, entrenamientos de tenis y de fútbol, sesiones de las Naciones Unidas escolares..., por no hablar de los tensos minutos esperándola después de la una de la madrugada, muerta de preocupación, cada vez que asistía a alguna fiesta de adolescentes y tardaba en regresar. Su hija siempre tenía alguna excusa para los retrasos. Le había suplicado que por lo menos llamara cuando fuera a llegar tarde, para no tener que inquietarse tanto, pero Emma nunca se acordaba. «Llámame al móvil; deja un mensaje», le decía siempre, y cada vez que Emma se retrasaba, ella miraba compulsivamente el teléfono, por si le había enviado algo, pero nunca recibía nada.

Se quedaba adormilada, pero se despertaba automáticamente en torno a la una y media y corría a asomarse al dormitorio de Emma. Si su hija todavía no había llegado, ya no podía conciliar el sueño. Entonces despertaba a Mark y él mascullaba que Emma estaría bien, que no se preocupara y que volviera a acostarse, antes de darse la vuelta para seguir durmiendo. Pero Jennifer no podía dormir, hasta que al final oía la llave en la cerradura, la puerta se abría y su angustia se aplacaba, sustituida primero por el alivio y después por el enfado.

Había toda una retahíla de temores referidos a sus hijos que a veces la atormentaban, desde los contratiempos normales de la vida —desengaños, decepciones y fracasos— hasta los peligros más graves: enfermedades, accidentes de tráfico, atracos, violaciones o incluso asesinatos. Había leído noticias de estudiantes dementes que irrumpían en las residencias universitarias y disparaban indiscriminadamente contra todos, y la idea de que algo así pudiera ocurrirle alguna vez a uno de sus hijos podía tenerla aterrorizada durante días enteros. No obstante, nunca había imaginado que su hija sería algún día la persona sospechosa de haber causado esa clase de dolor a otra madre, y sabía con certeza incontestable que Emma no podía ser culpable.

Mark llegaría a la mañana siguiente, y a Jennifer le parecía importante hacer algún progreso en la comunicación con Emma antes de su llegada. Había evitado enfrentarse con ella, con la esperanza de que se sincerara espontáneamente a su debido tiempo, pero su estrategia no había funcionado y pensaba que ya era hora de cambiarla. Emma lo comprendería. En su familia tenían la costumbre de no irse nunca a la cama enfadados, sin haber resuelto los conflictos. Decidió que, cuando su hija saliera del interrogatorio, irían juntas a cenar, pedirían un buen vino y hablarían con franqueza, tanto como fuera necesario.

Al cabo de un rato volvió Emma, pálida y alterada. La seguían José, Raúl y Fernando, el inspector que Jennifer había conocido el día de su llegada. El policía le estrechó la mano y le dijo que Emma podía marcharse, pero le advirtió que tenía prohibido salir de Sevilla.

Encontraron un restaurante cerca de la comisaría y eligieron una mesa en el patio. Eran casi las once de la noche, pero según la costumbre española, aún estaban llegando los clientes. Jennifer empezó a hacer preguntas antes incluso de sentarse.

—¿Cómo ha ido el interrogatorio? ¿Qué querían saber? ¿Qué les has dicho?

—Me han hecho las mismas preguntas cien veces.

—¿Qué preguntas?

—«¿Qué pasó?» «¿Cuándo?» «¿En qué orden?» Cosas así.

—Pero ¿no recuerdas nada específico que te hayan preguntado? ¿Repetían alguna cuestión en concreto?

Emma negó lentamente con la cabeza.

—No sé, mamá. Estoy cansada. Todo me resulta muy confuso.

—Intenta recordar, Emma. Es importante.

Jennifer le apoyó una mano sobre el brazo, pero Emma se la apartó con una mueca de disgusto.

—Por favor, mamá, deja de interrogarme tú también. Necesito un poco de tranquilidad, ¿de acuerdo?

Cuando estuvieron sentadas a la mesa, Jennifer pidió una botella de Rioja, mientras su hija le traducía la carta. Emma se decidió por unas gambas al ajillo y una ración de tortilla española, y ella eligió jamón serrano y, de segundo, filete de lenguado.

Jennifer volvió a quedar impresionada por lo bien que su hija hablaba español y por su desenvoltura. Se maravillaba al ver que, en medio de una tragedia como la que estaban viviendo, por la que ella había tenido que atravesar el océano, Emma se comportaba como una persona independiente y segura de sí misma.

—Hablas muy bien el español —le dijo.

—No tanto, pero he mejorado bastante.

Volvieron a guardar silencio.

—¡Mira qué lleno está el restaurante! —comentó Jennifer—. ¡Y son las once! ¿Cuándo dormirá esta gente?

—Están acostumbrados —replicó Emma.

—Pero ¿no tienen que trabajar por la mañana? No es bueno irse a dormir con el estómago lleno.

—¡Mamá, eres tan estadounidense! —protestó Emma con un resoplido de disgusto.

—Sí, supongo que sí...

Jennifer bebió un sorbo de vino, probó el jamón y se dio cuenta de que en realidad no tenía tanta hambre como había creído. Entonces se hizo entre ambas un silencio incómodo, que se prolongó hasta que la camarera les llevó los segundos platos, tras preguntarle a Jennifer con expresión compungida si a la señora no le había gustado el jamón. Ella no la entendió, y Emma volvió a hacer de intérprete para explicar que a su madre le había encantado el jamón pero no se sentía bien. Finalmente, mientras la camarera se retiraba con aire de contrariedad, Jennifer se inclinó hacia su hija.

—¿Qué te pasa, Emma? Cogí un avión en cuanto recibí tu llamada. He venido a ayudarte, pero no puedo hacer nada si no me hablas. ¿Estás enfadada conmigo por alguna causa? ¿Hay algo que yo no sepa?

Emma dejó escapar un suspiro. Parecía muy cansada.

—No estoy enfadada. Me alegro de que estés aquí. Te agradecí que hubieras venido. Fue lo primero que te dije.

—Ya sé que lo dijiste. Pero te comportas como si hubiera algún problema.

—¡Es que hay un problema, mamá! —estalló Emma—. ¡Un hombre estuvo a punto de violarme y lo mataron delante de mí, en mi apartamento! La policía no me cree. ¿Puedes imaginar cómo me siento? ¡Y, para colmo, creen que fui yo! No sé qué

hacer, ni qué decir, ni qué sentir. —Tras una pausa, prosiguió en voz baja, como si hablara consigo misma—: Estoy un poco aturdida, supongo. No quiero tener que hablar. Simplemente quiero estar. Tú siempre crees que todo se puede arreglar hablando, pero es posible que algunas cosas mejoren si no les prestas atención y no haces nada.

—¡Pero no podemos quedarnos sin hacer nada! Estás involucrada en un asesinato. Podrías ir a la cárcel. Tenemos que sacarte de aquí. Después, cuando estemos de vuelta en casa, buscaremos ayuda profesional para que superes todo esto.

—No necesito esa clase de ayuda. No creo que mi reacción sea anormal.

—No, claro que no. Pero necesitas apoyo y no estás dejando que yo te lo dé. Te pones rígida cada vez que intento abrazarte. Es como si me echaras la culpa de algo.

Emma volvió a suspirar y negó con exasperación.

—No te echo la culpa de nada, mamá. Y lo siento si te parezco rígida. —Estaba visiblemente cansada—. ¿No puedes entender que esto no tiene nada que ver contigo? No puedo estar pendiente de tus sentimientos. Bastante tengo con esforzarme para no perder el control. Si quieres ayudarme, deja que me comporte como a mí me apetezca.

—Quiero apoyarte en todo lo que pueda, tanto en lo emocional como en los aspectos más prácticos, por eso te digo que debes colaborar con los abogados que están preparando tu defensa.

Emma desvió la vista. Cuando volvió a mirar a su madre, su expresión se había dulcificado.

—Tú fuiste la primera en quien pensé cuando pasó todo esto. «Quiero que venga mamá», me decía todo el tiempo. Pero entonces viniste y me di cuenta de que estabas terriblemente alterada y avergonzada. Me dirás que no es cierto, pero te conozco muy bien. Te lo noté en la cara, en los gestos y en todo lo que decías y hacías. Y eso a mí no me ayuda, sino que empeora las cosas.

Jennifer no salía de su asombro.

—No estoy avergonzada. No hay nada de que avergonzarse. Si tú te avergüenzas de algo, no deberías. Eres inocente. ¿Dónde entra la vergüenza en todo esto?

Emma meneó lentamente la cabeza.

—No puedes reconocerlo, ¿verdad? —Con gesto grave, se inclinó sobre la mesa para que sólo Jennifer pudiera oírla—. Creo que no puedes entenderlo, mamá. Has vivido toda tu vida en una torre de marfil. Yo también, porque así me criaste tú, y ya sé que lo hiciste porque te pareció lo correcto. Pero cuando vine aquí, me di cuenta de que somos como niños mimados. Mucha gente está sufriendo y tenemos la obligación moral de ayudarla. ¿Sabes cuál es la tasa de desempleo en este país? ¡El veinticinco por ciento! Entre la gente de mi edad que conozco, nadie tiene la esperanza de encontrar empleo si no emigra, y la mayoría tiene que colaborar con sus padres, que se hallan en el paro. Y todavía están peor los inmigrantes, en particular los magrebíes, cuyas familias sacrificaron mucho para que pudieran venir aquí y ahora no



encuentran trabajo, por no hablar de los prejuicios que hay contra ellos.

A Jennifer le pareció ingenua y terriblemente adolescente la diatriba de Emma. Su hija hablaba de las dificultades de los pobres, sin la menor referencia o comprensión del peligro real que ella misma corría en ese momento. Tuvo que hacer un esfuerzo para controlar su creciente irritación.

—Lo sé —dijo tratando de parecer compasiva—. Es espantoso. Pero ¿qué tiene que ver todo eso con tu situación? No podrás ayudar a nadie si te pasas los próximos veinticinco años encerrada en una cárcel española, y a menos que ese tipo argelino se entregue o que aparezca tu novio, podrías acabar entre rejas.

Emma negó con la cabeza, más exasperada que antes.

—¿Ves cómo te expresas? Dices «ese tipo argelino» para referirte a él. ¿Sabes quién es «ese tipo argelino»? ¡Un hombre decente que me salvó de que me violaran! Es normal que no quiera entregarse. Lo deportarían y su familia se moriría de hambre.

—¿No ha dicho la policía que lo apoyarían para que se quedara?

—Ya hemos hablado de eso, e intenté explicarte que todo es mentira. ¿Cómo puedes ser tan crédula?

Al ver que Jennifer no respondía, Emma prosiguió:

—Y ¿por qué mencionas a Paco? Él no ha tenido nada que ver con todo esto. Aunque volviera, nada cambiaría.

En ese momento, la irritación de Jennifer pudo más que su cautela.

—No te entiendo, Emma. ¿Qué te preguntaron en el interrogatorio? No creo que a la policía le interesen tus opiniones sobre la pobreza o la injusticia.

—Gracias, mamá. Tu sarcasmo es justo lo que necesito en este momento.

—Por lo que veo, no tienes ni idea de lo que te conviene, pero yo te lo diré: tienes que tomar algunas decisiones y tienes que tomarlas ahora. Tu padre llegará mañana por la mañana y nos reuniremos con él en el despacho de José. Si quieres que te ayudemos (y nosotros no queremos otra cosa), tendrás que dejar de sermonearnos y empezar a contarnos toda la verdad.

Emma no respondió. Se terminó la copa de vino, se sirvió otra y se la bebió también.

—Soy una persona diferente de la que tú conocías.

Jennifer suspiró.

—Emma, sólo llevas ocho meses aquí.

—Lo sé. —Su tono denotaba enojo—. Si quieres que hable contigo, no menosprecies lo que digo, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. Tienes razón, lo siento.

Emma se inclinó hacia delante y se puso a hablar con expresión de gran seriedad.

—He aprendido muchas cosas. Te quedaste de una pieza cuando viste mi apartamento.

Jennifer abrió la boca para contradecirla.

—No lo niegues. Te vi la cara. Me has preguntado por qué no vivía en la residencia. Pues bien, ese apartamento es mejor que las casuchas donde mucha gente tiene que residir toda su vida. ¿Cómo iba a alojarme yo en una lujosa residencia para los hijos de la oligarquía y los extranjeros ricos, conociendo las condiciones en que vive la gente y estando enamorada de un hombre procedente de un ambiente terriblemente pobre? Usé el dinero para ayudarlo a él, y él lo utilizó para ayudar a otros: gente de su pueblo sin trabajo y sin dinero para comprar comida. No me arrepiento, pero sabía que tú me criticarías por tomar esa decisión. Pienso dedicar toda mi vida a ayudar a la gente que no puede salir adelante por sí misma. Y sé que no podría hacerlo desde la cárcel, pero todo esto es una locura tan grande que no puedo creer que esté sucediendo. Yo soy la víctima y no la criminal.

Jennifer tuvo que esforzarse por parecer serena.

—Eso ya lo sé, cariño. Estoy aquí para ayudarte a demostrarlo. —Hizo una pausa y su voz encontró el tono cálido que había usado en el pasado en sus conversaciones íntimas—. ¿De verdad crees que estás enamorada de esa persona?

—No lo *creo*, mamá. Lo estoy.

Jennifer suspiró. Sabía que tenía que proceder con cuidado.

—Bueno, quizá más adelante puedas hablarme más de ese hombre.

—Sí, tal vez.

—Pero no deberías adelantarte y dar por sentado que yo te criticaré.

Emma pareció a punto de interrumpirla, pero Jennifer desechó su objeción con un gesto.

—En cualquier caso, eso no importa. Mi única preocupación en este momento es evitar que te comportes de una manera que podría llevarte a pasar los mejores años de tu vida en la cárcel, independientemente de lo que hayas hecho. Como mínimo, eres la única testigo de un asesinato y, como ya debe de haberte comunicado la policía, todavía no hay ni rastro de tu buen samaritano. Sin él, es muy difícil corroborar tu versión. José ha dicho que habían encontrado el arma del crimen. ¿Te han preguntado algo al respecto? ¿Qué querían que les dijeras?

—Es lo único que me preguntaron. Todo el tiempo. Me preguntaron si estaba segura de que el tipo que intentó violarme tenía un cuchillo, si lo había visto, y cómo era. No me creen; es evidente que no. Pero si no tienen pruebas que confirmen mi versión, tampoco tienen nada que la desmienta. No importa lo que ellos crean; lo que importa son las pruebas. Paco sabe mucho de la policía.

—¿Paco? ¿Has hablado con él? ¿Por qué no está aquí?

Emma pareció confusa.

—No, claro que no —se apresuró a responder—. No sé dónde está, pero sé que volverá cuando se entere de lo que ha pasado y me aconsejará lo que tengo que hacer.

—Emma, no hay nadie en toda España que no se haya enterado de lo que ha pasado. Y tienes a tu servicio a los mejores abogados criminalistas del país. No necesitas que nadie más te aconseje.

Emma ya no quería seguir hablando.

—Sí, claro. Sea como sea, estoy cansada y necesito dormir.

Bebió un último sorbo de vino y empezó a ponerse en pie, pero Jennifer la detuvo.

—Espera un minuto —dijo—. ¿Qué has querido decir con eso de que Paco sabe mucho acerca de la policía? ¿Es abogado?

Emma se echó a reír desdeñosamente.

—No, mamá. No es abogado.

—¿Es policía, entonces?

—No, no, nada de eso, nada que papá o tú podáis entender. Es lo que te decía antes. Sabe mucho acerca de la policía porque tiene que eludirla todo el tiempo, y la elude porque ha estado en la cárcel y sabe lo mal que se pasa ahí dentro.

Lo dijo con un punto de orgullo, mirando a su madre con gesto beligerante.

Ahora todo encajaba. Jennifer asintió con lentitud y replicó con cuidado, tratando de mantener un tono sereno.

—¿Por qué ha estado en la cárcel?

—Por nada. No lo sé. Probablemente, por alterar el orden. Es un activista de los movimientos sociales y por eso lo odian. Es brillante. Proviene de una familia muy pobre. Su padre es marroquí y su madre nació en un pueblecito cerca de Granada.

—¿Dónde lo conociste?

—En clase. —Emma se puso de pie—. Vamos. Necesitaré dormir un poco, si quiero tener fuerzas para enfrentarme a papá mañana.

—¿Enfrentarte? ¡Tu padre viene a ayudarte, Emma!

—Sí, ya lo sé. Vamos.

Se volvió abruptamente y Jennifer tuvo que darse prisa para seguirla.

—Tengo que pagar, Emma. Espera un minuto.

—¡La cuenta, por favor! —exclamó Emma en español buscando a la camarera con la mirada.

Fueron sus últimas palabras en toda la noche.

Jennifer y Emma ya estaban sentadas en la oficina de Raúl, bebiendo café, cuando llegó Mark. El padre de Emma traía consigo la edición matutina del *Diario de Sevilla*, que había comprado en el aeropuerto, pero que no había podido leer por no saber español. Ocupaba la portada otra fotografía de Emma, esta vez una instantánea informal, tomada probablemente por algún amigo. Aparecía sentada en los peldaños del puente de Triana, rodeada por otros estudiantes risueños, mirando al fotógrafo con sonrisa seductora. Estaba preciosa. Se la veía joven y feliz.

Cuando Mark entró, Jennifer se puso de pie para recibirlo con un abrazo. Le presentó a José, y los dos hombres se estrecharon la mano. Emma se quedó un poco aparte, con cara de no saber qué hacer, y al final aceptó el abrazo de su padre. Sin soltarla del todo, Mark retrocedió unos pasos para verla mejor.

—¿Cómo estás? ¿Cómo llevas todo esto? —le preguntó.

—Estoy bien, papá. —Su voz sonaba controlada y un poco distante—. Habría preferido mostrarte Sevilla de otra forma, lo siento.

—Olvídalo. Ahora tenemos que concentrarnos en sacarte de aquí. —Se volvió hacia el abogado y dejó caer el diario sobre la mesa—. Veo que los periódicos locales están siguiendo el caso. ¿Qué dicen?

—He leído ese artículo hace un rato. Más que nada, es un llamamiento para que aparezca El buen samaritano. Cuenta la versión de Emma respecto a ese hombre y enumera las numerosas recompensas que le han ofrecido si se presenta. Hoy, el periódico promete que le costeará la defensa. En general, ninguno de los incentivos ofrecidos es perjudicial para nuestro caso. Y, además, ¿quién sabe? —El abogado se encogió de hombros y cerró un momento los ojos mientras extendía los brazos hacia arriba—. Quizá lo animen a presentarse.

—No creo —dijo Emma.

—Ya lo veremos —murmuró José.

Le indicó a Mark que se sentara y le ofreció un café, que él aceptó.

—Lo que me preocupa es el artículo de las páginas centrales —indicó Emma—. ¿Ha leído lo que dice acerca del tipo que intentó violarme?

—¿Te refieres a la víctima del homicidio? —preguntó José.

Emma no respondió.

—Lo he leído —prosiguió el abogado—. El periodista entrevistó a docenas de compañeros de clase y amigos de la víctima, que aseguran que el chico era incapaz de comportarse de manera tan agresiva. Era un buen estudiante, y todos declaran que era respetuoso con las mujeres. No creen que obligara a una chica a entrar en su apartamento a punta de navaja e intentara violarla.

—Sin embargo, fue exactamente lo que hizo. Supongo que los tendría a todos engañados —replicó Emma—. Además, ¿qué esperaba que dijeran sus amigos?

Mark se inclinó hacia delante y apoyó una mano sobre la de su hija.

—Tranquilízate, cariño —dijo y, tras beber un sorbo de café, se dirigió a José—: Necesitamos a alguien que nos ayude a investigar por nuestra cuenta, alguien que vaya a hablar con los estudiantes que declararon ante la policía y, mejor aún, con los que no han querido declarar. ¿Conoce a alguna persona que pueda encargarse de la investigación?

José contestó que sí y dijo que había pensado en ponerse en contacto con él nada más conocer el deseo de Jennifer de contratar a un investigador privado. Era un expolicía con un expediente excelente y muy buenas relaciones con sus antiguos colegas. Mark le preguntó por qué había abandonado el cuerpo, y José le explicó que se había divorciado y había encontrado muy difícil mantener dos casas con un sueldo de policía. Ganaba mucho más trabajando por su cuenta. Mark asintió y aceptó la tarjeta de visita que le tendió el abogado.

—Hay algo más —afirmó José—. Según el periódico, no hay nada que indique que Rodrigo Pérez..., la víctima —explicó al ver la expresión interrogativa de Mark—, tuviera por costumbre llevar encima un cuchillo, ni que tuviera ningún tipo de arma blanca. Nadie lo había visto nunca con una navaja y todos los que lo conocieron consideran sumamente improbable que tuviera una, porque era ante todo contrario al uso de la violencia para zanjar conflictos. Había empezado a estudiar kárate como medio de defensa personal, pero lo había dejado.

Se volvió para mirar a Emma, lo mismo que Jennifer y Mark, pero el rostro de la joven no dejaba traslucir ninguna emoción.

—Yo no lo conocía —replicó encogiéndose de hombros—. Lo único que sé es que aquella noche llevaba un cuchillo.

Mark se volvió de nuevo hacia José.

—Le ha dicho usted a Jennifer que la policía ha encontrado el arma homicida. ¿Es así?

José atravesó la sala para servirse otra taza de café.

—Creen haberla encontrado —contestó sopesando las palabras. Parecía incómodo—. Francamente, es un problema grave para nosotros.

Mark se movió nervioso en la silla. Buscó con la vista a Jennifer y los dos intercambiaron una mirada de preocupación. Le pidió a José que se explicara.

—Encontraron un cuchillo en la cocina de Emma que podría haber causado las heridas observadas en el cuerpo del fallecido —explicó José en tono formal—. Emma declaró que el intruso la había amenazado con un cuchillo o una navaja para obligarla a entrar en el apartamento donde ella vivía. Pero, por lo visto, el cuchillo ya estaba dentro.

—¿Cómo saben que ya estaba allí?

—Porque forma parte de un juego de cuchillos de diferentes tamaños que había en la cocina.

—¿Qué les hace pensar que es el arma del crimen? —preguntó Emma—. ¿Cómo saben que fue el arma que causó las heridas?

—La hoja es aserrada, y el tipo de sierra coincide perfectamente con las irregularidades observadas en las heridas.

—¿Había huellas dactilares en el cuchillo? —preguntó Mark.

—No. La policía dice que las habían limpiado.

—Eso es una suposición. Quizá no hizo falta limpiarlas, porque nunca hubo ninguna huella —dijo Mark, y a continuación se volvió hacia su hija—. Emma, ¿estás absolutamente segura de que Rodrigo Pérez tenía un cuchillo cuando te obligó a entrar?

—¡Sí, sí, sí! —estalló ella—. ¿Cuántas veces tengo que decíroslo a todos? —Miró a su padre con los ojos llenos de lágrimas—. ¿No me crees, papá?

—Por favor, cielo, no digas eso. Claro que te creo. Creo que estás convencida de que ese hombre tenía un cuchillo. Pero eso no significa que lo tuviera. Durante un suceso criminal, cuando se produce una experiencia aterradora, los testigos y las víctimas suelen encontrarse bajo los efectos del pánico. Quizá ese hombre fingió tener un cuchillo.

—Lo sentí en la espalda. Lo apoyó contra mí —afirmó Emma, cubriéndose los ojos con las manos.

—Tal vez fuera un dedo, o una llave. Quizá sólo pretendía hacerte pensar que tenía una navaja. Tú estabas asustada. ¿No te parece posible?

Emma se detuvo a pensar un momento.

—Sí, supongo que es posible —dijo al fin con un hilo de voz.

Jennifer dejó escapar un suspiro de alivio y miró agradecida a Mark. Se alegraba de que hubiera acudido en su ayuda. Mark miró a José y los dos hombres asintieron.

—Pero ¿en qué momento cogió el cuchillo el samaritano? —preguntó José.

—No lo sé —respondió Emma—. Estoy bastante segura de que ese hombre lo sacó antes. El chico argelino que entró a ayudarme se le enfrentó y, en el último minuto, le arrebató el arma. Yo les grité a los dos que pararan, pero el otro siguió atacándolo y, al final, el chico argelino lo amenazó con el cuchillo. Creo que el español intentó recuperar el arma, y fue entonces cuando el argelino lo hirió accidentalmente. No estoy segura de los detalles, pero sé que fue en defensa propia.

Para entonces, Emma se había puesto muy nerviosa y, volviéndose hacia su padre, rompió a llorar.

—¡No me hagas pensar más en todo eso, papá! —exclamó entre lágrimas—. Cada vez que me duermo, sueño con ese momento y veo la sangre. ¡No quiero hablar más de eso! ¡Por favor!

—Dejémoslo por hoy —dijo José, mientras Mark le pasaba un brazo por el hombro a Emma.

Jennifer se puso de pie para ir a abrazarla, pero ella se estrechó con más fuerza contra su padre. Viendo cómo la consolaba Mark, Jennifer se sintió aliviada de que Emma lo aceptara, y a la vez entristecida al sentirse rechazada. ¡Habían estado tan unidas apenas unos meses antes! La idea no dejaba de atormentarla. Sabía que, en

otro tiempo, Emma la había admirado. Recordaba que, cuando era pequeña, su hija siempre había querido ser como ella. Jennifer había sido para ella el prototipo de madre perfecta. Le vinieron a la mente todas las tarjetas de cumpleaños y del Día de la Madre, dirigidas «A la madre más maravillosa del mundo». Una vez, cuando tenía trece o catorce años, Emma había visto a Jennifer cambiarse de blusa y, al notar que tenía los pechos blandos y un poco caídos, se había preocupado: «¿No crees que a mí me falla algo? —le había preguntado—. ¿Por qué los míos miran hacia delante?».

Jennifer había contemplado con una sonrisa los pechos firmes y jóvenes de su hija, y le había dicho que le parecían preciosos, pero en secreto se había emocionado por la inocencia de Emma y se había sentido halagada por su manera de observarla y tomarla como modelo.

Aquellos días habían quedado atrás, y Jennifer se dijo que así debía ser. Pero ¿por qué tenían que cambiar las cosas de esa manera? Le parecía profundamente injusto. ¡Habían sido tantos años de mimos y sacrificios, y de poner excusas para justificar a Mark, que no siempre podía estar presente en los grandes acontecimientos familiares! Jennifer lo había engrandecido de forma deliberada a los ojos de sus hijos para que lo apreciaran aunque se ocupara muy poco de ellos, inmerso en su trabajo, en sus mañanas de golf y en su mundo fuera del hogar. Y ahora Emma se volvía hacia él en busca de ayuda. Hacia él y no hacia ella. Sin embargo, se sentía muy culpable por su mezquindad, por permitirse ese sentimiento de dolor y —por qué no decirlo— también de rabia, cuando lo importante era llevar a Emma de vuelta a casa y apoyarla de la manera que ella necesitara.

Mientras recogían sus cosas y se preparaban para marcharse, Mark se llevó aparte a José.

—¿La han interrogado ya a propósito de ese cuchillo?

—Sí, ayer.

—Y ¿qué declaró?

—Dijo que lo había comprado ella, aquí, en Sevilla, y que debía de haber cientos de personas en la ciudad con cuchillos similares.

Mark asintió y le estrechó la mano a José, agradeciéndole su ayuda.

Fueron directamente al hotel Alfonso XIII y pidieron otra habitación. Emma se fue a descansar a la que había pasado a ser la suya, y Jennifer y Mark se instalaron juntos en la nueva.

—Bueno, ¿qué piensas? —le preguntó Jennifer a su marido en cuanto la puerta se cerró tras ellos.

—No sé. Estoy preocupado. Ese asunto del cuchillo no me gusta nada.

—Cualquiera podría tener un cuchillo igual. Y es posible que el chico español lo usara para obligar a Emma a entrar en su apartamento, como ella dijo. Si es cierto que nunca usaba armas, como aseguran sus amigos, me parece más probable que llevara encima un cuchillo de cocina que una navaja.

—Pero ¿por qué un buen estudiante sin antecedentes conflictivos decide salir a la

calle con un cuchillo de cocina en el bolsillo y violar a una chica, a una estudiante como él? No tiene sentido.

Jennifer se estaba sirviendo una copa en el bar, pero al oír lo que acababa de decir su marido, dejó la botella y se volvió con brusquedad. Su voz resonó seca y cortante.

—¿Qué quieres decir? Tú crees a Emma, ¿verdad?

—No he dicho que no la crea. Estoy tratando de pensar como un miembro del jurado, o como la policía.

—No sé por qué haría ese chico una cosa así. Obviamente, sabemos muy poco de él. Tenemos que contratar a un investigador privado, en lugar de confiar sólo en la policía.

Mark buscó en el bolsillo la tarjeta que le había dado José.

—¿Quieres llamarlo tú o prefieres que lo haga yo?

—¿Cuánto tiempo te quedarás en Sevilla? —preguntó Jennifer.

—Sólo unos días. Tengo que volver para encargarme de un caso. De momento, Jerry puede ocuparse de todo, pero tendré que estar allí cuando empiece el juicio.

—Bueno, entonces será mejor que llame yo al detective, porque está visto que seré yo quien trate con él —replicó ella con frialdad—. Deberías decirle a Emma que te irás dentro de unos días.

—Jen, sabes bien que tengo la obligación de terminar el trabajo. No es una decisión mía. Puede que Emma no lo entienda, pero creía que tú sí.

Jennifer bajó la vista. Tenía los ojos llenos de lágrimas y le costaba controlarse para no llorar. Su estado emocional era terriblemente inestable desde que había llegado a Sevilla. Se frotó los ojos y, cuando levantó la vista, los tenía húmedos y enrojecidos.

—Lo entiendo, Mark, perdóname. Estoy muy preocupada —dijo—. Y muy sola.

Entonces, no se contuvo más y dejó que corrieran las lágrimas, sollozando en brazos de su marido.

Pese al consuelo, mantuvo una sensación residual de angustia, una incómoda opresión en el plexo solar. La causa de su malestar —Jennifer lo sabía— era el horror y la preocupación que le causaba la situación de Emma y sus perspectivas de futuro. Pero había algo más, algo que jamás podría haber previsto: el vago temor a una pérdida personal.

Miró la tarjeta.

—«Roberto Ortiz —leyó—. Investigador privado.»

Buscó el móvil para llamarlo.



Roberto Ortiz no coincidía con la imagen que Jennifer se había hecho de él. Su idea de los detectives privados respondía a lo que había visto y leído en novelas y películas, sobre todo en sus favoritas, que databan de mediados del siglo xx. Sus modelos eran el Sam Spade de Dashiell Hammett, el Mike Hammer de Mickey Spillane o el Philip Marlowe de Raymond Chandler, hombres duros y directos, poco habladores y capaces de detectar el engaño como un sabueso olfatea a su presa.

Pero Roberto Ortiz no encajaba en ese molde. Sus rasgos faciales eran de una belleza casi femenina —se parecía más a Johnny Depp que a Humphrey Bogart—, y vestía y se comportaba con elegancia. Hablaba con suave cortesía y parecía sinceramente interesado en los problemas de Jennifer. Además, era pintor, y muy bueno, a juzgar por los lienzos abstractos expuestos en su sala de espera, que llevaban su firma.

Jennifer acudió a su despacho unos días después del regreso de Mark a Estados Unidos. La selecta avenida de la Constitución se encontraba a escasa distancia del ayuntamiento. Las vistas de la Giralda combinaban a la perfección con el mobiliario moderno y minimalista, animado por unas pocas antigüedades españolas y francesas, sabiamente distribuidas por una persona con gustos sobrios y bien definidos. Era por la tarde y el detective le ofreció café. Jennifer le respondió que prefería whisky, si tenía, y entonces él abrió un armario empotrado de teca y reveló en su interior un bar bien abastecido. Le sirvió el whisky en un vaso de cristal emplomado y se volvió hacia ella con mirada interrogante.

—Hielo, por favor —pidió ella—, y un poco de agua.

Tras servirse un café, el detective se sentó detrás de su escritorio y le indicó con un gesto a Jennifer que se acomodara en la silla de enfrente.

—Y ahora, señora —dijo en un inglés con muy poco acento—, ¿me dirá en qué puedo ayudarla?

Jennifer se lo explicó. Cuando le dijo que esperaba que volviera a entrevistar a las personas interrogadas por la policía y a otras que no habían declarado aún, él asintió.

—Desde luego, es lo que haré —afirmó—. Ha hecho bien en recurrir a mí, porque podré ayudarla en muchos aspectos. ¿Habla español?

—No, lo siento, pero hablo un poco de francés.

—Eso le resultaría bastante más útil en París —replicó él sonriendo, pero ella no le devolvió la sonrisa. Entonces, el detective la miró con simpatía—. Comprendo la dificultad de su situación: una madre cuya hija ha sido acusada de un crimen horrible en un país extranjero, incapaz de comunicarse e incluso de entender lo que sucede a su alrededor...

Jennifer se sorprendió por la dirección que estaba tomando la conversación.

—Estoy bien —se apresuró a decir, con una risa breve e incómoda—. Lo voy

sobrellevando. Además, el problema no es mi situación, sino la de mi hija. Lo importante es ella. Y, por cierto, no ha sido acusada de nada.

El investigador se levantó para volver a llenar la taza de café.

—No, claro. Pero creo que la acusarán, y usted debe estar preparada.

Jennifer abrió la boca para contradecirlo, pero él la interrumpió, hablando con tranquila autoridad:

—Se lo explicaré. Si le hablo de usted y de sus emociones es porque, en el supuesto de que acepte este caso, necesitaré que las tenga totalmente controladas. Por todo lo que me ha dicho y lo que he leído en los periódicos, esto no va a ser rápido. Tendrá que ser fuerte y hacer cuanto yo le diga, si quiere ayudar a su hija y que todo salga bien.

—Todo esto me resulta muy confuso —dijo ella, frunciendo el ceño—. Creía que usted era un detective privado, y ahora me está hablando como un abogado.

El hombre sonrió.

—Sí, ya la entiendo. Usted ha visto *El halcón maltés*, ¿no? Una película vieja, pero fantástica. Puede que haya visto también la serie «Colombo». Me gusta ese personaje. He conocido a muchos detectives como él.

Jennifer esperó a que continuara con expresión de desconcierto.

—Pero yo soy diferente, señora. Soy más un gestor de casos. Trabajo con el abogado, con José, en este caso (una elección magnífica, por cierto), y juntos investigamos, seguimos muchas pistas y, lo más importante de todo, construimos un relato, una narrativa diferente de la historia que articulará la policía. No voy a prometerle que encontraré a ese argelino (de hecho, tengo mis dudas de que exista), ni tampoco que descubriré al verdadero asesino. Pero si hace todo lo que yo le diga, puedo asegurarle que haré todo cuanto esté a mi alcance para que su hija quede libre, aunque a mi juicio perfectamente podría ser culpable.

Al oír eso, Jennifer se puso en guardia.

—¡Por supuesto que no es culpable! Yo creo a mi hija. Ha dicho que el argelino estuvo allí, y le aseguro que así fue. Usted no la conoce, pero cuando la conozca, lo entenderá. Tiene que entenderlo. ¿Cómo va a ayudarla si no cree en ella?

—Yo no creo en nada si no tengo pruebas, señora. Si lo que quiere es fe, tendrá que buscar un cura. En España hay muchos.

Jennifer guardó silencio. Por primera vez, sentía una ligera remisión del miedo que la había atenazado desde el instante en que había recibido la llamada de Emma. Ese hombre parecía saber lo que hacía. Parecía decidido y audaz.

—Antes ha dicho «en el supuesto de que acepte este caso». ¿Hay algún problema?

—No, no lo creo.

—¿Qué hacemos ahora?

El detective sonrió y se dirigió a su archivador, del que extrajo un documento impreso y encuadernado, compuesto por varias páginas. Se lo entregó a Jennifer.

—Es el contrato de servicios —dijo—. Está en español, pero he incluido una traducción al inglés para usted. Le aconsejo que lo estudie con detenimiento con su marido. Mis condiciones están expuestas con claridad. Para empezar, como gesto de buena voluntad, exijo una provisión de fondos de cinco mil euros, abonada por adelantado, para cubrir honorarios y gastos. Semanalmente le presentaré una relación pormenorizada de gestiones y gastos. Una vez concluidas esas formalidades, empezaré a trabajar.

Jennifer comenzó a leer.

—Perdóneme, señora —la interrumpió Roberto.

Ella levantó la vista.

—Tendrá que disculparme, pero tengo otra cita. ¿Le importaría leer el contrato después y discutirlo con su marido?

Jennifer dobló los papeles y los guardó en el bolso.

—Sí, por supuesto. Pero me gustaría que empezara lo antes posible, y mi marido no está en Sevilla. Leeré los documentos y, si me parecen bien, yo misma los firmaré.

—Como quiera... ¿Puedo preguntarle por qué no está su marido en la ciudad?

Cuando ella estaba a punto de responder, el investigador añadió:

—Tengo una hija. Si tuviera problemas, no me separaría de su lado.

Su expresión era triste y hablaba en tono de tranquila sinceridad.

Jennifer sintió la indignación de quien oye una verdad que ha querido silenciar.

—Estoy segura de que usted querría estar con su hija, tal como ha estado mi marido con la nuestra —replicó con frialdad—. Quizá crea que somos estadounidenses ricos, pero no es así. No somos pobres, pero tampoco millonarios. Mi marido tiene que trabajar para pagar las facturas, incluida la suya. Y tenemos otros dos hijos que necesitan que al menos uno de nosotros esté en casa. No me parece justo criticarlo.

Roberto pareció arrepentido.

—Tiene razón, señora. Le aseguro que lo he dicho sin mala intención, pero me disculpo si la he molestado. La tristeza ha hablado por mi boca.

El hombre esperó un momento a que ella le preguntara con amabilidad cuál era la causa de su tristeza, pero Jennifer no dijo nada.

—Estoy divorciado —añadió él al fin—. Mi hija vive con mi exesposa en otra ciudad, y la separación me resulta muy dolorosa.

Ella se resistió al natural impulso de la compasión, porque no quería desviarse de su principal interés. Ese hombre le ofrecía una esperanza, pero su forma de comportarse era a la vez autoritaria y asombrosamente íntima, hasta un extremo que incluso podía parecer inapropiado. Jennifer lo atribuyó a las diferencias culturales, pero ella estaba decidida a ceñirse estrictamente a una relación de negocios tal como se entendía en Estados Unidos.

—Estoy segura de que debe de ser difícil para usted —murmuró, y de inmediato recogió sus cosas y se despidió, no sin antes confirmar al detective que lo llamaría

pronto.

Después fue directa al hotel para contarle a Emma que había encontrado a alguien que parecía capaz de ayudarlas. Cogió el ascensor hasta el segundo piso y llamó a la puerta de la habitación que había vuelto a acogerlas a las dos desde que Mark se había marchado. En los últimos días, Emma había dormido mucho o se había quedado en pijama en la habitación, todo lo cual era un signo inequívoco de depresión, como Jennifer sabía perfectamente. Dadas las circunstancias, no podía culparla. Y sin embargo... Usó la llave para entrar mientras llamaba a su hija, pero el único rastro de Emma que encontró fueron las sábanas arrugadas de su cama y parte de su ropa tirada por la habitación. «Al menos, está despierta», pensó. Supuso que habría salido a comer algo, pero le reprochó mentalmente que no le hubiera dejado una nota.

Se sentó en uno de los mullidos sillones. Ya había sacado el contrato del bolso y se disponía a leer la traducción al inglés cuando se dio cuenta de que la luz del teléfono del hotel parpadeaba. Había un mensaje de José. Malas noticias. Los forenses habían entregado el informe completo. La investigación había determinado que las heridas de la víctima no podían haber sido causadas por una persona cuya descripción coincidiera con la que Emma había ofrecido a la policía. La teoría de que la chica se había inventado la historia de El buen samaritano y de que en realidad el argelino no existía cobraba cada vez más peso. Desde el punto de vista de la policía, el informe de los forenses y el cuchillo hallado en su cocina eran pruebas suficientes para inculparla. Jennifer hizo una inspiración profunda y llamó a José. El abogado contestó al primer tono.

—Recibí su mensaje —dijo ella en cuanto oyó su voz—. Pero no tiene sentido. Todo es circunstancial. Quizá Emma se equivocara al describir al argelino. Se encontraba en estado de *shock*. ¡No pueden esperar que recuerde con precisión el aspecto de nadie!

—Podemos defender ese argumento ante el juez, si es necesario. Pero tienen suficientes indicios para sospechar que su hija está ocultando pruebas. Creen que sabe más de lo que dice... —Se interrumpió un momento y después continuó en tono pausado—: Hay algo más. Los padres de la víctima han llegado desde Madrid. En el sistema español, incluso cuando las autoridades creen no tener pruebas suficientes para inculpar a un sospechoso, deben retenerlo y proseguir la investigación si la familia de la víctima se persona como acusación privada. Emma ya ha sido detenida y se encuentra en la comisaría.

—Y ¿usted dónde está?

—Estoy con ella. Está muy afectada. Sería conveniente que viniera cuanto antes. ¡Ah! Otra cosa. Aquí en la comisaría hay una periodista del *Diario*. No responda a ninguna de sus preguntas.

Jennifer se levantó para dirigirse hacia la puerta, pero se detuvo en seco. Buscó en su bolso hasta encontrar la tarjeta del investigador privado y rápidamente marcó su

número.

Le respondió el contestador automático.

—Señor Ortiz —dijo ella—, soy la señora Lewis. No he leído las condiciones de su contrato, pero las acepto, sean las que sean. Mi hija está detenida en la comisaría. No sé qué hacer. ¿Puede venir, por favor?

En ese momento, Roberto cogió el teléfono.

—Voy para allá, señora.

Cuando Jennifer llegó a la comisaría, José y Raúl la estaban esperando, pero Roberto todavía no había llegado. José terminó de explicarle la situación. Emma estaba retenida en su calidad de testigo directa con riesgo de fuga y, por tanto, no podía salir en libertad bajo fianza. La policía creía que estaba encubriendo a alguien, con toda probabilidad a su novio.

—Aún no están seguros del móvil del crimen —dijo el abogado—, porque todavía no han localizado al novio. Pero suponen que Emma lo estaba engañando y que él llegó por sorpresa, los encontró a los dos en la cama y mató a la víctima en un ataque de celos.

En ese momento, Jennifer lo interrumpió indignada. Estaba francamente asombrada de que la policía fabricara un asesinato imaginario sobre una base tan endeble, y así se lo hizo saber a José.

—¿Acaso disponen de una mínima prueba que confirme esa teoría? —preguntó—. A mí me parece un simple tópico, como si hubieran visto demasiadas películas malas.

José reconoció que no tenían pruebas, al menos de momento, pero señaló que ese tipo de situaciones podían considerarse tópicos precisamente porque ocurrían a menudo. Después, con un suspiro, añadió que había algo más. La policía había descubierto que, el día del crimen, el chico español había estado en el banco y había retirado mil euros en efectivo. Era la última noche de la feria, y su familia patrocinaba una de las muchas casetas iluminadas por un millar de luces multicolores. Según su compañero de piso, tenía que comprar suministros y pagar a algunos de los empleados. El testigo estaba seguro de que su amigo llevaba el dinero encima cuando había salido de casa esa noche. Sin embargo, cuando la policía había registrado el cadáver, le había encontrado los bolsillos vacíos. Jennifer argumentó que debía de haberse gastado el dinero, pero José le dijo que la policía había hecho las comprobaciones correspondientes y que tanto los proveedores como los trabajadores de la caseta seguían esperando el pago de sus servicios.

—Quizá lo perdió —adujo Jennifer—, o se lo gastó en otra cosa.

—Sí, por supuesto. O también podrían habérselo robado.

Ella guardó silencio un momento.

—¿Qué quiere decir? —preguntó finalmente—. No pensará que Emma tuvo algo que ver en eso, ¿no?

—Lo que importa es lo que piense la policía, y de momento nadie ha dicho nada al respecto. Ahora, nuestra prioridad es encontrar al novio de su hija... —prosiguió el abogado, consultando su libreta—, al tal Paco Romero. La policía cree que Emma sabe dónde está y se niega a revelarlo. La retendrán hasta hacerle cambiar de idea. Como le he dicho desde el principio, si usted puede convencerla para que diga todo lo que sabe, será mucho mejor para ella.

Jennifer sintió una frustración insuperable. Todos insistían en ver a Emma como una mentirosa y posiblemente como algo mucho peor. Incluso su abogado parecía compartir ese punto de vista.

—¡Ella no *se niega* a revelar nada! —replicó levantando la voz—. ¡Lo que sucede es que *no sabe* dónde está el chico!

Tratando de controlar su evidente incomodidad, José continuó reiterando:

—Es preciso reconocer que al menos parte de lo que dice no es cierto. Según la policía, su hija fue vista en la feria en compañía de su novio horas antes del asesinato. Los testimonios entran en contradicción directa con su afirmación de que llevaba varios días sin verlo.

Jennifer no estaba dispuesta a ceder.

—No sé de qué me habla. ¿Quién ha dicho que estaba con él? ¿Por qué hemos de creer a esa persona y no a Emma? Estoy segura de que ella es la primera que querría saber dónde está su novio. ¿No le parece que debe de estar ansiosa por tenerlo a su lado? ¿No cree que se siente abandonada y preocupada por su ausencia?

José le pidió a Jennifer que se sentara, pero ella estaba demasiado nerviosa para hacerle caso. Entonces, el abogado bajó la voz e intentó hablarle con la mayor amabilidad.

—Creo que su hija no debería esperar mucho de ese hombre. No me parece que sea el tipo de persona al que ella está acostumbrada. Es lo que aquí denominamos... un *golfo* —añadió en español.

Jennifer lo miró perpleja. La evidente compasión de José aumentó todavía más su nerviosismo.

—¿Eso qué quiere decir?

—No sé cómo decirlo en inglés: una oveja negra, una mala persona, alguien que causa problemas.

—¿Qué? ¿Cómo? ¿Qué me está diciendo?

—La policía lo ha estado investigando, empezando por sus antecedentes delictivos. Es bastante mayor que su hija: tiene treinta y cinco años. Y aunque estudió en la universidad y es bastante conocido en los medios estudiantiles, nunca terminó la carrera.

Jennifer esperó en silencio a que el abogado prosiguiera.

—Vende drogas —dijo finalmente José—. Drogas duras: heroína, cocaína, éxtasis, metanfetamina...

Jennifer se sintió invadir por una sensación de vértigo, que sin embargo logró controlar.

—Estoy segura de que Emma no lo sabía, porque de lo contrario jamás habría sido su pareja —dijo casi como para sí mientras se dejaba caer en una silla. Después se volvió hacia José, que se había sentado a su lado—. Mi hija está en contra del consumo de drogas de cualquier tipo —le explicó, y siguió hablando con feroz convicción, enlazando una frase con otra con creciente rapidez—. Era la presidenta

de un club que ella misma fundó en la escuela secundaria. Se llamaba el «Club de los Cuadrados Perfectos», y sus miembros comían únicamente alimentos ecológicos y rechazaban todas las drogas, incluidos los fármacos. ¡Si hasta tenía que pelearme con ella para que se tomara una aspirina cuando le dolía la cabeza! Por eso todo esto me parece ridículo. Ella jamás...

—La creo, señora —la interrumpió José con un suspiro—. Sea como sea, lo cierto es que su novio era traficante de drogas y que ella estaba al corriente, al igual que todos los demás. —Con cuidado, el abogado le apoyó a Jennifer una mano sobre el codo y añadió—: Los niños crecen, y a veces las cosas no salen como esperábamos.

Ella le apartó la mano con brusquedad y se puso de pie.

—Usted no entiende nada. Yo conozco a mi hija —replicó con sequedad—. Tengo que verla. ¿Dónde está?

Se dirigió en tromba al mostrador de recepción para preguntar si podía visitar a Emma. Justo cuando llegó, Roberto entraba en la sala. En ese momento, sin poder controlarse, ni saber exactamente por qué, y sin que fuera de ningún modo su intención, corrió hacia él y estalló en lágrimas.

—No, señora —dijo con firmeza el detective—. No debemos comportarnos así.

El hombre se volvió hacia José, que había seguido a Jennifer y estaba a su lado, sin saber qué hacer. Ambos intercambiaron miradas de exasperación.

Avergonzada, Jennifer logró calmarse.

—Tendrán que disculparme. No suelo perder los nervios.

—No hay nada que disculpar, señora —afirmó Roberto en voz alta—. Todos comprendemos el llanto de una madre. —Entonces bajó la voz, para que sólo ella pudiera oírlo—. Pero debe controlarse, al menos de momento. ¿Podrá?

Ella bajó la vista y asintió con la cabeza.

El detective se dirigió a José.

—¿Qué ha pasado?

—Están tomando declaración a la chica y la señora Lewis quiere verla.

—Por supuesto. ¿Hay algún problema?

—No.

—Bien.

Roberto condujo a Jennifer de vuelta a la sala de espera y se apartó un momento para hablar en privado con José, antes de regresar los dos con ella.

—Le están tomando declaración. Cuando hayan terminado, un agente la hará pasar a usted para que hable con ella —dijo Roberto—. Tiene que convencerla para que coopere.

—Está cooperando —protestó Jennifer—. No les está diciendo lo que ellos quieren oír, pero eso no significa que no les esté diciendo la verdad.

—Sí, claro —indicó José, y a continuación se volvió hacia Roberto—. Pero se niega a hablar de su novio. Para que podamos ayudarla, es preciso encontrarlo.

—¿Y si no sabe dónde está? —preguntó Jennifer, dirigiéndose también al



detective.

—No quiere reconocer que estuvo con él la noche del crimen —añadió Raúl—. La policía ha hablado con varios estudiantes que los vieron juntos en un bar esa misma noche.

Jennifer tenía un vago recuerdo de que Julia le había dicho algo al respecto.

—Yo hablaré con ella. Por favor, déjenme que la vea.

Cuando Jennifer entró en la sala de interrogatorios, Emma estaba sentada a la mesa, con la cabeza apoyada sobre los brazos. Levantó la vista y la cara se le iluminó al ver a su madre.

—¡Mamá! —respiró aliviada—. ¡Cuánto me alegro de que hayas venido!

Pese a la gravedad de la situación, las palabras de su hija fueron un consuelo para Jennifer. Se sentó a su lado y tendió dubitativamente una mano para acariciarle un brazo.

—Claro que he venido, mi cielo. Ya sabes que yo vengo siempre que me necesitas.

Entonces fue Emma quien se derrumbó.

—Tienes que perdonarme, mamá, por el modo en que me he estado comportando —dijo entre lágrimas—. Lo siento mucho, pero estaba asustada y preocupada, y pensaba que papá y tú estaríais furiosos y decepcionados conmigo, y no sabía qué hacer.

Lloraba con tanta intensidad que no era fácil comprender lo que decía.

—Tranquila, no hace falta que te disculpes. Te entiendo —señaló Jennifer, acercándose un poco más para abrazarla.

—No, no puedo estar tranquila. Nunca más podré estar tranquila.

—Pase lo que pase, lucharemos juntas. Y también papá y todos nosotros. Pero tienes que decirme exactamente qué pasó, para que pueda ayudarte.

Emma se apartó de su madre con brusquedad.

—Te lo he dicho. Se lo he dicho a todos. Insisten en que una persona de baja estatura no podría haber causado esa herida. No lo sé, no lo medí. ¡Lo único que sé es que él estaba allí! —Volvió a estallar en un mar de lágrimas—. ¿Por qué nadie me cree?

—Olvídate de eso, Emma. Háblame sólo de Paco.

La chica dejó de llorar.

—¿Por qué? —Sorbiéndose la nariz, se enjugó las lágrimas—. Es la obsesión de todos. Paco no tiene nada que ver con todo esto.

—Lo sé. Yo te creo, pero tenemos que encontrarlo. Dicen que niegas haberlo visto el día del asesinato, pero hay gente que...

Emma la interrumpió:

—No fue un asesinato. Fue en defensa propia.

—Sí, claro. Me refiero al día en que ese chico murió, fuera como fuese. La policía sabe que viste a Paco ese día. Varias personas os vieron juntos. ¿No entiendes que, si

mientes respecto a eso, creerán que mientes respecto a todo lo demás?

Emma bajó la vista. Llevaba las uñas pintadas de azul y el esmalte empezaba a descascararse. Se las miró un momento, concentrada en quitarse con una uña los restos de esmalte que le quedaban en otra. No dijo nada.

—Escucha, Emma, he encontrado a la persona perfecta para ayudarnos. Es detective, pero también tiene mucha experiencia con la justicia y sabe lo que hay que hacer en cada situación. Intentará encontrar otros testigos que confirmen tu versión. Pero nadie puede hacer nada si no nos ayudas a localizar a Paco. Si es cierto que no está involucrado en nada de esto, como tú dices, ¿de qué tienes miedo?

Emma dejó escapar un largo suspiro y habló en voz tan baja que Jennifer tuvo que aguzar mucho el oído para entender lo que decía.

—Es cierto que no sé dónde está. Le he enviado un correo electrónico, pero no me ha contestado.

—¿Se lo has dicho a la policía?

—No.

—¿Se lo dirás ahora? ¿Dirás la verdad acerca de tu relación y confesarás que estuviste con él aquella noche?

Emma lanzó a su madre una mirada penetrante y después se puso de pie y empezó a ir y venir por la sala.

—No estuve con él aquella noche. Hay muchas cosas que tú no sabes, mamá, muchas cosas que jamás podrás entender. Pronto empezarán a salir a la luz y sé que te las presentarán de la peor manera posible. ¿Intentarás no juzgarme con demasiada severidad? ¿Te pondrás de mi parte?

—Por supuesto que sí. Pero ¿a qué te refieres? ¿Son cosas muy malas?

—No puedo decírtelo. Me odiarías.

—Imposible. Jamás podría odiarte. Cuéntamelo, Emma. Sea lo que sea, será mejor que me entere por ti.

—No puedo; de verdad, no puedo. Todavía no. Pero si oyes cosas desagradables, recuerda que nunca he hecho nada por una mala razón. —Sus ojos volvieron a llenarse de lágrimas—. No soy una mala persona, mamá, te juro que no. Tú me conoces. Y Paco tampoco es malo. Tienes que creerme.

Jennifer estaba asustada.

—Confío en ti, pero tienes que decirme qué puedo esperar. Sé más de lo que tú crees. Paco trafica con drogas, ¿verdad? Dejó la carrera y se gana la vida vendiendo drogas a los estudiantes. ¿Era eso lo que no querías que yo supiera?

Deliberadamente, mantuvo un tono uniforme, con la esperanza de que Emma no notara ningún matiz de condena en su voz.

Pero en lugar de aliviar la tensión, sus comentarios enfurecieron a su hija, que endureció el gesto y se puso a gritar:

—¿Lo ves? Ya sabía que no ibas a entender nada. Ni siquiera puedes decirlo de manera neutral. ¡Escúchate a ti misma! Haces que Paco parezca un malvado que se

aprovecha de unos pobres estudiantes inocentes.

Entonces fue Jennifer quien se puso furiosa.

—Y ¿qué es lo que hace, exactamente? ¿De qué otra manera puedes describir sus actividades?

—Esos estudiantes no son niños. Saben muy bien lo que hacen y lo que quieren. ¿Has visto que hay muchos estudiantes procedentes de toda Europa? Vienen con una beca llamada Erasmus. ¿Sabes cómo los llaman? ¡Los *Orgasmus*! Y ¿sabes por qué? Porque son tremendamente promiscuos, se pasan el día de fiesta y toman todas las drogas que pueden. Si Paco no se las vendiera, otro se las vendería en su lugar. Y Paco no lo hace por beneficio propio, sino para contribuir a muchas buenas causas. Utiliza el dinero para ayudar a gente pobre, a personas que no consiguen empleo y no pueden alimentar a sus familias.

—Sí, ya me lo habías dicho.

Jennifer habría querido saber hasta qué punto estaba involucrada Emma en el tráfico de drogas, pero se daba cuenta de que por ese camino no llegaría a ninguna parte. Lo más importante era que su hija cooperara para encontrar a Paco. Del resto podrían ocuparse más adelante.

—Creo que ahora lo entiendo —dijo por fin en voz baja—. ¿Era esto lo que te preocupaba que supiéramos?

—En parte.

—¿En parte? ¿Hay algo más? Por favor, cuéntamelo. Confía en mí, Emma.

Su hija se sentó, hizo una inspiración profunda y exhaló el aire por la boca, dejando escapar un ligero silbido.

—No puedo, mamá, lo siento. Ahora vete. Pero te prometo que le contaré a la policía todo lo que pueda.

Jennifer quiso hacer un último llamamiento a la sensatez antes de marcharse.

—Emma, espero que te des cuenta de la gravedad de la situación. Quieres proteger a tu novio, porque eres leal, y yo te admiro por eso. Pero ¿estás dispuesta a pasar años encerrada en una cárcel española por algo que no has hecho? Si Paco es inocente y es buena persona, debería venir para ayudarte. Si es buena persona y es culpable, no debería permitir que tú cargases con su culpa. En cualquier caso, debería estar aquí, a tu lado.

—¿Culpable de qué, mamá?! —gritó Emma con profunda irritación—. ¿No te he dicho mil veces que ni siquiera estaba presente?

Jennifer intentó calmarla.

—Muy bien, te creo. Pero la policía necesita hablar con él. Tarde o temprano, lo encontrarán. Y si tú colaboras, será mejor para ti.

Emma pareció serenarse.

—Te quiero mucho, mamá —murmuró—. Pero creo que ahora deberías irte. No te preocupes por mí. Sé lo que hago. Todo saldrá bien.

Se volvió y fijó la vista en la pared opuesta. Jennifer la besó en el pelo. Sin dejar

de acariciarla, le habló suavemente al oído. Le suplicó una vez más que se lo contara todo a la policía y le recordó que debía hablar primero con José y ofrecerle pistas útiles para la investigación de Roberto. Sin volverse para mirarla, Emma asintió con la cabeza y buscó la mano de su madre para apretársela con cariño. Jennifer se separó de ella y se dirigió despacio hacia la puerta. Pero antes de que saliera de la sala, Emma se precipitó hacia ella, la abrazó con fuerza y apoyó un momento la cabeza sobre su pecho. Jennifer la estrechó entre sus brazos, en un familiar gesto de consuelo. ¿Cuántas veces y en cuántas circunstancias había abrazado de esa manera a su hija para ayudarla a superar todo tipo de contrariedades, grandes y pequeñas? Ese acto físico desencadenó en ella un impulso tan intenso de ofrecer a su hija su protección maternal que la sensación llegó a resultarle dolorosa. Salió de la sala mucho más preocupada que antes, pero también, de algún modo, menos vacía y confusa. Sabía qué hacer. Emma había vuelto a ser la de siempre y necesitaba a su madre. Eso, por lo menos, era terreno conocido. Jennifer no pensaba defraudarla.

Después de visitar a Emma, Jennifer volvió al hotel para llamar a Mark y ponerlo al corriente de todo lo sucedido. La reacción de su marido al enterarse de que el novio de Emma se dedicaba al tráfico de drogas fue de preocupación, pero no de excesiva sorpresa. Comprendía la vulnerabilidad de su hija ante una persona que se había aprovechado de su ingenuidad y de lo que él denominaba «el sentimiento de culpa de la clase media estadounidense» para convencerla de que solamente actuaba con el propósito de ayudar a los pobres.

—Quizá no estaba preparada, Jen. Tal vez no tenía la madurez suficiente para viajar sola. No deberíamos habérselo permitido.

—Ese punto de vista es negativo e injusto —replicó ella—. Emma siempre ha tenido un corazón enorme y un fuerte sentido de la justicia, y por lo visto ese tipo se aprovechó de ella y la llevó por el mal camino. ¿Cómo podíamos saber que sucedería algo así? Muchísimas chicas de su edad viajan a Europa en el penúltimo año de carrera. Parecía un plan perfecto para Emma.

Le recordó a su marido cuánto los enorgullecía la sensibilidad de su hija ante las necesidades de las personas más desfavorecidas.

—¿Recuerdas cuando participaba en el Proyecto Inocencia? —le preguntó—. ¿Recuerdas que siempre pensaba que todas las condenas eran injustas?

—Sí, claro —contestó él—. Me emocionaba verla tan idealista. Pero ahora, después de todo lo que me has contado, creo que debería haberme preocupado un poco más.

A Jennifer no le gustaba el giro que estaba tomando la conversación. Cuando terminó de hablar con su marido, se sintió vagamente incómoda y se preguntó qué podía hacer. Eran las 12.45, demasiado pronto para la comida del mediodía, que por lo general empezaba en torno a las dos, y un poco tarde ya para el aperitivo. Salió del hotel y se puso a caminar sin rumbo. Pasó delante de un café y decidió entrar y sentarse a una mesa junto a la ventana. Mirando a su alrededor, se fijó con curiosidad en el chocolate con churros que estaba tomando una señora y que ella veía por primera vez en su vida. Cuando se le acercó una camarera, le pidió esos mismos bastones de pasta azucarada. Calientes y mojados en chocolate, le parecieron deliciosos.

Quizá por los churros o por el simple hecho de haberse tomado un momento para sí misma, su estado de ánimo mejoró y empezó a pensar en el siguiente paso. Quería hacer algo más para ayudar a Emma. Entonces recordó a la amiga de su hija que la había llamado por teléfono, y sacó el móvil para buscar la información de contacto que le había enviado por correo electrónico. Ahí estaba: Julia Zimmerman. Vivía en la calle Betis, en Triana, el mismo barrio frecuentado por estudiantes que había visitado con Emma. Julia había incluido en su mensaje dos números de teléfono. Jennifer eligió uno de los dos al azar y llamó.

—¿Diga? —respondió alguien en español.

Como no reconoció la voz, Jennifer preguntó por Julia, y cuando se presentó, su interlocutora pasó de inmediato a hablarle en inglés sin acento.

—Soy su compañera de piso —dijo—. El número al que ha llamado es el de mi móvil. Julia está en clase, pero sé que tiene muchas ganas de hablar con usted. Saldrá dentro de un momento. ¿Tiene su teléfono?

Jennifer le dio las gracias y le dijo que sí.

—Señora Lewis, me llamo Melanie, y yo... yo también conozco a Emma. Lamento muchísimo lo que ha pasado.

—Agradezco tu interés, pero creo que todo ha sido un terrible error. Estoy segura de que dentro de muy poco Emma volverá a clase con vosotras.

Hubo una pausa incómoda y finalmente Melanie murmuró «Sí, ojalá», y colgó.

Jennifer llamó entonces al otro teléfono y enseguida obtuvo como respuesta un saludo susurrado. La clase estaba a punto de terminar, y Julia le propuso encontrarse en la universidad. Como el hotel de Jennifer estaba al lado y quería ver el sitio donde Emma había pasado muchas horas estudiando, acordó encontrarse con Julia delante de la fuente del patio.

Al salir de la sala con aire acondicionado del café, el bochorno del aire húmedo y caliente bajo un sol despiadado le pareció menos insoportable, gracias a los tonos ámbar y rosa pálido de los edificios circundantes y al omnipresente perfume de los azahares. Hizo una inhalación profunda. ¿Cómo no había advertido antes esa fragancia? Era similar a la de las adelfas, que ya había notado, pero todavía más dulce. Anduvo hasta llegar a la explanada exterior de la universidad, empujó una pesada verja de metal labrado y entró en un patio adyacente, donde había varios estudiantes caminando alrededor de la fuente central o apoyados en el reborde de piedra. Algunos leían y otros conversaban animadamente, pero Jennifer reparó enseguida en una chica sentada aparte.

Julia era una joven menuda y de rasgos delicados, con el pelo de un castaño tan oscuro que parecía casi negro, recogido en una larga coleta. Vestía vaqueros y una camiseta con la palabra «Sevilla» impresa en grandes letras mayúsculas y la imagen de un toro visto de perfil. Era un detalle abiertamente turístico que sorprendió a Jennifer, porque Emma, a diferencia de su amiga, parecía mucho más interesada en confundirse con los lugareños. Julia se bajó con movimientos gráciles del borde de la fuente y fue a su encuentro.

—¿La señora Lewis? —le preguntó en inglés.

Su piel pálida parecía no haber recibido nunca los rayos del sol, y el contraste volvía más llamativos sus ojos oscuros, maquillados con rímel negro. Jennifer la saludó y le preguntó si había algún lugar donde pudieran hablar en privado.

—Vivo en Triana —respondió Julia—. ¿Ha estado ya allí?

Jennifer respondió que sí, pero que le encantaría volver.

—¿Le gustaría ver mi apartamento? Allí podríamos hablar tranquilas.

—Estaría muy bien —dijo ella—, pero no quiero causarte ningún problema.

—No me causará ningún problema, señora Lewis. Aunque le advierto que está todo un poco desordenado. Espero que no le importe.

Jennifer se echó a reír.

—No, en absoluto. Estoy acostumbrada.

Sintió entonces el aguijón de la nostalgia al recordar el caos que Emma dejaba en su habitación cada vez que invitaba a sus amigas a dormir en casa. A Jennifer le encantaba la relación que mantenía con las amigas de su hija. Ella era la madre con la que todas querían hablar, la que entendía todo lo que sus padres no podían entender, la que prestaba oídos a todos sus problemas. Aunque Julia era una amiga nueva de Princeton, podría haber sido una de sus antiguas amigas, una de las muchas niñas guapas, amables e inteligentes que habían pasado por la vida de Emma a lo largo de los años. La mayoría de las madres de las otras chicas pasaban mucho menos tiempo en casa porque estaban ocupadas con sus trabajos. Por eso Jennifer era la encargada de recibir en casa a todas las niñas del barrio y abastecerlas de leche y galletas cuando eran pequeñas, y de proporcionarles un lugar seguro para reunirse y charlar cuando llegaban a la adolescencia. Estaba muy orgullosa del afecto que le demostraban, y sabía que Emma también se enorgullecía. Cuando se disponía a preguntarle a Julia por su procedencia, ella empezó a hablarle de la universidad.

—Ya que estamos aquí, quizá le gustaría dar una vuelta y conocer un poco el lugar —propuso—. Aquí se imparten todas nuestras clases. El edificio data del siglo XVIII. Es una antigua fábrica de tabaco, ¿sabe? En otra época, España poseía un gran monopolio de la manufactura del tabaco, y toda la industria tenía su centro aquí. Dicen que fue la inspiración de Bizet para *Carmen*, aunque también podría ser que sacara la idea de un libro sobre aquel período ambientado en Sevilla. —Hizo una pausa, ignorando cortésmente el silencio de Jennifer—. Cuando llegamos, Emma y yo hablábamos a menudo de *Carmen* y de la pasión que hay en su historia, y decíamos que, desde que estábamos en Sevilla, podíamos entenderla. Hay algo en el calor y en la intensidad de la luz que inspira pasión, exaltación... Las dos lo sentíamos, y yo aún lo siento. Cuando vi en la feria a aquellas guapísimas mujeres españolas vestidas con sus fabulosos trajes de flamenca, no pude evitar pensar en Carmen e imaginarla aquí mismo, quizá en este mismo patio.

Señaló con un gesto la fuente, donde todavía había varios estudiantes reunidos, charlando animadamente.

Jennifer sonrió con frialdad y Julia pareció turbada. Cambiando de tema con brusquedad, le recordó a Jennifer que Triana se encontraba a unos veinte minutos andando y le preguntó si prefería coger el tranvía. Jennifer respondió que le haría bien pasear un poco, de modo que se pusieron en marcha, pasando por el hotel Alfonso XIII y los fragantes Jardines de Cristina, para luego seguir junto al río por el paseo Marqués del Contadero, hasta el puente de Triana. Después de atravesarlo, llegaron a la plaza del Altozano y Jennifer reconoció la escalera que aparecía en la

fotografía del periódico, donde se veía a Emma sentada en los peldaños en compañía de unos amigos, con una cerveza en la mano y volviéndose entre risas en dirección al fotógrafo. Un poco más adelante estaba la calle Virgen del Valle, donde vivía Julia. Jennifer quedó maravillada por las preciosas callejuelas empedradas de recorrido sinuoso, y Julia le hizo ver la cantidad de tiestos con flores que adornaban los balcones de las casas pintadas de color crema. De vez en cuando, a lo largo del paseo, podían asomarse entre edificios o espiar brevemente por un portal abierto y descubrir un patio de gran belleza, oculto detrás de la fachada.

Finalmente, Julia se detuvo delante de una de esas fincas y abrió con su llave la puerta principal. Su casa era un pequeño apartamento de dos dormitorios, acondicionado con el tipo de mobiliario barato que caracteriza las viviendas de los jóvenes en todas partes. Le ofreció a Jennifer un café, que ella aceptó por pura cortesía. Mientras Julia ponía a hervir el agua para el Nescafé, Jennifer miró a su alrededor. Era el tipo de apartamento que había imaginado para Emma. Había libros dispersos sobre la mesa y el suelo, y carteles de espectáculos de flamenco, junto a una reproducción de un cuadro de Miró pegada a la pared con cinta adhesiva. El fregadero estaba lleno de platos sucios, pero todo lo demás estaba más ordenado de lo que esperaba.

—Me gusta mucho tu casa —dijo aceptando la silla que Julia le ofrecía—. Es tan diferente del apartamento de Emma que...

—De hecho, Emma vivió un tiempo conmigo —replicó la chica, mientras echaba cucharadas de Nescafé en dos tazas altas—. Compartimos este piso, hasta que...

—¿Hasta cuándo? —le preguntó Jennifer, al ver que no terminaba la frase.

—Hasta que se fue a vivir con Paco.

—Ah.

Julia puso sobre la mesa un paquete de galletas.

—¿Ya ha vuelto Paco? —preguntó.

—No. La policía lo está buscando. ¿Tienes alguna idea de dónde puede estar?

Julia vertió el agua caliente en las tazas. Una de ellas tenía el asa rota. Le dio la otra a Jennifer.

—¿Azúcar? ¿Leche?

—No, nada, gracias.

Julia se sentó frente a Jennifer.

—Señora Lewis, quiero hacer todo lo que pueda para ayudar a Emma. En Princeton no la conocía mucho, pero cuando llegamos aquí nos hicimos amigas. No sé cuánto sabe usted acerca de Paco...

—Sé algunas cosas —dijo Jennifer—. Ninguna buena. ¿Qué sabes tú?

—Es un tipo mayor, una especie de activista político.

—Me he enterado de que trafica con drogas.

Julia se movió en el asiento, visiblemente incómoda.

—Bueno, creo que vendía un poco de droga para financiar sus actividades.



—Ya veo. Y ¿Emma consumía?

—No, no creo —se apresuró a contestar Julia—. Emma se implicó mucho en las causas que él defendía y dejó de prestar atención a todo lo demás. Decía que Paco le había abierto los ojos. Él le mostró el sufrimiento de la gente pobre, sobre todo en su pueblo. La hizo sentirse culpable de ser como era. Ella quería ayudar y, además, ya sabe, era su pareja.

—Sí, eso me han dicho. ¿Cuándo se fue a vivir con él?

—Hace unos meses. —Julia hizo una pausa, como para escoger cuidadosamente las palabras—. Verá, he estado pensando si debía contárselo todo o no. Pero, como al final todo saldrá a la luz, creo que lo mejor será decirle la verdad.

Jennifer se puso visiblemente tensa.

—Sí, claro. Por favor.

—Dejó los estudios. Se mudó, dejó de asistir a clase y se puso a trabajar con él todo el día.

—Dios santo —murmuró Jennifer, mordiéndose el labio superior. Pero enseguida se rehízo e intentó no demostrar la magnitud de su angustia, por miedo a que Julia dejara de hablar—. ¿Dices que trabajaba con él? ¿Cómo? ¿A qué se dedicaba ese hombre?

—No lo sé. —Julia tenía la vista fija en la mesa, de la que intentaba despegar un trozo de mermelada seca con la uña—. Creo que simplemente vendía droga.

Jennifer asintió despacio. Cada vez le resultaba más difícil disimular su agitación.

—Mire, señora Lewis, Emma creía en él. Lo veía como una especie de Robin Hood. Decía que estaba intentando formar un grupo de activistas entre los estudiantes, para influir en la política. Quería asaltar los supermercados y robar comida para dársela a los pobres. Emma pensaba que eso era mucho más importante que cualquier cosa que pudiera aprender en la universidad. Yo discutía con ella. Todos discutíamos. Pero ella sólo lo escuchaba a él y pensaba que estaba haciendo lo correcto.

—Lo correcto —repitió Jennifer, como un eco—. Y ahora, una persona ha muerto y ella está en la cárcel.

—¿En la cárcel? —preguntó Julia indignada—. ¿Por qué? ¿Estuvieron a punto de violarla! Siento mucho que ese chico haya muerto, pero ¿cómo pueden culparla a ella?

—No lo sé —respondió Jennifer.

Ni siquiera había tocado el Nescafé y las galletas que Julia había puesto sobre la mesa, pero se incorporó para marcharse.

—Muchas gracias, Julia —dijo—. Ahora tengo que irme y tratar de asimilar todo esto. Me has ayudado mucho.

La chica la acompañó a la puerta.

—Lo siento, señora Lewis. Espero haber hecho lo correcto al contárselo. Estoy segura de que todo se solucionará. Si puedo hacer algo por ustedes, no dude en

llamarme.

—Quizá le haría bien a Emma que tú la visitaras.

Julia pareció vacilar.

—No sé. Últimamente no estábamos muy unidas.

—Te entiendo. —Abrió la puerta—. Gracias —repitió, y volvió a salir al aire luminoso y perfumado de la tarde.

¿Era eso lo que había querido decir Emma cuando le había advertido que se enteraría de cosas que no entendería? Si era así, había acertado. No lo entendía. ¿Cómo podía haber sido tan estúpida? ¿Cómo era posible que una chica como ella, tan lista y sensata, se hubiera dejado engatusar de ese modo? ¿Qué demonios estaba haciendo con un traficante? ¿No habían hablado mil veces del peligro de las drogas? ¿No le había prometido Emma que nunca las consumiría, ni se mezclaría jamás con gente que las consumiera? Debería haber sido como Julia, que vivía en un apartamento muy bonito, en una calle empedrada, y estudiaba en la universidad. Pero, en lugar de eso, estaba en la cárcel, ¡por el amor de Dios!, y el Robin Hood de su novio se había esfumado.

Jennifer trató de serenarse. Todo eso era superfluo. El núcleo del problema era que un hombre había intentado violar a su hija y que, de alguna manera, afortunadamente, un desconocido la había salvado. Sin embargo, a menos que consiguieran localizarlo, su hija seguía siendo sospechosa de homicidio. ¿Dónde podía estar ese chico? ¿Qué más podía hacer ella? Si al menos el desconocido apareciera, Jennifer podría llevarse a Emma a casa y tener una larga conversación acerca de la insensatez de mezclarse con ese tal Paco y dejar los estudios. Quizá fuera conveniente consultar a un psicólogo. «¡Es tan ingenua! —pensó, ablandándose otra vez por dentro—. Se cree que todo el mundo es igual de bueno que ella.» Pero ¿cómo había causado su ingenuidad un problema tan grande?

Se dirigió andando al hotel en estado de pánico creciente, sin prestar atención al camino, hasta darse cuenta de que se había perdido. Sacó del bolso el plano de la ciudad, pero no podía concentrarse y cada vez que llegaba a un cruce giraba en la dirección equivocada, por lo que se fue alejando cada vez más del hotel. Al final, se dio por vencida y paró un taxi. Cuando llegó a su habitación, se sentó en la cama y permaneció varios minutos con la mirada fija en la pared, tratando de ordenar sus pensamientos. Llamó a Mark, pero June, su secretaria, le dijo que estaba en los juzgados. Habría querido hablar con Eric y con Lily, pero sabía que estaban en el colegio. Se puso a ir y venir por la habitación. No había comido nada desde el chocolate con churros y empezaba a tener hambre, pero no quería salir en busca de un restaurante. Encendió el televisor y buscó el canal en inglés. No había nada que le apeteciera ver —sólo un programa de cocina—, así que lo apagó. Al final, cogió el teléfono y llamó a Roberto.

Saltó el buzón de voz y ella dejó un mensaje: «Roberto, soy Jennifer Lewis. Realmente necesito hablar con usted. Es urgente. Llámeme, por favor, al hotel».

Entonces oyó un chasquido.

—No hace falta, señora. Estoy aquí —dijo el detective.

—¿Siempre filtra sus llamadas?

—Siempre.

—Acabo de hablar con una amiga y compañera de clase de mi hija. Me he enterado de algunas cosas bastante alarmantes. Me gustaría hablar con usted, si tiene tiempo.

Hubo una pausa, mientras Roberto consultaba su agenda.

—Podríamos reunirnos dentro de dos horas. ¿Le parece bien venir a mi despacho?

—Sí, desde luego, lo que usted diga.

—De acuerdo, entonces. Nos vemos a las cinco.

Tenía dos horas muertas. Se lavó, se arregló y volvió a salir del hotel. En el quiosco, compró un ejemplar del *International New York Times*, y después se sentó en una terraza y pidió café y un poco de jamón serrano. Aunque le costaba concentrarse en las noticias, miró el periódico por encima para asegurarse de que no había ningún artículo que hablara de Emma. Mientras estudiaba a los clientes de la terraza y contemplaba a los transeúntes inmersos en sus vidas, se puso a imaginar sus historias: quiénes eran y adónde iban. Así se le pasó el tiempo, hasta que consultó el reloj y vio que ya era hora de marcharse.

Cuando llegó, Roberto estaba atendiendo a otra persona, de modo que se sentó en la sala de espera. Al cabo de quince minutos, salió del despacho una mujer de aire moderno, vestida enteramente de negro, que desprendía una sensación inconfundible de clase y dinero. Jennifer se preguntó si habría contratado a Roberto para averiguar si su marido la engañaba. El detective cerró la puerta cuando la mujer se marchó y volvió a abrirla después de unos minutos para hacer pasar a Jennifer. Como ya había oído por teléfono el tono perentorio de su voz, estaba preparado. Le habló antes de que ella dijera nada.

—Imagino que habrá descubierto que su hija abandonó los estudios, ¿me equivoco?

—¿Lo sabía? ¿También sabía que se había ido a vivir con su novio?

—Sí, señora.

Jennifer experimentó un destello de rabia.

—Y ¿cuándo pensaba informarme?

—Cuando lo creyera conveniente —replicó él con calma—. Hay muchas cosas que podría contarle, y ésa no me parece la más importante.

—Eso debería juzgarlo yo.

—Si pudiera juzgar adecuadamente ese tipo de cosas, no me necesitaría a mí. Pero estamos perdiendo el tiempo. Le diré lo que sé.

Se levantó, se sirvió una copa de Jerez y le ofreció una a Jennifer, que la rechazó.

—¿Sabe qué es la Feria de Abril? —le preguntó él.

—No del todo —respondió ella con impaciencia—. ¿Algún tipo de fiesta tradicional?

—Sí, algo así. Dura diez días y la celebramos todos los años, un par de semanas después de Semana Santa. Es una tradición en toda Andalucía: en Granada, en Córdoba, en todo el sur de España... La gente viste sus trajes tradicionales y hay

música y exhibiciones ecuestres. El recinto de la feria se llena de más de un millar de casetas iluminadas, que pertenecen a familias pudientes de Sevilla o a agrupaciones sociales o religiosas. Hay fiesta en las calles y también en las casetas, en las que sólo se puede entrar si se tiene invitación. Las mujeres van vestidas de flamencas, y los hombres, de traje corto, compuesto por chaquetilla, chaleco y pantalón, y todos bailan sevillanas y beben bastante. La feria se celebra desde hace más de ciento cincuenta años.

Jennifer lo interrumpió:

—No querría ser grosera. Le aseguro que me gustaría haber venido para hacer turismo, porque entonces podría apreciar sus costumbres y tradiciones, pero estoy en Sevilla a causa de mi hija, y acabo de enterarme de algunas cosas bastante inquietantes. ¿Podríamos hablar de mi hija, por favor?

Roberto sonrió.

—Comprendo su impaciencia, pero tendrá que confiar en mí. Lo que le estoy contando le interesa. Permítame que continúe.

Jennifer asintió.

—El chico español que resultó muerto, Rodrigo Pérez, era miembro de una familia muy importante y acaudalada de Sevilla. Había crecido en Almería, donde trabajaba su padre, pero sus raíces estaban aquí. Su familia monta todos los años una caseta. El chico murió la última noche de la feria, tras salir de casa con más de mil euros encima para pagar algunos gastos de personal y de abastecimiento de la caseta. Cuando encontraron el cuerpo en el apartamento de su hija, tenía los bolsillos vacíos. La policía cree que le robaron.

—Eso ya me lo habían dicho —se apresuró a replicar Jennifer—. Pero he estado pensando. Quizá el inmigrante argelino que salió en defensa de Emma se llevó el dinero. ¿No le parece posible? Quizá no se entrega a la policía precisamente por eso.

—Ahora mismo, todo es posible. La policía no sabe nada. Tal vez al chico le robaron antes de entrar en el piso de Emma. O quizá perdió el dinero. Lo único seguro es que no llegó a pagar al personal, ni las facturas, y que el dinero desapareció. Puede que Emma sepa algo al respecto.

—¿Se lo han preguntado?

—Sí. Dice que no sabe nada.

Jennifer cambió de posición en la silla.

—Bueno, entonces ya está. Seguramente estaba tan alterada por toda la experiencia, por la pelea y la muerte violenta, que ni siquiera reparó en si el argelino le quitaba el dinero al muerto. Puede que ese chico no vuelva a aparecer nunca más. Si tenía suficiente para pagarse el viaje, quizá se haya ido de regreso a Argelia.

Roberto se la quedó mirando durante un rato que pareció bastante largo, sin decir nada.

—Puede ser —repuso al fin.

—Creo que ahora le aceptaré esa copa de Jerez —dijo Jennifer—. Volveré a

visitar a Emma mañana por la mañana, para preguntárselo yo misma. A mí no me mentirá.

Roberto parecía perdido en sus pensamientos. Jennifer estaba inquieta. Se bebió el Jerez y pidió otra copa, que el detective le sirvió enseguida.

—Emma asegura que no vio a Paco la noche del crimen —señaló lentamente Roberto—. Dice que salió con unos amigos, y ellos lo confirman. Pero hay otros estudiantes que juran haberla visto con Paco en un bar, esa misma noche, un poco antes. ¿Por qué razón podría su hija mentir al respecto?

Jennifer llevaba unos segundos mirando fijamente las volutas de la alfombra. Sus pensamientos habían volado hacia Lily, que ese día tenía un ensayo de los exámenes oficiales. Se preguntaba cómo le habría ido. Le habría gustado saber si Mark la había hecho estudiar en su ausencia. De pronto comprendió lo nimias y poco importantes que eran todas esas preocupaciones, en comparación con las adversidades que estaba padeciendo su hija mayor. Y ¿cómo estaría Eric? ¿La echaría de menos? ¿Se sentiría abandonado? Otra idea le vino a la mente: ¿qué pasaría si la prensa estadounidense empezaba a difundir la historia? ¿Qué pensarían sus hijos? ¿Qué les diría Mark a sus amigos? ¿Cómo reaccionarían sus padres, que defendían heroicamente el fortín del hogar en Filadelfia? ¿Cómo se sentirían, si todos sus problemas se hacían públicos? Y ¿qué pasaría en Princeton? ¿Expulsarían a Emma de la universidad?

—¿Señora Lewis? —la llamó Roberto, interrumpiendo el hilo de sus reflexiones—. ¿Me está escuchando?

Ella lo miró sobresaltada.

—Disculpe. ¿Qué ha dicho?

—Le he preguntado por qué cree que Emma afirma no haber visto a Paco la noche del crimen, si es cierto que lo vio.

De inmediato, Jennifer volvió a prestarle atención.

—No lo sé. No creo que podamos tomar en serio las declaraciones de unos cuantos chiquillos borrachos en una noche de fiesta. Pero hay algo que he estado pensando. ¿Por qué ha desaparecido Paco? Quizá Emma se puso en contacto con él de alguna manera, después de la muerte de ese chico, para pedirle ayuda. Tal vez él se llevó al argelino a algún sitio, para esconderlo. Quizá sea por eso por lo que no está aquí y nadie puede encontrarlo.

Roberto consideró la idea.

—Sí, es posible —repuso.

Estuvo meditando un momento y finalmente se puso de pie, cogió una de las hojas llenas de anotaciones que tenía apiladas sobre la mesa y se la tendió a Jennifer.

—Pronto lo sabremos —dijo.

Incapaz de entender las notas en español en la hoja que le había pasado el detective, Jennifer levantó la vista confusa y desconcertada.

—¿Cómo? —preguntó.

—Él mismo nos lo dirá. La policía lo ha localizado. Mañana llega a Sevilla.

Roberto le explicó que no sabrían nada más hasta el día siguiente. La policía citaría a Paco y empezaría a interrogarlo, pero las autoridades no revelarían nada hasta que lo creyeran oportuno. Suponía que a Paco le asignarían un abogado de oficio. José podría averiguar quién era y quizá hablar con él, pero eso no sería posible hasta un par de días más adelante. Por el momento, no había nada que hacer, excepto esperar.

—Y cenar, por supuesto —dijo Roberto—. ¿Le apetece cenar conmigo? Será mejor que sufrir sola en el hotel y llamar al servicio de habitaciones, ¿no cree?

Jennifer se lo agradeció.

—Sí, mucho mejor, gracias. Pero no quiero que se sienta obligado. Si tiene otra cosa que hacer...

—Si tuviera otra cosa que hacer no se lo habría propuesto —replicó él con una sonrisa—. Me encantará cenar con usted por lo mismo que usted se alegra de cenar conmigo. Necesito distracción y agradezco la oportunidad de cenar acompañado, en lugar de quedarme solo en casa rumiando mis problemas.

Jennifer se dio cuenta de que el detective hacía una pausa para que ella le preguntara cuáles eran sus problemas, pero ella creía conocerlos ya. Roberto se había separado y vivía lejos de su hija. Se lo había dicho en cuanto la había conocido, y era bastante evidente que necesitaba hablar con alguien al respecto. Jennifer no le hizo la pregunta esperada, pero pensó que probablemente se la haría, si el tema volvía a surgir después.

—Además —prosiguió él—, hay varios aspectos más de este caso que deberíamos tratar. Será más agradable hablar de todo ello mientras cenamos.

Jennifer asintió. Aunque para ella ya era la hora cenar, ningún español se habría sentado a la mesa a las seis de la tarde, por lo que tuvo que volver en taxi al Alfonso XIII, con la determinación de descansar un poco, antes de reunirse con el detective en el restaurante acordado. En cuanto a la hora, él le había sugerido las diez, pero ella había logrado que aceptara las nueve y media, aduciendo que aún no estaba habituada a los horarios españoles. Una vez en su habitación, se quitó los zapatos y se tumbó en la cama. Cerró los ojos para dormir un poco, pero no logró conciliar el sueño. Probó a contar hacia atrás desde cien —una estrategia que casi nunca le funcionaba—, y tuvo tan poco éxito como de costumbre. Finalmente, se dio por vencida y decidió telefonar a Mark para contarle las últimas noticias de Paco. Lo llamó con el móvil, pero la precaución de meterse en el baño y abrir el grifo para que nadie la oyera la hizo sentirse tonta y paranoica. Logró contactar con su oficina, pero su secretaria le dijo que acababa de salir a almorzar con un cliente, por lo que al final le envió un mensaje de correo electrónico para contarle brevemente lo sucedido y prometerle que le ampliaría la información en cuanto supiera algo más.

Estaba a punto de dejar el teléfono, pero se arrepintió y marcó el número de su mejor amiga, Suzie Berenstein. Había decidido confesarle que le había mentado y que

no era cierto que todo fuera bien; de hecho, nada iba bien, estaba preocupada, tenía miedo y la necesitaba más que nunca. Le pediría discreción. Estaba segura de que Suzie le guardaría el secreto, como cuando le había revelado sus dudas antes de casarse con Mark, o cuando años después le había confiado la sospecha de que su marido estaba teniendo una aventura, sospecha que había resultado sin fundamento. Mark se había alejado notoriamente de ella, aduciendo que estaba pasando una mala temporada en el trabajo. Al hablarlo con Suzie, Jennifer había comprendido la necesidad de hacer un esfuerzo para acercarse a su marido y recuperar al menos una parte de su antigua intimidad. Había estado tan ocupada con los niños y tan centrada en ellos —como le había hecho notar su amiga— que era natural que Mark se distanciara un poco de ella. Jennifer le había dado la razón, pero en aquel momento no se había preocupado demasiado. Los niños estaban creciendo maravillosamente bien y estaba más que convencida de que el orgullo compartido con su marido serviría para apuntalar su matrimonio. Ya tendrían tiempo de cultivar su relación cuando se quedaran los dos solos en casa, el día en que incluso el pequeño Eric se fuera a la universidad y ella quedara libre de sus responsabilidades maternas cotidianas.

Le había prometido a Mark que no hablaría con nadie de los problemas de Emma, pero se le hacía demasiado difícil prescindir de la ayuda de Suzie, sobre todo sin la compañía de su marido y con una hija que se comportaba de manera cada vez más extraña. Además, Suzie era la madrina de Emma. Tenía derecho a enterarse. El teléfono sonó varias veces, pero su amiga no contestó, de modo que le dejó un mensaje: *«Suze, soy yo. Tengo que hablar contigo. No te he dicho la verdad. Estoy en España con Emma, pero ella no está bien, ni yo tampoco. Por favor, llámame. Mi teléfono funciona aquí».*

Mark no le había devuelto la llamada, y ya se acercaba la hora de salir a cenar con Roberto. Aunque ella le había dejado dicho que ya se lo contaría todo al día siguiente, le parecía mal que no la telefonara. En su opinión, su marido habría tenido que ponerse en contacto con ella con más frecuencia, y no sólo para informarse, sino para compartir la experiencia, consolarla y animarla. Después de todo, ella estaba en Sevilla y él en Filadelfia. Tenía que hacer frente sola a las vicisitudes diarias y soportar su propia preocupación y la de Emma, además de toda la rabia y la frustración de ambas.

Se alegraba de poder salir a cenar. Se duchó, se puso un vestido azul marino sin mangas, se maquilló y salió de la habitación. Bajó en el ascensor hasta la recepción, donde pidió que le llamaran un taxi. Había escrito el nombre y la dirección del restaurante en un papel, que le dio al taxista. El hombre asintió con la cabeza y se puso en marcha.

Cuando llegó, Roberto ya estaba esperándola, y una camarera la condujo hasta su mesa. Él se levantó rápidamente para ayudarla a sentarse. Había pedido una botella de Marqués de Riscal y le sirvió un poco en su copa. Jennifer se puso a estudiar la



carta, sintiéndose de pronto algo incómoda.

Eligió merluza, lo mismo que él. Cuando la camarera hubo tomado nota, Roberto se inclinó hacia ella para hablar con discreción.

—Tenemos que tratar un tema que quizá sea un poco espinoso: la prensa.

Jennifer pareció desconcertada.

—Usted no entiende el español, por lo que quizá no esté siguiendo las noticias en los periódicos, pero cada día hay alguna novedad sobre este caso.

Abrió su maletín y extrajo varios ejemplares de diferentes fechas del *Diario*. En todos había algún titular en portada sobre la muerte del chico español, que, después de todo, había resultado ser hijo de una importante familia sevillana y, por tanto, ocupaba un lugar destacado entre las noticias locales. En las páginas interiores aparecía siempre la misma foto de Emma, seria y preciosa. Era la misma que había usado para la solicitud de admisión en el programa de Sevilla y resultaba muy favorecedora. El detective le tradujo en voz alta dos de los artículos. Ambos incluían un llamamiento para que se presentara el argelino y una promesa de ayuda para tramitarle el permiso de residencia.

—Así cubrían la noticia hasta ahora —añadió.

A continuación, sacó el periódico del día. Había una foto de Emma en la portada, enfundada en un ceñido vestido negro de falda cortísima y calzada con unos impresionantes tacones de aguja. Apoyada en la pierna izquierda, curvaba provocativamente la cadera y miraba a la cámara con los labios entreabiertos. Incluso en blanco y negro, era evidente que iba muy maquillada, con pintalabios oscuro y mucha sombra de ojos.

—Dios santo, ¿qué es esto? Parece una...

—Una puta —dijo Roberto en español.

—Una fulana. Es lo que parece.

—Sí, por eso han publicado esta foto. El titular pregunta: «¿Estadounidense inocente?». Y el artículo abunda sobre el tema: «Aquí está la “inocente” estadounidense que dice haber sido agredida sexualmente por un estudiante modélico». —Siguió leyendo y, al cabo de un momento, levantó la vista—. Dice que la foto muestra una faceta de «la estadounidense» (la llaman así todo el tiempo) que vuelve sospechosa su versión de los hechos. —Pasó la página y continuó hojeando el resto del periódico para ver si encontraba algo más—. Aquí hay una entrevista a los padres de Rodrigo Pérez, que insisten en que su hijo era un joven íntegro y acusan a Emma de seducirlo, robarle el dinero y matarlo.

Le entregó a Jennifer el periódico y ella se quedó mirando con incredulidad la imagen de Emma.

—No lo entiendo. ¿Dónde consiguieron esta foto? ¿De dónde la sacaron? —Dejó el periódico y contempló a Roberto con ojos suplicantes—. Entiendo a los padres del chico. ¿Cómo no iba a entenderlos? Lo que ha sucedido es una tragedia para todos, y comprendo que no puedan aceptar la realidad de que su hijo haya intentado violar a

una chica. Han sufrido una pérdida terrible. Pero se equivocan en sus conclusiones acerca de Emma. Tiene que creerme.

Roberto no le respondió.

«Me considera un ser patético —pensó Jennifer—. Nos considera patéticos a todos.»

Pero el detective estaba planeando el siguiente movimiento. Al cabo de un momento, fijó en ella la mirada.

—Tenemos que hablar con Emma. Es preciso que nos explique de dónde sale esta foto para que podamos responder. Obviamente, hay muchas cosas que no le ha contado. Ahora estará incomunicada, hasta que termine el interrogatorio de Paco. Tendremos que esperar hasta mañana. Iremos a primera hora. Yo iré con usted. Me temo que quizá encontremos periodistas de la prensa y la televisión. Recuerde que no debe hablar con ellos, ni responder a ninguna de sus preguntas. Yo la acompañaré y la ayudaré a pasar entre la multitud.

—¿Por qué? ¿Habrá mucha gente?

—Probablemente. Debe decirle a su marido que venga de inmediato.

—Ya se lo he dicho.

Lo que Jennifer temía había sucedido. Seguramente la noticia acabaría difundiéndose fuera de las fronteras de España. ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que los medios de Estados Unidos se hicieran eco y lo convirtieran todo en un circo, con su familia en el centro?

—No podré soportarlo —murmuró.

—Podrá. Tendrá que poder.

Jennifer sintió una oleada de rabia.

—Es muy fácil decirlo.

—Sí, es fácil decirlo, pero no tan fácil hacerlo. Lo sé.

Ella cerró los ojos e intentó calmarse.

—Creo que beberé un poco de vino.

Durante la cena, entre los dos se terminaron la botella de Rioja. Jennifer, que no solía beber vino y ya había sobrepasado sus límites, dijo que le apetecía un poco más, y Roberto pidió otra botella.

—¡Todo es tan raro...! —exclamó ella—. Siempre había creído que conocía bien a mi hija, casi como si estuviera dentro de su cabeza. Me anticipaba a todas sus necesidades y deseos, la mayoría de las veces para ayudarla a satisfacerlos. Estaba orgullosa de todo lo que hacía, y debo reconocer que también me sentía orgullosa de mi labor de madre, porque la consideraba parte de su éxito. No volví a trabajar fuera de casa, ¿sabe? Me quedé con mis hijos. No quería dejarlos en manos extrañas. Recuerdo que, cuando ella nació y me la puse al pecho por primera vez, me pregunté si sería capaz de despertarme con suficiente frecuencia por la noche para alimentarla. Pero no fue ningún problema, porque cuando ella tenía hambre, mi cuerpo ya lo sabía. La leche empezaba a brotar antes de que ella se despertara, y cuando

finalmente abría los ojos, unos minutos después que yo, yo ya estaba lista para atenderla. Y así ha sido siempre desde entonces.

Roberto asintió.

—La entiendo. Yo tenía una relación similar con mi hija..., sin la parte del pecho, claro —añadió con una sonrisa—. Pero eso era antes.

—¿Antes? Y ¿ahora ya no?

—Si por mí fuera, sí, por supuesto. Pero hace ocho años que no la veo. Ni siquiera sé dónde está.

Jennifer dejó la copa sobre la mesa y se lo quedó mirando.

—¡Oh, lo siento muchísimo! ¿Qué pasó?

—Su madre la secuestró cuando tenía cinco años. Se la llevó, probablemente la sacó del país, y nunca volví a tener noticias suyas. La he buscado por todas partes, he contratado a otros detectives privados y he acudido a la policía, pero no he podido encontrarla. Ni siquiera sé si está viva.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué se la llevó?

—No lo sé. Es curioso. Cuando pasa algo tan tremendo, la gente siempre pregunta por qué, como si uno tuviera que saber la razón, o como si hubiera hecho algo para merecerlo. Pero lo cierto es que mi mujer estaba enferma. Hacía mucho tiempo que no estaba bien. Era muy fantasiosa e impulsiva. Yo esperaba que los médicos pudieran ayudarla, pero los tratamientos y las medicinas no sirvieron de nada, y al final se marchó. Paso gran parte de mi jornada laboral tratando de localizar a personas desaparecidas y, sin embargo, a ella no he podido encontrarla. Simplemente, se ha esfumado. —Bebió otro sorbo y apoyó pesadamente la copa sobre la mesa—. Quizá sea verdad que fue por mi culpa. Debería haberle impedido que se fuera. Debería haberle quitado a Cristina antes de que se la llevara.

Jennifer no sabía qué decir. Sentía la boca pastosa por el vino y le costaba formar las palabras, pero quería decirle al detective que no era culpa suya, que no siempre vemos las cosas aunque las tengamos delante y que no conocemos a la gente tanto como creemos conocerla.

Roberto levantó la mano para pedir la cuenta. Cuando la camarera se la llevó, los dos colocaron sus respectivas tarjetas de crédito en la bandeja, y Jennifer le pidió a la chica que dividiera el importe entre los dos. Pero el detective la miró con expresión de reproche.

—Me corresponde pagar a mí —dijo—. Yo la invité y, además, usted está de visita en mi país. No me ofenda.

Ella no discutió.

—Tendrá que disculparme —prosiguió él—. Hemos venido a hablar de su problema y no a que yo le cuente los míos. Pero quería hacerle ver que yo también entiendo la pérdida y el dolor, y la fuerza que es necesaria para sobrellevarlos. Tiene que... —Se interrumpió un momento, como buscando las palabras adecuadas en inglés—. Tiene que movilizar todos sus recursos; sólo así conseguirá llevarse a su

hija de vuelta a casa. Le pido que confíe en mí. —Hizo una pausa y esperó a que ella asimilara sus palabras, pero Jennifer no dijo nada—. ¿De acuerdo? —le preguntó finalmente en español.

—De acuerdo —respondió ella.

—Entonces ¿confiará en mí?

—Sí —respondió Jennifer, arrastrando un poco las palabras por la bebida y la emoción—. De acuerdo.

Jennifer no podía conciliar el sueño. No paraba de dar vueltas en la cama, nerviosa y agitada, y cuando al fin se tomó un tranquilizante y cayó en un sopor químico, la asaltaron una serie de sueños fragmentarios e inquietantes. El comprimido le proporcionó sólo una breve tregua. Cuatro horas más tarde, volvía a estar despierta. Miró el reloj: eran las cinco y media. Suspiró y se quedó quieta un momento, con la mirada fija en el techo. Serían las once y media en Filadelfia. Los niños debían de estar durmiendo, pero Mark estaría levantado, probablemente trabajando en su estudio. Alargó la mano para coger el teléfono.

Su madre respondió al primer tono de llamada. Le dijo que Mark había salido a cenar y todavía no había regresado. Jennifer sintió una punzada de incomodidad.

—¿Con quién está? —preguntó en tono casual, pero su madre no lo sabía.

—Con alguien de la oficina, supongo —respondió—. No sé a qué restaurante ha ido. Ha dicho que no regresará tarde.

—¿Pasó por casa antes de salir, para dar las buenas noches a los niños? —quiso saber Jennifer.

—No, cariño. No había ninguna necesidad. Aquí todo está bien. No te preocupes. ¿Cómo se encuentra Emma?

Había llegado el momento de decir la verdad, y Jennifer se preparó para una reacción histérica de su madre. Le contó lo suficiente para que no cayera en estado de *shock* si la historia aparecía en la prensa, pero no entró en detalles. Destacó sobre todo que Emma era completamente inocente y que pronto saldría en libertad, pero explicó que la mantendrían «retenida» en una celda de la comisaría mientras todo se aclaraba. Su madre guardó silencio mientras ella hablaba, y aunque Jennifer esperaba que estallara al final de su exposición, su reacción fue muy diferente. Llamó a su marido al teléfono y le pidió a Jennifer que le repitiera a él todo lo que le había contado. Después, le habló con ternura, pidiéndole que se quedara todo el tiempo necesario para ayudar a Emma, la tranquilizó diciéndole que todo iba bien en casa y le transmitió su confianza de que Emma pronto saldría en libertad. Su padre repitió las mismas observaciones y le hizo algunas preguntas específicas: ¿disponían de un buen abogado? ¿Estaban tratando bien a Emma? Jennifer se esperaba esa reacción serena de su padre, pero con su madre se llevó una gran sorpresa. Su madre se ponía frenética cada vez que uno de los niños cogía un catarro o tenía un poco de fiebre, y por eso Jennifer solía ocultarle ese tipo de novedades. Sin embargo, la noticia de que su nieta mayor se encontraba en la cárcel, involucrada en un caso de asesinato, no parecía haberla alterado. Cuando se detuvo a pensarlo, Jennifer se dio cuenta de que su madre ya había hecho lo mismo en ocasiones anteriores. Cuando habían hospitalizado a Eric de bebé, aquejado de una alergia al moho que le había cerrado la tráquea y por la que tuvieron que intubarlo para salvarle la vida, su madre se presentó tranquilamente al día siguiente, se ocupó de cocinar y de atender a las niñas y se hizo

cargo de todo con tanta eficiencia que Jennifer pudo quedarse a dormir en el hospital. Era evidente que su madre mejoraba en las emergencias, y eso, en opinión de Jennifer, era muy de agradecer. Esperaba estar comportándose de igual manera con su hija.

—Dile a Mark que tiene que venir enseguida —dijo Jennifer—. Han pasado más cosas que no puedo detallar por teléfono, pero creo que esta historia saldrá muy pronto en los periódicos y Mark tiene que estar aquí. Dile que me llame o que me mande un mensaje en cuanto haya comprado el billete.

Eran las seis y media de la mañana y el cielo aún estaba negro como un ala de cuervo. En poco tiempo se volvería gris, y muy pronto el sol naciente inundaría de luz la habitación. Jennifer pensó en volver a la cama, pero era evidente que ya no podría dormirse. Su mente funcionaba a marchas forzadas, con preocupaciones y planes para abordar los nuevos problemas antes incluso de que se presentaran. Cogió el teléfono una vez más y llamó a Suzie. Al oír la voz adormilada de su amiga, supo que la había despertado, pero Suzie se despejó rápidamente cuando se dio cuenta de que era ella.

—¡Gracias a Dios! —exclamó—. He estado intentando llamarte al móvil, pero no respondías.

—Lo siento. Estaba ocupada y no miré las llamadas. Pero escucha, necesito que me ayudes.

—Sí, ya lo sé. Recibí tu mensaje. ¿Qué ha pasado?

Se lo contó, añadiendo algunos pormenores que no había revelado a sus padres.

—No entiendo lo de esa foto tan provocativa —dijo Suzie—. No puede ser auténtica. ¿La habrán retocado con Photoshop? ¿Hay alguien que intente cargarle la culpa a Emma o que pretenda arruinar su reputación? ¿Tiene enemigos, alguna persona que la odie o le tenga celos?

—No lo sé, Suze. No había pensado en eso, pero me parece bastante descabellado.

—Y ¿no te parece descabellado que Emma se fotografíe vestida de prostituta?

—Sí, claro que sí. Estoy horrorizada y necesito hablar con ella al respecto. Esta mañana tengo que ir a verla a la cárcel y me han dicho que probablemente habrá periodistas. Tengo miedo de que el revuelo mediático sea todavía mayor y de que el caso acabe apareciendo en la prensa de Estados Unidos. Si llega a suceder, esto será un circo. Si vienen periodistas estadounidenses tenemos que asegurarnos de que presenten el caso de la mejor forma posible. ¿Podrías ayudarme con eso?

—Por supuesto. Hay que contratar una agencia de relaciones públicas que nos ayude a enseñarle al mundo a la verdadera Emma y a demostrar que está siendo injustamente maltratada en un país extranjero, quizá en parte por el hecho de ser estadounidense.

Jennifer dudó un momento.

—No estoy segura de que sea así. Hablaré con la persona que lleva el caso aquí y

le preguntaré si le parece bien el enfoque.

—Mira, Jen, deja que yo me encargue de todo en Filadelfia. Tú ocúpate de lo que pasa en España.

—De acuerdo. Pero hay algo más. Si esto se hace público, habrá muchísimos amigos, familiares y conocidos que querrán saber qué pasa y seguir el caso. Yo no me veo capaz de atenderlos a todos. ¿Podrías empezar un blog o algo así? De ese modo, podría remitirte todos los mensajes que reciba. ¿Me harías el favor de ser la portavoz de la familia?

—Sí, claro. Desde luego. Ahora intenta calmarte. Lo superaremos. Todo saldrá bien, ya lo verás. ¿Mark está allí contigo?

—No, pero vendrá pronto.

—Lo llamaré. Mañana hablamos, ¿de acuerdo?

—Sí. Gracias, Suze. No sabes cuánto te lo agradezco. Te quiero.

—Yo también te quiero.

Colgó. El sol empezaba a asomar por el horizonte, dando comienzo a otro día de cegadora luminosidad en Sevilla. Jennifer sintió que se le aflojaba un poco el apretado nudo de la angustia. Se duchó, se vistió y pidió el desayuno. Roberto y José acudirían poco después a recogerla para acompañarla a la comisaría.

Con su traje de chaqueta blanco y negro, sus formales zapatos negros y el pelo recogido en un moño, parecía una abogada lista para defender un caso. Se colgó del hombro un bolso negro, dobló cuidadosamente el periódico con la foto incriminatoria de Emma y lo guardó dentro. Después se acomodó en el asiento trasero del taxi, con Roberto a su lado y José en el asiento delantero. Mientras el conductor guiaba el vehículo entre el tráfico, Roberto le recordó que la presencia periodística supondría una experiencia muy distinta para ella, en comparación con las ocasiones anteriores.

Jennifer pudo comprobar que no se había equivocado. Antes incluso de que el taxi se detuviera delante del edificio de la policía, distinguió una pequeña multitud de al menos una veintena de personas que pululaban cerca de la entrada, algunas con cámaras, otras con micrófonos y otras con libretas o dispositivos electrónicos. Mientras el coche se aproximaba, Jennifer oyó que alguien gritaba:

—¡Es la madre!

Entonces todo el grupo, como un solo hombre, se precipitó hacia el taxi y se arremolinó a su alrededor, dificultando así la apertura de las puertas. Roberto fue el primero en salir y la ayudó a abrirse paso entre la gente. Jennifer había visto mil veces esa misma escena en las series de televisión. Las preguntas de los periodistas caían sobre ella como rayos. Al principio le hablaban en español, pero enseguida se dieron cuenta de que no los entendía y entonces pasaron al inglés.

—¿Sabía que su hija era una prostituta de lujo?

—La policía afirma que se inventó al argelino. ¿Usted qué cree?

—¿Su hija suele contar mentiras?

—¿Cree que se siente inmune a la justicia española por el hecho de ser

estadounidense?

—¿Ha visto a la madre de la víctima? ¿Qué mensaje tiene para ella?

Jennifer agachó la cabeza y apretó con fuerza la mano de Roberto, intentando oír sólo su voz, que le susurraba al oído:

—No conteste. No escuche. Siga caminando.

Una vez dentro, ella levantó la vista y lo miró estupefacta.

—A eso me refería, señora. Y no es más que el principio. Tendrá que ser fuerte —añadió secamente el detective.

Jennifer asintió, tragando saliva.

José se acercó al mostrador de recepción y pidió autorización para ver a Emma.

Le pidieron que esperara hasta que saliera a buscarlos Fernando, el inspector encargado del caso. Roberto se concentró en atender a Jennifer. Le enseñó dónde podía sentarse y fue a buscarle un café en la máquina del pasillo. Ella se sintió agradecida y cada vez más dependiente de él. Se daba cuenta de que siempre lo miraba para saber cómo reaccionar, qué decir o qué hacer a continuación.

Esperaron más de una hora, durante la cual Roberto y José intentaron convencerla —como si no lo estuviera ya— de la importancia de persuadir a Emma para que cooperara con la policía. Cuando apareció Fernando, los saludó amablemente y les dijo que por el momento ya habían terminado de interrogar a Paco. Todos notaron su aspecto de cansancio. Tenía la ropa desarreglada, el pelo grasiento y una sombra de barba en las mejillas.

—Hemos interrogado a Paco toda la noche —añadió mientras se frotaba los ojos con una mano—. Empieza a estar dispuesto a colaborar.

Ese último comentario le provocó un escalofrío a Jennifer. ¿Qué habría querido decir el inspector? ¿Qué le habrían hecho a Paco para ablandarlo?

El policía se volvió hacia ella.

—Su hija no sabe que su novio está aquí. Dígaselo. Volveremos a interrogarla más tarde. Le sugiero que le explique, como también lo haremos nosotros, que uno de los dos será el primero en contarnos la verdad, y que el primero que lo haga tendrá la ventaja de testificar contra el otro. Ahora nos está dando la impresión de que esa persona será Paco.

Indignada, Jennifer empezó a hablar antes de que Roberto pudiera detenerla.

—Veo que en este país no rige el principio de que toda persona es inocente hasta que se demuestre lo contrario. Mi hija no ha hecho nada malo y, por tanto, no teme que nadie testifique en su contra.

—Ya lo veremos —repuso Fernando con una sonrisa—. ¿Van a visitarla ahora, usted y su abogado?

—Sí, por supuesto —respondió José en español.

—Por cierto, Paco ha confirmado lo que ya nos habían explicado varios testigos. Es verdad que estuvo con Emma aquella noche, horas antes del asesinato. Sólo Emma lo niega —dijo Fernando. Después miró a Jennifer con simpatía—. Yo también soy



padre, señora. Entiendo el dolor que le causa esta situación. Se lo he dicho antes y se lo repito ahora: debe convencer a su hija para que diga toda la verdad. Es lo mejor para ella.

Se volvió para salir de la sala y José lo siguió. Jennifer se detuvo un momento y se volvió hacia Roberto.

—¿Vendrá usted conmigo? —le preguntó.

Roberto miró a Fernando, que asintió con la cabeza.

—Sí, claro —respondió Roberto—. En cualquier caso, es importante que su hija y yo nos conozcamos.

Encontraron a Emma sentada en la cama, leyendo un ejemplar del *The New Yorker* que Jennifer le había llevado en una visita anterior. Al ver a su madre, dejó la revista a un lado y se puso de pie. Le dio a Jennifer un abrazo distraído, saludó amablemente a José y miró con curiosidad a Roberto. Jennifer se lo presentó. Emma le estrechó la mano y le dijo algo en español que su madre no entendió. Después se sentaron en torno a la mesa y Emma preguntó cuándo saldría en libertad. Roberto fue el primero en hablar.

—No será tan fácil, Emma. Pero la respuesta depende en buena medida de ti. Ante todo, debo decirte que Paco ha sido localizado y que en este momento se encuentra en este mismo edificio. Ahora...

Emma no lo dejó terminar. Se puso de pie sobresaltada.

—¡Oh, no! ¡Intentarán echarle la culpa! ¡Necesito hablar con él ahora mismo! ¿Cuándo podré verlo?

—No podrás —contestó José—. Todavía no han terminado de interrogarlo, aunque lo han estado haciendo toda la noche, y probablemente volverán a interrogarte a ti cuando nos vayamos. No te dejarán hablar con él mientras no averigüen lo que quieren saber. Por lo visto, él ya ha empezado a hablar.

Emma miró a su madre. Su voz destilaba un timbre de desesperación.

—Mamá, ¿no puedes hacer nada?

¿Cuántas veces había oído Jennifer esas mismas palabras? En el pasado, siempre había podido hacer algo. ¡Qué fácil era! Había podido hablar con el colegio para que la cambiaran de clase cuando había querido estar en el mismo grupo que su mejor amiga. Había podido conseguirle un profesor particular cuando había tenido dificultades con las matemáticas. A medida que había ido haciéndose mayor, los problemas habían ido volviéndose un poco más complicados, pero Jennifer siempre había podido solucionarlos. Recordaba cuando, en uno de los últimos cursos de la escuela secundaria, habían castigado a Emma por incluir en un trabajo dos párrafos copiados de un libro. La profesora la había acusado de plagio y la había amenazado con suspenderla. Pero Emma juró que lo había hecho sin darse cuenta, y Jennifer la creyó. Son cosas que pasan.

Entonces había ido a hablar con la profesora. Le había hecho ver que muchas veces, al estudiar y tomar apuntes de un autor, es fácil confundirse y utilizar

inadvertidamente las notas como si fueran propias. Le recordó que incluso la famosa historiadora Doris Kearns Goodwin había cometido un error similar. Finalmente, había convencido a la profesora para que cediera. «Ha aprendido la lección —le había dicho Jennifer en aquella ocasión a la profesora—. Está muy apenada, y la próxima vez tendrá más cuidado.» Le había rogado que no le «arruinara la vida» echando por tierra sus posibilidades de ingresar en la universidad de su elección. Al final, la profesora había sido clemente y, en lugar de suspender a Emma, había ordenado que se quedara en clase después de hora durante dos semanas.

Pero ahora Jennifer no sabía qué hacer. Se sentía impotente, como cuando el perro de una amiga había mordido a Emma en la cara. Aquella vez, Jennifer estaba en la habitación contigua y había oído que su hija se dirigía al animal con palabras cariñosas. «Hola, *Denny*», había oído que decía. A continuación, se había oído un gruñido, seguido de un chillido espantoso. «¡Mamá, mamá! ¡Ven, mamá, por favor!», había gritado Emma. Entonces Jennifer había visto la sangre en la cara de su hija y la marca de los colmillos en su mejilla. Su amiga se había llevado al perro a rastras, mientras Emma seguía gritando de una manera que Jennifer no olvidaría nunca. También se había sentido impotente entonces, pero aun así había podido llamar al hospital, acordar que un cirujano plástico estuviera esperándolas en el departamento de urgencias, llevar a Emma en brazos hasta el coche, tranquilizarla, pararle la hemorragia comprimiendo la herida con un paño y acariciarle el pelo, hasta que llegaron al hospital y se la llevaron al quirófano en una camilla, con Jennifer detrás. En cambio, esta vez no podía hacer nada. Su impotencia era real.

—No, mi vida, no puedo —le respondió a su hija con la voz quebrada—. Pero tú sí puedes hacer algo. Puedes dejar de proteger a Paco. Ya ha declarado que estuvo contigo la noche del crimen. Y hay más testigos. Por eso tienes que contarle a la policía qué papel desempeña Paco en todo esto. Las cosas se te están volviendo en contra. La prensa está dando una mala imagen de ti. Probablemente la policía ha filtrado la suposición de que el argelino ni siquiera existe.

Su hija empezó a decir algo.

—No, Emma, espera —la interrumpió Jennifer—. Yo sí creo que existe. Si tú lo dices, tiene que ser verdad, lo sé. Pero debes entender lo que ya te he dicho muchas veces. Ahora que saben que mentías cuando les dijiste que no habías visto a Paco la noche del crimen, no creerán nada de lo que digas. —Su voz sonaba cada vez más aguda y tenía la boca tan seca que casi no podía tragar saliva—. Hay un montón de periodistas españoles alrededor de la comisaría y, si no ha pasado todavía, pronto vendrá la prensa internacional —prosiguió con voz tensa—. Hemos tenido que preparar a los abuelos y a tus hermanos para esa eventualidad.

—Hay algo más —intervino Roberto—. Cuando los periodistas se inmiscuyen, empiezan a buscar información y a veces encuentran cosas que pueden ser muy perjudiciales. Hasta ahora, la prensa te había presentado bajo una luz positiva, como una chica estadounidense guapa e ingenua, atrapada contra su voluntad en una red de

drogas y crímenes. Aunque hubieras mentido cuando dijiste que no habías visto a tu novio la noche de autos, la gente estaba dispuesta a concederte el beneficio de la duda. Pero desde que los periodistas han empezado a investigar, todo ha cambiado.

—¿Ha cambiado? ¿Por qué? ¿Qué cosas tan negativas han podido encontrar? — Miró otra vez a Jennifer con creciente agitación—. Dímelo tú, mamá.

Jennifer buscó en su bolso y sacó el periódico. Estaba alterada y le temblaba la mano cuando lo dejó caer sobre la mesa.

—Aquí tienes lo que han encontrado. ¿Qué es esto, Emma? ¿Qué demonios hacías vestida de esa manera? —preguntó esforzándose por contener las lágrimas—. ¡Dios mío! ¿Qué te ha hecho ese Paco?

Emma cogió el periódico con el rostro desencajado. Lo estuvo mirando un buen rato, durante el cual todos los demás parecieron contener la respiración. Después, de repente, se echó a reír con una carcajada amarga que Jennifer no reconoció como la risa de su hija.

—Era Halloween, mamá. Es el disfraz que me puse para Halloween. ¿Qué creías? ¿Que era prostituta? ¡Por Dios, mamá! ¿No me conoces?

Jennifer sentía que había cometido un grave error. Debería haber sabido desde un principio que había una buena explicación para esa fotografía. Su confianza en Emma había flaqueado y, como era lógico, su hija se sentía traicionada. Decidió no dejar que volviera a ocurrir nunca más. Le pidió a Roberto que transmitiera a los periodistas españoles la explicación sobre Halloween, para desarmarlos, y llamó a Suzie para revelarles que todo se reducía a un disfraz perfectamente inocente, convertido en una falaz prueba incriminatoria contra Emma.

Estaba previsto que Mark llegara tres días más tarde. Pero, antes de eso, la familia recibió un nuevo golpe. José llamó para anunciar que el juez había decidido imputar a Emma como cómplice de asesinato y que ya la habían trasladado desde su celda en la comisaría a una cárcel fuera de la ciudad. Jennifer llamó a Mark para decírselo y suplicarle que adelantara el viaje, pero no lo encontró en la oficina. Una vez más, su secretaria le dijo que estaba en los juzgados. Entonces, le envió un correo electrónico pidiéndole que la llamara enseguida, pero no tuvo respuesta hasta el día siguiente, cuando recibió un mensaje de voz en el que su marido le decía que se había enterado de la noticia y que ojalá pudiera estar a su lado. «Sólo dos días más y estaré allí», le comunicaba.

Llegó tal como estaba previsto, acogido por un enjambre de periodistas que, para entonces, se congregaban en torno al hotel y acosaban a Jennifer cada vez que salía. Pero Mark era un hombre corpulento y estaba indignado, por lo que pasó como una exhalación entre la multitud, a grandes zancadas, repartiendo codazos y esquivando las agresivas preguntas de la prensa con miradas desdeñosas y respuestas cortantes.

Jennifer lo estaba esperando dentro, donde los periodistas no podían acceder gracias a la intervención de los porteros del hotel. Se dirigieron juntos al ascensor, subieron y entraron en la habitación sin decirse ni una palabra.

Jennifer estaba tan enfadada que casi no podía mirarlo. Él la conocía bien y, por su forma de rehuirle la mirada, enseguida notó que estaba furiosa.

—No he podido venir antes —dijo—. Ni siquiera pude llamarte para hablar contigo. Ayer pasé el día entero en los tribunales.

Ella lo miró con ojos cansados. Había perdido la cuenta de las veces que había oído esa misma explicación en boca de su marido. Era la excusa que utilizaba siempre para justificar su ausencia en los momentos importantes de la familia que se había perdido a lo largo de los años. No le hizo falta decir nada para que su marido entendiera su expresión.

—Lo siento, cariño. Sé que debería haber estado aquí todo el tiempo. Pero también tengo obligaciones con mis clientes.

Fue un error por su parte, porque Jennifer estalló.

—¿Con tus clientes? ¿Estás poniendo a tus clientes por delante de las obligaciones con tu hija y tu mujer? ¿Tienes idea de lo que está pasando aquí? La

prensa está presentando a Emma como una especie de niñata estadounidense malcriada y promiscua, cuyas mentiras están manchando el honor de un pobre chico asesinado. Algunos periodistas han llegado a sugerir que ella misma lo mató, por absurda que pueda parecerle la idea.

Jennifer no había hecho más que empezar y, a medida que enumeraba las últimas novedades del caso, hablaba más aceleradamente.

—Anoche, la televisión le hizo una entrevista a la madre del chico. La mujer habló de la amabilidad y la inteligencia de su hijo, y del futuro brillante que le esperaba. Después dijo llorando que «esa bruja estadounidense» lo había matado dos veces: primero física y después espiritualmente, porque había querido manchar su buen nombre. Negó que hubiera habido algún intento de violación, dijo que el salvador argelino era una invención, y acusó de forma pública a Emma y a su novio de haber matado a su hijo para robarle los mil euros que ese mismo día había retirado del banco. —Jennifer hizo una pausa y prosiguió poco después en voz baja y temblorosa—: Parece que la policía también lo cree. Te dije en mi último mensaje que Emma ha sido acusada de complicidad en el asesinato y que la han trasladado a una cárcel fuera de la ciudad. ¿Lo recibiste?

Mark asintió con gesto sombrío.

—¿Cómo se encuentra?

—Todavía no me han permitido ir a verla. Dicen que fue su novio quien apuñaló al chico, pero que ella lo ayudó. Es aterrador. Ahora entiendes por qué estoy tan alterada, ¿verdad, Mark? Sé que has tenido que retrasar el viaje por razones prácticas e intento comprenderte. Pero todo esto estaba ocurriendo mientras tú defendías a un cliente que en realidad es culpable de tráfico de información privilegiada. ¿Cómo es posible que no hubiera nadie más en la oficina que pudiera hacerlo en tu lugar?

Su marido dejó escapar un suspiro y meneó la cabeza.

—No sé cuántas veces tengo que decirte que las cosas no funcionan así. Los casos que defiendo me proporcionan honorarios, Jennifer, ¡y necesitamos el dinero! Tenemos otros dos hijos que mantener, matrículas de colegios y gastos de universidad que pagar, una hipoteca que cancelar, y ahora esto: el abogado y el detective aquí en Sevilla, la agencia de relaciones públicas en Nueva York, el hotel, los billetes de avión... No creerás que podemos pagarlo todo con nuestros ahorros, ¿verdad? De hecho, no podemos. ¿No te parece que yo hubiera preferido estar aquí? Estoy trabajando sólo con la mitad de la cabeza, porque la otra mitad la tengo siempre aquí con vosotras.

Jennifer no respondió. Le dio la razón a su marido y se sintió avergonzada, porque se daba cuenta de que la tensión estaba pudiendo con ellos.

Mark se dejó caer pesadamente sobre el borde de la cama.

—Necesito ver a Emma cuanto antes —dijo.

—Ahora tenemos el acceso restringido. Las normas establecen visitas de cuarenta y cinco minutos dos veces por semana pero, por lo visto, pueden suspenderlas

siempre que quieran. No me han dejado visitarla ni una sola vez. Quizá nos permitan verla mañana.

Intentó poner al día a su marido en todos los aspectos del caso y le explicó, entre otras cosas, que, según la policía, las heridas observadas en la víctima debían de haber sido causadas por una persona más alta y corpulenta que el hombre descrito por Emma.

—¿Cómo es ese Paco? —preguntó Mark.

—No lo sé. No lo he visto nunca.

—Ya entiendes lo que quiero decir, Jennifer. ¿Qué te han dicho?

—La policía afirma que las heridas pudieron ser causadas por un hombre del físico de Paco —respondió ella, sin mirar a su marido y sin ninguna expresión en la voz, con la mayor objetividad posible.

Después le contó que Emma prácticamente había admitido haber estado con Paco la noche del crimen, horas antes de los hechos, y que seguía empeñada en negar que él la hubiera acompañado a su apartamento y en mantener la versión de que un desconocido la había salvado de un intento de violación. Jennifer se sentó al lado de su marido y le apoyó una mano sobre una rodilla.

—La policía tiene otra historia, pero es tan tópica y tan poco probable, conociendo a Emma, que hasta me cuesta repetirla.

Mark se puso de pie, atravesó la habitación y se sentó en una silla junto a la mesa de escritorio. Sacó una hoja en blanco de un cajón, extrajo la pluma del bolsillo interior de su chaqueta y se dispuso a tomar notas.

—Cuéntame esa historia, Jennifer. De todos modos, pronto la oiré. Necesito estar preparado.

Ella se puso a caminar nerviosamente por la habitación mientras hablaba.

—Según José y Roberto, la policía cree que se trata de un típico caso de celos. En su versión, Emma conoció a Rodrigo en algún momento de esa noche, intimó con él y lo invitó a su apartamento. Después llegó Paco, los sorprendió a los dos en la cama y mató a Rodrigo movido por los celos. Según la policía, Paco registró los bolsillos del chico muerto, cogió los mil euros que llevaba encima y se dio a la fuga. Emma y Paco se habrían inventado la historia del argelino para darle una pista falsa a la policía. Por eso acusan a Emma de complicidad. —Jennifer hizo una pausa, esperando una reacción de indignación por parte de Mark que no se produjo—. Es absolutamente ridículo —añadió—. No pueden probar nada. Se lo han inventado todo porque son demasiado incompetentes para encontrar al argelino que ayudó a Emma, y también porque no quieren admitir que el hijo de una familia rica de Sevilla fuera capaz de violar a alguien. Es más fácil culpar a una niña estadounidense y a su novio traficante de drogas, que además es medio marroquí. —Hizo otra pausa, pero Mark tampoco dijo nada—. Es absurdo —insistió.

Finalmente, Mark rompió el silencio.

—¿Lo es? —preguntó en voz baja.

Ella abrió mucho los ojos, sin salir de su asombro.

—Lo que quiero decir, Jennifer —continuó él—, es que la versión de Emma no tiene sentido. Debemos admitir la posibilidad de que nos esté ocultando cosas.

Jennifer había dejado de ir y venir por la habitación. Se sentó en la cama, sin dar crédito a sus oídos.

—¿Qué estás diciendo, Mark? ¡Es tu hija! ¡Tú la quieres! ¿No confías en ella?

Él se le acercó, se sentó a su lado en la cama y le pasó un brazo por los hombros.

—Claro que la quiero, Jennifer —dijo con suavidad—. Pero no soy sordo ni ciego. Quererla y creer lo que dice no es lo mismo. He intentado explicártelo antes. Soy abogado y tengo que ver la situación con la mayor objetividad posible, porque no conozco otra manera mejor de ayudarla. Necesito saber de qué pruebas disponen. He estado hablando a diario con José, pero no me ha dicho que hayan encontrado restos de ADN pertenecientes a una persona desconocida. No hay nada. Las huellas dactilares halladas en el piso pertenecían a Rodrigo, Emma y Paco, y a nadie más. Si el argelino estuvo allí, ¿por qué no dejó ningún rastro?

Jennifer se separó de él bruscamente. Había indignación en su voz, mientras hablaba en tono acusador.

—No lo sé. Supongo que debió de limpiar las huellas. ¡No eres el fiscal de este caso, Mark! ¡Estás aquí para defender a tu hija! No puedo seguir escuchándote...

—No. Estoy aquí para averiguar la verdad y encontrar la manera de salvar a Emma, sea cual sea esa verdad —respondió él. Después trató de controlar el tono, pero no se desdijo—. Te engañas a ti misma, Jennifer. Ignoras o niegas lo que no te gusta, o lo encubres. No ves lo que hay, sino lo que crees que debe haber. Lo haces con nuestros hijos y lo has hecho conmigo desde el principio.

Se interrumpió, pero sus palabras quedaron flotando en el aire. Ambos se dieron cuenta de que estaban al borde de una conversación peligrosa, que ninguno de los dos quería mantener.

Jennifer se volvió, reprimiendo su respuesta. Hacía calor en la habitación y notó que estaba sudando. Se secó las gotas de transpiración que se le habían formado sobre el labio superior y se acercó al aparato del aire acondicionado para bajar la temperatura del termostato. Sin embargo, no fue suficiente. La habitación le parecía demasiado pequeña y abarrotada. Necesitaba salir.

Cogió la llave de la bandeja que había sobre la cómoda.

—Voy a dar una vuelta —avisó.

—No, Jennifer. Todavía no. Tengo algo más que decir.

A su pesar, ella se volvió para escuchar a su marido.

—¿Recuerdas que, cuando Emma tenía unos trece años, su profesora llamó para decir que había copiado en un examen?

Jennifer lo interrumpió.

—Lo recuerdo perfectamente —le dijo en tono cortante—. Recuerdo que tú estabas en viaje de negocios, como de costumbre, y yo tuve que ocuparme de todo,

como siempre. Fui a hablar con la profesora y todo se arregló. ¿Qué tiene que ver eso ahora? ¿Vas a sacar a relucir todos sus pequeños errores de adolescente y a utilizarlos como pruebas en su contra? ¿No va siendo hora de que dejes de pensar como un abogado y empieces a pensar como un padre?

Salió de la habitación, dejando que la puerta se cerrara de golpe tras ella. Redujo la velocidad por el pasillo, de camino hacia el ascensor, convencida de que él la seguiría, pero no la siguió.

Hacía más calor fuera que dentro de la habitación, así que no anduvo mucho tiempo. Acabó en la cafetería del hotel, donde pidió un chocolate con churros. Siempre que estaba preocupada o nerviosa, necesitaba tomar algo dulce. Había bromeado muchas veces con sus amigas a propósito de esa peculiaridad suya, lamentando amargamente que algunas mujeres perdieran el apetito en situaciones de estrés, mientras que ella engordaba siempre que tenía problemas. Como quería que Mark se preocupara un poco, dejó pasar una hora antes de volver a la habitación.

¡Claro que recordaba aquella llamada de la profesora de octavo curso de Emma, la señora Resnikoff! Le había dicho que su hija había copiado durante el examen de historia. Emma lo había negado, pero la profesora aseguraba haberla visto con sus propios ojos y, además, la compañera de la que había copiado tenía una respuesta equivocada y Emma había presentado un examen con un error idéntico al de su amiga. Emma había sacado un cero, que le bajaba el promedio, y además había tenido que pedir perdón. Mark habría querido castigar a Emma también en casa, no sólo por copiar, sino por mentir, pero Jennifer lo había convencido de que un solo castigo era suficiente. Le dijo que la experiencia había sido muy penosa para su hija y que estaba segura de que nunca volvería a hacer algo semejante. Le hizo ver que Emma era una niña orgullosa y testaruda —presentando las dos características como virtudes y no como defectos—, y que probablemente estaba tan avergonzada que jamás admitiría su error. Jennifer incluso había llegado a preguntarse si la profesora no se habría equivocado. Al final, Mark había cedido, como siempre.

Jennifer solía pensar que en cierto sentido era una suerte que él no participara más en los asuntos de la familia, porque de ese modo ella podía controlarlo todo. Cuando disentía en algo con su marido, él cedía rápidamente, volvía a su trabajo y dejaba que ella se ocupara de todo. De ese modo, había podido determinar el estilo de los muebles, los cuadros que adornaban las paredes, la agenda social de la familia y las principales decisiones acerca de los niños. A veces se quejaba a sus amigas y les decía que habría deseado que él se interesara y colaborara un poco más, pero en el fondo sabía que no le habría gustado que las cosas fueran de otra manera.

Cuando regresó a la habitación, Mark estaba hablando por teléfono, aunque enseguida puso fin a la llamada y se volvió hacia ella.

—¿Te sientes mejor?

—No del todo. ¿Con quién hablabas?

—Llamé a José para preguntarle cuándo podré ver a Emma.



—Cuándo *podremos* ver a Emma, querrás decir —lo corrigió ella con frialdad—. ¿Qué te ha dicho?

—Espera poder organizarlo para mañana por la mañana, en torno a las diez. Vendrá a recogerlos. Tú también la verás, por supuesto, pero necesito hablar con ella un momento a solas.

Jennifer asintió y empezó a volverse en otra dirección, pero Mark la cogió de la mano.

—No pretendía decir nada que te molestara —dijo—. No he dormido ni un minuto en el avión. Estoy agotado.

Ella bajó la vista para evitar el contacto visual. Él la abrazó y ella le dio un sobrio beso en la mejilla antes de escabullirse de su abrazo. No quería discutir, pero tampoco se sentía mejor que antes.

Como no verían a Emma hasta el día siguiente, tenían bastante tiempo libre, y Mark quería conocer el lugar del crimen. Esperaba que José o Roberto pudieran acompañarlo para repasar todos los detalles conocidos hasta ese momento, tanto los pormenores que había aportado la propia Emma, como las pistas a veces contradictorias reveladas por el trabajo de la policía científica y las declaraciones de los testigos. José estaba ocupado, pero Roberto dijo que podría reunirse con ellos en el apartamento dos horas más tarde. Mark le indicó a Jennifer que no hacía falta que fuera, porque quizá le resultara demasiado difícil volver a ese lugar, pero aunque ella intuyó que su marido prefería ir solo, insistió en acompañarlo.

Jennifer ya le había comentado a Mark su desasosiego al descubrir las condiciones en que había estado viviendo su hija, pero aun así su marido pareció sorprenderse cuando pudo verlo por sí mismo. Aparte de la pobreza del vecindario y de las paredes húmedas, la pintura descascarada y la escayola resquebrajada, el apartamento todavía parecía la escena del crimen, porque nadie se había molestado en quitar el precinto policial atravesado sobre la puerta, ni en borrar el contorno del cadáver marcado en el suelo del dormitorio. Era evidente que nadie había entrado en el piso desde la última visita de Jennifer, o al menos que nadie había tocado nada. Tampoco nadie había sacado la basura, por lo que el olor punzante de la podredumbre los golpeó a ambos en las fosas nasales en cuanto entraron. Tuvieron que taparse la nariz con las manos. Mark le dio su pañuelo a Jennifer, que se lo puso sobre la nariz y la boca, y aun así no pudo evitar las arcadas. Después, abrió las ventanas y contuvo la respiración, mientras retiraba la bolsa de basura que encontró debajo del fregadero. Sin respirar, echó dentro los trozos de comida podrida que sacó del frigorífico y, a continuación, bajó la bolsa a la calle. Jennifer dejó la puerta abierta, para ventilar el apartamento, y fue a reunirse con Mark en el portal, donde esperaron juntos a Roberto.

Ella fue la primera en verlo, bajando de un taxi en la acera de enfrente, totalmente fuera de lugar con su elegante traje de lino y sus lustrosos zapatos negros. Viéndolo acercarse, se fijó en su aspecto fresco y desenvuelto, y se preguntó cómo lo

conseguiría. Cuando Roberto los vio a ellos, apresuró el paso. Antes de que Jennifer se lo presentara a Mark, Roberto sonrió y le tendió la mano.

—Señor Lewis —dijo en tono amable y medido, mirándolo directamente a los ojos—. ¡Por fin!

Aunque había hablado en español, Jennifer lo entendió.

«Sí, por fin.»

Mark no perdió el tiempo. Quería saber todo lo que sabía la policía y más. Incluso antes de entrar en el apartamento, le anunció a Roberto que iría a visitar a Emma al día siguiente y que, después de hablar con ella, esperaba poder colaborar con José y con él en la planificación de la defensa de su hija. Destacó que valoraría particularmente la opinión sincera de ambos acerca de la dirección que estaba tomando el caso. Después se volvió y entró en la casa. Los otros lo siguieron.

El hedor se había disipado de forma considerable, pero un tenue olor a podredumbre impregnaba todavía las habitaciones y, combinado con el calor sofocante, confería al aire una textura oprimente. Roberto encontró un ventilador en la cocina, lo enchufó y lo encendió. Después cogió con dos dedos un vaso del lavabo, dubitativamente, y lo lavó a fondo con detergente de vajilla que encontró junto a la pila. Lavó a continuación dos vasos más y dejó correr el agua hasta que salió todo el óxido de las tuberías. Por último, llenó los vasos, se quedó con uno y les dio los otros dos a Jennifer y a Mark.

Bebió un largo sorbo, dejó el vaso sobre una mesa y suspiró.

—Existen muchas contradicciones y problemas en la versión de su hija, señor Lewis, como seguro que ya le habrá dicho su esposa.

Mark asintió con expresión atenta y lo animó a proseguir.

—Para empezar, el intento de violación... —Roberto miró con tristeza a Jennifer, que se tensó visiblemente—. Como saben, Emma se negó a someterse a una exploración para confirmar la violación, porque adujo que había sido sólo un intento y que el agresor no había logrado su propósito. Según la ley, su hija podía oponerse a la exploración interna, pero fue atendida en un hospital, donde un médico la examinó externamente y redactó un informe de su estado. Durante los interrogatorios, le preguntaron cómo la había agarrado el chico. ¿Por el pelo? ¿Por un brazo? Le preguntaron si la había inmovilizado en el suelo o contra la pared. Después, el inspector leyó el informe médico y lo comparó con las declaraciones de su hija. ¿Presentaba hematomas? ¿Tenía alguna señal de violencia? ¿Tenía las uñas rotas? ¿Había dejado marcas de arañazos en el cadáver? Quisieron saber si había gritado y cuántas veces. ¿A voz en cuello o sólo un poco? Le preguntaron dónde estaba con exactitud y cómo había aparecido el cuchillo. ¿Dónde se desplomó el atacante? La policía interrogó a los vecinos y les preguntó si habían oído algo y a qué hora.

Roberto alargaba su explicación, infundiéndole tanto dramatismo como podía, y Mark pareció impacientarse.

—Sí, ya sé cómo son los interrogatorios de una presunta víctima de violación — lo interrumpió con cierta irritación—. ¿Qué averiguaron?

Roberto lo miró.

—Nada. —Se sentó a la mesa de la cocina, frente a él—. Nada en absoluto. Pero eso no significa que no tengan respuestas, sino únicamente que sus respuestas

contradicen la versión de su hija. Emma no tenía hematomas, ni uñas rotas, ni ninguna señal de violencia. Ella asegura que gritó con suficiente fuerza para que el desconocido que pasaba por la calle la oyera e irrumpiera en el apartamento, pero ningún vecino oyó ni vio nada, al menos hasta pasados cuarenta minutos de la hora en que ella dice haber llegado a casa, cuando una persona creyó oír ruido de pelea.

Jennifer lo interrumpió para decir que eso no demostraba nada, porque Emma aseguraba que el argelino había entrado en el apartamento en cuanto ella había empezado a gritar. Quizá todo había ocurrido muy rápido, sin tiempo suficiente para que ella se rompiera las uñas en la pelea o recibiera golpes que le causaran hematomas. Miró a Mark en busca de apoyo, pero su marido no le prestó atención y siguió interrogando a Roberto.

—Hay algo más —dijo el detective—. Como usted probablemente sabrá, señor Lewis, hay heridas de ataque y heridas de defensa. Las de ataque suelen ser altas, profundas y producidas con bastante fuerza. Las de defensa suelen observarse en los brazos y las manos, cuando la víctima trata de apartar al agresor. Rodrigo tenía sobre todo heridas de defensa, como si hubiera intentado defenderse de un ataque, y una herida importante de ataque, que al final fue la que lo mató.

Mark volvió a asentir. Señaló que, si eso era todo, entonces no había nada definitivo que probara más allá de toda duda que Emma estaba mintiendo.

—No, señor Lewis. Pero en ciertos casos, cuando no hay pruebas concluyentes, la policía, y más tarde el juez y el jurado, se guían por las pruebas circunstanciales.

Mark reflexionó un momento y a continuación se puso de pie y se dirigió al dormitorio. Se detuvo a contemplar la cinta que delineaba en el suelo el contorno del cadáver, a pocos pasos de la cama, y quiso saber exactamente cómo había descrito Emma a la policía el escenario del crimen.

Roberto lo siguió.

—Su hija declaró que el argelino irrumpió en la habitación y se abalanzó sobre Rodrigo, que estaba en la cama, aquí —dijo apoyando una mano sobre la cama deshecha—, mientras ella se ponía la blusa y se acurrucaba en un rincón, allí —añadió señalando la esquina opuesta de la habitación.

—¿La blusa? ¿El agresor tuvo tiempo de quitarle la blusa?

—Eso dijo ella. Dijo que él se la había arrancado y, de hecho, le faltaban varios botones.

—Continúe, por favor.

—Sostiene que el argelino simplemente intentó echar a Rodrigo, pero que el chico estaba fuera de sí por la bebida y quizá por haber consumido drogas. Por cierto, el informe toxicológico no confirma ese dato. En cualquier caso, su hija asegura que Rodrigo atacó al argelino con el cuchillo y que éste tuvo que pelear para defenderse. Dice que el argelino se movió con mucha agilidad y le arrebató el cuchillo al otro, y que ambos forcejearon un rato, mientras ella gritaba, aunque ningún vecino oyó los gritos. Al final, el argelino se hizo con el cuchillo y, cuando Rodrigo fue a atacarlo, se

lo clavó en el pecho en defensa propia. Su hija dice haber visto una sola puñalada. Pero nada de eso justifica el hecho de que las heridas parecen haber sido causadas por el tipo de cuchillo hallado en su cocina, ni explica las heridas defensivas observadas en las manos y los brazos de Rodrigo. Y, como ya sabe, la profundidad y el ángulo de las heridas mortales no se corresponden con alguien de la altura y la corpulencia de la persona descrita por Emma.

—¿Es cierto que Paco es de la talla y el peso adecuados para haber causado esas heridas? —preguntó Mark.

—Me temo que sí.

Mark anotó algo en su libreta y levantó la vista.

—¿Alguna cosa más? ¿Qué me dice del hachís? Emma le dijo a su madre que aquella noche había comido unos *brownies* que probablemente contenían hachís.

—Es la primera vez que lo oigo. Los informes no indican que su hija actuara como si estuviera bajo los efectos de una droga, y no estoy seguro de que sea una circunstancia relevante. —El detective miró a Jennifer—. ¿Dónde ha dicho que estaba cuando comió esas pastas?

—En un bar, creo recordar —replicó Jennifer.

Roberto pareció pensativo.

—Eso podría ayudarnos a determinar una secuencia temporal.

Mark asintió y Roberto hizo una pausa. Mark y Jennifer lo miraron con expresión inquisitiva, esperando a que prosiguiera.

—Ha surgido algo más —dijo lentamente el detective—. Hay un problema con la sangre. Todavía no es seguro y no sé si debería informarlos al respecto, pero quizá tendrían que saber el rumbo que está tomando la investigación ahora mismo.

Mark se inclinó hacia delante, atento y concentrado.

—Continúe, por favor.

—Probablemente sabrán que la policía dispone de una sustancia para averiguar si en una superficie ha habido manchas de sangre, aunque hayan sido lavadas. La sangre siempre deja huella —añadió con gesto sombrío.

—¿Se refiere al luminol? —preguntó Mark.

—Sí, eso es. Han aplicado esa sustancia al suelo de todas las habitaciones y también a los cuchillos de la cocina. Ya tienen los resultados, pero nosotros no los conocemos aún. Los están analizando para determinar su relevancia.

Jennifer escuchaba con atención.

—¿Qué están buscando? —preguntó.

—No lo sé.

—Y ¿qué dice Emma cuando se le mencionan todas estas evidencias? —quiso saber Mark.

Roberto meneó la cabeza.

—Es una chica testaruda. Se empeña en afirmar que todo ocurrió tal como ella ha dicho, a pesar de las pruebas en su contra. Lloro, acusa a la policía de presionarla, cita

las cifras del paro y sermonea a la policía sobre la pobreza. No cede ni un ápice en su versión. —Hizo una pausa—. Bueno, eso no es por completo cierto. Ahora admite que vio a Paco aquella noche. Dice que discutieron y que ella volvió sola a su casa. Quizá fue entonces cuando estuvo en el bar y comió esos *brownies*. Lo reconoció sólo cuando supo que Paco lo había revelado previamente.

—Y ¿era cierto que él lo había reconocido?

—Sí.

Roberto volvió a sentarse y bebió otro sorbo de agua. Sacó un pañuelo blanco del bolsillo y se enjugó la frente, que se le empezaba a humedecer de sudor. Dirigiéndose a los dos, intentó explicarles que, si bien la policía no disponía de pruebas concluyentes, tenía una narrativa razonable y verosímil, respaldada por algunas pruebas circunstanciales. La versión de Emma parecía cada vez más endeble y sospechosa. Y, en última instancia, en un caso como el suyo, lo que se sometía a juicio era la narrativa. ¿A quién creerían el juez y el jurado?

—¿Cómo se constituye el jurado? —preguntó Mark.

—Habrá un juez y un jurado de nueve miembros. El veredicto será por mayoría. No es preciso que haya unanimidad.

Mark se sumió en sus pensamientos y se pasó varios minutos revisando sus notas. Le preguntó a Roberto si estaba de acuerdo en que, para que la versión de la policía se impusiera, era preciso demostrar que Emma ya conocía a Rodrigo, o por lo menos que lo había conocido la noche del crimen y lo había invitado a su casa. De lo contrario, era imposible que acabaran los dos en la cama. Si ya lo conocía, entonces alguien tenía que haberlos visto juntos en algún momento. Si lo había conocido la misma noche del crimen, quizá en la feria, también era forzoso que alguien los hubiera visto juntos: en una caseta, en un bar, en un lugar de reunión o en algún otro sitio.

—No tienen ninguna prueba en ese sentido, ¿verdad? —preguntó Mark—. Son sólo suposiciones, ¿no es así?

Roberto le dio la razón y admitió que hasta ese momento no había aparecido ningún testigo que los hubiera visto juntos. No tenían amigos comunes, estudiaban en diferentes facultades, frecuentaban bares distintos, y era probable que no se hubieran encontrado nunca. Jennifer se aferró a esa idea. Era la primera buena noticia que recibía en todo el día.

Después de dar las gracias a Roberto, cerraron las ventanas, salieron del apartamento y cerraron la puerta con llave. Antes de irse, el detective les hizo una última advertencia.

—Es cierto; no son más que suposiciones —dijo mirando a Jennifer—. Pero siempre hay un policía que tiene una idea y se empeña en investigarla, e insiste en hacer preguntas, hasta que consigue la respuesta que busca, porque sabe que tiene que estar ahí. En este caso, ese policía es Fernando.

—Puede preguntar cuanto quiera —replicó Jennifer—, pero nunca encontrará lo

que no existe.

—Ojalá tenga razón, señora.

Antes de despedirse, Roberto llamó un taxi. Les explicó que pasaban pocos por el barrio y se ofreció a pedir otro, pero ellos le respondieron que preferían caminar un poco.

Mientras se alejaban, Jennifer intentó parecer optimista.

—¿Lo ves, Mark? Emma no conocía a ese Rodrigo. Es una locura pensar que iba a acostarse con un chico que acababa de conocer, sobre todo teniendo novio. La conocemos bien y sabemos que sería incapaz de hacer algo así.

Mark siguió andando en silencio, con la vista fija en el suelo. Parecía estar muy lejos.

—¿Lo sabemos? —preguntó por fin—. Yo no estoy seguro, y sé que tú tampoco lo estás.

Ella no respondió. No podía permitir que su marido convirtiera la conversación en un juicio sobre ella como madre o como esposa, aunque se sentía acusada en ambos frentes.

Pasaron delante de un bar y Jennifer sugirió entrar para tomar un café. Llevaban quince minutos andando y estaban acalorados y fatigados. Eligieron una mesa en el interior, donde había aire acondicionado, y los dos pidieron café con leche y una pasta. Era difícil superar la tensión que se había instalado entre ambos, y Jennifer sentía una incomodidad poco habitual.

—¿Estás cansado, Mark? —preguntó amablemente con la idea de encontrar algún tema de conversación que no fuera espinoso—. Has dicho que no habías dormido nada en el avión. ¿Quieres volver al hotel y echarte una siesta?

Él se encogió de hombros y negó con la cabeza. Enseguida se hizo otro silencio incómodo.

—¿Qué te ha parecido Roberto? —interrogó ella—. A mí me parece muy bueno y competente, y me ha ayudado muchísimo en los peores momentos.

—Jennifer, creo que deberías volver un tiempo a casa —dijo él.

Para ella fue una sorpresa.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Porque Lily y Eric te echan de menos y te necesitan. Porque estás viviendo todo esto con demasiada intensidad y no creo que sea bueno para ti, ni siquiera para Emma. Y también porque deberías alejarte un poco para ver las cosas con cierta perspectiva. Esto es muy malo. Es terrible. Pero estamos haciendo todo lo que podemos para ayudar a Emma, y no parece que ella esté cooperando, ni que aprecie nuestro esfuerzo. Además, tenemos otros dos hijos que están tristes, confusos y necesitan a su madre.

Jennifer había hablado con Lily y Eric la noche anterior y sabía que su marido tenía razón. Sus hijos querían que volviera. Estaban asustados, después de enterarse de lo que le había ocurrido a Emma en realidad, y seguramente se sentirían aún peor

cuando la historia empezara a salir a la luz a través de la prensa y la televisión. Y, aunque pudieran mantener a Eric relativamente al margen, sería imposible proteger a Lily. Jennifer sufría por sus hijos, pero su respuesta fue:

—Sí, claro. Y tú me sustituirás aquí, ¿no?

—Ya sabes que no puedo.

—Entonces también sabes que no puedo irme. Lily y Eric te tienen a ti, a mis padres, a sus amigos y a sus profesores. Emma está sola y se encuentra en peligro. — Estaba llena de la indignación—. Pero tú no te preocupes. Vuelve a casa y no te des prisa por regresar. Yo me quedaré aquí y me ocuparé de todo. ¿No es lo que pasa siempre en nuestra familia? ¿Por qué iba a ser diferente esta situación de todas las demás?

Mark pagó la cuenta y se levantó con gesto airado. Salió a la calle y echó a andar a paso rápido, casi sin volverse para ver si ella lo seguía. Ella fue detrás hasta alcanzarlo. Continuaron caminando y, al cabo de un momento, Jennifer vio un taxi. No estaba en una parada, pero se detuvo de todos modos cuando Mark levantó la mano para llamarlo. Volvieron al hotel, perdidos cada uno en sus pensamientos.



José había acordado pasar a buscarlos a las nueve para llevarlos al centro de detención. Se despertaron temprano, sin necesidad de despertador, e hicieron sus rituales matinales en relativo silencio. Mark recogió el *International New York Times* que el hotel le había dejado delante de la puerta y se puso a hojearlo con gran nerviosismo, mientras Jennifer pedía café al servicio de habitaciones y se metía en el baño para lavarse los dientes.

—¡Mierda! —oyó que gritaba Mark y, sabiendo que su marido acababa de ver lo que ambos esperaban no encontrar, se secó la boca y volvió rápidamente al dormitorio.

Mark le tendió el periódico, abierto por la página del humillante artículo. La noticia era breve y decía simplemente que una estudiante estadounidense de intercambio llamada Emma Lewis, de la Universidad de Princeton, estaba detenida en relación con el asesinato de un estudiante español en Sevilla. La nota no revelaba más detalles, pero tampoco hacía falta. Ya llegaría todo el resto, como llega la tormenta eléctrica cuando el cielo se cubre de nubarrones.

Jennifer se dejó caer en la cama, mirando a Mark con expresión indefensa. Normalmente, la presencia de su marido la reconfortaba, y sus abrazos le daban fuerzas. Pero ¿ahora? Se sentía extraña, criticada, herida y, por encima de todo, sola. Mark se sentó en la cama junto a ella y le pasó un brazo por los hombros, como solía hacer cuando tenían problemas, pero lo hizo mecánicamente, con la cabeza en otro sitio, y Jennifer notó la diferencia.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó ella.

—Ya sabíamos que pasaría esto. Estábamos preparados. Esto no cambia nada.

La voz de Mark reflejaba una confianza que no parecía real. Jennifer pensó que debía de ser el tono que su marido usaba con sus clientes.

Bajaron con la intención de comer algo en el comedor del hotel antes de salir, y se sorprendieron al ver que el generoso bufet ya estaba servido. Hambrientos a su pesar, decidieron participar del banquete. Una vez más, las malas noticias le habían exacerbado el apetito a Jennifer, perfecto ejemplo del uso de la comida como consuelo y no como sustento. Era un mecanismo que escapaba por completo a su control consciente. Mark examinó las diversas posibilidades y llenó juiciosamente su bandeja, mientras Jennifer iba directa al mostrador de los huevos para pedir una tortilla francesa con queso. Cogió también pan y varias lonchas de beicon y, al final, tras un breve instante de duda, añadió un pastelito.

Aunque no mencionaron el malestar del día anterior, ninguno de los dos lo había olvidado. Se había instalado entre ambos como un visitante indeseado frente al cual se vieran obligados a hablar cortésmente de banalidades.

A las nueve en punto, salieron a la explanada delantera del hotel para esperar a José, que llegó unos minutos más tarde. Jennifer le hizo señas con la mano y, cuando

su automóvil se detuvo delante de ellos, se acomodó en el asiento trasero, dejando que Mark, con sus piernas más largas, ocupara el asiento junto al conductor.

—Pensaba que Roberto vendría también —comentó Jennifer.

—No puede. Sólo permiten una persona ajena a la familia por visita.

Mark le pidió a José que les describiera el lugar donde estaba detenida Emma, para ir mejor preparados.

El abogado no respondió enseguida, concentrado en salir de la callejuela del hotel a la calle, atestada de vehículos en una hora de tráfico intenso. Tras completar un giro complicado, dijo que precisamente había llegado con la intención de explicarles el protocolo de la visita.

Les contó que se trataba de una cárcel femenina, el Centro Penitenciario de Mujeres, situado en una pequeña localidad a unos quince kilómetros de Sevilla. Su hija estaba recluida en ese centro porque, tras una audiencia preliminar, el juez instructor había determinado que era necesario privarla de su libertad hasta que fuera juzgada. Estaba acusada de complicidad y de ocultar pruebas, pero aún no se había fijado la fecha de inicio del juicio. El abogado les recordó que podían pasar entre dos y cuatro años antes de que comenzara el juicio y que aún era posible —y obviamente preferible— que Emma se ahorrara ese trance si se decidía a aportar pruebas que la exculparan.

Ésa era la primera visita autorizada desde su traslado al nuevo centro, por lo que José procedió a explicarles cómo se desarrollaría. Les habló con su habitual tono profesional, casi como si estuviera leyendo un folleto, y no como si tuviera delante a los preocupados padres de una reclusa. Les dijo que los guardias les tomarían las huellas dactilares y les harían fotografías, además de retenerles los pasaportes y registrar sus respectivos números. Les explicó que la visita tendría lugar en una cabina con tabique separador de cristal y les enumeró mecánicamente las restricciones.

—Un momento. ¿Quiere decir que no podremos tocarla? —preguntó Jennifer.

—Me temo que no.

Era demasiado para ella, y estalló sin poder contenerse.

—¡Por el amor de Dios! ¿Por qué la tratan así? ¿Por quién la toman? ¿Por una asesina?

Sus palabras quedaron suspendidas en el aire, en medio de un silencio incómodo. Al darse cuenta de lo que había dicho, Jennifer hizo una mueca de desolación.

Mark le tendió la mano desde el asiento delantero, para reconfortarla. Ella se la estrechó agradecida.

—Lo siento, señora —dijo José con suavidad—. Yo no decido las normas. Permítame que continúe.

Dijo que la visita podría durar unos treinta y cinco minutos, o quizá cuarenta, pero no más. Les explicó que los reclusos en España se dividían en tres niveles, siendo el primero el que implicaba mayores restricciones. Por lo general, sólo los

presos más agresivos o peligrosos estaban clasificados en el primer grado. Les dijo que la mayoría estaban encuadrados en el segundo grado, e insistió en que la prisión donde se hallaba Emma era un centro de nivel dos, lo que probablemente le proporcionaría a su hija cierto margen de libertad, incluida una visita mensual de los miembros de la familia en una habitación privada, sin supervisión policial directa. Les señaló asimismo que los reclusos del segundo grado tenían más acceso al teléfono y la posibilidad de asistir a clases de artes plásticas y otros privilegios denegados a los internos del primer nivel. Les aclaró que en ese momento Emma no disponía de ninguno de esos privilegios, pero les indicó que confiaba en que pronto su estatus cambiaría.

—¿Quiere decir que ahora Emma está clasificada como una reclusa de primer grado? —lo interrumpió Jennifer—. ¡No tiene sentido!

José se encogió de hombros con expresión de impotencia.

—En el caso de Emma, parece ser que el juez se inclina por imponerle un tratamiento más riguroso, para animarla a cooperar.

—Y ¿eso es legal? —preguntó Mark indignado.

—Oficialmente, no —respondió José—. Es el resultado de un acuerdo privado entre el juez instructor y el director de la cárcel. Por eso creo que puedo conseguir que lo cambien.

Mark preguntó cómo era el tercer grado de los reclusos, y si sería posible conseguir que se lo asignaran a Emma.

José le explicó que el tercer grado se reservaba a los presos que habían demostrado una conducta ejemplar durante su reclusión, y le dijo que, cuando a un condenado se lo concedían, podía incluso pasar los fines de semana fuera de la cárcel.

—Pero espero que su hija no tenga que estar en la prisión el tiempo necesario para que se lo concedan —añadió el abogado.

Mark y Jennifer se dieron cuenta de que era posible que Emma pasara mucho más tiempo recluida del que habían supuesto en un principio. Jennifer se puso a mirar por la ventanilla. Habían dejado atrás la ciudad y estaban circulando por una llana zona desértica de tierra roja y seca, sembrada de arbustos espinosos, que se extendía hasta donde alcanzaba la vista. De vez en cuando veían un rebaño de cabras o de ovejas y, muy ocasionalmente, una o dos vacas blancas y negras, inquietas en el aire húmedo. El sol brillaba con un fulgor cegador y casi intolerable sobre un paisaje solitario que exacerbaba el desasosiego reinante dentro del vehículo.

A lo lejos apareció la fachada de ladrillo rojo del Centro Penitenciario de Mujeres, un edificio aislado que parecía levantarse en medio de la nada. José condujo el vehículo hasta la garita del guardia, enseñó sus credenciales y entró en el aparcamiento, al otro lado de los muros de la cárcel. Después acompañó a Mark y a Jennifer a hacer los trámites que ya les había descrito. Ambos enseñaron sus pasaportes a un funcionario, que se los quedó en depósito, según les dijo, hasta el final de la visita. A continuación, los registraron y los fotografiaron. Por último, un

guardia abrió con sus llaves una puerta y los condujo a la sala de visitas. La separación de cristal le pareció a Jennifer semejante al tabique de plástico transparente interpuesto entre el conductor y el pasajero en los taxis de Nueva York. Había una rejilla a lo largo del cristal, con el ancho suficiente para que las reclusas y los visitantes se oyeran mutuamente. A un lado del tabique, varias internas sentadas en taburetes hablaban con sus visitantes, instalados a su vez en una serie de sillas alineadas al otro lado de la separación. Era evidente que la intimidad no formaba parte del arreglo. Les habían informado de que sólo podrían hablar con Emma de uno en uno. Mientras uno de ellos conversaba con su hija, el otro tendría que esperar su turno, sentado en una silla junto a la pared del fondo. Jennifer se volvió hacia Mark y le suplicó que la dejara pasar primero.

—Por favor, Mark, ¡tenemos tan poco tiempo! Déjame que hable primero con ella. Quiero saber cómo está, antes de que tú empieces a interrogarla.

Mark dejó traslucir en su expresión su contrariedad ante semejante evidencia de sus intenciones, pero asintió con un gesto y fue a sentarse al lugar indicado.

Entonces Jennifer se puso a buscar a Emma al otro lado del cristal, sin éxito. Se volvió para preguntarle a José, mientras el abogado se disponía a reunirse con Mark, y él le aseguró que pronto traerían a su hija.

En ese momento apareció Emma en la entrada de la sala, mirando a su alrededor en busca de visitantes. Cuando vio a Jennifer, se le dibujó en la cara una sonrisa triste y se apresuró a ocupar el taburete vacío, de su lado del tabique de cristal. Lo primero que notó Jennifer fue su pelo. La maravillosa melena oscura que había lucido desde la infancia había desaparecido, dejando en su lugar unos cuantos mechones desiguales, cortados de cualquier manera a la altura de las orejas. Le dolía en el alma mirarla, pero se esforzó para no hacer ningún comentario al respecto.

—¡Emma, me alegro tanto de verte...! —exclamó tras una breve pausa—. No me han dejado venir antes.

Su hija seguía mirando a su alrededor, como si buscara a alguien.

—¿Ha venido papá? —preguntó.

—Sí, está aquí. No nos permiten hablar contigo a los dos a la vez. Papá vendrá cuando hayamos terminado de hablar tú y yo. —Se inclinó hacia delante y bajó la voz—. ¿Cómo estás? ¿Es muy horrible todo?

Emma negó con la cabeza, se encogió de hombros e incluso dejó escapar una risa breve, que sin embargo sonó muy poco alegre.

—¡Por Dios, mamá! ¡Tú siempre tan dramática! —repuso—. No tienes que preocuparte por mí en ese sentido, de verdad. El sitio está bastante bien. Se parece más a un internado muy estricto que a la idea que podrías tener de una cárcel. No me malinterpretes: hay demasiadas presas, hay mucho ruido y a veces los ecos te vuelven loca. —Después bajó la voz y se acercó un poco más al tabique—. Además, el ambiente es bastante duro y hay que tener mucho cuidado para no ofender ni molestar a nadie. Pero parece que aquí creen realmente en la rehabilitación. Si fuera culpable

de algún crimen, me sentiría muy afortunada de estar en un sitio como éste. Pero como no soy culpable, estoy bastante fastidiada, claro.

«¡Si pudiera tocarla!», pensó Jennifer. Era muy difícil consolarla sólo con palabras. Le dijo que era un gran alivio para ella enterarse de que las condiciones no eran espantosas, y le aseguró que su padre y ella estaban haciendo todo lo que podían para sacarla de allí cuanto antes. Le preguntó si necesitaba alguna cosa, algo que pudiera llevarle y estuviera permitido y, finalmente, incapaz de contenerse un minuto más, le preguntó por su pelo.

—Ah, sí. Lo creas o no, aquí dentro tienen una peluquería. Decidí cortármelo porque me resultaba más práctico, ya que no podemos lavarnos la cabeza todos los días —le explicó como si no le diera importancia.

Después le pidió a su madre que le ingresara un poco de dinero en una cuenta, para sus pequeños gastos, como el de la peluquería, que había tenido que pagar con cigarrillos.

Ésa fue otra sorpresa desagradable para Jennifer.

—No sabía que hubieras empezado a fumar.

Emma se encogió de hombros.

—Ojalá fumar fuera mi único problema, mamá.

Su actitud era provocativa. Jennifer notó que su hija estaba tratando de escandalizarla y de herirla a la vez, y lo peor era que lo había logrado.

—¿Algo más? —le preguntó.

Emma le dijo que había una biblioteca en la cárcel, pero todos los libros estaban en español. Jennifer le prometió conseguir libros en inglés y le dijo que se los llevaría en su siguiente visita.

Se hizo entonces un silencio incómodo, durante el cual pareció como si las dos hubieran agotado todos los temas de conversación. Finalmente, como aún no quería despedirse de su hija, Jennifer le preguntó por su rutina diaria. Emma le contó que las reclusas se turnaban para limpiar las dependencias y trabajar en la lavandería, cada una con una tarea asignada.

—Cuanto más colaboras, mejor es la tarea que te asignan —dijo con otra risita amarga—. A mí siempre me tocan los retretes, como es obvio.

Sin embargo, añadió que, si bien en algunos aspectos la trataban como una reclusa de primer grado, podía acudir a clase de pintura y decorar su celda con los cuadros que había pintado. Añadió que uno de sus cuadros estaba colgado en el pasillo, fuera de su celda.

—Somos tres por celda y tenemos que decidir entre todas lo que ponemos en la pared. Me pareció más fácil dejar que ellas fueran las primeras en elegir —explicó.

Al ver la cara de preocupación de su madre, pareció ablandarse un poco y añadió que incluso había una sala común en la cárcel donde se reunían todas de vez en cuando.

—Cada vez hablo mejor español. Te encantaría oírme, aunque supongo que mi

actual vocabulario no me sería particularmente útil en Princeton. Tampoco creo que vaya a volver a Princeton... En cualquier caso, no estoy tan mal. El otro día, algunas de las chicas se fueron de excursión a Sevilla. Yo no, claro. Es rarísimo. Aquí hay mujeres de toda España, de América Latina, gitanas... Hay drogadictas, ladronas y asesinas, pero a mí me controlan más que a ninguna. No lo entiendo. Quizá sea porque los estadounidenses no les gustamos.

Emma llevaba todo el tiempo hablando deprisa, con la especie de frenesí en el que solía caer cuando se ponía nerviosa. Jennifer no sabía si todos los detalles que le estaba contando eran un intento de tranquilizarla y hacerla sentir mejor o una manera de aliviar la tensión y la incomodidad que había entre ellas.

En ese momento, Mark tosió ruidosamente, hasta conseguir que Jennifer se volviera. Le indicó con un gesto impaciente que había llegado su turno y ella se levantó.

—Papá también quiere hablar contigo, cariño. Me quedaré sentada ahí atrás —dijo señalando el lugar—. Volveré en cuanto nos autoricen otra visita. También te escribiré y te enviaré los libros y el dinero para tus gastos y todo lo que necesites. Llámame cuando te dejen usar el teléfono. Te quiero mucho.

Le cedió el lugar a Mark, que se sentó en su silla, mientras ella ocupaba la de su marido junto a José. Desde allí, Jennifer notó que, si se inclinaba un poco hacia delante y prestaba mucha atención, podía oír prácticamente toda la conversación entre Emma y Mark.

—Hola, papá —precisó ella con su vocecita triste.

—Hola, Emma. —En un tono casi profesional, Mark fue directo al grano—. Escucha, no disponemos de mucho tiempo y tenemos que hablar de algo importante. Ojalá estuviéramos en un lugar más privado, pero no puede ser, así que tendremos que arreglarnos con lo que hay.

—Pareces muy serio, papá.

—Sí, ya ves. Visitar a mi hija en una cárcel de España donde la acusan de complicidad en un asesinato me parece un asunto bastante serio.

Emma palideció sorprendida.

—¿Estás enfadado conmigo, papá? Pareces enfadado.

Mark respondió que sólo estaba preocupado, pero conservó el gesto hosco. Le dijo a Emma que su situación era extremadamente grave y que, fueran cuales fuesen sus razones para proteger a Paco, tenía que empezar por protegerse a sí misma, incluso si eso significaba retirarle la protección a su novio. En cuanto mencionó a Paco, Emma se puso tensa y le respondió airada, diciendo que no sabía de qué estaba hablando. Él la miró de soslayo, sorprendido de su abrupto cambio, pero siguió adelante y le dijo que no había ninguna prueba de que nadie más hubiera estado en su habitación, excepto Paco, el chico muerto y ella.

—No sé a qué llamas «pruebas» —replicó ella con sequedad—. Paco y yo vivíamos juntos. Es natural que hubiera huellas tuyas en la habitación. Pero aquella

noche él no estaba en casa, y yo sí. Yo estaba allí y te he contado lo que pasó. Soy tu hija. ¿A quién vas a creer, papá? ¿A la policía o a mí?

—Yo sólo creo en las pruebas. Tu versión tiene demasiadas lagunas.

—Lo siento, papá. Muchas veces la vida está llena de lagunas. Las cosas son como son.

Mark se recostó en el respaldo de su silla y estudió la expresión de su hija. Tenía el ceño fruncido, los ojos entornados y los labios apretados, esforzándose para no echarse a llorar. Parecía indignada y herida, como si realmente se sintiera traicionada. Mark se inclinó hacia delante y suavizó el tono de voz.

—Emma, cariño, no estoy en tu contra. Sólo intento ayudarte. No quiero que pases los próximos quince años en la cárcel. Quiero que pienses sólo un minuto, pero no en Paco, ni en ti misma, sino en la familia de ese chico, Rodrigo.

Su hija suspiró y levantó la vista al cielo.

—¡No te atrevas a ponerme cara de suficiencia! —estalló Mark—. Esa gente ha perdido a su único hijo, un chico del que estaban orgullosos y con toda la razón, por lo que he podido averiguar. Era un buen estudiante, un hijo cariñoso, una persona amable y educada... Y ahora lo único que les queda son los recuerdos y el buen nombre de su hijo. Cuando tú dices que trató de violarte y que pretendió matar a la persona que entró en tu casa para salvarte, les estás arrebatando su único consuelo. ¿Te has parado a pensarlo? ¿De verdad es eso lo que quieres?

Emma miró a su padre y finalmente rompió a llorar, pero sus lágrimas no eran de arrepentimiento, sino de indignación.

—¿Cómo puedes hacerme esto? ¿Cómo puedes acusarme y tratar de que me sienta culpable por alguien que intentó causarme un daño? ¡Es la típica reacción machista a una violación! Quieres que diga que no fue culpa suya. Pero no lo diré. No sé qué crees tú que sucedió, pero la verdad es que...

—Te diré lo que creo que sucedió —la interrumpió Mark. Tenía las mandíbulas apretadas, la cara enrojecida y las venas del cuello algo hinchadas—. Creo que ese argelino no existe, Emma. Creo que Paco mató a Rodrigo. No sé cómo entró ese Rodrigo en tu habitación, ni qué estaba haciendo contigo, pero no creo que intentara violarte.

Emma se levantó como movida por un resorte, sollozando de manera incontrolable. Cuando habló, su tono era menos amargo y más dolido.

—No puedo quedarme aquí. Siento mucho que tengas una opinión tan mala de mí, papá. Te quiero y nunca te mentiría. No me cabe en la cabeza que no lo sepas.

Se volvió y se dirigió hacia la puerta, donde le pidió al guardia que la dejara salir.

Jennifer fue la primera en abandonar la sala. José la siguió y Mark salió andando despacio detrás del abogado. Fueron a buscar los pasaportes, sin mirarse entre sí. José los condujo al exterior, donde los dos, casi inconscientemente, hicieron una profunda inspiración.

—¡Muy bien, Mark! Todo ha ido muy bien —dijo Jennifer furiosa—. ¿Qué te

pasa? ¿Cómo has podido hablarle así, sabiendo que está sola y desesperada?

Él la miró a los ojos.

—Está mintiendo descaradamente —repuso.



Mark recibió una llamada mientras estaba subiendo al coche y pasó la mayor parte del viaje de vuelta inmerso en una animada conversación con su interlocutor, delante de una Jennifer que hervía de indignación. José conducía con la vista fija en la carretera y, de vez en cuando, intentaba aliviar la tensión con algún comentario.

—Ya estamos otra vez en la ciudad —dijo mientras dejaban atrás la extensión desértica y entraban en una zona más poblada.

Cuando llegaron al hotel, Jennifer le aseguró a José que se mantendría en contacto y, sin esperar a que su marido o el portero le abrieran la puerta, salió del coche en tromba y accedió a paso rápido al vestíbulo, sin mirar atrás. Mark puso fin apresuradamente a su conversación telefónica, le dio las gracias a José y siguió a Jennifer.

La encontró en la habitación, tumbada encima de la colcha. Con un movimiento de las piernas, Jennifer dejó caer al suelo los zapatos mientras él entraba.

—He oído una parte del final de tu conversación —le dijo ella—. Supongo que tendrás que volver enseguida, ¿no?

—Debería volver dentro de poco, sí —replicó él.

—Me parece bien. ¿Por qué no compruebas si hay un vuelo esta misma noche?

Mark entró en el baño y cerró la puerta. Se oyó correr el agua. Volvió a salir al cabo de un minuto, secándose la cara.

—¿Necesitabas refrescarte? —le preguntó ella.

—Refrescarme, sí, y enfriarme un poco —replicó él—. Escúchame, Jennifer, tenemos que hablar.

—¿Ah, sí? ¿Estás seguro? Mira, ya sé que tendremos que hablar tarde o temprano de nuestra relación, pero ¿te parece sensato que lo hagamos ahora?

—¿Qué has entendido? Lo que he querido decir es que necesitamos hablar de Emma. Pero sí, supongo que también tendremos que hablar de nosotros en algún momento. Ya sé que estás enfadada y que deseas que me marche cuanto antes, y sé que eso se debe en parte a que quieres evitar esta conversación, pero, honestamente, no sé cómo podría irme sin que abordemos antes lo sucedido hoy.

Jennifer lo miró. Parecía tan grave, tan serio... Su cara de niño, su pelo color arena que empezaba a encanecer, su conservador traje azul oscuro, su camisa Paul Stuart... Todo en él coincidía con su imagen de hombre respetable, decente y respetuoso de la ley, y reflejaba su trayectoria de abogado de éxito. Ése era el hombre del que ella se había enamorado. Le pareció gracioso que a veces las cosas que nos atraen en una persona sean las mismas que nos alejan al cabo de un tiempo. Lo que antes había visto como integridad ahora le parecía rigidez. Mark no podía ser indulgente con Emma. «Se niega a creerla —pensó Jennifer—, y ahora que se ha vuelto contra ella, me culpa a mí.»

—¿De qué tenemos que hablar? Yo la creo y tú no. Ojalá el jurado coincida

conmigo, si llegamos a ese punto.

Mark se quitó la chaqueta y la corbata, después de aflojarse el nudo.

—Precisamente, lo que estoy tratando de decirte es que no la creerán. Si no te cegaran tus propias justificaciones, lo verías.

—¿Qué quieres decir con eso de mis justificaciones? ¿Me consideras responsable de todo esto?

—Creo que tú misma te consideras responsable de todo lo que hacen nuestros hijos y por eso no te permites verlos con honestidad. Te atribuyes demasiado mérito por sus éxitos y demasiada culpa por sus fracasos.

Jennifer encontró profundamente injustas las palabras de Mark. ¡Había aguardado con tanta ansiedad su llegada! ¡Casi había contado los días! Volvió a pensar en todo lo sucedido. Aunque ella sabía que su marido tenía obligaciones en Filadelfia, no podía reprimir la sensación de que no era justo que ella tuviera que cargar con toda la presión. Consideraba que lo estaba haciendo bastante bien, y tenía la esperanza que su marido se lo agradeciera. Pero necesitaba su compañía y su apoyo. Y, sin embargo, la crisis no los había unido, como ella esperaba, sino que se había convertido en un arma que su marido usaba contra ella. ¿Cómo podía hacer algo así? ¿Qué momento tan terrible había elegido para empezar a criticarla!

—No sé de dónde sale todo esto, Mark —le dijo Jennifer en tono tranquilo y medido—, pero no creo que estemos en el mejor momento para que empieces a psicoanalizarme. ¿No te parece que antes deberíamos ocuparnos de Emma?

Mark siguió adelante, como si no la hubiera oído. Tenía sus propias ideas y sus intereses, y había llegado demasiado lejos para detenerse.

—Jennifer, ¿recuerdas cuando Emma estudiaba en la escuela secundaria y la sorprendieron robando en una tienda?

¡Otra vez la escuela secundaria! ¿De verdad iba a dedicarse Mark a desenterrar hasta el último trozo de fango del pasado? Sí, Jennifer recordaba perfectamente aquel episodio. De hecho, ella misma había empezado a pensar al respecto, aunque intentaba quitárselo de la cabeza. Los recuerdos se le infiltraban en la conciencia e incluso le afectaban a los sueños, pero ella seguía tratando de acallarlos. Sentía que no podía permitirse el lujo de dudar de su hija. Ella no era ninguna tonta. Notaba la actitud hostil de Emma, su rabia y los peligrosos signos de una moral distorsionada, pero se decía que todo eso debía quedar para más adelante. En otra fase se dedicaría a *corregir* a Emma. Ahora sólo tenía que *salvarla*.

—Sí —respondió—. Ya me estaba preguntando cuánto tardarías en sacar a relucir ese tema. ¿Vas a recordarme también cuando se orinaba en el parvulario?

Aquella había sido la única vez en su vida, antes de los últimos meses, en que Emma realmente la había preocupado y defraudado. A los dieciséis años, Emma había sido sorprendida robando ropa en un comercio de lujo de Chestnut Hill. Jennifer y Mark se habían quedado estupefactos. Emma no necesitaba más ropa, e incluso si la hubiera necesitado, tenía dinero suficiente para pagarla. Ni siquiera le

gustaba la ropa cara. Pero el dueño de la tienda había encontrado un vestido largo de seda en su mochila, con la etiqueta del precio aún pegada. El hombre dijo que la habían estado vigilando y que la habían visto guardárselo. Sospechaba que ya lo había hecho antes, pero esa vez lo había observado con sus propios ojos. Como Jennifer era una buena cliente, el hombre no llamó a la policía, sino a Mark y a ella, que pagaron el vestido y le pidieron explicaciones a su hija. Emma estaba con su amiga Ashley cuando la sorprendieron, y adujo que Ashley le había metido el vestido en la mochila sin que ella se diera cuenta. Ashley, por su parte, lo negó, y ése fue el fin de su amistad.

Mark seguía hablando, pero Jennifer apenas lo oía. No dejaba de repasar mentalmente el incidente de la tienda, paso a paso. Sin embargo, de pronto notó que su marido estaba esperando una respuesta.

—¿Qué has dicho? —preguntó—. Perdóname, pero me he distraído.

—Te estaba preguntando si recuerdas con cuánta frialdad insistía en que no era culpa suya. Esperábamos que se pusiera a llorar y lo lamentara, pero parecía más enfadada que arrepentida. ¿Recuerdas?

Jennifer lo recordaba. Había convencido a Mark para ir a hablar con el dueño de la tienda. Su marido se había disculpado y le había asegurado que nunca más volvería a ocurrir nada semejante.

—Tuvimos una conversación larga y seria con Emma y pensamos que ahí acababa todo —dijo Mark.

—Y así fue. Ahí acabó todo, Mark. Muchos adolescentes roban en las tiendas. No es un defecto profundo de la personalidad. Emma aprendió de la experiencia.

—¿De verdad lo crees? Y ¿qué crees que aprendió? Yo te lo diré. Aprendió que mentir era una buena estrategia para librarse de los problemas. —Hizo una pausa y, cuando volvió a hablar, el tono de su voz había pasado de la rabia a la tristeza—. ¡Culpó a su mejor amiga, Jennifer! No volvieron a hablarse. ¿No has pensado nunca en eso?

Sí, lo había pensado. Había sido muy difícil. Conocía a Ashley desde que las dos niñas tenían seis años y habían empezado juntas la escuela. La madre de Ashley había sido amiga suya, pero habían perdido el contacto después del incidente. Ella se había esforzado por no pensar al respecto. Y ahora, sin reconocerlo, volvía a preguntarse si Emma le habría mentado respecto a Ashley.

—No lo sé —respondió—. Ocurrió hace demasiado tiempo para recordarlo. ¿Por qué tenemos que hablar de algo que pasó hace tanto tiempo?

Esas mismas palabras habían disuadido a Mark en ocasiones anteriores, pero esta vez no se dio por vencido.

—¿Cuál fue la última vez que tú y yo hablamos de algo importante? Nos hemos ido apartando poco a poco, hacemos vidas separadas y, cada vez que intento hablarte de ese distanciamiento, tú encuentras alguna excusa y le quitas importancia. Dices que no es el lugar adecuado, que no es el momento oportuno o que ya hablaremos

más adelante, en algún instante que no llega nunca. Seamos honestos, Jennifer. Hace años que nuestra vida se reduce únicamente a los niños, y tú no haces nada para cambiarlo. ¿Nunca se te ha ocurrido que yo también cuento?

Ella suspiró con aliento tembloroso.

—Claro que cuentas, Mark.

Estaba al borde del llanto, y él se ablandó al verla tan afectada.

—Yo lo he permitido, así que en parte debe de ser culpa mía. Pero ignorar los problemas, mirar para otro lado y negarse a hablar al respecto no va a servirnos de nada esta vez.

Jennifer recordó la sospecha de que su marido estaba teniendo una aventura. Había llegado a pensar que sus dudas eran infundadas, pero en ese momento se dijo que quizá sí tenían algún fundamento. Recordó que Suzie le había aconsejado que le prestara más atención a Mark, y no sólo a los niños. Quizá debería haber hecho algo al respecto. Pero no en ese momento. Tal como estaban las cosas, era evidente que el problema de Emma tenía prioridad por encima de todo lo demás.

Realmente quería que Mark se marchara, y por primera vez se alegraba de que su trabajo fuera tan exigente. Le habló en tono conciliador.

—Escucha, Mark, sé que tienes razón. Tenemos pendiente una larga conversación sobre muchas cosas. Pero no podemos resolverlo todo en unas pocas horas tensas, antes de que cojas el avión. Por favor, ¿no podrías dejar todo eso para la próxima vez que nos veamos? ¿No te parece mejor que ahora, antes de que te vayas, decidamos lo que debo hacer con Emma?

Mark dudó un momento y después asintió con expresión sombría. Sabía que tenía que marcharse y no quería irse dejando entre ambos un ambiente tan enrarecido. Se sentó en la cama, le cogió la mano a Jennifer y la hizo sentarse a su lado. Le pasó un brazo por los hombros e intentó no reaccionar cuando sintió que ella se ponía tensa y le apartaba la cara.

—No dejes que me vaya de este modo, Jen. Siento mucho que salieran a la luz todos esos problemas. Creo que podremos encontrar una solución. Te quiero.

Ella volvió lentamente la cabeza hacia él, pero con la vista baja, para no tener que mirarlo a los ojos.

—Yo también te quiero —replicó de forma mecánica—. Todo saldrá bien, ya lo verás. —De pronto, se echó a reír—. Pensarás que estoy otra vez como siempre, haciendo lo mismo que criticas. Creerás que estoy eludiendo los problemas, pero no es así. No es que no pueda o no quiera hacerles frente. Es que de verdad pienso que podemos superarlos. ¿También me equivoco en eso?

—Espero que no —respondió él—. No creo que estés equivocada, si quieres intentarlo.

Jennifer le preguntó qué necesitaba hacer por Emma hasta que él regresara, y Mark le contestó que lo más importante era reconocer que su hija no estaba diciendo la verdad.

—Aunque tú no lo aceptes, tienes que entender que ahí está su única oportunidad de defensa. Es preciso que admita que no hay ningún argelino, y quizá también que no hubo ningún intento de violación, aunque de eso no estoy tan seguro, y tiene que contarnos lo que sucedió realmente. Estoy casi convencido de que eso supondría implicar a Paco y que por eso se niega a decir la verdad. Pero, si conseguimos que comprenda que salvarlo a él significa condenarse a sí misma, quizá cambie de idea. —Su exposición había sido fría y profesional. Hizo una pausa y, bajando la voz, añadió un comentario algo más personal y amargo—: Después de todo, su relación con Ashley fue mucho más larga que la que ha tenido con ese Paco y, aun así, no dudó en acusar a su amiga en su propio beneficio.

Jennifer se apartó con brusquedad, sin poder controlarse.

—¡Mark! ¡Tienes tan mala opinión de tu hija que me asustas!

Él se puso en pie, fue hasta la mesa y cogió el teléfono.

—Lo siento. No debería haberte dicho eso, pero temo por el futuro y la libertad de mi hija.

Llamó a la recepción para pedir que le reservaran un billete en el vuelo de Iberia de esa noche a Nueva York. A continuación, empezó a guardar sus productos de higiene y las pocas cosas que había llevado a Sevilla y llamó a un servicio de taxis en Nueva York para que fueran a recogerlo al aeropuerto.

—¿Quieres que llamemos a los niños antes de que me vaya? —preguntó—. Creo que les gustaría hablar contigo.

—Ahora mismo no me noto con fuerzas para hablar con ellos. Me costaría mucho fingir un optimismo que no siento.

—Quizá deberías dejarles ver que estás triste. Después de todo, los echas de menos y Emma tiene problemas muy graves. Ellos lo saben.

—No, no creo que deba hacerlo. En cualquier caso, hablo con ellos casi todos los días. Los llamaré más tarde, cuando me sienta mejor.

«¿Qué quiere que haga? —pensó Jennifer—. ¿Que les diga que su padre está convencido de que su hermana fue cómplice de un asesinato? Él no sabe cómo hay que hablarles a los niños. No lo ha hecho nunca. Aunque siempre ha creído que yo lo hacía bien. Y ahora no confía en mí, ni tampoco en Emma.»

Unos minutos después, llamaron desde la recepción para anunciarles que Mark tenía reservada una plaza en un vuelo para Madrid que salía al cabo de una hora. Una vez allí, tendría que esperar dos horas y media para coger el vuelo a Nueva York. Mark dijo que bajaría enseguida y pidió un taxi. Se puso apresuradamente la corbata y la chaqueta, cogió la maleta y se dirigió a la puerta.

—Tengo que irme —dijo en tono de disculpa.

—Ya lo sé. No te preocupes. Que tengas buen viaje.

Jennifer se le acercó y le dio un beso rápido en la mejilla. Él dejó la maleta en el suelo y la estrechó en un abrazo que ella aceptó pasivamente.

—Siento mucho hacerte pasar por esto, Jen. Sé que ya tienes suficiente con lo que

hay aquí y detesto cargarte con más preocupaciones, pero creo que esta conversación era importante. Estoy convencido de que con el tiempo me darás la razón.

—Estoy bien. Será mejor que te des prisa.

Jennifer esperó a que la puerta se cerrara y a oír el ruido de los pasos de su marido alejándose por el pasillo hacia el ascensor. Entonces dejó escapar un largo suspiro de alivio, se echó en la cama y se quedó un rato mirando el techo. Al cabo de unos minutos, se levantó, fue hasta la mesa, cogió el teléfono y marcó un número. Después de cuatro tonos de llamada, oyó el familiar mensaje del contestador automático.

—Si me está oyendo, por favor, conteste —dijo—. Necesito hablar con usted.

Unos segundos después, oyó que alguien cogía el teléfono.

—Sí, señora Lewis —respondió Roberto—. Aquí estoy.

Se encontraron en un bar de tapas recomendado por el detective en la calle Betis. Siempre escrupulosamente puntual, Roberto había llegado antes que ella y la estaba esperando en la barra. Cuando Jennifer entró en el bar, unos minutos después, varias cabezas se volvieron para contemplarla. Estaba preciosa, con su vestido negro favorito y sus puntiagudos zapatos de tacón. Llevaba el cabello castaño largo recogido en un moño, con unos pocos mechones sueltos que enmarcaban con suavidad su rostro. Se había puesto un poco de maquillaje y sus labios brillaban con una pálida luminosidad rosada, de un matiz casi idéntico al del cuarzo rosa de su collar y sus pendientes. Enseguida se sintió rodeada de miradas apreciativas.

Había buscado de forma deliberada ese efecto. Sumida en la preocupación y la incertidumbre tras la marcha de Mark, inquieta por el futuro de Emma y sin saber muy bien qué pensar, necesitaba sentirse segura con lo único que habitualmente conseguía cuando se lo proponía: la atención masculina. Era su manera de recuperar el control y experimentar cierta sensación de poder. Vio a Roberto nada más acceder al bar y se reunió con él junto a la barra. El detective ya había pedido unas croquetas de queso y un poco de jamón serrano, que le ofreció; pero ella quería beber algo antes, de modo que llamó al camarero y pidió un vino blanco.

—¡Qué bien! —exclamó Roberto con una gran sonrisa—. Veo que su español avanza. Al menos, esta experiencia le servirá de algo.

Ella respondió sin mirarlo a los ojos.

—Estoy aprendiendo mucho con esta experiencia, y el español es una de las pocas cosas positivas.

Roberto bebió un trago de su cerveza, observándola por encima del vaso.

—Creo que no se siente bien. ¿Ha vuelto su marido a Estados Unidos?

—Sí, pero eso no importa. De hecho, para mí es un alivio que se haya ido.

Roberto levantó otra vez su vaso de cerveza y se bebió de un trago lo que quedaba. Le indicó con un gesto al camarero que le llevara la cuenta y sacó la cartera para pagar. Acababan de servirle el vino a Jennifer, y el detective le dijo al camarero que habían cambiado de idea y que tenían que marcharse, pero que de todas formas pagaría el vino, ya que lo habían pedido. Aunque ella no entendió sus palabras, porque hablaba en español, dedujo el sentido de lo que decía por su lenguaje corporal, sobre todo cuando se puso de pie, le ofreció la mano y la ayudó amablemente a levantarse. Ella accedió confusa y le permitió que la condujera al exterior, donde le preguntó por qué había decidido marcharse tan precipitadamente del bar.

—Por como va vestida y la forma en que habla, veo que no es una noche para un bar de tapas —le dijo con una sonrisa torcida—. Iremos a un restaurante tranquilo donde podamos charlar y, después, si usted quiere, daremos un paseo y conversaremos un poco más. Porque usted necesita hablar, ¿o me equivoco?

Ella echó a andar agradecida a su lado. Se detuvieron en una parada de taxis y esperaron unos minutos hasta que llegó uno libre.

—Gracias —dijo Jennifer mientras se recostaba en el respaldo del asiento, con la vista fija hacia delante—. Tiene razón, por supuesto. Necesito hablar. —Entonces se volvió para mirarlo—. Hoy he visto a Emma.

—Lo sé —respondió él con suavidad—. Pero es mejor que no comentemos eso aquí. Pronto estaremos en un lugar más adecuado. Pediré un whisky y quizá un vino para usted (blanco, si no me equivoco), y preguntaremos si hay un reservado donde podamos conversar tranquilos.

—¿Un reservado? ¿Sólo para dos personas? Me parece que es usted demasiado optimista.

Roberto pareció casi ofendido, aunque no era fácil distinguir si lo estaba realmente o si sólo estaba riéndose de ella.

—Una vez le dije que nunca me guío por mis deseos y siempre busco la seguridad. Mi hermano es el dueño del restaurante. Él nos ofrecerá un lugar.

—¿Y si no hay ningún reservado libre?

—Veo que es usted muy rigurosa. Me alegro. Necesitaremos ese tipo de rigor para nuestro caso.

—Pero no me ha contestado.

Roberto sonrió.

—Pensaba llevarla allí después de las tapas. He reservado la sala para toda la noche, porque no sabía con seguridad a qué hora llegaríamos. ¿Satisfecha ahora?

—Más que satisfecha. Impresionada. Y un poco asombrada también.

Jennifer se recostó otra vez en el respaldo y miró por la ventanilla las calles llenas de gente que iba y venía, que vivía su vida, triste o feliz, y que apretaba el paso para ir al encuentro de alguien o para volver a una casa vacía; gente alegre, enfadada o temerosa, que sobrellevaba sus propias crisis o celebraba sus pequeñas victorias. Y aunque ella no conocía a ninguna de esas personas y apenas entendía su idioma, sentía un parentesco con todas ellas, la sensación de que todas formaban parte del mismo drama humano y la convicción de que todas podían entender su infelicidad, aunque la hubieran experimentado por causas diferentes. Su desdicha cambiaría e incluso pasaría, reemplazada por otras emociones que esas personas también conocerían. Pensó que la sensación era extraña y quizá un poco sensiblera, pero saludable. La hacía sentirse vinculada con la vida a su alrededor y menos sola. La última vez que había sentido algo semejante había sido en la universidad, una vez que había fumado marihuana. Al recordarlo, volvió a pensar en Emma. Quizá su relación con Paco no era muy diferente de la que había tenido Jennifer en la facultad con aquel chico que fumaba porros a diario y a veces esnifaba cocaína. Siempre estaba intentando convencerla para que ella también lo hiciera, pero excepto aquella vez —o quizá fueran dos veces—, ella se había resistido. No le agradaba la sensación que le producían las drogas porque no le gustaba perder el control. No había durado mucho



su relación con él, ni con sus amigos. Nunca le había gustado el ambiente de las drogas.

Sin embargo, visto en retrospectiva, todo le parecía bastante inocente. Aquel novio de la adolescencia había acabado estudiando en Harvard y había llegado a ser director general de una gran empresa. Quizá Paco no fuera tan... «¡Qué ridículo! —pensó de pronto—. No hay comparación posible.» En aquel grupo no habían matado a nadie. Nadie había muerto apuñalado. Y el detective había dicho que Paco traficaba con drogas duras. No, no había ninguna duda. El caso de Emma era diferente.

El taxi se detuvo delante de un restaurante con varias mesas pequeñas en una terraza. Estaban todas ocupadas, y Jennifer observó jarras de sangría en algunas y platos de calamares en otras. Atraída por el buen aspecto de todo lo que veía, se dio cuenta de que tenía hambre. Roberto la condujo al interior y, tras intercambiar algunos comentarios amables con el encargado del local, pasaron a un reservado al fondo. Ocupaba el centro de la sala una mesa rústica de roble, con espacio para ocho cubiertos, pero servida solamente para dos. Había, además, un aparador con encimera de mármol y varias mesas auxiliares. Un espléndido ramo de peonías rosadas lucía sobre una de las mesas y una serie de velas blancas sobre candelabros de latón habían sido distribuidas con buen gusto por toda la habitación. El anfitrión les mostró sus asientos, encendió las velas y se retiró.

Roberto ayudó a Jennifer a retirar la silla y sentarse, antes de ocupar su sitio. Casi de inmediato, apareció el camarero para tomar nota, y Jennifer le preguntó si el barman podía prepararle un bellini. El hombre le contestó que tenían zumo de melocotón, por lo que muy probablemente podría complacerla. Roberto pidió un whisky sin hielo y, cuando el camarero se retiró, Jennifer se puso a estudiar la carta que les había llevado.

—No hay prisa —le dijo Roberto—. Podemos beber primero, si quiere, y pedir la cena cuando tenga apetito.

—De hecho, tengo apetito ahora —replicó ella—. Salimos de ese otro lugar tan precipitadamente que no pude comer nada.

—Adelante, entonces...

Jennifer siguió estudiando la carta, mientras Roberto llamaba otra vez al camarero y le pedía unas croquetas y unas gambas de aperitivo. Para entonces, ella había elegido cordero como plato principal, y Roberto pidió lo mismo.

—Ahora que hemos solucionado los aspectos prácticos, quizá ya pueda decirme lo que necesitaba contarme.

—Creo que antes me gustaría beber un poco —replicó ella.

Esperaron un rato, hablando de intrascendencias. Jennifer hizo algunos comentarios acerca de la decoración del restaurante y le preguntó a Roberto si su hermano también era el cocinero, además de ser el propietario. El detective le contestó que su hermano era, en efecto, el dueño y el chef del local, pero por desgracia se había tomado el día libre y no podría presentárselo.

El camarero regresó con las copas y los dos las levantaron para brindar.

—Por la libertad de Emma —manifestó Roberto.

Entrechocaron los vasos, pero Jennifer apartó la vista para no mirar directamente al detective.

—¡Ah, no, señora! En un brindis, hay que mirar a los ojos, porque de lo contrario trae mala suerte.

—Si es así... —dijo ella, mirándolo, mientras volvían a brindar—. Pero no me llame «señora». Debería llamarme Jennifer.

—Quizá sí, pero todavía no.

Ella dejó la copa y permaneció unos minutos en silencio, contemplando la mesa. Finalmente, empezó a hablar.

—Mark cree que Emma miente. Cree que el argelino no existe, que Paco mató a Rodrigo y que Emma lo está encubriendo.

Roberto llamó al camarero y pidió otro whisky. Cuando estuvieron solos, él siguió hablando.

—Pero eso no es ninguna novedad, ¿no? Usted cree lo mismo.

—¿Qué está diciendo? ¡Yo no creo nada de eso! ¡Yo creo a Emma!

El detective negó lentamente con la cabeza y habló con suavidad.

—No, señora, usted no la cree. Usted desea creerla. Piensa que *debe* creerla. Pero dígame con sinceridad (o no me lo diga, si no quiere, pero piénselo), ¿de verdad cree a su hija? ¿Acaso no le ha estado mintiendo desde el principio? ¿No empezó a mentirle incluso antes de que usted viniera, sobre lo que hacía y el sitio donde vivía?

—Sí, pero...

—Está molesta con su marido porque lo ha dicho, pero estoy seguro de que usted ya lo había pensado.

Ella reflexionó un momento sobre lo que acababa de oír y después asintió gravemente, con la vista baja.

—Estoy molesta por la manera en que lo ha dicho. Me duele que me atormente, que me acuse y que haya ampliado toda esta pesadilla hasta englobar también en ella mi relación con él.

Roberto apoyó una mano encima de la suya, sobre la mesa. Ella no la retiró. El detective le habló con suavidad, casi en un susurro, hasta el punto de que Jennifer tuvo que inclinarse un poco más hacia él para oírlo.

—Pero usted piensa lo mismo, ¿no?

A Jennifer le costó mucho responder, y lo hizo a su pesar y en voz muy baja, sin mirarlo, con la vista fija en la mesa.

—Sí. A veces. Intento no pensarlo.

—¿Cree que su marido la culpa a usted?

Jennifer retiró la mano y levantó la vista.

—No. En el fondo, no. O quizá sí, un poco. Puede ser que yo también me culpe. No sé qué pensar. —Bebió lo que quedaba del bellini—. ¿Podría pedir una botella de

vino? —preguntó, y Roberto la complació enseguida.

Esperó a que el camarero le llenara la copa y se la bebió en pequeños sorbos hasta vaciarla. Sintió que se difundía en su cuerpo el calor del alcohol. Tenía los párpados pesados y la mente un poco nublada.

—Hay algo más, algo que yo veo, pero no creo que Mark entienda. Emma es, entre otras muchas cosas, una mujer de veintiún años que se ha enamorado por primera vez en su vida. En esas fases tempranas del primer amor, la frontera entre quién es ella y quién es él puede volverse borrosa, sobre todo en una joven que al mismo tiempo está rompiendo con sus padres y tratando de establecer su independencia, al menos en el aspecto psicológico, si no en el económico. Y, como me parece que la comprendo en ese sentido, creo que conozco la manera de ayudarla.

El camarero entró en el reservado para servirles la cena. Cuando se marchó, Roberto se puso de pie.

—Tengo que ir un momento al baño. Volveré enseguida. Lo que ha dicho es muy interesante. Quiero escuchar lo que tiene en mente.

Jennifer lo observó marcharse y se sirvió otra copa de vino. Recordó cómo se habían divertido Emma y ella con las historias de Mara, una de las dos compañeras de apartamento de su hija durante su primer año en Princeton. Las tres compartían dos habitaciones dobles separadas por un cuarto de baño común y se habían hecho muy amigas. Pero desde que Mara había conocido a Jules, su novio, no se separaba nunca de él. Era un poco incómodo para las otras dos chicas que compartían un espacio tan exiguo. Se topaban con él todo el tiempo cuando salían de la ducha, cuando intentaban estudiar o cuando querían irse a dormir, y acabaron muy cansadas de que estuviera siempre en medio. Cuando se quejaban, Mara les comentaba:

—Lo que digáis de él, también lo decís de mí. Si decís que estáis hartas de verlo por aquí, es como decirme que estáis hartas de mí.

—No, no es lo mismo —le insistían las otras dos chicas—. Tú eres tú, y él es él.

—No lo entendéis —había proclamado finalmente Mara con evidente frustración—. Yo soy Jules.

Jennifer se había reído mucho con Emma de esa respuesta, pero ahora se preguntaba si no le estaría pasando lo mismo a su hija.

Si querían separarla de Paco, si pretendían tener una mínima esperanza de conseguir que dijera la verdad de lo sucedido, aunque eso supusiera acusarlo a él para salvarse, tendrían que encontrar la manera de hacerle ver que ella y él eran dos personas separadas, y que el bienestar de su novio no era necesariamente el suyo.

Vio a Roberto, que se abría paso entre las mesas para volver al reservado. Cuando llegó, se sentó, se puso la servilleta sobre el regazo, bebió un sorbo y le sonrió a Jennifer.

—Bien. Ahora cuénteme su idea.

—Necesitamos separarla de Paco psicológicamente.

—Por supuesto. Pero ¿cómo? —respondió él en español.

—¿Perdón?

—Discúlpeme. Le decía que sí, que tiene usted razón, pero ¿cómo vamos a hacerlo?

—Creo que hay algunas cosas que usted podría investigar. Por ejemplo, ¿adónde ha ido realmente el dinero que le enviamos y que ella le dio a él? Paco le ha dicho que sólo piensa en ayudar a los pobres y a los parados, pero ¿es verdad? ¿Adónde va a parar el dinero que obtiene del tráfico de drogas? ¿A qué organización? ¿A qué personas y en qué localidad? Si podemos demostrarle a Emma que Paco le ha mentado y no es quien dice ser (si es que en efecto se confirman mis sospechas), ella dejará de protegerlo. Y otra cosa más. Quizá usted pueda descubrir si hay otra chica en algún sitio. Si él la ha estado engañando, sería perfecto.

Roberto dejó escapar una carcajada.

—Su hija no pensaría lo mismo, pero es usted muy astuta. Me gusta su plan. Puede que sea justo lo que necesitamos. ¿Le dirá a Emma que ya no cree usted su versión?

—No, todavía no.

—¿Se lo dirá a su marido?

—Aún no lo he decidido. De momento, es mejor que esto quede entre nosotros. ¿De acuerdo?

—Sí, Jennifer, de acuerdo.

Pasaron dos días que Roberto dedicó a atar algunos cabos sueltos de sus otros casos y a reunirse con Jennifer para acordar su estrategia. En la mañana del tercer día, ella se despertó optimista y cargada de energía, aunque le habían denegado la autorización para visitar a su hija y no había podido hablar por teléfono con ella. Aun así, sentía que tenía una misión y que sabía cuál era. Desenmascararía a Paco, que en su opinión ocultaba algo, y liberaría a su hija no sólo de la cárcel, sino del control psicológico que él ejercía sobre ella. Desde que había trazado su línea de acción, no se le había ocurrido ni una sola vez que quizá estuviera equivocada y que quizá no había nada útil que descubrir.

Echó un vistazo al reloj. Eran las ocho de la mañana. Se desperezó, se dio la vuelta hasta quedar boca arriba y así permaneció durante unos minutos, con una sonrisa de satisfacción en la cara, mientras repasaba el plan que finalmente había preparado con Roberto. El detective iba a salir esa misma mañana para el pueblo de Paco, donde intentaría averiguar todo lo posible acerca del novio de Emma: sus padres, sus hermanos, su expediente escolar, sus vecinos y cualquier otro dato relacionado con él. José, por su parte, sondearía a las fuentes de que disponía dentro del cuerpo de policía para enterarse de lo que habían averiguado. Mientras tanto, Jennifer trataría de sonsacar alguna información a los amigos de Paco y de Emma.

En algunos aspectos, la tarea de Jennifer era la más difícil. Julia era su contacto en el círculo de Emma, pero ignoraba quiénes podían ser los amigos de Paco. Aun así, estaba ansiosa por empezar, y se dijo que lo mejor sería llamar primero a Julia. Se levantó y se dirigió al baño, procurando no prestar atención a la pesadez de las piernas, ni al lacerante dolor de cabeza. Se echó agua fresca en la cara y buscó un ibuprofeno en el neceser, arrepentida de haber bebido tanto vino. Se duchó, se vistió y, sintiéndose ya un poco mejor, abrió la puerta para recoger su ejemplar del *International New York Times*, que pensaba llevarse al salón de la planta baja donde se servía el desayuno. Encontró el periódico en el umbral de su puerta, con la primera página hacia arriba y, cuando se agachó para recogerlo, se le aceleró el pulso. En la mitad inferior de la portada destacaba una imagen de Emma, y no una cualquiera, sino la instantánea incriminatoria en la que su hija aparecía vestida como una prostituta, la misma que había usado la prensa española y cuyas repercusiones Jennifer creía superadas desde que Roberto había explicado a los periodistas que se trataba simplemente de un disfraz de Halloween. Pero ahí estaba otra vez, sin ninguna explicación de su procedencia, sobre un titular que decía: A LUMNA DE P RINCETON, PRINCIPAL SOSPECHOSA EN CASO DE ASESINATO.

El peor de sus temores para el futuro inmediato se había cumplido. La historia ya había caído en manos de la prensa internacional. Llegarían enjambres de periodistas, que investigarían, acusarían y alimentarían a la prensa sensacionalista con sus

artículos, convirtiendo una situación dolorosa de por sí en un circo mediático. Lo peor de todo era que reducirían las probabilidades que tenía Emma de llegar a un acuerdo discreto con las autoridades y salvarse del juicio. Y no había absolutamente nada que ella pudiera hacer al respecto.

Levantó el periódico y entró en la habitación, sintiendo que el corazón se le salía del pecho. Leyó de forma apresurada el artículo y su temor se transformó en desesperación. Su primer impulso fue llamar a Roberto, que iba de camino al pueblo de Paco, situado a unas cuatro horas en coche. Intentó llamarlo al móvil, pero le saltó directamente el buzón de voz, sin que sonara ningún tono de llamada. Debía de estar fuera de cobertura, o bien sin batería, aunque esto último era muy poco probable, dada la escrupulosa atención a los detalles de Roberto. Jennifer procuró entonces hablar con Suzie, aunque sólo recordó la diferencia horaria al oír la voz adormilada de su amiga.

—Suzie, siento mucho haberte despertado. ¿Qué hora es ahí?

—Las dos de la madrugada... ¿Qué ocurre? ¿Le ha pasado algo a Emma?

—No, no. Lo siento mucho, pero no sabía a quién llamar. Acabo de ver el *Times* de hoy y en la portada sale aquella foto de Emma disfrazada de prostituta. La periodista dice que ha entrevistado a varios estudiantes, dentro y fuera del curso de Emma. Cita algunas declaraciones según las cuales Emma se comportó de manera muy alocada desde que llegó. Dicen que iba a fiestas salvajes y que se había acostado con varios chicos antes de conocer a Paco. Periodismo basura. No entiendo cómo se atreven a usar fuentes anónimas cuando sus comentarios pueden manchar la reputación de una inocente e incluso afectar el sentido de un veredicto. ¡Y nadie me ha llamado para preguntarme mi punto de vista! Mi abogado no sabía nada de ese artículo, porque de lo contrario me habría prevenido.

—Bueno, no hay nada realmente nuevo en esas acusaciones —dijo Suzie—. Son nada más que mentiras y rumores. Ya habías oído la mayor parte de las cosas que dicen.

—Sí, pero sólo habían aparecido en la prensa española. Ahora la noticia ya es internacional. Saldrá en los periódicos y en la televisión de Estados Unidos, y todos se volverán contra ella.

—No. Tenemos que llamar a la agencia de comunicación que contratamos para que empiece a trabajar en esto. Hay que contrarrestar de alguna manera los efectos de esa noticia. Emma estaba celebrando Halloween. Quizá podamos difundir la idea de que está siendo víctima del sentimiento antiestadounidense que hay en España.

Jennifer bajó la voz.

—Pero yo no noto que haya ningún sentimiento de ese tipo, Suzie.

—Ahora mismo, eso no importa, Jennifer. Tenemos que luchar contra esos rumores, sea como sea. Después de todo, ¿qué hay de malo en que fuera un poco promiscua? Puede que hiciera locuras, sí, como cualquier universitaria. Quizá eso choque un poco en España. Sea como sea, hay mucho trecho entre irse de fiesta y ser

una asesina o ser cómplice de un asesinato. Tenemos que volver a la versión original de la historia, en la que ella era la víctima. ¿No ha habido suerte en la búsqueda del argelino?

—No. En realidad, nadie cree que exista. Nadie. No se lo cree la policía, ni el abogado, ni la periodista que escribió ese maldito artículo. Ni siquiera su padre lo cree.

—¿Mark no cree lo que dice Emma?

—No, pero ésa es otra historia. Demasiado larga para contártela ahora.

—¿Y tú? ¿Tú la crees?

—Yo ya no sé qué creer. Hay muchísimos indicios que apuntan en sentido contrario.

—¿Los menciona el periódico?

—No, pero no tardarán en aparecer. Es cuestión de tiempo.

—¿Qué ha dicho Mark?

—No lo sé. No lo he llamado.

—Llámallo, Jennifer. Por muy mal que esté vuestra relación, es su padre. Tienes que hablar con él. Yo veré lo que nos aconsejan los de la agencia de relaciones públicas y te llamaré después, cuando sepa qué piensan hacer.

—Gracias, Suzie. Te quiero mucho.

—Yo también. Pero llama a Mark.

Jennifer colgó y se quedó inmóvil, mirando el teléfono. Observó que parpadeaba una luz y supuso que debía de ser un mensaje, por lo que volvió a levantar el auricular y pulsó el número seis, que conectaba con el sistema de mensajería del hotel. Tenía un mensaje de voz de una tal Catherine Murphy, que le pedía, por favor, que la llamara. La fecha era de dos días atrás, por lo que la transmisión del mensaje debía de haberse retrasado por algún motivo, ya que durante esos días Jennifer había estado pendiente de todos los mensajes y estaba segura de que antes la luz no estaba parpadeando. El nombre le sonaba. Echó un vistazo al periódico y ahí estaba, en la cabecera del artículo: Catherine Murphy. La periodista la había llamado para pedirle su punto de vista. Era un triste consuelo. Si hubiera recibido su llamada, al menos habría tenido la oportunidad de explicarle que la fotografía era engañosa e incriminaba a su hija de una manera que podía considerarse una infamia.

Interrumpió la conexión y marcó el número de su casa. El teléfono sonó cuatro veces, hasta que contestó Mark. Le era fácil imaginarlo, tapándose los oídos con la almohada y rodando después hasta su lado de la cama, donde estaba el teléfono, para estirar un brazo y coger finalmente el auricular, medio dormido. Su marido masculló un «hola» adormilado.

Jennifer no se molestó en disculparse por haberlo despertado y pasó directamente a hablarle del artículo del periódico. Mark no sabía nada al respecto. Los dos se preguntaban si aparecería también en la edición nacional del *The New York Times*, que Mark recibiría en su casa hacia las siete de la mañana.

—Desde el principio sabíamos que existía esa posibilidad, Jennifer. Haremos todo lo que podamos para contraatacar con nuestra propia versión.

—Todavía no sé muy bien cuál es nuestra versión.

Mark le contestó con serena naturalidad, evidenciando que estaba preparado para esa pregunta.

—Emma es una estudiante sobresaliente de Princeton, una defensora de la justicia social, una inocente que llevaba una vida de estudio, amigos, deporte y voluntariado, rodeada del cariño y el cuidado de sus padres. Quizá no estaba lista para la relativa libertad que experimentó al vivir sola por primera vez, y se mezcló con gente poco recomendable. Pero en esencia es una persona decente y honesta, que jamás podría tener nada que ver con el tráfico de drogas ni con ninguna forma de violencia.

—Bueno, eso es lo que pienso yo.

Mark dejó pasar esa afirmación sin hacer ningún comentario.

—Probablemente habrá periodistas que querrán entrevistarnos —prosiguió—. Pídele a Roberto que te aconseje. Mi intuición me dice que lo mejor será no hablar con nadie.

—Pero quizá deberíamos organizar una entrevista con una revista o un canal de televisión que pueda presentar nuestro lado de la historia —sugirió ella.

—No podemos hacer nada de eso mientras no sepamos si las aseveraciones de ese artículo son verdaderas o falsas y por qué razón las han formulado. ¿De dónde salen? ¿De un rumor o de un conocimiento auténtico de los hechos? Tendrás que pedirle a Roberto que hable con los mismos estudiantes y con otros, y tú deberías hablar de nuevo con Emma.

Jennifer le dio la razón y le dijo que lo consultaría con Roberto, que en ese momento estaba fuera de la ciudad, pero regresaría al día siguiente. No le reveló cuál era la misión del detective, porque pensaba mantener en secreto sus movimientos hasta que lograra averiguar algo. Tampoco le dijo a su marido que trataría de hablar personalmente con los amigos y compañeros de Emma mientras Roberto permanecía fuera de la ciudad.

—Creo que podré viajar otra vez a España dentro de cuatro o cinco días. ¿Podrás resistir sola hasta entonces? —le preguntó su marido.

—Por supuesto que sí. No es necesario que vengas.

—Jennifer...

—Haz lo que creas conveniente. Ahora tengo que irme —replicó, y colgó.

Arrepentida de su brusquedad, cogió el teléfono para llamar otra vez a Mark y disculparse, pero cambió de idea y cortó la comunicación en cuanto oyó el primer tono de llamada. Sabía que no estaba haciendo lo correcto, pero por alguna causa se sentía mejor. Él no se moriría porque ella estuviera un tiempo enfadada, y para ella era una ayuda. No quería que sus problemas con Mark le consumieran más energía. Tenía mucho que hacer para salvar a Emma.

Bajó a tomar el desayuno antes de llamar a Julia. El comedor estaba relativamente



vacío, sólo unos pocos hombres y mujeres en traje de negocios, sentados solos, y una mujer con dos niñas pequeñas, a escasa distancia de su mesa. Las niñas debían de tener cuatro y siete años, más o menos, y no dejaban de chillar. Jennifer recordó que cuando Emma y Lily tenían esa edad se pasaban el día entero peleando. A Emma no le había sentado bien el nacimiento de su hermanita. Le encantaba ser hija única y había sido muy duro para ella tener que compartir las cosas: los juguetes, la habitación y, sobre todo, la atención de su madre. Al principio había parecido tomarse bastante bien la presencia de Lily e incluso se había mostrado protectora con su hermana pequeña. Cada vez que lloraba, le pedía a su madre que la dejara cogerla en brazos. Pero en cuanto Lily tuvo edad para empezar a jugar con sus juguetes, o para derribarle las torres que construía con piezas de Lego, o para sentarse en el regazo de Jennifer, Emma se rebeló. A partir de ese momento, las relaciones fueron de hostilidad abierta, y aunque ocasionalmente jugaban juntas cuando ninguna de las dos tenía una amiga con quien jugar, la mayor parte de sus interacciones eran competitivas y conflictivas. Todo fue muy distinto cuando nació Eric, porque para entonces Emma se había resignado a no ser hija única. De hecho, se había empeñado en cuidar al bebé. Le suplicaba a su madre que lo dejara dormir en su habitación, y siempre le estaba haciendo regalos, como cuando le dio toda su colección de animales de peluche. Mark había bromeado diciendo que en realidad Emma lo hacía para enviarle un mensaje a Lily: «¿Lo ves? No odio a todos mis hermanos. Sólo te odio a ti». Con el tiempo, sin embargo, la relación entre las dos hermanas había ido cambiando, y para la época en que Emma se marchó a España ya eran buenas amigas.

Las dos niñas de la mesa cercana habían dejado de discutir, ocupadas con los libros para colorear y los lápices que les había dado su madre.

Jennifer pidió café, zumo de naranja y una cesta con panecillos y pastas, de la que tomó solamente una magdalena. Cuando terminó de desayunar, volvió a su habitación para llamar a Julia.

La luz del teléfono estaba parpadeando otra vez y, cuando lo cogió, descubrió que se había perdido dos llamadas. Con la esperanza de que una de ellas fuera de Roberto, se apresuró a escuchar los mensajes. Ambos eran de periodistas: uno de *El País*, de Madrid, y el otro de *Le Figaro*, de París. Los dos le dejaban un número y le pedían que los llamara. Había empezado el aluvión. Borró los dos mensajes y marcó el número del móvil de Julia.

Saltó el buzón de voz y Jennifer le dejó un mensaje en el que le pedía que la telefonara. Supuso que Julia estaría en clase y consideró la posibilidad de ir a la facultad para tratar de encontrarla, pero le pareció inútil. No sabía en qué clase estaría, y ni siquiera tenía la certeza de que estuviera en la universidad. Decidió esperar a que Julia le devolviera la llamada, pero se sentía inquieta y ansiosa, y no sabía qué hacer para pasar el rato. Marcó nuevamente el número de Roberto, pero una vez más le saltó su buzón de voz. Llamó a José, pero le dijeron que estaba en una reunión. Tras un momento de vacilación, llamó al móvil de Mark para dejarle un

mensaje sin despertarlo: *«Mark, soy yo. Perdóname por lo de antes. Por supuesto que quiero que vengas, y que vengas cuanto antes. Estoy un poco alterada por todo lo que ha pasado últimamente, pero creo que tenemos que estar juntos para hacer frente a estos problemas. Llámame más tarde, cuando tengas un minuto, ¿de acuerdo?».*

Intentó leer el resto del periódico, pero no pudo concentrarse y al final cogió su bolso y bajó al vestíbulo. Pensó que no tenía sentido quedarse esperando, de modo que salió del hotel y se dirigió andando a la universidad. Hacía un día espléndido: caluroso, pero con poca humedad, con un sol resplandeciente que iluminaba las flores multicolores cuyo aroma perfumaba el aire. En otras circunstancias, se habría enamorado de Sevilla. Incluso entonces, después del golpe que había supuesto para ella ver a su hija en la portada del periódico, se sintió mucho mejor de ánimo con tan sólo salir a la calle.

Tuvo suerte. Encontró a Julia nada más llegar a la explanada de la universidad. Iba andando con un grupo de amigos, charlando y riendo, con los libros recogidos contra el pecho. Parecía que acababa de salir de clase. Jennifer la llamó y le hizo señas con la mano, hasta que la chica la vio. Tras una breve pausa durante la cual Jennifer creyó observar una sombra de renuencia en su cara, Julia la saludó también, se despidió de sus amigos y fue a su encuentro.

—Hola, señora Lewis. ¿Me estaba buscando?

—Hola, Julia. Sí, así es. Siento tener que apartarte de tus amigos.

—No se preocupe. Quiero ayudar a Emma en todo lo que pueda. Un amigo me llevó en coche a visitarla. Yo le había escrito y ella pidió permiso para que me dejaran visitarla. Fue muy deprimente. La encontré bien, pero fue horrible verla en la cárcel con todas esas mujeres. Intenta ser valiente, pero me pareció que estaba muy sola.

Jennifer suspiró.

—Sí, lo sé, pero no es cierto que esté sola. Nos tiene a todos nosotros. ¿Cuándo la viste? Nosotros la visitamos hace unos días, pero todavía no me han dicho cuándo puedo volver.

—El mismo día que ustedes, después de su visita. Emma me dijo que acababan de irse. —Julia vaciló un momento y bajó la vista—. Estaba muy alterada, señora Lewis. Creo que había discutido con su padre, ¿no es así?

Jennifer no respondió, pero le agradeció que hubiera ido a visitar a su hija. Después le dijo que todas las personas que intentaban ayudar a Emma creían que su caso probablemente se resolvería si empezaba a decir la verdad y dejaba de proteger a Paco.

—Sin embargo —añadió—, no será fácil, porque quizá tenga que admitir que algunas de las cosas que ha dicho no son ciertas. No obstante, ella ni siquiera quiere hablar de cambiar su versión, sobre todo si puede perjudicar a Paco.

Jennifer observó atentamente la reacción de Julia con la esperanza de descubrir algo. La joven se mordió el labio inferior y Jennifer pensó que estaba sopesando

cuánto de lo que sabía era conveniente revelar.

—Por favor, si sabes algo de Paco que pueda contribuir a apartarlo de Emma, dímelo. Es lo mejor que puedes hacer para ayudarla.

Julia evitaba mirarla a los ojos.

—¿Y si sé algo que puede perjudicarla? ¿También quiere que se lo diga?

Jennifer se puso tensa, lista para recibir malas noticias.

—Sí —respondió—. Necesito saberlo todo.

Incómoda, Julia miró a su alrededor para ver si alguien las estaba escuchando. Jennifer sugirió que fueran a tomar un café. Encontraron una cafetería a escasa distancia y Julia recorrió con la vista las mesas cercanas para asegurarse de que no había nadie conocido en la sala.

—Verá, señora Lewis, creo que tiene razón respecto a Paco. Emma está ciega en todo lo que tiene que ver con él. Ya sabe que él se dedicaba al tráfico de drogas, pero es posible que ella esté más implicada de lo que usted cree. Siento decírselo. De hecho, ni siquiera sé si es cierto, pero algunos de los chicos del curso dicen que ella era su socia en el negocio y que vendían drogas juntos.

Jennifer la interrumpió:

—Pero tú no lo crees, ¿verdad? No puede ser cierto.

Julia se ruborizó y tartamudeó un poco cuando finalmente respondió:

—Yo no... Eh... Verá... Si es cierto lo que dicen, estoy segura de que ella justificaba su conducta pensando que todo el dinero iba destinado a los pobres del pueblo de Paco, donde nadie tiene trabajo, ni esperanza de salir adelante en medio de esta crisis. Al menos, es lo que le decía él.

—¿Qué quieres decir? ¿Crees que le mentía?

—¿Quién sabe? Y, aunque fuera verdad, no es una excusa.

—Por supuesto que no, ya lo sé. Pero ¿a quién le vendía Emma?

—No sé. Sobre todo a estudiantes, supongo. Hay muchos estudiantes extranjeros, muchos de los que llaman *orgasmus*.

Jennifer tenía la vaga impresión de que Emma le había dicho algo al respecto, pero no recordaba cuándo ni en qué contexto.

—Y ¿eso qué quiere decir?

—Es una mezcla de «Erasmus» y «orgasmo». Así llaman a los estudiantes extranjeros que vienen sobre todo a divertirse, ir de fiesta, emborracharse y acostarse con todo el mundo.

—¿Emma también participaba en todo eso?

—No lo sé. Pero muchos de esos estudiantes tienen dinero y se lo gastan en drogas.

Julia pidió un cortado cuando acudió el camarero, y Jennifer, un café con leche. Intuía que Julia le estaba ocultando algo. Se inclinó para acercarse un poco más y le habló en tono íntimo y de confianza.

—Me gustaría saber más acerca de Paco, Julia. ¿Lleva mucho tiempo viviendo en

Sevilla? ¿Tuvo alguna otra novia antes que Emma? ¿Cómo se llamaba? ¿Quiénes son sus amigos? ¿Sabes algo al respecto?

La chica pareció incómoda, como si no se decidiera a contar algo que sabía. Finalmente, habló:

—Sé que no siempre era amable con Emma. Habría querido contárselo antes, señora Lewis, pero no sabía si debía. Yo solía verlos a menudo juntos, antes de que Emma se fuera a vivir con él. Paco discutía mucho con ella. La criticaba y la hacía sentirse culpable, pero como hablaba muy bien y tenía mucho encanto, todo el mundo pensaba que era genial. Le echaba en cara el hecho de ser rica, privilegiada y estadounidense. Las chicas siempre le iban detrás, y él lo aprovechaba para darle celos a Emma, pero si alguien la miraba a ella, se ponía furioso. Nosotros no le caíamos bien, e hizo todo lo posible para que dejara de vernos. Y durante un tiempo lo consiguió. Se quedaba el dinero que le mandaban a Emma, pero siempre hablaba mal de ustedes y de sus valores. Todos sospechábamos que era una relación abusiva, pero ella veía a Paco como una especie de santo.

Jennifer asintió lentamente mientras asimilaba lo que acababa de oír, tratando de no expresar ninguna emoción. Volvió a preguntarle a Julia si conocía a algún amigo de Paco o incluso el nombre de alguna novia que hubiera tenido antes. Ella le contestó que había un tipo que muchas veces los acompañaba a los dos, pero ni siquiera sabía cómo se llamaba. Era español y daba la impresión de que conocía a Paco desde hacía mucho tiempo, quizá de antes de que se mudara a Sevilla. Solía verlo en los alrededores del puente de Triana todos los sábados, a partir de la medianoche, por lo general con aspecto de ir drogado.

—Necesito hablar con él —dijo Jennifer con creciente excitación en la voz—. Hoy es jueves. ¿Crees que estará allí este sábado?

—No lo sé. Probablemente sí.

—¿Podrías venir conmigo para enseñármelo?

Julia dudó un momento.

—No quiero que sepa que lo he mencionado.

—No sabrá nada. Te lo prometo. Señálamelo y yo ni siquiera me acercaré para hablar con él. Le pediré a un amigo mío, que fue policía, que me acompañe.

—No sé, señora Lewis. Me parece que no debería haberle dicho nada.

—Por favor, Julia. ¡Es la única pista que tengo!

La joven aceptó a su pesar y acordaron encontrarse en el puente el sábado, poco antes de las doce de la noche. Entonces Julia se puso a rebuscar en su bolso para pagar el café, pero Jennifer se lo impidió, diciendo que lo menos que podía hacer era invitarla. La joven le dio las gracias, recogió los libros y salió apresuradamente de la cafetería.

En cuanto se quedó sola, Jennifer sacó el móvil e intentó una vez más llamar a Roberto. En esa ocasión, tuvo éxito.

—¿Sí, diga?

—¡Roberto! ¡Me alegro tanto de oír su voz! Tengo que hablar con usted. Han pasado muchas cosas.

—Ya lo sé. Vi los periódicos y hay muchos comentarios en internet.

—No sólo eso. También tengo una noticia: he localizado a alguien que puede hablarnos de Paco.

—Bueno, yo también tengo noticias acerca de nuestro amigo Paco. Debo hacer otra parada, pero mañana a primera hora estaré de vuelta en Sevilla y pasaré por su hotel. Por favor, no salga, no vaya a ningún sitio. Espéreme.

—Lo esperaré.

La mañana había transcurrido y Roberto aún no había llegado. Jennifer llevaba varias horas levantada. Había pedido café y cruasanes al servicio de habitaciones y, tras decidir que era mejor presentar el punto de vista de Emma que quedarse callada, había aceptado media docena de llamadas de periodistas de toda Europa. Al final, había telefonado a la centralita del hotel para pedir que no le pasaran más llamadas. Se dijo que ya escucharía más tarde los mensajes. De todos modos, las personas con las que quería hablar tenían su número de móvil. Las llamadas al hotel serían con toda certeza de desconocidos.

Había leído con angustia la continuación del primer artículo del *International New York Times* y había pedido que también le subieran a su habitación el *Times* de Londres, y no se podía creer lo que habían sido capaces de sacar a la luz los periodistas. Leyó una vez más que Emma había sido una juerguista, que llevaba una vida agitada y sexualmente promiscua, que había abandonado los estudios para mudarse con Paco, también detenido, que ambos habían ocupado un piso destartado en la peor parte de la ciudad, lejos de las residencias de estudiantes, y que Paco era conocido en Sevilla por trapichear con drogas. Los reportajes citaban comentarios de estudiantes anónimos, que afirmaban que Emma estaba más interesada en las fiestas que en los estudios, o que siempre les había parecido fría y antipática. Una joven declaraba que, en su opinión, Emma estaba tan enamorada de Paco que habría hecho cualquier cosa que él le pidiera. Ese comentario había aparecido en el *Times*, y al menos la periodista había tenido la honestidad de preguntarle a su informante si conocía bien a Emma. «En realidad, no personalmente —había respondido la joven—. Pero conozco a muchas personas que sí tienen contacto con ella.» Los periodistas también habían entrevistado a amigos y profesores de Emma en Princeton, que no salían de su asombro y no se podían creer que la estudiante seria y diligente que conocían pudiera estar envuelta en un escándalo semejante. Jennifer pensó que era como leer acerca de dos personas completamente distintas.

Sonó su teléfono móvil y, aunque no reconoció el número, respondió a la llamada.

—Hola, señora Lewis. Soy Theodora Aspek, del *Times* de Londres. Por favor, le ruego que no cuelgue.

—¿Cómo ha conseguido mi número privado? —preguntó Jennifer.

—Sólo quiero hacerle una pregunta. Me gustaría darle la oportunidad de presentar su versión de la historia, la de su hija. Según la policía, el cadáver fue hallado en el dormitorio, cerca de la cama, pero se ha podido establecer que la víctima no murió allí. Dicen que el cuerpo fue arrastrado desde la cocina y que dejó marcado en el suelo un rastro de sangre. ¿Tiene algo que decir al respecto?

Jennifer sintió que se le arbolaban las mejillas de rabia.

—Aquella noche hubo dos víctimas. Una de ellas fue mi hija. Por favor, no vuelva a llamarme —repuso, y colgó.

Pero la información la había intrigado. ¿La habría conseguido la periodista directamente de fuentes policiales? ¿Sería cierta? Llamó a José para preguntárselo, y el abogado le confirmó que el dato era correcto. Le preguntó entonces cómo podían saber ese detalle, a menos que Emma lo hubiera revelado, y él le contestó que el luminol podía detectar manchas de sangre incluso después de lavadas. La policía había descubierto el rastro que el cadáver había dejado en el suelo, tras reconstituir las manchas de sangre, que brillaban en la oscuridad después de aplicar el luminol. Jennifer recordó que Roberto le había mencionado esa sustancia química en una de sus conversaciones, y que ella ni siquiera se había inquietado por los resultados de la prueba.

—La versión de Emma no explica ese rastro de sangre —le hizo ver José—. Ahora volverán a interrogarla, y también a Paco, para ver si por fin reconocen lo que sucedió realmente.

Aun así, el abogado estaba sorprendido de que la periodista conociera ese dato, ya que a él acababan de informarlo al respecto. Aconsejó a Jennifer que cambiara de inmediato de número de móvil y que se lo diera únicamente a las personas más próximas.

—Hay algo más —añadió—. Aplicaron el luminol al cuchillo de cocina y encontraron restos de sangre, además de huellas dactilares incompletas, que podrían ser de Emma.

—¿Dice que «podrían» ser de Emma? Entonces también podrían no serlo, ¿no le parece? ¡Ella vivía allí! Es normal que sus huellas estén en el cuchillo. La sangre también podría ser de Emma. Podría haberse cortado. En casa, siempre se hacía daño cuando cortaba tomates. Probablemente fue lo que ocurrió.

—Quizá.

La angustia de Jennifer iba de nuevo en aumento.

—¿Ha sabido algo de Roberto? —preguntó—. Habíamos quedado en que se pasaría por el hotel esta mañana y todavía no ha venido, ni ha llamado. Es extraño en él.

José dijo que no sabía nada, pero le aseguró que, si Roberto le había dicho que iría y no se había presentado, debía de tener una buena razón para no cumplir con su compromiso. Jennifer le pidió que solicitara una autorización en su nombre para visitar de nuevo a Emma, ya que la última vez que había llamado le habían dicho que no era posible.

—Me han comentado que están revisando su régimen de visitas —contestó el abogado en tono de disculpa.

—¿Por qué? No lo entiendo. Al principio nos dijeron que podríamos verla dos veces por semana.

José suspiró.

—Me informan de que sigue negándose a colaborar, por eso han decidido restringirle las visitas —dijo—. Intentaré que le levanten las restricciones, pero no sé

hasta qué punto podré hacer algo.

Entristecida y contrariada, Jennifer no respondió.

—Pero puede llamarla —le sugirió José—. Todavía le permiten usar el teléfono.

—Lo he intentado. No acepta mis llamadas.

—Ah.

—Creo que todavía está enfadada por lo que le dijo Mark en nuestra última visita. Pero tampoco quiere hablar conmigo. No sé qué hacer.

—Siga intentándolo, señora —dijo José con mucha amabilidad—. Espero que pronto pueda volver a visitarla.

Jennifer se sentía enjaulada en su habitación de hotel, incapaz de satisfacer ninguno de sus impulsos. No sólo le era imposible comunicarse con Emma, sino que la diferencia horaria le impedía hablar con sus hijos en Filadelfia, que seguramente necesitarían su apoyo en un momento en que la historia acababa de hacerse pública. Jennifer quería llamarlos antes de que se fueran a la escuela, pero aún faltaban dos horas para que se despertaran. No sabía cómo pasar el rato y no podía entender por qué no había llegado aún Roberto.

Decidió salir a dar una vuelta y tal vez comprar algún regalo para los niños. Mientras salía del ascensor y atravesaba el vestíbulo hacia la puerta principal del hotel, oyó mucho alboroto y alguien que gritaba:

—¡Ahí está! ¡Es ella!

Intentó no prestar atención al tumulto y salir simplemente del hotel, pero enseguida se vio rodeada por un enjambre de una quincena de periodistas que no dejaban de vociferar preguntas.

—¿Lo mató ella? ¿Qué opinión le merece la justicia? ¿Está arrepentida? ¿Usted cree la versión de su hija? ¿Fue una adolescente problemática?

Jennifer retrocedió y fue a refugiarse otra vez en el vestíbulo, donde los guardias de seguridad del hotel impedían la entrada a los periodistas. Estaba aturdida y con el corazón desbocado. Se volvió para regresar a su habitación, pero la detuvo el gerente del hotel, que le preguntó si podía hablar un momento con ella en su oficina.

Una vez allí, se sentó en una silla de tapizado negro mientras el gerente ocupaba su puesto detrás de la mesa de escritorio. Era un lugar tranquilo y fresco, gracias al aire acondicionado, y entonces Jennifer se sintió un poco más tranquila.

—Lo siento, señora. Comprendo que la situación por la que atraviesa es muy difícil —le dijo el gerente en tono de fría cortesía.

—Sí —replicó ella—, pero estoy segura de que pronto mejorará.

El hombre se puso a ordenar unos papeles, como para disimular su incomodidad.

—Espero que así sea, señora. Pero mientras tanto, me temo que tendré que pedirle, muy a mi pesar, que empiece a buscar otro alojamiento.

—No lo entiendo.

—Lo que quiero decir es que el nuestro es un buen hotel, el mejor de la ciudad. No podemos permitir que se produzcan en nuestras puertas escenas como la que usted



acaba de protagonizar.

—Yo no he protagonizado ninguna escena. Me abordaron contra mi voluntad.

—No estoy diciendo que tenga usted la culpa. Pero el episodio se repetirá mientras siga alojada en nuestro hotel. Por eso me veo obligado a rogarle que busque otro lugar donde vivir durante su estancia en Sevilla.

Jennifer no discutió con él ni le suplicó que le permitiera quedarse. Simplemente, se puso de pie y se dirigió hacia la puerta con tanta dignidad como pudo.

—¿Cuánto tiempo tengo? —preguntó.

—Lo ideal sería que se fuera entre hoy y mañana, pero si no es posible, puede quedarse hasta el lunes.

Ella asintió con la cabeza y salió del despacho. Cuando llegó a su habitación, se sentó en la cama y se permitió llorar un buen rato. Después se echó agua fría en la cara e intentó llamar nuevamente a Roberto. Tampoco esta vez obtuvo respuesta. Volvió a telefonar a José, y aunque le pareció que su tono era de cansancio —quizá por sus numerosas llamadas—, le contó lo sucedido. El abogado le aconsejó que alquilara un apartamento, en lugar de alojarse en un hotel. Le dijo que le pediría a su secretaria que le buscara algo y ella se lo agradeció. Para entonces, ya era hora de llamar a Filadelfia para hablar con sus hijos, pero estaba tan deprimida que no se sentía capaz de transmitir la confianza que seguramente necesitarían Lily y Eric. Se dijo que había sido actriz y que debía ser capaz de fingir optimismo, pero aun así decidió dejarlo para más adelante y consultar primero internet para ver si había alguna novedad. Probablemente habría mucho en Twitter sobre el tema, pero Jennifer no tenía cuenta de Twitter y, aunque la hubiese tenido, no habría sabido cómo usarla. Se dijo que tendría que preguntárselo a Roberto cuando regresara. Mientras tanto, usó el iPad para acceder a la web del *The Huffington Post*. Como se temía, la historia de Emma aparecía en portada e incluía la desagradable fotografía publicada la víspera por el *The New York Times* y por todos los periódicos británicos. Leyó rápidamente el artículo y se aseguró de que no incluía nada nuevo, pero, al llegar al final, quedó atónita al ver que había cientos de comentarios de los lectores. Parecía como si todo el mundo tuviera una opinión y todas las opiniones fueran negativas. Muchos mensajes eran crueles e hirientes, y algunos ofrecían enlaces a blogs, cuyos autores —como pudo comprobar Jennifer— opinaban con libertad sobre la conducta de Emma, sin el menor conocimiento de los hechos. Una persona que firmaba con el seudónimo de *Confidente* aseguraba que Emma era famosa en Princeton por su promiscuidad, y revelaba que había seducido al prometido de su mejor amiga. Jennifer se preguntó quién podía ser. Ella conocía a la mejor amiga de Emma y sabía que no estaba prometida. ¡Ni siquiera tenía novio! ¿Sería otra persona? ¿Sería mentira? Era imposible saberlo. Según otro lector, que escribía desde España, no era de extrañar que «la reina de los *orgasmus*» terminara de esa manera. Jennifer acababa de enterarse de la existencia de ese grupo de estudiantes y ahora, de repente, se suponía que Emma era su reina. ¡Qué idea tan absurda! Otra persona que escribía

bajo el seudónimo de *Semental Español* afirmaba haber estado en casa de Paco para comprar droga, y aseguraba que Emma estaba con él. Decía que parecía «colocada» y que estaba viendo dibujos animados mientras ellos cerraban la transacción. ¿Dibujos animados? ¿Emma? Había otros comentarios que la criticaban por ser una estadounidense rica y malcriada que estaba arruinando la reputación de los estudiantes de su país en el extranjero y añadían que merecía «podrirse en la cárcel». Alguien sugería al gobierno cancelar los programas de intercambio de estudiantes porque estaban dando mala prensa a España. Había además otros muchos comentarios en español, que Jennifer no podía entender.

Leyó todo lo que pudo con voracidad, abrumada y casi hipnotizada. Sus reacciones variaban de la desesperación a la ira. ¿Quiénes eran todas esas personas? ¿Cómo distinguir entre las que mentían y las que decían la verdad? ¿Por qué se sentían con derecho a airear unas opiniones tan duras y destructivas sobre un tema que desconocían? ¿De dónde salía toda esa bilis?

Se dio cuenta de que tenía que hablar con Lily cuanto antes y se sintió culpable por haber pospuesto la llamada. Su hija vería todo eso en internet, y era preciso que estuviera preparada. Pensó que quizá fuera necesario preparar también a Eric. Todo el mundo estaría hablando del tema, y era posible que los amigos de su hijo repitieran lo que oían en sus casas. Jennifer esperaba que Mark y sus padres hubieran hablado ya con los niños para ayudarlos a superar ese trago, pero toda la experiencia acumulada desde que era madre le decía que sólo ella podía manejar adecuadamente un problema de tal magnitud. No podía confiar en nadie más y, de hecho, no confiaba. Decidió volver a Filadelfia por unos días. En cualquier caso, no vería a Emma en toda la semana, y Roberto podía ocuparse de investigar los antecedentes del esquivo Paco Romero sin su ayuda.

Con esa resolución en mente, levantó el auricular y marcó el número de su casa. Como esperaba, Lily estaba desconsolada. Le dijo que los periodistas no paraban de llamar, y que varios de ellos habían acampado delante de su casa y de la escuela. Mark les había dado instrucciones a ella y a Eric de no hablar con nadie, pero los chicos del colegio parecían disfrutar con la atención de la prensa, y algunos formaban grupos para hablar con los mismos periodistas que ellos trataban de ignorar.

—No lo entiendo —dijo Lily con voz quejumbrosa—. ¿Es cierto lo que dicen de Emma? Todos aseguran que es verdad, pero yo no me lo puedo creer.

—Nada de lo que dicen es verdad. Es una injusticia, y tú tienes que defender a tu hermana, cariño. Tú la conoces. Sabes que no es capaz de hacer nada malo, por mucho que hable la gente.

Le preguntó a su hija por Eric y la respuesta no fue mucho mejor. Hacía varios días que los niños de su clase oían hablar del tema en sus casas. Era difícil saber de dónde había salido el rumor, ya que la noticia acababa de aparecer ese mismo día en la prensa internacional. Pero las habladurías se habían extendido de alguna manera, o quizá se había filtrado alguna versión de los hechos. Jennifer no podía saber lo que

decían exactamente los rumores, pero Lily le aseguró que sus efectos eran muy perturbadores. Eric estaba sufriendo burlas y ataques en el colegio, e incluso sus amigos más próximos y hasta los padres de los niños lo trataban con pena o con incomodidad. Se sentía muy desgraciado y estaba teniendo problemas de conducta en la escuela.

—¿Crees que debería volver unos días a casa? —preguntó Jennifer—. A Emma no le importará que me vaya durante una semana.

Lily lo pensó un momento.

—No —dijo finalmente—. Nosotros tenemos a papá y a los abuelos, y Emma sólo te tiene a ti. Además, si vienes, esto se pondría todavía peor.

A Jennifer le dolió ese último comentario.

—¿Peor? ¿Por qué?

—Porque todos los periodistas irían detrás de ti. Y probablemente vendrían muchos más.

Lily tenía razón. Jennifer le dijo a su hija que se sentía orgullosa de ella y le rogó que fuera valiente. Después, le pidió que llamara a Eric. Al principio, su hijo no quiso ponerse al teléfono. Jennifer oyó que Lily y Mark le pedían, le suplicaban y finalmente le ordenaban que atendiera la llamada de su madre.

—Hola —dijo Eric en tono huraño.

—Eric, cariño, ya sé que estás enfadado. Siento mucho lo que está ocurriendo, pero pronto volveré a casa, y también Emma volverá. Somos una familia y tenemos que apoyarnos. Necesito que seas valiente y leal, como sé que eres, y que recuerdes que estoy aquí para ayudar a tu hermana en el momento en que más lo precisa. ¿De acuerdo?

Su hijo no respondió.

—¿De acuerdo, Eric?

—Sí —contestó por fin el niño en un tono casi inaudible—. Pero ahora tengo que irme.

—De acuerdo. Entonces, pásame a papá.

Jennifer le contó a Mark la última llamada del *Times* de Londres y los dos acordaron que, dado el interés del asunto para la prensa, lo mejor sería que él se quedara en Filadelfia y tratara de reconducir desde allí la presentación de la noticia al público. Tenían que difundir su versión de los hechos y dar a conocer la empatía que Emma siempre había sentido por los pobres, su experiencia como voluntaria, sus excelentes calificaciones y su carácter firme y esforzado. Cuando colgaron, había menos tensión entre ellos que el día anterior.

Jennifer pensó entonces en la conversación con Eric y en su afirmación de que estaba en Sevilla para ayudar a Emma. Pero ¿era cierto lo que le había dicho? Su hija parecía casi inmunizada a cualquier consuelo que ella pudiera darle, y atrapada por la idea de que Paco y ella estaban embarcados en algún tipo de lucha de clases en la que Jennifer y Mark habían elegido el bando equivocado. Sintió nuevamente en el pecho

una punzada de dolor que ya se le estaba haciendo familiar. ¡Emma, Emma!... Tenía que encontrar la manera de atravesar sus defensas, y se aferraba a la idea de que cualquier dato que pudiera desacreditar a Paco tenía que ser un comienzo.

No quería leer más noticias sobre su hija, pero se sentía atraída por los artículos, como un jugador que lo ha perdido casi todo y, sin embargo, no puede resistirse a arriesgar lo poco que le queda, movido por la remota probabilidad de conseguir el premio gordo en la siguiente tirada. Quizá alguien diera alguna información que le permitiera abrigar una brizna de esperanza. Puso la CNN, donde acababan de empezar las noticias. El informativo comenzaba con las amenazas de Corea del Norte de recurrir a su arsenal nuclear y las reacciones de Estados Unidos. Jennifer escuchó la información pensando en otra cosa. Sabía que era importante, pero no podía concentrarse. Las noticias continuaron con una presentación del panorama económico de Chipre y España. Fue un alivio para Jennifer ver que no aparecía Emma, hasta que la presentadora anunció una entrevista con los padres del estudiante español muerto en Sevilla. Sintió entonces que algo se hundía en su interior, como en el repentino y abrupto descenso de una montaña rusa, y el corazón se le aceleró. Quiso apagar el televisor, pero no pudo.

Los padres del chico aparentaban alrededor de cincuenta y cinco años. La madre vestía un elegante traje negro. Tenía el pelo castaño oscuro recogido en un moño y lucía unos grandes pendientes de plata. Podría haberse confundido con cualquiera de las numerosas señoras españolas bien arregladas que Jennifer veía por la calle, de no haber sido por su cara, sin un rastro de maquillaje. Tenía los ojos hinchados y rodeados de arrugas, y era imposible no notar que presentaba todo el aspecto de una persona desgarrada por el dolor. El padre vestía traje azul oscuro, camisa blanca y corbata gris. Estaba sentado muy serio al lado de su mujer, y parecía tan furioso como desolado. Hablaron primero en español y después dijeron unas palabras en inglés, porque aseguraron que querían llegar a la familia y a los amigos de Emma. Según afirmaron, habían querido ir a la televisión para contarle al mundo que su hijo no era ningún violador. Era un buen chico. Dijeron que podría haber sido un buen abogado o quizá incluso un buen juez. Su hijo respetaba la ley. La chica estadounidense estaba mintiendo. El argelino no existía y nadie había intentado violarla. La madre se echó a llorar. Después, miró directamente a la cámara y dijo que tenía un mensaje para Emma: «Por favor, si me estás viendo, te suplico que digas la verdad. Te llevaste a mi único hijo. No te llesves también el honor de mi familia». La señora se cubrió la cara y estalló otra vez en lágrimas. Su marido le pasó un brazo por los hombros y se quedó mirando a la cámara con gesto desafiante, mientras la presentadora ponía fin a la entrevista.

Jennifer no sabía qué pensar. Su capacidad de bloquear cualquier argumento que apuntara a la culpabilidad de Emma se estaba desintegrando. Ya no estaba segura de nada, e incluso había llegado a preguntarse si de verdad conocía a su hija.

Intentó llamar a Roberto una vez más, aunque ya no esperaba una respuesta.

Tampoco en esa ocasión respondió nadie a su llamada. Empezaba a preocuparse seriamente por el detective. El tráfico era más veloz en España que en Estados Unidos, y los conductores eran bastante más audaces. Era posible que hubiera sufrido un accidente. Jennifer no podía imaginar qué otra cosa podía impedir que la llamara para avisarla al menos de que se había retrasado. Esperaba que se presentara al día siguiente. Aparte de su talento como investigador, lo necesitaba como traductor e intérprete, y contaba con él para acudir a la cita del sábado en la escalera del puente de Triana. No obstante, empezaba a pensar que quizá tuviera que ir sola a su cita con Julia y el amigo de Paco.

Un estridente timbrado despertó a Jennifer a primera hora de la mañana siguiente. Medio dormida, pensó que sería el despertador, pero el ruido siguió incluso después de que pulsara el botón correspondiente. Se puso a buscar a tientas el teléfono en la mesilla de noche, lo cogió y se lo llevó a la oreja sin mirar la pantalla, segura de que tenía que ser una llamada de Roberto.

—¿Dónde se había metido? —preguntó aliviada, con la voz pastosa aún por el sueño—. Estaba muy preocupada.

—Soy yo, José.

Ella se disculpó avergonzada. En tono formal, el abogado se excusó por haberla despertado y le anunció que su secretaria le había encontrado un alojamiento, por si quería trasladarse allí cuanto antes. Jennifer no había vuelto a salir desde el alboroto del día anterior y casi había olvidado la necesidad de mudarse. Le dio las gracias y le preguntó dónde estaba ese lugar que habían encontrado para ella.

—Es un apartamento pequeño, pero adecuado, en la judería —dijo el abogado—. Está a pocas calles del hotel Las Casas de la Judería. ¿Lo conoce?

Jennifer no lo conocía. Preguntó qué significaba *judería*, y José se lo explicó.

—Se sentirá cómoda allí —añadió—. Después de todo, usted es judía, ¿no?

—¿Quiere decir que todavía hay un barrio especial para judíos en Sevilla? —preguntó Jennifer estupefacta.

El abogado se echó a reír.

—No, señora, claro que no.

Le explicó entonces que la zona, en el actual barrio de Santa Cruz y en el área más turística de la ciudad, había sido un gueto judío en el siglo xv, separado por un muro del resto de la ciudad.

—Todavía pueden observarse algunos restos del muro —comentó.

La animó a leer al respecto y le recomendó un artículo en inglés que podía encontrar en internet. Allí averiguaría, entre otras cosas, que, en un proceso de restauración histórica, el duque de Segorbe llevaba treinta años intentando devolver a algunas partes del barrio su arquitectura original.

—Las Casas de la Judería son un proyecto especial del duque —prosiguió José—, una profunda rehabilitación de un antiguo palacete, para convertirlo en un hotel, que es como un pequeño poblado de casas, patios y jardines interconectados, cada uno con una personalidad propia. Le gustará, ya lo verá. A los turistas les encanta.

Le dijo que el apartamento que le había encontrado era moderno y confortable, en un barrio que mantenía el ambiente de una ciudad europea antigua.

—Pero antes ha mencionado que soy judía. ¿La población de esa zona de la ciudad es mayoritariamente judía?

—No, nada de eso —replicó el abogado—. Disculpe, era una broma, y quizá no

demasiado buena. Por desgracia, quedan pocos judíos en Sevilla, y los pocos que hay no están concentrados en ninguna zona en particular.

Jennifer le dio las gracias y le dijo que quería ver el apartamento. ¿Podía visitarlo antes de comprometerse a alquilarlo? Él le aseguró que sí, y le dijo que su secretaria la estaría esperando una hora más tarde en el número 54 de la calle Madre de Dios.

Ella sonrió al oír el nombre de la vía. No había duda de que el barrio había perdido sus orígenes judíos.

Mientras se duchaba y se vestía, Jennifer se preguntó cómo se habría enterado José de que ella era judía, aunque tampoco le parecía importante averiguarlo. Se dio cuenta de que había estado paseando por el barrio de Santa Cruz sin conocer su historia. Había visitado varias atracciones turísticas con Emma. Recordaba, por ejemplo, los Reales Alcázares, un conjunto de palacios que habían sido una fortaleza islámica, y la catedral junto a la Giralda, semejante al remate de un pastel de bodas. Había apreciado la belleza de las laberínticas callejuelas empedradas, protegidas del sol despiadado por las fachadas de las casas pintadas de blanco y amarillo mostaza, muchas de ellas adornadas con tiestos rebosantes de flores perfumadas.

Bajó al restaurante del hotel para desayunar y a continuación subió en ascensor al vestíbulo. Se acercó cautelosamente a la salida, pero comprobó con alivio que el enjambre de periodistas había menguado. Salió con la cabeza gacha y consiguió escabullirse sin que la vieran. Se montó en un taxi libre y le indicó al conductor la dirección del que esperaba que fuera su nuevo apartamento. Llegó antes de la hora acordada, por lo que tuvo tiempo de recorrer las calles y mirar los escaparates. Al pasar junto a Las Casas de la Judería tuvo ocasión de echar una mirada al patio, un lugar encantador, rodeado de blancas columnas y gráciles arcos, con una fuente de azulejos blancos y azules en el centro. Prosiguiendo su exploración, vio un bar cerca de la plaza de Santa Cruz que le pareció encantador, y entró para pedir un café, aunque ya había tomado uno con el desayuno. Le resultó muy agradable sentarse allí, protegida del sol, pero disfrutando de la luz.

Echó un vistazo al reloj y vio que ya era hora de encaminarse hacia el lugar de su cita, por lo que pagó la cuenta y se puso en marcha. Aunque nunca había visto a Rosa, la secretaria de José, la reconoció por su aire agitado, mientras observaba a las mujeres que pasaban, tratando de averiguar si alguna de ellas era la estadounidense que estaba esperando. Rosa pareció reconocerla también a ella en cuanto le puso los ojos encima, porque de inmediato la saludó con gestos entusiastas. Era una mujer de mediana edad y anchas caderas, vestida con traje sastre azul y blanco, y con las uñas y los labios pintados de rojo brillante.

—¿La señora Lewis? —preguntó—. Soy Rosa. Me alegro mucho de verla —dijo en un inglés con marcado acento español—. Vamos, tenemos que darnos prisa. El casero nos está esperando.

Jennifer se disculpó por llegar tarde, aunque su reloj le decía que había sido escrupulosamente puntual, y siguió a Rosa al interior del edificio.

El apartamento era perfecto: moderno, confortable y simple, y el precio era la mitad de lo que pagaba en el hotel. Se decidió de inmediato por alquilarlo e indicó que le enviaran a José toda la documentación. El casero le entregó las llaves y ella le anunció que se trasladaría cuanto antes.

Tras dar las gracias a Rosa, echó a andar a paso rápido en dirección al hotel. Como de costumbre, hacía un día espléndido. Marcó otra vez el número de Roberto y, cuando oyó de nuevo el saludo del buzón de voz, ni siquiera se molestó en dejar otro mensaje. Volvió a sentir la sensación de agobio y de temor que la había acompañado desde su llegada a Sevilla y que se había disipado brevemente mientras paseaba por la zona antigua y alquilaba el apartamento. Se detuvo en una parada de taxis y se montó en uno de los coches que estaban esperando.

En el vestíbulo del hotel se encontró con el gerente y, ante su inminente traslado, le pidió que le preparara la factura y que se asegurara de que todos sus mensajes fueran remitidos a la nueva dirección. Después subió a su habitación para hacer las maletas.

Cuando estuvo lista, antes de abandonar el cuarto, se sentó a la mesa de escritorio y llamó a la cárcel. Esta vez, Emma se puso al teléfono. A Jennifer le bastó oír su voz para saber que había pasado algo malo.

—¿Qué ha ocurrido, Emma? ¿Estás bien? He probado a llamarte varias veces, pero nunca aceptabas la llamada.

Su hija le respondió lentamente y en voz baja:

—Ya lo sé. Lo siento. Estaba un poco ida.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué ha pasado?

—Estaba nerviosa, supongo, y no tenía ganas de hablar con nadie. Entonces me dieron algo.

—¿Qué te dieron? ¡Dímelo!

—No lo sé. Un tranquilizante, algo que me da sueño. —Su voz adquirió el tono de una triste súplica—. Mamá, ¿por qué no vienes a verme?

—¡Ojalá pudiera! Lo he intentado. No me dejan. Dicen que han decidido restringir tus visitas hasta que aceptes cooperar.

Emma endureció el tono.

—O, más bien, hasta que acepte decirles lo que ellos quieren oír.

—¿No puedes hacerlo, cariño? ¿No puedes intentarlo?

—Déjalo, no te preocupes —respondió Emma secamente, en un tono que había perdido toda la suavidad—. No debería haberlo mencionado. Pero quizá podrías hacerme un favor.

—Claro que sí, lo que tú quieras. ¿Qué necesitas?

—Nunca me dicen nada. ¿Sabes algo de Paco? ¿Sigue en la cárcel? ¿Está bien? ¿Podrías averiguarlo?

Jennifer sintió una oleada de decepción, mezclada sin embargo con una perversa nota de orgullo. No habían conseguido doblegar a su hija.



—Lo intentaré, ¿de acuerdo? E iré a verte muy pronto. José me ha dicho que tal vez consiga obligarlos judicialmente a que me permitan visitarte. No pueden mantenerte aislada sólo porque no te creen. No pueden hacerlo sin pruebas.

—Gracias, mamá. Pero acuérdate de preguntarle a José por Paco.

Hizo una pausa, y Jennifer oyó al fondo un vocerío de mujeres airadas. Se dio cuenta de que Emma estaba tapando el auricular con la mano, pero pudo distinguir que su hija gritaba algo en español. Su voz le sonó rara: más estridente y agresiva que de costumbre.

—Tengo que dejarte. Hay más gente que necesita el teléfono —dijo Emma, y enseguida colgó.

Jennifer permaneció con el aparato pegado a la oreja durante un minuto o dos, y después, con lentitud, depositó el auricular sobre la horquilla. Pensó fugazmente, con tristeza, que en muchos aspectos Emma se había convertido en una desconocida para ella.

Llamó a recepción para que subiera alguien a ayudarla a cargar las maletas y bajó a pagar la factura. Observó que había varios periodistas en la puerta principal, y le pidió al conserje que tuviera un taxi esperando cuando ella saliera, para poder escabullirse lo más rápidamente posible.

Mientras salía del hotel seguida por el botones cargado con su equipaje, casi se dio de bruces con Roberto, que entraba en el edificio. Antes de poder contenerse, movida por una poderosa sensación de alivio, le echó los brazos al cuello y le plantó un beso en la mejilla.

—No, Jennifer —susurró él, endureciendo el gesto e intentando mantenerla a distancia.

Pero era tarde. Ya se oía el chasquido de los disparadores de las cámaras fotográficas, mientras los reporteros captaban el momento.

El detective la condujo hasta el taxi que la esperaba y la ayudó a cargar las maletas, sin responder a las preguntas de los periodistas que los rodeaban:

—¿Alguna novedad?

—¿Sigue afirmando Emma que el chico intentó violarla?

—¿Por qué no la visita su madre?

—¡Parece que ahora el trabajo de detective incluye algunos servicios más! —gritó en inglés un periodista del *Daily Mail*, refiriéndose al abrazo de Jennifer.

Los otros periodistas se echaron a reír, mientras Roberto se sentaba al lado de Jennifer y el taxi arrancaba. Nadie los siguió.

Jennifer estaba avergonzada.

—Lo siento, lo he hecho sin pensar. ¡He sentido un alivio tan grande al verlo...! ¿Dónde se había metido? ¡Estaba tan preocupada!

—Ya lo sé, perdóneme. Se lo explicaré, pero no aquí. ¿Por qué se ha ido del hotel?

Jennifer le contó lo ocurrido y adónde iban. Cuando llegaron, Roberto pagó al

taxista y la ayudó a cargar las maletas hasta el segundo piso, donde tenía su nuevo apartamento. La agencia había dejado una botella de vino y un sacacorchos sobre la mesa de la cocina, como gesto de bienvenida, y Roberto la abrió, buscó dos copas y las llevó al cuarto de estar. Se sentó en el sofá y Jennifer ocupó un sillón frente a él.

—Encontré a mi hija —dijo. Las palabras quedaron un segundo suspendidas en el aire, apenas el tiempo necesario para que Jennifer se alegrara por él. Después, el detective añadió—: Pero he vuelto a perderla, y esta vez quizá para siempre.

Jennifer estaba desconcertada. Roberto le explicó que había contratado a varios detectives privados, que llevaban años tratando de localizar a su exesposa y a su hija. Hasta ese momento, ninguno de los métodos empleados para encontrarlas había dado resultado. Era como si sencillamente se hubieran esfumado...

—O como si hubieran muerto —agregó después de una pausa.

Le dijo entonces que, mientras iba por la carretera de vuelta a Sevilla, uno de los detectives lo había llamado para anunciarle que había localizado a una mujer que podía ser su exesposa entre las internas de un psiquiátrico en Gerona. La mujer llevaba dos años ingresada en la institución, tras habersele abierto una investigación por malos tratos y abandono de su hija. La niña, que para entonces tenía trece años, estaba con una familia, en acogida. Roberto había acudido de inmediato a comprobarlo, olvidando todo lo demás.

—Pero ¿cómo sabía que realmente era ella? —preguntó Jennifer.

—Me enseñaron fotos de mi mujer y, aunque estaba muy cambiada (por ejemplo, tenía el pelo descuidado y por completo gris, y había perdido por lo menos quince kilos desde la última vez que la vi), la reconocí enseguida.

—¿Cómo hizo para encontrar a su hija?

—Mi hija tiene un nombre.

—Claro que sí, disculpe. ¿Cómo se llama?

—Isabel —murmuró Roberto—. No me resultó difícil averiguar adónde la habían mandado. El juez se la entregó en acogida a una familia residente en un pueblo pequeño de las afueras de Gerona.

Prosiguió su narración, en tono plano y mecánico. Le contó a Jennifer que no había podido contactar con la familia por teléfono y que, sin poder contenerse por la alegría y el entusiasmo, se había presentado directamente en la casa, sin anunciarse. Su aprensión creció cuando vio la vivienda y empeoró aún más cuando entró. Era pequeña, oscura y desordenada. El fregadero estaba lleno de platos sucios y había botellas vacías de cerveza sobre las mesas y en el suelo. Encontró sólo a un hombre en la casa. Por lo visto, estaba en el paro y, aunque era temprano en la mañana, ya iba un poco borracho. Roberto le preguntó por Isabel, pero el hombre, en lugar de responder, empezó a quejarse amargamente de su pobreza, de la falta de trabajo y de la indiferencia del gobierno.

—Pareció oler que yo tenía dinero —dijo el detective—. Me dio asco, pero le di cincuenta euros y volví a preguntarle por Isabel.

Roberto se sirvió otra copa de vino y se quedó mirando a Jennifer con desconsuelo antes de llevársela a los labios.

—¿Y bien? —preguntó ella—. ¿Qué dijo?

Roberto se encogió de hombros, con impotencia.

—Dijo que mi hija era adicta a la heroína y que se había escapado de su casa seis meses atrás. Me explicó que no la había denunciado para evitarle problemas, pero yo sé que no lo hizo en realidad para seguir recibiendo la ayuda por tenerla en su casa.

Jennifer se puso de pie y fue a sentarse a su lado en el sofá. Le apoyó una mano sobre una de las suyas, pero él la retiró para beber otro sorbo de vino.

—Es horrible, Roberto. ¿Ha ido a la policía?

—Por supuesto. Buscamos en todos los sitios conocidos de reunión: bares, esquinas... Hablamos con toda la gente que pudimos. ¿Cómo cree que una chica de trece años adicta a la heroína se paga su hábito? Con la prostitución. Por eso fuimos a todas las calles donde podíamos localizarla. La foto más reciente que teníamos de ella era de hace dos años, cuando salió por primera vez en acogida, y nadie la reconoció. O, al menos, nadie dijo reconocerla. Todavía la están buscando, claro. He dejado trabajando a un hombre muy competente, que no va a parar hasta averiguar algo, pero no sé si podré encontrarla, y quizá ya sea tarde para salvarla.

Jennifer le preguntó si había visto a su exesposa.

Sí, la había visto. Había visitado el psiquiátrico. Estaba lleno de odio pero, una vez allí, se había encontrado con una mujer derrotada, confusa y muy medicada, que casi no lo reconoció. Los médicos le dijeron que padecía esquizofrenia y que las medicinas le evitaban las alucinaciones, pero la insensibilizaban y la desorientaban.

Roberto se despreciaba a sí mismo. Aunque supuestamente era el mejor detective de Sevilla, no había sido capaz de dar con su exesposa, ni de ayudar a su hija. Probablemente ni siquiera la reconocería si se la encontraba. No tenía sentido seguir culpando a su mujer. Otros habrían proyectado su ira contra Dios, pero Roberto era ateo y no sabía hacia dónde dirigir su frustración. Se sentía a punto de estallar.

Jennifer lo escuchaba en silencio. Cuando terminó, volvió a cogerlo de la mano.

—Sé cómo se siente —dijo—. No es lo mismo, pero yo, a mi manera, sé lo que es perder una hija, o al menos la imagen que tenía de ella.

Roberto no le respondió y ella retiró la mano. Tenía la boca tan seca que le resultaba difícil hablar. Fue a la cocina, cogió un vaso, lo llenó de agua del grifo y se lo bebió de un trago, antes de volver al cuarto de estar.

—Lo siento, Jennifer —se disculpó él en español—. Lo siento de verdad. Sé que está sufriendo mucho, pero conseguiremos que su hija vuelva con usted. No pienso descansar hasta que lo logremos.

—Lo sé —repuso ella—. Lo creo.

Roberto parecía cansado y desusadamente apagado, pero después de una pausa incómoda, le pidió a Jennifer que le contara lo que había descubierto en su ausencia. Ella dudó, con la sensación de que no era correcto cargarlo con sus problemas en un

momento en que acababa de reabrirse su herida. Él notó su vacilación y le aseguró que estaba listo para ponerse a trabajar. Le dijo que los problemas de sus clientes lo ayudaban a distraerse del suyo. Parecía sincero y, de hecho, su actitud empezó a cambiar. Al cabo de un rato, Jennifer observó con sorpresa que había asumido una postura más erguida y que poco a poco parecía recuperar su confiado profesionalismo. Le contó entonces que había hablado con Julia y su plan de ir a Triana a medianoche para tratar de encontrar a alguien que quizá pudiera ofrecerles más información acerca de Paco. Roberto la miró con una sonrisa melancólica.

—Ha hecho un buen trabajo de detective, Jennifer. Tiene talento para el oficio. — Se puso de pie—. Muy bien. Iremos juntos.

Se dirigió hacia la mesa donde había dejado el maletín y sacó una libreta. La abrió y pasó unas cuantas hojas hasta encontrar lo que buscaba.

—Yo también he estado haciendo un poco de trabajo de detective —dijo sin levantar la vista de las notas—. Como sabe, estuve en ese pueblo, el lugar al que Paco envía el dinero obtenido de la venta de drogas, y probablemente también el que ustedes le mandaban a Emma...

Jennifer asintió. Él sabía que ella estaba al corriente de sus movimientos. ¿Para qué tantos preámbulos?

—Hablé con todas las personas que podían darme alguna información: el alcalde, el jefe de policía... Visité la oficina de empleo, las asociaciones, los sindicatos... — Le enseñó a Jennifer la libreta llena de anotaciones, donde había consignado meticulosamente todas las preguntas formuladas y las respuestas obtenidas—. No hay constancia de ninguna persona o grupo que haya recibido contribuciones tuyas, ni de ningún benefactor anónimo.

Jennifer empezó a entusiasmarse.

—Lo sabía —exclamó en tono triunfal—. Me lo decía la intuición, el instinto...

—Pero hay algo más —añadió Roberto—. Y debo reconocer que ninguno de los dos lo esperábamos.

—Dígamelo —le exigió ella impaciente.

—Paco no es de ese pueblo, Jennifer. Allí no tiene familia, ni nadie que lo conozca. No tiene ninguna relación con ese pueblo. Todo ha sido una invención.

Roberto dijo que pasaría a buscarla por su apartamento a las once de la noche. Ella le había sugerido que antes fueran a cenar, pero él le había dicho que tenía demasiado trabajo atrasado. A Jennifer le pareció un poco fría su forma de hablar, como si se hubiera arrepentido del tono íntimo de su última conversación y quisiera encaminar una vez más su relación por cauces más profesionales. No le importó, porque ella también lo prefería así. Le gustaba Roberto y lo respetaba, y también sentía empatía por su dolor, pero eso no ayudaría a Emma.

Fue al supermercado, pero cuando volvió con la compra, se dio cuenta de que no tenía ganas de cocinar y decidió salir a cenar sola. Entró en un restaurante cerca y pidió una copa de Rioja y unas raciones de sus tapas preferidas: jamón, croquetas y huevos. Se alegraba de estar sola, porque necesitaba reflexionar sobre todo lo ocurrido. Estaba convencida de que la salvación de Emma dependía de que dijera la verdad acerca de aquella noche terrible. Jennifer no sabía cuál era esa verdad, pero se había convencido de que Mark tenía razón al menos en un aspecto: su hija estaba mintiendo. Estaba casi segura de que la historia del argelino era una invención, probablemente acordada entre Emma y Paco. Pero también sabía —o estaba convencida de saber— que, independientemente de lo que hubiera sucedido aquella noche, su hija no era culpable. O, al menos, no del todo, porque en su opinión la culpa siempre era relativa. Se daba cuenta de que Emma estaba conspirando para ocultar y proteger al asesino, y en eso ya había una parte de culpa. Pero Jennifer sabía en lo más profundo de su corazón que la culpa de su hija no iba mucho más allá. Ella no había matado a nadie con premeditación —no podría haberlo hecho—, ni se había quedado mirando cómo mataban a una persona sin tratar de impedirlo.

Jennifer se puso a repasar de forma obsesiva las diferentes posibilidades. Quizá Paco era un hombre violento y agresivo que se había vuelto loco al ver que el chico intentaba violar a Emma.

Procuró desentrañar lo que podía haber sucedido después, paso a paso. Emma estaba enamorada de ese hombre y probablemente había agradecido que la salvara. Era joven y tonta, por supuesto. Había sido una pésima idea mentir a la policía e inventarse la historia del argelino. Después de todo, si era verdad que Paco había intentado salvarla, podría haber alegado defensa propia. Pero Emma había dicho que Paco ya había tenido problemas con la policía, lo que llevaba implícito que, ante cualquier infracción, dejarían caer sobre él todo el peso de la ley. Por eso había mentido, para protegerlo.

La explicación le pareció satisfactoria, pero enseguida se le ocurrió otra idea. Si la policía lo había investigado, algo que para entonces ya debía de haber hecho, entonces tenía que haber descubierto que Paco había mentido acerca de su lugar de procedencia. ¿Se lo habrían dicho a Emma? ¿Y a José? ¿No estaba la policía obligada a revelar toda la información de que dispusiera al equipo de la defensa? El

conocimiento que Jennifer tenía de las investigaciones policiales provenía en exclusiva de los episodios de «Ley y orden» que había visto en televisión, y estaba prácticamente segura de que era obligatorio revelar todos los datos sobre posibles indicios. Sin embargo, sabía que nadie había revelado nada, porque José y Roberto no habían supuesto que Paco mentía respecto a su procedencia hasta que el detective fue a comprobarlo en persona.

Como empezaba a dolerle la cabeza, abrió el bolso y sacó el frasco de ibuprofeno que solía llevar consigo, justamente para esos momentos. Se echó tres comprimidos en la palma de la mano y se los tragó con un buen sorbo de vino. Después, pagó la cuenta y volvió al apartamento para esperar a Roberto.

El detective llegó unos minutos antes de la hora acordada y llamó al timbre. En lugar de abrirle el portal, Jennifer salió, bajó la escalera y se reunió con él en la calle. La reconfortó verlo con un aspecto más fresco y sin huellas de su reciente vulnerabilidad. Hacía una noche espléndida y, como todavía era temprano, Roberto sugirió ir a pie, ya que el trayecto era un paseo de unos quince o veinte minutos. Mientras caminaban, se pusieron a preparar el plan para el resto de la noche. Jennifer le explicó que Julia parecía tenerle un poco de miedo al amigo de Paco, y que no quería por nada del mundo que el hombre se enterara de que ella lo había identificado. Roberto se comprometió a proteger su anonimato.

Se cruzaban con pequeños grupos de gente que iba a cenar y oían retazos sueltos de conversaciones; de vez en cuando, resonaba una respuesta estridente o una carcajada que despertaba ecos en una callejuela. De repente, Jennifer oyó los sentidos compases de una guitarra flamenca, antes incluso de ver al músico, un hombre entrado en años de larga melena negra y piel surcada de arrugas. Vestía camisa azul y chaleco de cuero gastado. Estaba sentado en un cajón de madera, con un vaso de plástico delante. Jennifer se detuvo para echar unas monedas en el vaso, mientras Roberto esperaba. Dos dientes de oro brillaron en la sonrisa agradecida del hombre. Reanudaron la marcha y, tras doblar la esquina y cruzar la calle, siguieron oyendo los conmovedores acordes de la guitarra, cada vez más lejanos.

En cuanto llegaron al puente y se dirigieron a la escalera de Triana, Jennifer divisó a Julia. Estaba sentada en el centro de un grupo, entre otras cuatro mujeres jóvenes, charlando y riendo, con un botellín de cerveza en una mano y un cigarrillo en la otra. Cuando vio a Jennifer, pareció sorprendida, como si no la esperara; no obstante, enseguida se repuso, aplastó la colilla y fue a su encuentro. Jennifer empezó a hacer las presentaciones, pero Julia la interrumpió, con una descortesía muy poco propia de ella.

—Está ahí —susurró con voz agitada—, detrás de mí, en lo alto de la escalera, solo, a la derecha. Es el tipo de cabeza rapada y camiseta negra. Por favor, no vayan a hablar con él ahora. Aguarden a que yo vuelva con mis amigos, para que no se dé cuenta de que lo he señalado.

—¿Cómo se llama? —preguntó Roberto.

—Todo el mundo lo llama Raúl. No sé su apellido.

Jennifer y Roberto miraron con tanta discreción como pudieron y estuvieron un rato estudiándolo. Parecía mayor que los demás, quizá de unos treinta y cinco años. Llevaba los antebrazos cubiertos de tatuajes, cuya naturaleza Jennifer no consiguió distinguir a lo lejos, aunque pudo observar que eran multicolores y que algunos eran de tipo geométrico y parecían símbolos. Tenía tres aros dorados en una oreja y lucía un collar de oro. Estaba hablando con un hombre rubio de aspecto escandinavo, vestido con vaqueros y una camiseta del Real Madrid. Al cabo de un minuto o dos, el rubio asintió y se alejó.

—Está vendiendo drogas —dijo Roberto en voz baja—. Acaba de pasarle un paquete al tipo rubio.

Jennifer se volvió hacia el grupo de Julia y vio que se estaban levantando y que empezaban a dirigirse hacia la hilera de bares y restaurantes en lo alto de la escalera.

—Quédese aquí —le ordenó Roberto, mientras avanzaba hacia el hombre de la camiseta negra, pero Jennifer no le hizo caso y lo siguió.

Roberto pareció contrariado, pero no dijo nada. En cuanto Raúl vio que dos personas mayores y bien vestidas iban hacia él agachó la cabeza para ocultar el rostro y empezó a alejarse. Pero Roberto lo alcanzó, lo saludó llamándolo por su nombre y le dijo que había hecho negocios con Paco.

—¿Tú quién eres? —preguntó Raúl—. ¿Cómo te llamas?

Roberto se lo dijo, mientras le inmovilizaba un brazo con una mano.

—¿Eres poli? —masculló Raúl, sacudiendo el brazo para soltarse.

El detective negó con la cabeza.

—En lo que a ti respecta, soy algo mucho peor que un poli —dijo en un tono tan agresivo que a Jennifer le costó reconocer su voz—. Soy un cliente descontento.

Raúl miró nerviosamente a su alrededor y, al no ver a nadie más que le pareciera amenazador, señaló a Jennifer con un movimiento de la cabeza.

—¿Y ella?

—Está conmigo —afirmó Roberto—. Tengo negocios con Paco, para unos amigos míos de Madrid. Un pedido grande para gente muy importante, ¿me entiendes? Habíamos quedado en encontrarnos aquí, pero no se ha presentado. Necesito localizar al socio que tiene en su pueblo. ¿Dónde está?

—¿Qué te hace pensar que yo lo conozco? —respondió Raúl, volviéndose como para marcharse.

Roberto bloqueó sus movimientos y se acercó un poco más. Hablaba en voz baja, pero con mucha intensidad.

—No creo que quieras arriesgarte más de lo necesario. Yo sé que lo conoces. Ahora dime dónde está o acabarás pagándolo tú. No te conviene enemistarte con mi gente.

—Mira, yo no conozco mucho a Paco. A veces hago negocios con él y nada más. Ahora está en la cárcel. Parece que tuvo algo que ver con el asesinato de ese niño

rico. ¿No lees los periódicos?

—¿De dónde es?

—No lo sé. De un pueblo.

—¿De cuál?

La expresión de Roberto daba miedo. Se había acercado tanto a Raúl que sus caras prácticamente se tocaban.

—No lo sé. Te juro que no lo sé.

Roberto siguió insistiendo.

—El próximo tipo que te haga esta pregunta no será tan amable como yo. Voy a darte una última oportunidad: ¿de dónde es?

Raúl se encogió de hombros y dio un paso atrás para que hubiera más espacio entre ambos.

—Si te lo digo, ¿me dejarás en paz?

—Eso depende de que me digas la verdad.

Roberto se le volvió a acercar.

—De Granada. De las afueras de Granada —masculló Raúl.

—¿Y su apellido? ¿Es cierto que se apellida Romero?

—No, se llama Frías. Paco Frías Rodríguez.

Roberto asintió y dio un paso atrás, dejando suficiente espacio para que Raúl se escabullera. El hombre aprovechó el momento para huir tan rápidamente como pudo.

Jennifer no había entendido casi nada de la conversación, pero había captado el nombre. Cuando Raúl se fue, se lo preguntó a Roberto.

—¿Ha dicho Paco Romero? ¿Es el nombre auténtico de Paco?

—No sé si es su nombre auténtico, pero está claro que también usa otros —respondió Roberto, cuya voz había recuperado su familiar tono sereno y amable.

—Parecía usted una persona muy diferente cuando hablaba con él.

—Claro, porque le estaba hablando en español. Está acostumbrada a oírme en mi mal inglés.

—No. Su inglés es perfecto, y ya lo he oído hablar español en otras ocasiones. Esta vez ha sido diferente. Parecía duro, despiadado... Me ha dado miedo.

Roberto se echó a reír y la cogió por el codo para dirigirla hacia el puente y de vuelta a su apartamento.

—Bueno, parece que a él también lo he asustado, al menos lo suficiente como para que nos diera algo de información. Ha sido útil, ¿no?

Jennifer sonrió sin mucho convencimiento.

—Supongo que sí.

Durante el camino de vuelta, acordaron que Roberto se trasladaría a Granada para tratar de averiguar más acerca de Paco y su familia. El detective quería descubrir por qué se había cambiado el nombre y había mentido sobre su origen y, sobre todo, determinar si era cierto que entregaba todo el dinero a su familia y a otras personas con dificultades económicas, aunque lo consideraba poco probable.



—Tenemos que demostrar dos cosas —admitió el detective—, y creo que usted solamente piensa en una.

—¿Cuáles son? —preguntó Jennifer—. Lo único que yo sé es que debemos demostrarle a Emma que Paco la está utilizando y que, por tanto, no le debe ninguna lealtad.

—Así es. Eso es lo que tenemos que demostrarle a Emma. Pero también hay algo que debemos demostrarle a la policía —dijo él—. Y a mí —añadió después en un murmullo casi inaudible.

Jennifer sintió una oleada de angustia.

—¿De qué habla? ¿A qué se refiere?

—Tenemos que probar que Emma no conocía al chico muerto ni había tenido ninguna relación con él antes de que la amenazara aquella noche en la puerta de su casa. Estamos bastante seguros de que mintió respecto al argelino, pero no podemos permitir que nadie crea que también mintió respecto al intento de violación.

Jennifer se paró en seco y se volvió para mirarlo.

—Ella jamás haría algo así —declaró con firmeza—. Ya sé que ha estado actuando de manera extraña. Usted no la conocía antes y no puede saber cómo es ella en realidad. Ojalá la conociera. Le pido que confíe en mí y crea lo que le digo. Mi hija se ha metido en algo que no entiende, y sé que su comportamiento es completamente caótico: hoy me necesita, mañana quiere ser independiente, al otro día quiere mostrarme lo mucho que ha aprendido y lo sofisticada que se ha vuelto, y al día siguiente me critica por ser una señora rica y privilegiada. Pasa de frío a caliente y de caliente a frío, sin estados intermedios. A veces tengo la impresión de que está poseída, como en *El exorcista*, pero no por el demonio, sino por Paco y por las ideas que le ha metido en la cabeza. Es desconcertante y muy doloroso para mí ver con cuánta rapidez algo así puede minar los veinte años que ha vivido con nosotros y los valores que le hemos inculcado desde pequeña. Pero ella es mi hija, y la conozco. La conozco a fondo y sé que es una buena persona. Jamás acusaría de algo tan terrible a un chico que ha muerto y cuya familia está sufriendo amargamente si no fuera culpable. No lo haría ni siquiera para proteger a Paco. Tiene que creerme.

Roberto empezó a caminar de nuevo y Jennifer tuvo que apretar el paso para alcanzarlo.

—Ya le dije una vez que sólo creo en las pruebas —replicó él—. A mí no me sirve la fe. —Hizo una pausa y, al ver la cara de preocupación de Jennifer, añadió—: Pero espero que tenga usted razón.

Desde que se había marchado del hotel, Jennifer ya no recibía el periódico en la puerta por las mañanas, por lo que sólo vio la fotografía después de ducharse, vestirse y llegar al quiosco más próximo. En cuanto se agachó para coger el *Diario*, su vista captó una imagen en portada, a dos columnas. Se quedó congelada. Fue como si su corazón se le hubiera desprendido de su lugar en el pecho y hubiera empezado a caer, precipitándose dentro de su cuerpo como un ascensor al que se le hubiera roto el cable. Tenía ante sí un primer plano de Roberto y de ella misma, captado la víspera, cuando Jennifer había expresado con un beso impulsivo el alivio por el regreso del detective. Recordaba que, cuando le había echado los brazos al cuello, él se había sorprendido y había vuelto la cara hacia ella, de tal manera que los labios de ambos habían acabado rozándose, aunque su beso iba dirigido a la mejilla. La cámara había inmortalizado justo ese instante. Evidentemente, aunque él había retrocedido y había intentado mantenerla a distancia, su reacción había llegado demasiado tarde. El titular gritaba en grandes letras: D E TAL PALO, TAL ASTILLA. Ella no lo entendió, pero no le costó mucho deducir el sentido de la frase.

Se sintió avergonzada y mortificada. Como si no bastara con que los periódicos presentaran a Emma como una especie de *femme fatale*, una depredadora promiscua que practicaba el sexo con cualquiera —lo que, en opinión de Jennifer, era completamente falso—, ahora ella, de la manera más estúpida y sin proponérselo, les había dado más carnaza. La mostraban como a una madre interesada sexualmente en el hombre al que había confiado la gestión del caso de su hija. Jennifer podía imaginar lo que harían con eso, cómo la pintarían a ella y cómo utilizarían la historia para hacerle daño a Emma.

Era demasiado temprano para llamar a Mark. Sabía que tendría que explicarle la foto y pedir a la empresa de comunicaciones que habían contratado que contrarrestara la mala publicidad que seguramente les acarrearía. No le preocupaba la reacción de su marido, porque él había sido testigo de las ruindades de la prensa local respecto a Emma y sabía que sus afirmaciones no eran de fiar, pero le inquietaba que la fotografía apareciera en los tabloides de Estados Unidos y que los niños la vieran o se enteraran por comentarios de sus amigos. Se dijo que también tendría que hablar con ellos. La espera se le hacía exasperante. Todavía estarían durmiendo, sin sospechar que había caído una nueva bomba, capaz de esparcir su mortífera metralla en todas direcciones.

Necesitaba ver a Emma. Hacía casi una semana que no le permitían visitarla y, teniendo en cuenta la estrecha vigilancia de la prensa, estaba segura de que los periodistas lo sabían. No obstante, quizá no supieran con cuánto empeño había luchado para que le permitieran verla, ni debían de estar al corriente del régimen de visitas restringidas que le habían impuesto a su hija. Pensó que quizá fuera necesario

explicárselo.

Terminó el desayuno, recogió los periódicos y volvió a su apartamento. Lo primero que hizo fue llamar a Roberto, pero le saltó el contestador y, aunque esperó un momento, el detective no cogió la llamada. Entonces marcó el número de José, pero era temprano y el abogado todavía no había llegado a su despacho. Se le hacía difícil la espera. Se sentó a la mesa de la cocina y abrió el *The New York Times* para comprobar si había publicado la temida foto. Aliviada al no ver nada, hojeó *El País* y tampoco encontró la imagen, ni ninguna noticia al respecto. Más serena, abrió de nuevo el *Diario* para tratar de descifrar el texto, armada con su diccionario de español, pero sólo consiguió entender unas pocas palabras sueltas, ya que su conocimiento del idioma era demasiado superficial. Finalmente, sonó el teléfono.

Era José. Sí, había visto la foto. Jennifer le explicó lo sucedido y él la escuchó en silencio antes de expresar su disgusto en tono de preocupación. Le dijo que llamaría a Roberto y que juntos tratarían de preparar una estrategia para contrarrestar la mala publicidad. Sin embargo, también tenía buenas noticias. Por fin podrían ver a Emma. Había presentado una queja al más alto nivel por la restricción ilegal de su régimen de visitas y las autoridades de la cárcel habían cedido.

Jennifer se alegró tanto ante la perspectiva de volver a visitar a su hija que, en comparación, las dificultades de esa mañana le parecieron poco importantes.

—¿Cuándo podremos ir?

José le dijo que él mismo la llevaría en su coche y que pasaría a recogerla una hora después. Entusiasmada, Jennifer bajó corriendo a la calle para comprar algunos regalos para Emma. Compró medio kilo de jamón serrano en una charcutería, y pan recién horneado en la panadería cercana. Después recordó haber visto una librería donde vendían libros en inglés y corrió a elegir varios títulos que pudieran gustarle a su hija. En el camino de vuelta, vio unos pasteles de chocolate en un escaparate y compró una docena, pensando que quizá Emma pudiera compartirlos con algunas compañeras que le cayeran bien, o quizá incluso con los guardias, para mejorar su relación con ellos. No se trataba de un soborno —ni siquiera era suficiente para ser un soborno—, sino de un gesto amable, como cuando el familiar de una persona hospitalizada lleva bombones para las enfermeras.

Cuando llegaron a la cárcel, tuvieron que pasar primero por el habitual dispositivo de seguridad. Los guardias examinaron a fondo toda la comida que llevaba Jennifer y después se la devolvieron. Sin embargo, antes de conducirlos a la zona de visitas, les anunciaron que la directora de la prisión quería verlos. Jennifer miró con expresión nerviosa al abogado, intentando captar una mirada suya, pero él simplemente se encogió de hombros y le susurró:

—No se preocupe. Ya veremos.

Siguieron andando por el largo pasillo, junto a varias puertas cerradas, hasta llegar al cómodo y espacioso despacho de la directora, donde había dos butacas tapizadas frente al escritorio central. La directora se levantó para recibirlos, pero no

perdió el tiempo en formalidades. Mirando a Jennifer a los ojos, fue directa al grano.

—Hemos tenido algunos problemas con su hija —declaró.

La expresión de Jennifer dejó traslucir su inquietud. Se inclinó hacia delante, con la musculatura tensa y el corazón desbocado.

—¿Qué ha pasado? ¿Se encuentra bien?

—Sí, está muy bien —respondió la directora—. Tiene algunas magulladuras, pero ha estado en la enfermería y ahora está otra vez en su celda.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Cuándo podré verla?

—Podrá verla en cuanto terminemos de hablar.

Jennifer sintió un calor por dentro que le empezó a subir a la superficie de la piel. El cuello y la cara le quemaban y tenía gotas de transpiración en la cara, aunque en el despacho había aire acondicionado.

—¿Por eso me han permitido venir a verla? —preguntó con amargura—. ¿Alguien acabó perdiendo los nervios por su negativa a cooperar y un guardia le hizo daño? ¿Es eso lo que ha pasado?

José le apoyó una mano sobre el antebrazo para que se tranquilizara.

—Cálmese —murmuró. Después, dirigiéndose a la directora en tono firme pero amable, añadió—: Como es natural, la madre está preocupada. Díganos, por favor, qué ocurrió.

La directora cambió de posición en su silla, acomodó varios papeles encima del escritorio y empezó a hablar:

—Me temo que una de las compañeras de celda de su hija le hizo unas insinuaciones que a ella no le gustaron.

Jennifer se la quedó mirando, pero la directora siguió hablando antes de que pudiera decir algo. Una vez más, José le apoyó la mano sobre el brazo para que se calmara.

—Por lo visto, insistió varias veces y, aunque su hija la rechazó, la mujer no se dio por vencida. Al final, Emma denunció el caso a una de las celadoras, y ahí empezó el problema.

Jennifer no pudo contenerse más.

—¿Qué me está diciendo? ¿Cómo que «ahí empezó el problema»? ¿No le parece que el problema existe desde que esa mujer comienza a acosar a mi hija? Estoy segura de que ustedes conocían sus inclinaciones. ¿Por qué las pusieron en la misma celda? ¿Era una manera más de atemorizarla para que acabara cooperando?

La directora pareció molesta, pero continuó:

—La mujer en cuestión es gitana, lo mismo que el cuarenta por ciento de las reclusas que hay en este centro. Cuando Emma se quejó, trasladamos a la ofensora a otra celda, pero entonces sus amigas se enfadaron. La siguiente vez que se encontraron todas en la ducha acorralaron a Emma y la zarandearon un poco.

Jennifer se quedó mirando al frente con expresión pétrea. Una parte de sí misma no podía creer lo que estaba oyendo. Desde hacía cierto tiempo, se había producido

una extraña desconexión. Todo sucedía con excesiva rapidez y tenía la impresión de que las cosas no hacían más que empeorar. De ser la madre de una estudiante de Princeton había pasado de pronto a ser la madre de una reclusa sospechosa de asesinato, vapuleada por un grupo de gitanas después de que una de ellas hubiera intentado seducirla. Era más de lo que su mente podía asimilar. Sin embargo, lo asimiló y, al cabo de unos segundos de silencio, replicó:

—¿La «zarandearon» un poco? ¿Qué quiere decir con eso?

—Tiene un ojo morado, unos cuantos hematomas en los brazos y en el pecho, y un corte en un labio. Nada grave.

—A mí sí me parece grave. Tal vez aquí estén ustedes acostumbrados a esas cosas, pero yo no.

—Al contrario, señora Lewis. Debido a las características propias de nuestra población de internas, la mayoría respeta las normas.

Jennifer empezaba a sentirse cada vez más irritada y colérica.

—¿Cuáles son esas normas? ¿Quiere decir que las reclusas tienen que aceptar cualquier insinuación sexual porque ustedes son incapaces de protegerlas? ¿O tal vez que las presas estadounidenses no aprenden las reglas porque nadie se las enseña?

José intentó tranquilizarla, pero ella le apartó la mano, mientras miraba con ojos llenos de ira a su interlocutora.

No obstante, la directora siguió hablando, como si Jennifer no hubiera dicho nada.

—Hay una gitana vieja que lleva muchos años recluida por matar a su marido y a la amante de él. Pasa el día entero en la sala común. Hace mucho tiempo que está presa y tiene privilegios especiales porque nunca nos da problemas. Las gitanas más jóvenes la respetan y le piden consejos. Es la autoridad extraoficial de todo el clan, y su palabra basta para zanjar cualquier disputa. Las demás suelen respetar sus decisiones. Si Emma hubiera ido a hablar con ella, la otra mujer habría dejado de importunarla.

—¿Alguien se molestó en decírselo? —replicó Jennifer.

José también intervino:

—Cuando Emma vino a quejarse y ustedes castigaron a su compañera de celda, ¿no habría sido más prudente aconsejarle que olvidara la denuncia y fuera a hablar directamente con esa mujer mayor?

La directora se volvió hacia el abogado.

—Sí, claro. También consideramos esa posibilidad. Pero como había acudido a nosotros, nos vimos obligados a dejar constancia de su queja. Y, una vez iniciado el trámite, hay que aplicar los protocolos.

—No lo entiendo —dijo Jennifer—. En cualquier caso, ahora es tarde para lamentarse. Quiero ver a mi hija. —Miró a José—. Pero también quiero presentar una queja formal y llevarla hasta las últimas consecuencias. Creo que esta situación podría haberse evitado, y no estoy segura de que no forme parte de un plan para quebrar a Emma.

La directora separó su silla de la mesa y se puso de pie.

—Entiendo cómo se siente, señora. Pero su hija está en la cárcel, y no en un colegio, y por mucho que intentemos evitar los conflictos, estas cosas suceden a veces. Es cierto que Emma no está haciendo todo lo que podría para salir en libertad o volver más agradable su estancia en la cárcel, obteniendo los privilegios que conlleva una actitud de mayor cooperación, pero nosotros no la hemos puesto deliberadamente en esa situación.

—Yo sólo quiero verla —afirmó Jennifer en voz baja y en tono de súplica—. Y no a través de un cristal. Quiero abrazarla, consolarla y hacerle ver que su madre está aquí, con ella, en estos momentos difíciles. Por favor, deme su autorización.

José dijo algo en español, que la directora pareció considerar durante unos segundos.

—Usted también es madre —añadió después—. Tiene que entenderla.

La directora frunció el ceño y habló como si estuviera pensando en voz alta.

—Es cierto que a estas alturas podemos decir que se ha ganado el derecho a un vis a vis —empezó—. No lo ha hecho de la manera más fácil, pero quizá pueda concederle ese privilegio, dadas las circunstancias. Sin embargo, hoy no será posible. Hacen falta algunos trámites administrativos. Tendré que cambiarle el régimen de visitas y eso es un poco complicado. —Se volvió hacia Jennifer—. Puede verla hoy de la manera habitual y regresar la semana que viene para un vis a vis.

Jennifer empezó a replicar, pero José la interrumpió.

—Gracias —dijo—. Estoy seguro de que la señora Lewis le está muy agradecida.

Le pasó a Jennifer una mano bajo el brazo y, con mucha gentileza, la condujo fuera del despacho.

Cogida del brazo de José, Jennifer entró en la sala de visitas. Se sentó delante del tabique de plástico erguida y tensa, ansiosa por ver si ya había entrado Emma. José le apretó levemente el hombro para expresarle su apoyo y después se retiró. Había pocos visitantes y todos estaban sumidos en animadas conversaciones con las reclusas que habían ido a ver. Una mujer mayor vestida de negro, con el pelo gris recogido en un moño del que escapaban algunos mechones plateados, charlaba con una interna de cabello oscuro que podría ser su nieta. Al otro lado de Jennifer, un hombre y un niño de unos diez años hablaban con una mujer de piel morena y pelo negro azabache que lucía un visible bigotillo sobre el labio superior. La mujer levantó la vista cuando Jennifer se sentó, pero perdió el interés enseguida y se volvió hacia sus visitantes. ¿Sería una de las que se habían conjurado para hacerle daño a Emma? A Jennifer le habría gustado saberlo, pero intentó no mirarla.

De pronto, entró Emma, desde las instalaciones de las reclusas. Cojeaba levemente y, cuando llegó a la silla que le estaba reservada, se dejó caer con dificultad, como si le doliera todo el cuerpo. Tenía un ojo hinchado y rodeado de líneas moradas que irradiaban desde el centro, como un dibujo del sol hecho por manos infantiles. Llevaba el pelo sucio pegado a la cara amoratada. Vestía vaqueros y camisa de manga larga, por lo que Jennifer no pudo ver si tenía hematomas en los brazos o el pecho, aunque lo que vio fue más que suficiente.

—Emma, ¿qué te han hecho?

Dos lágrimas le corrían por las mejillas, y el tono de su voz rebosaba de amor y compasión.

Su hija la contempló con desdén y después miró furtivamente a su alrededor para asegurarse de que nadie la hubiera oído.

—Por favor, mamá, no hagas una tragedia de esto. Las cosas son como son. ¿Has hablado ya con esa perra de la directora? ¿Te ha dicho que fue culpa mía?

Jennifer se secó los ojos y se esforzó para contener el torrente de lágrimas. Estaba desgarrada por una lucha interior entre sus impulsos maternos, que le habían servido para cuidar a sus hijos durante más de veinte años, y la nueva contención que parecía necesitar su hija. La situación la desconcertaba, porque no sabía qué se esperaba de ella ni por qué, aunque todo lo que le surgía espontáneamente parecía un error. Quería ayudar a Emma, sin reacciones egoístas. No deseaba dejarse guiar por los sentimientos de rechazo, dolor o incluso ira que a menudo había experimentado desde su llegada a España, pero a veces no podía evitarlo, porque se sentía herida.

Bajó la voz e intentó hablar en un tono más neutro.

—Claro que no fue culpa tuya. Nadie lo está diciendo. Emma, por favor, ya sé que esto es horrible, lo peor de todo, mucho peor que cualquier cosa que hubiéramos podido imaginar que podía pasarnos. Pero tú eres fuerte. Saldrás adelante, regresaremos juntas a casa, volverás a tus estudios y todo esto quedará atrás.

Emma dejó escapar una carcajada, aunque su mirada siguió siendo amarga.

—¿Volver a Princeton? No. Eso es muy poco probable.

Jennifer suspiró.

—Podrás hacer lo que quieras. Ir a la universidad, quedarte en casa o conseguir un empleo e independizarte, si lo prefieres. Te ayudaremos a hacer lo que tú desees, sea lo que sea. Pero antes tienes que salir de aquí, y eso todavía depende de ti.

Emma la miró con expresión beligerante, como si se preparara para replicarle, pero Jennifer prosiguió:

—Veo que estás a punto de contradecirme. Pero tenemos información nueva que quizá quieras considerar un momento antes de discutir. Roberto ha estado en el pueblo de Paco, el lugar donde se supone que gasta todo su dinero para ayudar a la gente pobre y sin trabajo.

Hizo una pausa, aguardando la reacción de Emma, pero su hija no dijo nada. Tampoco levantó la vista. No obstante, Jennifer, que la miraba con atención, observó que su postura se volvía más rígida y que se mordía el labio inferior mientras esperaba a que continuara.

—No es cierto que sea de ese pueblo, Emma. Allí no lo conoce nadie, ni hay nadie que haya recibido ni un solo céntimo suyo. Se lo ha inventado todo.

La chica miró a su madre con desprecio y, a continuación, escupió una respuesta que le surgió de dentro como un torrente de hiel.

—¡Ya sabía yo que me vendrías con algo así! ¡No me extraña nada! Os habréis reído un buen rato Roberto y tú, ¿verdad? Pero lo siento mucho, porque os habéis equivocado totalmente. ¿No habéis considerado ni por un momento que Paco podía estar usando otro nombre para conservar el anonimato?

—Emma, escúchame. ¿Qué tengo que hacer para convencerte? Ese novio altruista que se sacrifica por los pobres y ni siquiera espera que se lo agradezcan es una fantasía. Reconozco que Paco ha demostrado una gran habilidad para venderte sus virtudes. Sin embargo, por mucho que quieras aferrarte a esa idea, eres demasiado inteligente para negar la evidencia. No es mi intención hacerte creer nada malo de la persona que quieres, Emma. Pero es importante que te bases en la realidad, y no en la fantasía, para tomar tus decisiones. No te culpo por haberte dejado engañar. Eres joven y estabas enamorada. Cometiste un error, pero ahora puedes enmendarlo y quedar libre para seguir adelante con el resto de tu vida.

Emma fijó la mirada en la repisa que había debajo del tabique de plástico transparente, como si hubiera descubierto allí algo muy interesante. No dijo nada durante unos minutos y Jennifer empezó a abrigar esperanzas de que estuviera considerando seriamente lo que acababa de decirle. Al final, levantó la vista.

—¿Cómo está papá?

Su voz era amarga, despiadada y llena de crueles insinuaciones.

Jennifer respondió con cautela, sin saber muy bien adónde conducía la conversación.



—Bien. Está trabajando mucho por ti en Estados Unidos. Habla con los periodistas y trabaja en colaboración con la agencia de relaciones públicas que hemos contratado para tratar de presentar tu caso de la manera más favorable posible.

—O sea, que hace varios días que no viene por aquí, ¿no? No importa. Imagino que ya habrás encontrado otras distracciones.

—Emma, dedico todo mi tiempo a buscar pruebas para demostrar tu inocencia y sacarte de aquí. No sé a qué viene ese comentario.

—Ya he visto a qué dedicas el tiempo. Lo he visto esta mañana, en la portada del periódico. Puede que Lily y Eric también lo hayan visto. Y también papá. ¿Lo has pensado?

—Esa foto tiene una explicación. No sabía que la habías visto.

—No estoy completamente aislada del mundo aquí dentro, ¿sabes? Recibimos los periódicos, y en la biblioteca hay un ordenador. Todas las chicas se han reído mucho de tu foto.

Jennifer se puso tensa.

—Esa fotografía y ese artículo presentan una historia completamente falsa, Emma. Roberto llevaba unos días fuera de Sevilla, buscando información para ayudarte. Se retrasó mucho y yo no sabía nada de él. Estaba muy preocupada, porque su apoyo me parece muy importante para sacarte de aquí. Cuando regresó, me alegré muchísimo de verlo y le di un abrazo. Eso fue todo.

Emma hizo una mueca desdeñosa, una expresión que su madre no había vuelto a verle desde que tenía quince años.

—Di más bien que le diste un beso —repuso—. ¿O vas a decirme que manipularon la foto?

Exasperada, Jennifer levantó la voz, probablemente en exceso, porque los pocos visitantes que había en la sala se volvieron para mirarla y Emma se encogió avergonzada. Sin embargo, su paciencia se había agotado y no pudo controlarse.

—¡En la mejilla, Emma! Intenté darle un beso en la mejilla. —Después bajó la voz y se inclinó hacia su hija para continuar en un tono más medido—: La foto lo hace parecer mucho más íntimo de lo que fue. —Al ver la expresión de incredulidad de Emma, levantó de nuevo la voz—: Después de las experiencias que has tenido y de todo lo que han dicho de ti, ¿todavía te parece increíble que puedan mentir y distorsionar las cosas con tal de vender periódicos?

Emma miró a su alrededor con gesto nervioso y respondió en un susurro:

—Cálmate, mamá. No chilles. Te están mirando. Esta reacción tuya no me ayuda nada.

—Pero a mí sí me ayuda —replicó Jennifer.

—Sí, claro. Y eso es lo único que importa, ¿verdad? Es lo único que ha importado siempre.

La cólera que había estado fermentando dentro de Jennifer y que hasta ese momento no había encontrado expresión, aparte de algún breve estallido ocasional,

amenazó de pronto con explotar. La notaba en la garganta y sentía su sabor en la boca, pero habló en voz baja, controlándose tanto como pudo.

—¿A qué te refieres, Emma? ¿Qué es lo único que ha importado siempre?

Emma no se controlaba tanto como su madre.

—Tú —replicó secamente—. Lo más importante siempre ha sido que tú te sintieras bien contigo misma y pudieras mantener tu vida perfecta y privilegiada.

Entonces, el autocontrol de Jennifer se derrumbó como una esclusa embestida por la fuerza de una riada.

—¿Mi vida privilegiada?! —gritó—. Y ¿qué me dices de la tuya? Lo tenías todo, ¡todo! ¡Todas las clases particulares que necesitabas, todos los juguetes que querías, los mejores colegios, los mejores campamentos de verano! ¡Y no tenías todo eso porque tu madre se sintiera culpable por estar fuera trabajando todo el día y no te dedicara suficiente tiempo, como les pasaba a otros niños! ¡No! ¡Yo renuncié a ser actriz, yo sacrifiqué mi carrera por ti! ¡Siempre estaba en casa cuando volvías del colegio! ¡Te esperaba con pasteles, golosinas y ganas de sentarme a charlar contigo! ¡Hablábamos todo el tiempo!

Estaba intentando controlar el tono y reprimir las lágrimas al mismo tiempo, pero Emma no pareció conmovida.

—Hablábamos, sí, pero tú nunca me escuchabas de verdad —replicó en voz baja pero llena de ira, con una serena frialdad que volvía incluso más hiriente el mensaje—. Nunca me preguntaste si era feliz. Sólo te interesaban mis éxitos, para después presumir delante de tus amigas. ¿Dices que renunciaste a tu carrera por mí? No te creo. ¡Lo hiciste por ti! Te resultaba más fácil vivir a través de nosotros. Nos presionabas para ser *perfectos*, para poder verte tú misma como la madre perfecta y justificar así tus renunciadas y tu fracaso fuera de la familia.

Jennifer se había quedado sin habla. En algún momento de la diatriba de Emma, había dejado de escuchar. O quizá había seguido escuchando, pero había dejado de sentirse herida por sus palabras, como una esponja tan saturada de líquido que ya no puede continuar absorbiendo nada más. Miró fijamente a su hija, hizo una inspiración profunda para calmarse y, tras un silencio que a las dos les pareció muy largo, volvió a hablar.

—¿Sabes qué cree la policía, Emma?

—¿Qué tiene que ver eso con lo que estamos hablando?

—Que el argelino no existe. Y que no hubo ningún intento de violación. Según su versión, tú te fuiste a la cama con ese chico español. Dicen que es posible que lo conocieras de antes, o que tal vez lo conociste esa misma noche en un bar y te lo llevaste a casa. Como habías discutido con Paco unas horas antes, no esperabas que volviera a dormir contigo. Pero volvió, y os encontró en la cama. Entonces enloqueció de celos y lo mató. Después, para proteger a Paco, tú te inventaste toda esa historia absurda.

Jennifer miraba a Emma mientras hablaba. El tono de su voz era tranquilo y

directo, y ella misma se asombró del distanciamiento emocional y la frialdad que de pronto experimentaba. Fue un alivio para ella, pero no duró mucho.

Emma no salía de su asombro.

—¿Tú también lo crees, mamá?

—Yo ya no sé qué creer. Sólo sé que no es completamente imposible.

La chica parpadeó dos o tres veces. Abrió la boca y se la tapó con la mano derecha.

—¿Eres mi madre y me crees capaz de algo así? —preguntó por fin con incredulidad. Parecía sofocada y le costaba articular las palabras—. Yo no conocía a ese chico. No lo había visto en toda mi vida. Me siguió e intentó violarme. Pero tú pretendes darme lecciones de moral mientras te follas al tipo que supuestamente tiene que investigar para sacarme de aquí. ¿Cómo te atreves?

Desvió la mirada, se puso de pie y se volvió lentamente.

—Vete —le dijo a su madre sin mirarla—. Vete y no vuelvas. No quiero verte nunca más. No necesito tu ayuda, ni quiero saber nada más de ti.

La sensación de distanciamiento de Jennifer se evaporó. ¡Era su hija! ¿Cómo podía estar pasando algo tan terrible? Se dio cuenta de que todos la contemplaban y notó que uno de los guardias empezaba a acercarse, mientras ella le suplicaba a Emma que se calmara y volviera a sentarse para poder solucionar el problema. Sin embargo, su hija había comenzado a llorar y respiraba entrecortadamente, entre sollozos. Jennifer habría querido consolarla, retirar todo lo dicho y estrecharla entre sus brazos, pero no podía tocarla a través del amarillento tabique de plástico.

—Lo siento, Emma, no quería decir nada de eso. Sólo lo he dicho para devolverte el golpe y ahora me avergüenzo. Por favor, vuelve a sentarte. Por favor, perdóname.

Pero Emma permaneció de pie, de espaldas a su madre. Sollozando aún, se derrumbó en brazos del guardia que se había acercado para averiguar las causas del alboroto y se fue con él. Salió de la sala sin volver la vista atrás. Jennifer se quedó mirando el tabique de separación mucho después de que su hija se hubiera marchado, paralizada por el dolor y el arrepentimiento.

Llamó a Mark en cuanto llegó a su apartamento. En Filadelfia era por la mañana temprano y, aunque su marido aún estaba adormilado, se despertó de repente al oír su tono de urgencia. Jennifer le explicó con tristeza lo sucedido y le suplicó que viajara enseguida a Sevilla. Lo necesitaba. Le había fallado a Emma y ahora su hija se negaba a dirigirle la palabra. Él era su única esperanza.

Mark le prometió que terminaría un par de asuntos pendientes, haría los arreglos precisos y se pondría en camino hacia el fin de semana. Intentaba consolarla, pero sus palabras sonaban poco sinceras. Le propuso que Lily y Eric se pusieran al teléfono y la saludaran, pero no se sentía con fuerzas para hablar con ellos. Una vez más, Mark le aconsejó que volviera a casa, al menos de visita, para ayudar a sus hijos y consolarse con la normalidad de sus vidas y el amor que sentían por ella. Jennifer le contestó que lo haría muy pronto y añadió que lo llamaría más tarde, cuando hubiera recuperado un poco el control de sus sentimientos. Le dijo que estaba convencida de que, aunque los niños la echaran de menos, también era bueno hacerles saber que, cuando uno de ellos estaba en peligro, su madre estaba dispuesta a quedarse a su lado todo el tiempo que fuera necesario, pasara lo que pasase. De ese modo, sabrían que también ellos recibirían el mismo trato si algún día les ocurría algo malo y, a la larga, eso los haría sentirse más seguros. Hubo cierto escepticismo en la respuesta de su marido, y Jennifer recordó tristemente que, en el pasado, sus opiniones sobre crianza y psicología infantil eran aceptadas sin discusión, porque se suponía que ella era la experta. En cualquier caso, después de una pequeña pausa, Mark le dio la razón. Aun así, le pidió que llamara a los niños más tarde. Tras un pequeño silencio incómodo, le repitió que se reuniría con ella al cabo de pocos días, la animó sin mucho entusiasmo a resistir hasta entonces y se despidió.

Cuando terminó la llamada, Jennifer se notó aliviada por la próxima llegada de su marido, pero la ansiedad que la removía por dentro no se aquietó, e incluso aumentó, por la culpa y la preocupación que sentía por sus otros hijos y por el extraño cariz que había tomado su relación con Mark. La respuesta de su marido había sido solícita y diligente, pero en ningún caso cariñosa. Antes Mark tenía la virtud de serenarla. Ahora estaba sola.

Tras pulsar con el dedo el botón de desconexión y sin pensarlo lo suficiente para tomar una decisión reposada, marcó el número del móvil de Roberto. El detective respondió al primer timbrado y, al ver que la llamada era suya, empezó a hablar con una exuberancia poco propia de él, antes incluso de saludarla.

—¡Jennifer! —dijo—. Ahora mismo iba a telefonarla. Tengo una novedad que creo que podría servirnos.

Su entusiasmo hizo que una leve sonrisa brotara en los labios de Jennifer, incluso a su pesar. Hizo una inspiración profunda y exhaló lentamente el aire.

—Realmente necesito una buena noticia. ¿Puede contármela por teléfono?

Roberto se echó a reír.

—¡Qué desconfiada se ha vuelto! Sí, claro que podría contársela, pero no pienso hacerlo. Es algo que tengo que mostrarle, además de decírselo. Ya voy de regreso. Llegaré a la ciudad en torno a las nueve. ¿Quiere que cenemos juntos?

Ella aceptó y él le dijo que pasaría a recogerla.

Jennifer se tomó su tiempo para arreglarse. Eligió un vestido que sabía que le sentaba bien, se peinó y se maquilló con cuidado. Se dijo que necesitaba volver a sentirse atractiva y verse a sí misma como una persona independiente, y no sólo como una madre desgraciada. Sin embargo, la verdad era más profunda. Su sentimiento de culpa se estaba convirtiendo en rabia. Se sentía atraída por Roberto. En esos momentos lo sentía más cerca que a cualquier otra persona de su vida. Pero no había hecho nada al respecto, por muchos motivos: en primer lugar, por el cariño que sentía por Mark, y también por su sentido del decoro, pero sobre todo porque sabía que cualquier acercamiento al detective complicaría la situación de Emma y sus posibilidades de ayudarla. Y, sin embargo, su hija se había apartado tanto de ella y la consideraba con tanta dureza, que le había bastado ver una fotografía lejanamente dudosa para sacar de inmediato las peores conclusiones, sin molestarse en pedirle una explicación, como habría hecho si hubiera conservado un pequeño resto de buena voluntad hacia su madre. A Jennifer su actitud le parecía injusta, falta de cariño y totalmente opuesta a lo que ella estaba intentando hacer para apoyarla, que era precisamente rechazar cualquier evidencia que contradijera la versión de Emma y permanecer a su lado a toda costa. Una parte de sí misma se inclinaba a pensar que habría sido mejor darle motivos auténticos para sospechar, puesto que, de todos modos, iba a desconfiar de ella. Pero ese pensamiento, nacido de la rabia y el orgullo herido, no duró mucho. Sabía a la perfección que era lo peor que podía hacer en ese momento.

Cuando llegó Roberto, lo estaba esperando en el portal, y él notó de inmediato el cuidado que ella había puesto en su arreglo personal. También observó su lentitud al andar mientras se dirigían a la parada de taxis y su mirada triste. No hizo ningún comentario hasta que llegaron al restaurante, pero cuando estuvieron sentados y tras pedir sus bebidas (whisky él y vodka con tónica ella), le ofreció la oportunidad de contarle lo que le preocupaba.

—Tengo buenas noticias —comentó—. Pero tal vez antes de oírlas podría contarme por qué está tan triste.

Jennifer bajó la vista, rehuendo su mirada.

—¿No sería mejor que me contara primero lo que ha venido a decirme? Puede que me levante el ánimo.

Él bebió un trago de whisky.

—Puede ser. Se lo contaré, si quiere. Pero creo que se sentirá mejor si antes me dice qué ha ocurrido.

Jennifer realmente necesitaba que alguien prestara oídos compasivos a sus

problemas.

—Emma... —dijo—. La he visto esta tarde. He ido a visitarla a la cárcel. Tuvimos una discusión horrible. Perdí los nervios y me comporté muy mal. Se marchó llorando. Las dos nos marchamos llorando.

Levantó la mirada y notó que Roberto parecía verdaderamente preocupado por ella. Al ver su gentileza y su comprensión, se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Lo siento —admitió avergonzada mientras se secaba los ojos con la mano y buscaba una servilleta de papel para retocarse las mejillas.

Las lágrimas le habían dejado un rastro de finísimas líneas negras bajo los ojos, donde se le había corrido el rímel.

Roberto tendió el brazo y apoyó una mano sobre una de las suyas, pero ella la retiró con brusquedad, mirando a su alrededor para comprobar si alguien había notado el movimiento. Una vez formulada la acusación, hasta el gesto más inocente de compasión o amistad podía parecer un desliz.

—Perdón —dijo al ver la expresión dolida del detective.

Él asintió tristemente.

—¿Había visto Emma la foto del periódico?

Jennifer le contó lo sucedido, el progresivo deterioro de su conversación, y lo que cada una de ellas había dicho. Él la tranquilizó diciendo que también su hija debía de estar arrepentida, porque había hablado impulsada por la rabia y la frustración, lo mismo que ella. Añadió que probablemente Emma no había dicho lo que sentía, sino aquello que sabía que podía herirla. Pero Jennifer no estaba de acuerdo. Cuando empezó a explicárselo, notó que le costaba mucho hablar sin derrumbarse. Tampoco sabía hasta dónde debía llegar, ni hasta qué grado de intimidad.

—Creo que por primera vez me estoy dando cuenta de que Emma no actúa de manera extraña sólo por la situación en que se encuentra, sino porque no es como yo pensaba que era —dijo, y enseguida sonrió con tristeza—. Por supuesto, supongo que para usted eso es evidente. Pero lo que intento decir es que siento como si estuviera dañada, como si algo en ella fallara. Y, si eso es verdad, entonces parte de la responsabilidad es mía.

Roberto intentó contradecirla, pero Jennifer no podía parar. Sentía una especie de desbordamiento en su interior, una riada de palabras y sentimientos que necesitaban salir a la luz porque ya no tenían cabida en ella. El detective procuró una vez más decir algo, pero ella lo interrumpió y siguió hablando con lenta y serena determinación, sin mirarlo.

—Es muy difícil admitirlo; cuesta mucho aceptarlo... ¿Ha oído alguna vez eso que dicen que sucede cuando uno se entera de que padece una enfermedad terminal? Lo he oído allí, en Estados Unidos; no sé si aquí dirán lo mismo. Por lo visto, es un proceso en varias etapas. La primera es la negación; después viene la rabia y, finalmente, la aceptación. Creo que es una reacción universal. Yo lo he vivido desde que llegué a España en lo referente a Emma. Pero con una diferencia. Cuando te

enteras de que a tu hija le pasa algo grave, hay un sentimiento más que entra en juego. Después de la rabia y antes de la verdadera aceptación, viene el sentimiento de culpa.

Roberto la interrumpió con firmeza.

—No tiene por qué sentirse culpable, Jennifer. No ha pasado nada que fuera culpa suya.

Ella siguió hablando como para sí, sin prestarle atención.

—Y lo peor es que, al poco tiempo, te das cuenta de que no estás preocupada sólo por tu hija, sino también por ti misma.

El detective parecía desconcertado. Jennifer se llevó la mano al pecho y comenzó a frotarse levemente el esternón con los dedos mientras hablaba.

—Sientes un vacío terrible allí donde antes estaba tu orgullo. Y haces el patético descubrimiento de que has fracasado, de que has cometido un espantoso error que es la causa de todos los males.

Una vez más, Roberto trató de interrumpirla, pero ella se resistió.

—Por favor —dijo—. Necesito hablar de esto.

Entonces, él permitió que continuara.

—Después sientes una segunda oleada de culpa por estar convirtiendo la tragedia de tu hija en una historia sobre ti misma. —Hizo una pausa—. Como estoy haciendo en este preciso instante —dijo encogiéndose de hombros con expresión indefensa.

Roberto negó con la cabeza para expresar su desacuerdo, pero ella no le prestó atención.

—Y te preocupas, porque piensas que quizá es lo que llevas haciendo toda la vida y por eso tu hija tiene esos problemas. ¿Sabe, Roberto? Hasta hace poco creía que el amor por los hijos era el único amor puro y sin egoísmo que existía. Pero ahora ya no estoy tan segura. Quizá sea como todo lo demás. Quizá todo se reduzca a tu propia imagen, y tal vez la rabia que sientes cuando descubres los muchos defectos y las contradicciones de tu hija se debe a que todos sus problemas vienen a arruinar la imagen perfecta que tenías de ti misma. Eso es lo que piensa Emma. Y creo que tiene su parte de razón. Y no se imagina lo difícil que es aceptarlo y seguir adelante.

Para entonces, Jennifer estaba hablando en voz más alta, esforzándose sin éxito por contener las lágrimas.

Roberto se levantó y cambió de asiento para sentarse a su lado.

Ambos eran conscientes de que el resto de los comensales del restaurante los estaban observando.

—Lo siento mucho —dijo Jennifer—. Estoy haciendo el ridículo y lo estoy avergonzando.

Él le aseguró que no era así.

—Aunque quizá sería mejor que parara. Ese tipo musculoso detrás de nosotros debe de pensar que le he hecho algo y me está lanzando miradas amenazadoras.

Jennifer sonrió a través de las lágrimas, volvió a secárselas y se sorbió la nariz. El

detective se sacó un pañuelo blanco del bolsillo y se lo dio.

—Gracias —afirmó ella, aceptándolo—. Nadie había vuelto a darme un pañuelo para secarme las lágrimas desde que era pequeña y me lo daba mi padre.

Se lo devolvió y él lo usó para limpiarle un borrón de rímel en la mejilla antes de guardarlo.

—Ahora, escúcheme, Jennifer —empezó a decir Roberto—. He oído todo lo que tenía que decir. Ahora hablaré yo y usted me escuchará con la misma atención que yo le he prestado, ¿de acuerdo?

—Sí —respondió ella—, de acuerdo.

—Es usted demasiado rigurosa consigo misma. La situación no es ni blanca ni negra, sino que tiene muchos matices. No puede cargar con la responsabilidad de todo lo que hace su hija, ni de todo lo que dice o piensa. Sus hijos pueden meterse en problemas sin que usted tenga nada que ver en ello. Lo he visto muchas veces en mi trabajo. Si cree que todo se reduce a los errores que ha cometido, se está dando demasiada importancia. Los hijos reciben muchas influencias diferentes, sobre todo desde que se van de casa y tienen amigos o se enamoran de gente que uno ni siquiera conoce.

—Pero ¿por qué se enamoran de esa gente? —intentó interrumpirlo Jennifer, pero le había llegado a él el turno de seguir hablando sin prestarle atención a ella.

—Dentro de un minuto, ¿de acuerdo? Ahora quiero decirle algo más sobre todas esas acusaciones que usted misma se hace. Es normal que estuviera orgullosa y es normal que ahora se sienta mal porque la hija que creía conocer la ha decepcionado terriblemente. Pero desear que sus hijos tengan éxito en la vida, que prosperen y destaquen, no significa que esté intentando vivir a través de ellos, ni que los esté presionando por su propio interés. Es lo que todos deseamos para nuestros hijos. Seríamos muy malos padres si no quisiéramos lo mejor para ellos.

Jennifer suspiró. Pensó en lo sucedido a la hija de Roberto y sintió pena por él y vergüenza por estar actuando como si la crisis de Emma fuera lo más importante. Él ni siquiera había tenido la oportunidad de tratar de ser un buen padre. ¿Era eso mejor o peor?

—No lo sé, Roberto. Al fin y al cabo, ¿qué es lo mejor para ellos? Quizá sólo debería haber deseado que fuera feliz.

El detective se inclinó hacia ella con gesto exasperado.

—¡Exacto! Usted deseaba que tuviera éxito, precisamente porque quería su felicidad.

Jennifer bebió un sorbo de vino.

—Sí, eso es lo que trato de decirme a mí misma. Pero no ha salido bien. A menudo pienso en las madres que conozco y que antes me parecían frías, o negligentes, o excesivamente estrictas con sus hijos, y ¿sabe qué?, a sus hijos les está yendo mejor que a Emma. Ninguno de ellos está en la cárcel como sospechoso de haber participado en un asesinato.



—Es sólo una circunstancia, un caso accidental...

—Incluso se llevan mejor con sus madres que Emma conmigo —murmuró.

Ninguno de los dos dijo nada durante unos segundos. Finalmente, Jennifer rompió el silencio.

—Si le soy sincera, Roberto, tengo que reconocer que Emma no tiene muy buena opinión de mí.

Una vez más, el detective intentó contradecirla, pero ella se lo impidió.

—Es así, de verdad. Y es muy extraño. Tengo muchas amigas y creo que a todas les caigo muy bien. También los hijos de mis amigas me tienen simpatía. Soy una de sus madres favoritas. De hecho, no sé de nadie a quien no le caiga bien. Supongo que para mí es muy importante que la gente me acepte y me quiera, y siempre he procurado tener buenas relaciones con todo el mundo. —Dejó escapar entonces una breve risa amarga—. Pero las evidencias están ahí, y no puedo cerrar los ojos: su actitud tensa cuando trato de abrazarla, sus quejas por mi comportamiento, sus críticas, su frialdad, sus silencios, las mentiras que me ha contado, su reticencia a la hora de hablar de sus circunstancias o sus sentimientos, su falta de confianza en mí, en la madre que la quiere tanto y desde hace tanto tiempo... —Una vez más, se le llenaron los ojos de lágrimas—. Soy egoísta, soy avasalladora, soy demasiado optimista o demasiado dramática. Quizá estoy ciega, o tal vez soy demasiado ingenua, o veo sólo lo que quiero ver. —Se interrumpió para recuperar el aliento—. Y ella no es la única. Pensándolo bien, creo que tampoco a mi marido le gusto mucho.

Se echó a reír entre las lágrimas al decir esa última frase y se secó los ojos por última vez. Los tenía hinchados y enrojecidos, pero ya no lloraba.

Roberto le apoyó las manos sobre los hombros y la hizo volverse hacia él.

—A mí me gustas —le dijo.

Era tarde cuando salieron del restaurante, las calles estaban muy animadas, como siempre, y Jennifer oía risas y retazos de conversación a medida que se iban cruzando con la gente. Observó que también las terrazas estaban llenas, aunque un poco menos que cuando habían llegado. Hacía una noche espléndida. El calor ya no era agobiante, gracias a una suave brisa cargada del familiar aroma a jazmín que tanto tranquilizaba a Jennifer. Costaba creer que ese país y sobre todo esa ciudad maravillosa estuvieran sumidos en una grave crisis económica. Jennifer sabía que así era —de hecho, lo leía a diario en los periódicos—, pero al ver la cantidad de gente que había en los restaurantes y al observar la atmósfera festiva que reinaba en las calles, no podía evitar preguntarse si la crisis sería tan profunda como decían. Se lo dijo a Roberto, y él le hizo notar que sus apreciaciones eran erróneas. Le señaló que se encontraba en un importante centro turístico. Muchas de las personas que veía estaban pasando solamente unos días o unas semanas en la ciudad. El sufrimiento no se percibía, pero Roberto le aseguró que estaba ahí. Le dijo que algún día, cuando el problema de Emma hubiera quedado atrás, la llevaría a uno de esos pueblos y le enseñaría la cara de España que no conocía. Suspirando, ella le respondió que, cuando todo pasara, sólo desearía marcharse para no volver nunca más.

Entonces él se paró en seco.

—No, Jennifer, no debes culpar a España por esto.

Ella negó con la cabeza.

—Y no la culpo. No es eso. Es sólo que siempre asociaré este lugar con lo ocurrido aquí. Preferiría enseñarte a ti Pensilvania. ¡Y también podríamos ir a Nueva York! ¿Has estado alguna vez?

—Sí, pero no contigo. Me encantaría.

Siguieron andando en silencio. Jennifer se alegró de estar caminando y de que, al menos de momento, hubieran dejado de hablar. No sabía adónde se dirigían, pero Roberto parecía tener un destino en mente y ella lo seguía, feliz de poder dejar esa decisión en sus manos.

Pasaron junto a un banco, donde yacía olvidado un ejemplar de uno de los periódicos del día.

—No odio a España, pero detesto a la prensa española —dijo ella—. Los periodistas han hecho todo lo posible por destruir la reputación de Emma. La han presentado como una depravada, como si eso fuera lo normal entre los estudiantes estadounidenses. Y ahora han empezado a atacarme a mí también. A ti no, claro. Yo soy la *femme fatale* que se ha atrevido a darte un beso amistoso en público, y tengo que pagar por ello.

No pudo evitar el tono amargo de su voz.

Él guardó silencio un momento.

—¿Has visto últimamente los tabloides estadounidenses? —preguntó Roberto con

suave amabilidad.

—No. Mark no me los envía. Creo que no quiere inquietarme.

Giraron en una esquina, recorrieron un pasaje empedrado y desembocaron en una avenida más amplia, por donde llegaron a un aparcamiento.

—Tengo el coche allí —dijo él—. Vamos a dar una vuelta.

Ella bajó con él la rampa y lo siguió hasta su Honda. Entró en el vehículo, feliz de que no le hubiera propuesto llevarla directamente de regreso a casa. Todavía no le apetecía quedarse a solas con sus pensamientos.

—Yo, en cambio, he visto algunos —afirmó él mientras salían del garaje.

—¿Qué has visto?

—Tus periódicos sensacionalistas.

—No son míos, Roberto. ¿Qué dicen?

—Atacan a España para defender a Emma. Convierten todo esto en un caso de hostilidad nacional, en lugar de presentarlo como una investigación criminal común y corriente. Usan todo lo que encuentran. Aunque no lo creas, han sacado a relucir la Santa Inquisición. Dicen que Emma está siendo víctima de un antisemitismo secular y que tú estás recluida en un gueto judío, sin mencionar que el gueto dejó de serlo hace más de quinientos años.

Perpleja, ella se echó a reír.

—No es ninguna broma, Jennifer.

—¡Pero es ridículo! Nadie puede creerse esas tonterías.

—Nadie con cierto nivel de educación. Pero esos periódicos están creando una atmósfera negativa para España. Creo que tus asesores de comunicación han decidido que la mejor manera de defender a Emma era difamarnos a nosotros.

La conversación era tan absurda que Jennifer no la había estado siguiendo seriamente, pero en ese momento se preguntó si sería verdad lo que decía Roberto. Negó con la cabeza, incrédula.

—No puedo creer que sean ellos —dijo—. Pero lo averiguaré y, si lo son, haré que cambien de estrategia, te lo prometo. Esa línea de acción es deshonesto, estúpida, y ni siquiera ayudará a Emma. Es posible incluso que la perjudique.

—¿Los detendrías aunque pensaras que podría beneficiarla? —preguntó Roberto con expresión grave.

—Sí —respondió ella, sin pararse a considerar la respuesta—, claro que sí.

Se puso a mirar por la ventanilla. Circulaban por una carretera bordeada de bloques de edificios modernos y estaban dejando atrás la ciudad. Jennifer observó que en muchas de las ventanas la luz estaba apagada, aunque sólo eran las once de la noche.

—Por lo que veo, parece que muchos españoles se van a la cama a una hora normal —comentó.

Roberto se echó a reír.

—Normal para los estadounidenses, querrás decir. Pero no. No ves luz en las

ventanas porque en esos pisos no vive nadie. Estás viendo la principal razón de la crisis económica en España: demasiada construcción. Pedimos dinero prestado para construir y construir, y ahora no hay gente suficiente para vivir en esos pisos, los bancos no consiguen cobrar el dinero que han prestado y todo el sistema se está viniendo abajo.

Ella reflexionó un momento.

—En Estados Unidos hicimos lo mismo.

—Sí, pero no tanto. Vosotros estáis empezando a salir de la crisis.

Jennifer volvió a recostarse en el respaldo y se puso a contemplar la noche y el resplandor de los faros de los otros vehículos.

—¿Adónde vamos? —preguntó.

—A mi casa.

Ella no le preguntó la razón de que fueran hacia allí, porque creía conocerla y prefería no hablar al respecto.

Cuando llegaron, Jennifer lo siguió nerviosamente hasta el portal de su edificio, lo vio marcar un código de seguridad y entró con él en un pequeño ascensor que los llevó al cuarto piso. Se abrió la puerta del apartamento y salió a recibirlos un pequeño schnauzer eufórico, que se puso a bailar en círculos por la alegría de ver a su amo de vuelta en casa. Roberto encendió la luz y condujo a Jennifer al cuarto de estar, que estaba decorado con mucho gusto, tal como ella esperaba, con alfombras artesanales y muebles modernos pero confortables. El detective se excusó un momento y ella se puso a recorrer la habitación, donde descubrió varias colecciones de objetos expuestos en vitrinas o en cajas de madera labrada. Encontró relojes de pulsera en una caja y plumas estilográficas en otra. Lo más curioso era una mesa con tapa de cristal, con una repisa debajo, donde se alineaban una docena de antiguos bolsos de fiesta confeccionados con cuentas. Roberto regresó a la estancia mientras ella los estaba contemplando y se situó a su lado.

—Eran de mi mujer —explicó—. No he tenido el valor de deshacerme de ellos.

Jennifer se volvió hacia él.

—¿Me has traído aquí para enseñarme lo que has encontrado? —le preguntó.

Él hizo una inspiración profunda y se dirigió hacia un armario, de cuyo estante más bajo extrajo un álbum.

—No. Creo que eso puede esperar un día más. Te he traído por una razón más egoísta. Quería enseñarte otra cosa.

Se sentó en el sofá y le indicó a Jennifer que se sentara a su lado. Cuando ella se hubo acomodado, él abrió el álbum y fue pasando las páginas con infinito cuidado, hasta llegar a una fotografía donde aparecía él mismo, varios años más joven, empujando un columpio en el que estaba sentada una niñita de unos cuatro años. Por supuesto, Jennifer supo de inmediato quién era la pequeña.

—¿Tu hija? —preguntó en voz baja.

—Sí —respondió con amargura—. Quería que la vieras.

Por un momento, ella no supo qué decir.

—Es preciosa —murmuró al fin, consciente de que no era la mejor respuesta.

—¿Has hablado últimamente con tus otros hijos? —le preguntó él.

Ella negó con la cabeza.

—Tengo que llamarlos.

—¿Por qué no los llamas ahora? Sólo para saludarlos y recordarles que piensas siempre en ellos.

—Ya lo saben.

—Llámalos de todos modos.

Le entregó un teléfono inalámbrico y salió de la habitación mientras ella marcaba el número de su casa. Después de tres tonos de llamada, Lily contestó.

—Hola, cielo. Soy mamá. ¿Cómo estás?

—¡Mami, te echo tanto de menos! Estaba esperando a que llamas. ¿Cómo está Emma? ¿Cuándo vas a volver?

Jennifer sintió una profunda nostalgia de su casa y de sus hijos mientras volvía a cobrar vida el recuerdo de todo lo que había dejado atrás, obsesionada con el caso de Emma. Sin embargo, también sintió una renovada determinación de salvar no sólo a Emma, sino a su familia, para que todo volviera a ser como antes.

—Volveré muy pronto, cariño. Aguanta un poco más, por favor.

—Pero ¿cuándo? —La pregunta era un lamento—. Te necesitamos.

—Volveré cuando Emma pueda venir conmigo —dijo Jennifer, poniendo fin a la conversación demasiado tarde para no oír la decepción en la voz de su hija. Se obligó a ser fuerte—. ¿Está Eric?

—Ha ido a jugar a casa de un amigo. Le diré que has llamado. Te echa mucho de menos.

—Yo también lo echo de menos a él. Y a ti. Os quiero mucho.

Colgó el teléfono justo cuando Roberto entraba de nuevo en el cuarto de estar.

—Creo que debería marcharme —dijo ella levantando la vista.

—Por supuesto. —Roberto se dirigió hacia la puerta, pero se volvió hacia ella antes de abrirla—. ¿Lo ves, Jennifer? Tienes muchas cosas en las que pensar y muchas personas que te necesitan, además de Emma. Quizá sería bueno que lo recordaras.

—Ya lo recuerdo —respondió ella secamente, pero enseguida se arrepintió, al oír el tono cortante de su propia voz—. Gracias por enseñarme la foto de tu Isabel —dijo—. No debería llorar sobre tu hombro. Tú ya tienes demasiados problemas.

—Me hace bien escucharte. Me recuerda que no soy el único que tiene dificultades en la vida. —Se detuvo, abrió la puerta y se volvió otra vez—. O remordimientos, o confusión, o sentimiento de culpa.

Jennifer sintió que su corazón se inundaba de gratitud.

—Eres muy bueno, Roberto. Gracias.

Esa noche Roberto no le contó la sorpresa; le dijo que podía esperar. Jennifer sabía que quería concederle cierto tiempo para que se recuperara del golpe emocional que había supuesto la conversación con Emma, y aceptó ese razonamiento, convencida de que ya le revelaría el secreto al día siguiente. Pero Roberto la llamó por la mañana y le dijo que, puesto que Mark iba a llegar al cabo de pocos días, quizá sería mejor aguardar a que estuviera en Sevilla para revelarles la noticia a los dos juntos.

A Jennifer no le gustó la idea. En primer lugar, aunque ella misma le había suplicado a Mark que acudiera otra vez a Sevilla, en cierto modo le molestaba que fuera a invadir el pequeño mundo que había acabado por considerar como propio. Ella se estaba ocupando prácticamente de todo y se sentía cómoda en su papel al frente del caso. Le gustaba ser la persona que interpretaba, informaba y analizaba los acontecimientos para Mark, y no le apetecía compartir con él los descubrimientos. Tampoco quería compartir sus momentos con Roberto, y le dolía observar que, a pesar de su reciente intimidad, el detective había recuperado su habitual tono profesional y se resistía a revelar a ella sola una información que consideraba importante. La noche anterior, Roberto le había ofrecido el brazo para acompañarla hasta la puerta y ella lo había aceptado. Después le había dado dos besos en las mejillas para desearle las buenas noches. Era un gesto habitual entre amigos, sí, pero era la primera vez que él la besaba por iniciativa propia. Jennifer no quería renunciar a esos instantes, ni diluirlos con la presencia de Mark. Se daba cuenta de que esos sentimientos eran erróneos desde todo punto de vista, esencialmente porque ella debía concentrar toda su atención y todos sus esfuerzos en liberar a Emma, y también porque eran nocivos para su relación con Mark. Por eso intentó disimular lo que sentía realmente y le dijo a Roberto que sí, que no tenía ningún problema en esperar a que Mark regresara. Pero no pudo evitar que su tono fuera frío, y supuso que Roberto lo habría notado y podría deducir la razón.

Cuando Mark la llamó para anunciarle la fecha y el horario de sus vuelos, ella telefoneó a José y a Roberto para concertar una reunión. José le propuso ir a buscar a Mark al aeropuerto, pero ella le dijo que prefería ir sola y, cuando llegó la hora, tomó un taxi. Esperó a que su marido recogiera el equipaje y, al verlo salir, agitó la mano para llamar su atención y avanzó hacia él. Mark asintió para mostrarle que la había visto y apresuró el paso. Sin embargo, al llegar frente a ella, los dos parecieron dudar. Esos escasos segundos de vacilación fueron casi imperceptibles, pero ambos los notaron. Mark se inclinó y le dio un casto beso en la mejilla, que ella le devolvió. La incomodidad entre ellos era evidente, pero pronto quedó disimulada por la necesidad de Mark de obtener la información que ella podía proporcionarle. Mientras circulaban en taxi hacia la oficina de Roberto, Jennifer lo puso al corriente de todas las novedades. Le dijo, en resumen, que no había vuelto a hablar con Emma desde que habían discutido en la sala de visitas de la cárcel, y que Roberto tenía buenas noticias

y estaba ansioso por revelárselas.

El detective los recibió en la puerta de su despacho, le estrechó la mano a Mark y los hizo pasar a los dos. José ya había llegado y estaba sentado en una de las tres sillas alineadas delante de la mesa de escritorio. Roberto les ofreció café o una copa, pero los dos rechazaron su invitación, aunque Mark aceptó un vaso de agua fría.

El detective se puso a ordenar brevemente los papeles sobre la mesa —un gesto que Jennifer reconoció— y habló dirigiéndose a Mark.

—Bienvenido, señor Lewis. Me alegro de que esté aquí.

Mark fue menos amable.

—Yo también me alegro de estar aquí —dijo en un tono algo belicoso—. Me he enterado de que mi hija ha sido brutalmente agredida en la cárcel, y de que ni usted ni su abogado pudieron evitarlo —añadió lanzándole a José una mirada acusadora—. Por lo que sé, tampoco han exigido un cambio en las condiciones de su reclusión, como deberían haber hecho. ¡Por el amor de Dios! ¡Ni siquiera ha sido oficialmente acusada y, sin embargo, la retienen para obligarla a hablar y ponen en peligro su integridad física!

Jennifer notó la diferencia entre la actitud de Mark y la de Roberto, y se sintió avergonzada. Mark, el engreído abogado estadounidense convencido de su importancia, con su tono agresivo y acusador, empezaba a irritarla e incluso a preocuparla, quizá porque el tiempo que llevaba en España la había cambiado. En su opinión, sus invectivas eran tan innecesarias como poco productivas. Pero Roberto no le pagó con la misma moneda, sino que asintió con una sonrisa comprensiva y siguió hablando.

—Fue una desgracia, y le aseguro que ya hemos presentado formalmente las quejas correspondientes. —Sonrió con tristeza—. Por desgracia, no estamos en condiciones de exigir nada. Pero ahora hay algo muy importante que me gustaría decir. ¿Puedo continuar?

Mark abrió la boca para responder, pero Jennifer se le adelantó.

—Sí, por favor. Queremos saber de qué se trata.

Roberto se volvió hacia ella y, a partir de entonces, siguió mirándolos alternativamente a ella y a su marido mientras proseguía con su explicación.

—Hemos llegado a un momento de crucial importancia. Emma está a punto de ser acusada formalmente de complicidad en el asesinato de ese joven. Tenemos que actuar con rapidez. Si podemos convencerla de que diga la verdad, lo que en mi opinión supondría incriminar a su novio, entonces quizá podríamos obtener su libertad sin necesidad de ir a juicio, a cambio de que testifique contra él. Pero, como bien saben, hasta ahora no hemos conseguido persuadirla de nada.

Mark asintió con expresión preocupada. Jennifer lo observó de soslayo, notó su desasosiego y, de forma instintiva, le apoyó una mano sobre el muslo. Él le dio unas palmaditas en la mano y ambos intercambiaron una mirada de tristeza.

—¿Ha surgido algún nuevo indicio que nos perjudique?

—Ahora les diré todo lo que sé —continuó Roberto—. Como recordarán, Emma declaró que su supuesto salvador argelino entró en su casa y encontró que el chico español la estaba agrediendo en la cama. Según esa versión, el argelino se abalanzó sobre el atacante y éste saltó de la cama y sacó un cuchillo o una navaja. Los dos pelearon y el argelino intentó esquivar el arma. En el forcejeo, el chico español, Rodrigo Pérez, resultó herido de muerte.

»Hasta ahora han surgido multitud de indicios que invitan a pensar que esa versión es errónea o, en el mejor de los casos, incompleta. Por un lado, la víctima, Rodrigo Pérez, presentaba múltiples heridas de arma blanca. Emma sostiene que Rodrigo continuó peleando y que el cuchillo cambió de mano varias veces, de tal manera que tanto él como el argelino sufrieron heridas. No hemos podido comprobar ese extremo, ya que hasta la fecha ha sido imposible localizar al argelino. Como varias de las heridas de Rodrigo son superficiales, podría ser cierto lo que afirma Emma, aunque poco probable. Aun así, la defensa podría sostener esa versión. Sin embargo, como saben, los investigadores hallaron un cuchillo de cocina y, tras aplicarle luminol, encontraron una huella dactilar ensangrentada. El material no era suficiente para determinar con certeza de quién era la sangre ni a quién correspondía la huella dactilar, pero supongo que recordarán que la herida mortal coincidía exactamente con el perfil de la hoja del cuchillo. Emma asegura que se cortó el día anterior mientras preparaba la cena. Eso podría explicar la presencia de sangre en el cuchillo, pero no la correspondencia entre la forma de la hoja y la herida que causó la muerte de Rodrigo Pérez.

Mark parecía inquieto junto a Jennifer, que se mantenía silenciosa e inmóvil.

—Ya sabemos todo eso —dijo él con impaciencia—. ¿Hay alguna evidencia nueva?

Roberto suspiró.

—Me parece útil repasar con ustedes todo lo que sabemos, por lo que me veo obligado a pedirles un poco de paciencia. Ya saben gran parte de lo que estoy exponiendo, pero para entender el razonamiento de la acusación, es necesario considerar todo el caso en su conjunto.

Mark asintió y se avino a escuchar.

—Como saben, los investigadores aplicaron luminol en todos los suelos del apartamento, lo que no pudo resultarles muy complicado, ya que se trata de un piso bastante pequeño. Lo que encontraron fue una cantidad considerable de sangre dentro de la cocina y un rastro de sangre en el suelo, desde la cocina hasta el punto del dormitorio donde el cadáver fue hallado por la policía. Esto indica que el muchacho fue apuñalado en la cocina y que posteriormente su cuerpo fue arrastrado hasta el dormitorio. La policía cree que el asesino sabía dónde estaban guardados los cuchillos. Dicen que corrió a la cocina para coger uno y que la víctima lo siguió. Allí recibió la herida mortal, que no fue infligida con su propio cuchillo o su navaja, que según todos los testigos ni siquiera poseía, sino con cuchillo de cocina cuya hoja



coincide con los bordes de la herida. La policía sostiene que Paco fue el asesino y Emma su cómplice.

—Sigo sin entender cómo pueden demostrarlo, ni cuál es el móvil que creen haber descubierto —replicó Jennifer con creciente rabia y frustración.

Roberto se inclinó hacia delante y habló con mucha calma y delicadeza.

—Todavía hay más.

—¿Qué más hay? —objetó ella secamente—. Por favor, no juegues con nosotros a las adivinanzas.

José y Roberto se miraron. El detective hizo un gesto afirmativo para ceder a José el uso de la palabra, y el abogado aceptó hablar, no sin cierta reticencia.

—La policía cree que Paco y Emma conocían a Rodrigo y sabían que esa noche llevaba bastante dinero encima. Dicen que todo fue un montaje para robárselo. Emma lo llevó al apartamento engañado, prometiéndole sexo y, a continuación, tal como estaba planeado, Paco irrumpió en la habitación e inició una pelea. Probablemente habían supuesto que Paco reduciría con facilidad a la víctima y que Emma podría vaciarle los bolsillos en la confusión. Pero el chico plantó cara y Paco lo mató. Después, Emma y él fabricaron una historia para la policía, pero Paco tuvo miedo de que nadie la creyera y entonces se marchó, dejando que su hija cargara con toda la responsabilidad.

Mark fue el primero en hablar.

—Es un disparate. Esa versión presupone un nivel de depravación que, según todos los indicios, no podemos atribuir a Emma. Mi hija es una estudiante estadounidense normal, sin ninguna mancha en su expediente, con calificaciones sobresalientes y excelentes referencias de todos los lugares donde ha estado. Sus antecedentes no se corresponden con semejante conducta. Antes de venir a Sevilla era una chica inocente. Creo que incluso era virgen antes de conocer a Paco, y me resisto a creer que se prestara a seducir a alguien para sacar provecho. Además, creo que no hay ninguna prueba de que conociera a ese chico o lo hubiera visto alguna vez antes de que la atacara esa noche, ¿o me equivoco?

—No, no se equivoca —respondió Roberto—. Yo también he investigado tanto como he podido. Ningún estudiante los había visto juntos. Ninguno de los amigos de Rodrigo recuerda que mencionara alguna vez a Emma o a Paco en sus conversaciones. Al menos, con lo que sabemos hasta ahora, la instrucción del caso no podrá demostrar que se conocieran. Ni siquiera es posible probar que Emma y él se hubieran conocido esa misma noche, antes de ir al apartamento. Todo es pura conjetura. Sin embargo, hay algo más que deberían saber.

De nuevo, Roberto le cedió la palabra a José, que miró a Jennifer como pidiendo disculpas antes de empezar a hablar.

—Sus primeros meses en Sevilla no estuvieron tan consagrados al estudio como ustedes imaginan. Aparentemente, se dedicó a... —El abogado dudó un momento, buscando la expresión correcta—. A la experimentación sexual —dijo por fin—. Que

se sepa, tuvo cinco amantes en tres meses, antes de conocer a Paco. Estos datos añaden credibilidad a la hipótesis de que aceptara seducir a alguien con un fin determinado.

—¿Por qué? —estalló Jennifer—. ¿Qué tiene que ver una cosa con la otra?

Mark se puso de pie. Estaba muy indignado, pero lograba controlarse.

—Mire, yo no sé cómo funciona su sistema jurídico, pero me cuesta mucho creer que cualquier tribunal acepte como prueba esos datos suyos. El pasado sexual de mi hija es totalmente irrelevante para el caso, y el argumento que usted acaba de expresar es temerario, absurdo y sin la menor base objetiva.

Roberto intervino.

—Por supuesto, tiene usted toda la razón. Mi colega simplemente le informa, para que esté al tanto del tipo de presión psicológica que podría ejercer la acusación. Se lo decimos porque suponemos que quiere enterarse de todas las novedades.

Jennifer estaba intentando procesar la nueva información sobre Emma. Sabía que la prensa la había acusado repetidamente de ser una estadounidense promiscua, denigrándola a ella y a su país en una misma frase, pero siempre había creído que todo era falso. Ahora se sorprendía al descubrir que por lo menos una parte de lo que decían los periódicos era cierto. Una vez más, se daba cuenta de que la imagen que tenía de su hija no se correspondía con la realidad. Miró a Roberto con la esperanza de que dijera algo que la tranquilizara, pero el detective le devolvió la mirada sin hacer ningún comentario. Entonces, miró a Mark, para tratar de averiguar lo que estaba pensando.

Sin embargo, al menos en ese momento, su marido no parecía preocupado por la promiscuidad de Emma, sino por su defensa ante el juez. Se puso de pie y empezó a ir y venir por la sala mientras hablaba.

—Las pruebas inculpatorias pueden tener otras interpretaciones —dijo—. Nuestra misión es encontrar alguna que beneficie a Emma.

—Sí —replicó Roberto—, y la hemos encontrado. Pero, para presentarla, necesitamos que Emma se avenga a cooperar con nosotros.

Jennifer sintió que se hundía físicamente y meneó la cabeza con tristeza.

—Emma no quiere cooperar. No sé qué más decirle para convencerla.

—¿Cuál es esa interpretación de la que habla? —preguntó Mark.

—Una versión simple y directa de los hechos: Rodrigo siguió a Emma e intentó violarla. Paco llegó a casa inesperadamente y fue presa de un furor incontrolable. Hubo una pelea y Rodrigo cayó apuñalado por Paco, que previamente había ido a la cocina a buscar un cuchillo. Emma estaba fuera de sí. Le suplicó a Paco que se detuviera pero, una vez cometido el asesinato, Paco le aseguró que lo mandarían a la cárcel por el resto de su vida si ella no lo ayudaba. Emma estaba enamorada de él, se había creído sus mentiras y de verdad lo veía como un altruista defensor de los pobres perseguido por la policía, por lo que aceptó colaborar en el elaborado engaño urdido por él. Horrorizada, lo vio arrastrar el cadáver hasta el dormitorio. No hay ninguna

prueba de que ella lo ayudara, y, personalmente, estoy convencido de que esa versión se ajusta bastante a la realidad de los hechos. No sé qué pasó con el dinero, pero supongo que Paco se lo llevaría. El problema es que Emma tendrá que confirmar esa versión con sus declaraciones, si queremos tener una mínima probabilidad de que le levanten los cargos, a cambio de testificar en el juicio contra Paco.

Mark se sentó y le cogió la mano a Jennifer. El tono de su voz era sombrío y estaba lleno de determinación.

—Hablaré con ella y la convenceré.

Jennifer seguía encorvada en su silla. Con suavidad, retiró la mano y lo miró. Después, habló en voz baja, con expresión de desaliento.

—Es imposible, Mark. No la conoces. Emma está enamorada de ese hombre y cree que él la quiere. Nada que puedas decirle la convencerá.

Entonces Roberto se puso de pie y esbozó una breve sonrisa que a todos les pareció inapropiada, dadas las circunstancias.

—Conozco a alguien que creo que puede convencerla —afirmó—. Ha llegado el momento de que les muestre mi sorpresa.

Abrió la puerta y dijo algo que los demás no pudieron oír. Sostuvo el batiente para dejar pasar a una mujer de unos treinta y cinco años, bonita, de larga melena negra, piel aceitunada e impresionantes ojos oscuros. Cuando sonrió con timidez al grupo, Jennifer notó que tenía los dos incisivos superiores ligeramente separados. Tenía un protuberante lunar sobre el labio superior que no reducía su atractivo. Parecía cansada y un poco desastrada, con ropa que había conocido muchos lavados y un par de alpargatas blancas que ya estaban algo sucias. Llevaba a un niño colgado del cuello en un pañuelo portabebés. Todos en la habitación parecieron desconcertados. Incluso José miró a Roberto con expresión interrogativa.

—Les presento a Consuelo Sánchez y a su hija, Inmaculada Frías Sánchez —dijo en voz baja—. Son la esposa y la hija de Paco.

Quedaban muchas preguntas por formular y responder, pero los hechos básicos estaban claros. Roberto se los reveló a sus asombrados interlocutores, mientras Consuelo se sentaba y pedía un vaso de agua, que el propio detective le sirvió y ella se bebió en unos escasos sorbos sedientos. Paco estaba casado y tenía una hija, les explicó Roberto mientras la mujer contemplaba en silencio la oficina, aparentemente intimidada por el lujoso mobiliario y por la conversación en un idioma que no entendía. Fijó la mirada en un abrecartas de plata que Roberto tenía sobre la mesa, lo cogió y se puso a darle vueltas mientras él hablaba.

Según explicó el detective, Paco no estaba divorciado ni legalmente separado. Su mujer lo creía empleado en un hotel de Sevilla y aseguraba que a veces iba a verlas a ella y a su hija cuando tenía unos días libres. De vez en cuando les enviaba dinero, sobre todo cuando ella lo amenazaba con ponerle una denuncia por no mantener a su hija. Pero siempre le enviaba sumas reducidas, muy alejadas del volumen de dinero que ganaba con el negocio de las drogas, que ella desconocía hasta ese momento. De hecho, la mujer le había dicho a Roberto con amargura que muchas veces, cuando su marido se marchaba después de una de sus breves visitas, se llevaba parte del dinero que ella había conseguido ahorrar con su trabajo esporádico de limpiadora.

Jennifer interrumpió a Roberto para saber si podía hacerle unas preguntas a Consuelo, y el detective le contestó que con mucho gusto haría de intérprete. Incómoda con la barrera lingüística y la naturaleza de la conversación, Jennifer decidió formular sus preguntas directamente a Roberto.

—¿Podrías preguntarle si ella sabía que su marido vivía con Emma en Sevilla?

Cuando el detective tradujo la pregunta, Consuelo se encogió de hombros, con expresión de cansancio, y respondió sin mirar a Jennifer.

—Dice que hace muchos años que no le preocupa con quién vive o con quién se acuesta su marido —tradujo Roberto—. Dice que siempre estaba con alguna chica nueva y que a ella no le importaba, mientras él siguiera trabajando y le enviara de vez en cuando una pequeña cantidad de dinero.

La niña se puso a llorar, y entonces Consuelo desanudó el pañuelo portabebés, se desabotonó la blusa y se la acercó al pecho. Inmaculada siguió gimiendo un momento, sin aceptar del todo el pecho, hasta que por fin se tranquilizó y empezó a mamar plácidamente.

Jennifer preguntó si estaría dispuesta a contarle a Emma todo lo que le había dicho al detective. Roberto tradujo, y ella contestó en tono indignado.

—Dice que se lo contará a todo el mundo, incluso a la policía. Asegura que Paco ya no significa nada para ella, por todas las mentiras que le ha soltado y por su persistente negligencia hacia su hija.

Consuelo guardó silencio y pareció reflexionar un momento. Cuando volvió a hablar, se dirigió a Jennifer y a Mark, aunque sabía que no le entendían. Roberto

siguió traduciendo.

—Dice que intentará hablar con Emma, pero que está preocupada, porque probablemente ella saldrá en libertad, pero Paco continuará en la cárcel y su familia ya no podrá contar con el dinero extra que él les mandaba a veces.

Roberto dejó de hacer de intérprete y le habló a Mark.

—Quiere una compensación económica. Pide quinientos euros.

Mark reflexionó un instante.

—No me importaría dárselos, pero si tiene que testificar, no puedo pagar su testimonio.

—No, no es eso —se apresuró a replicar Roberto—. No es preciso que testifique. Simplemente, le dirá a Emma que Paco le ha mentado y que es muy diferente del hombre que ella cree que es. Me parece que la revelación bien vale quinientos euros.

Consuelo intervino en la conversación, después de pasarse a su hija de un pecho al otro. Roberto la escuchó, dijo algo, y entonces Consuelo dejó escapar una risa amarga y un poco cínica.

—¡No puede ser! —exclamó.

Fueron las únicas palabras que Jennifer entendió de su larga respuesta. La mujer siguió hablando un buen rato, mientras José asentía, animándola a continuar, y Jennifer y Mark miraban al detective con expresión interrogativa. Cuando Consuelo terminó de hablar, Roberto se puso de pie, se dirigió al minibar, volvió a llenarse la copa y preguntó si alguien quería algo de beber. Mark y Jennifer negaron impacientemente con la cabeza, y él agregó que sólo les interesaba saber lo que acababa de decir la mujer.

Roberto asintió.

—¿Y los quinientos euros? ¿Aceptan?

—Sí, de acuerdo —contestó Jennifer en español.

Sorprendido, Mark la miró brevemente antes de volverse expectante de nuevo hacia Roberto.

—Le he dicho que Paco se hacía pasar por un activista defensor de los pobres, que reunía dinero para ayudar a los necesitados del que supuestamente era su pueblo natal. Como saben, hace unos días comprobé en persona que no tiene ninguna relación con ese pueblo. Le he dicho entonces a Consuelo que Emma, una chica estadounidense que recibía una asignación mensual de sus padres, contribuía con su dinero a ese fondo para los pobres.

—Y ¿qué ha dicho ella? —preguntó Mark.

—Ha sido entonces cuando se ha reído —respondió sencillamente Roberto—. Y ha dicho que no podía ser.

—¿Cómo puede estar tan segura? —quiso saber Mark.

Roberto le explicó entonces que la mujer estaba casada con Paco desde hacía diez años. Había revelado que Paco pertenecía a una familia de médicos bien situados de Marbella y que sus padres al principio lo ayudaban, pero con el tiempo habían

cortado los lazos con él, hartos de que les robara dinero para comprar drogas. Durante su adolescencia, había sido expulsado de tres colegios privados y había abandonado los estudios universitarios, después de asistir un tiempo a clases sin pasar nunca un examen. Había participado en dos programas diferentes de rehabilitación para drogadictos, y las dos veces había abandonado el tratamiento antes de terminarlo. Consuelo había dicho asimismo que Paco había estado preso en Francia durante un tiempo. Dijo que no conocía la razón exacta, pero sabía que tenía un pasaporte falso y que usaba un nombre que no era el suyo. Roberto explicó que, al enterarse de las cantidades de dinero que Paco manejaba a raíz de sus estafas o de la venta de drogas, Consuelo se había puesto furiosa, no tanto por lo que hubiera hecho, ya que, según ella misma admitía, nada de su marido podía sorprenderla, sino porque nunca había compartido con ella ni siquiera una mínima parte de los beneficios.

Consuelo interrumpió la explicación para pedir una cerveza. El detective se puso de pie y se dirigió al minibar, mientras la mujer de Paco añadía algo más con voz triste y amarga. Roberto le sirvió la cerveza, se sentó y volvió a dirigirse a los demás.

—Dice que Paco ha robado y traicionado a todos los que ha conocido —tradujo—. Y añade que lo único que no ha hecho nunca es preocuparse por alguien, excepto por sí mismo.

Todos callaron, hasta que por fin Mark rompió el silencio.

—¿Quién se lo dirá a Emma? —le preguntó a Roberto.

La posibilidad de que fuera Jennifer quien se lo dijera quedó descartada de inmediato. Mark se ofreció para contárselo, pero ella se opuso e incluso José se declaró en contra, porque recordaba su último encuentro con su hija. Quedaban el abogado y Roberto. El detective pensaba que le correspondía decírselo a él, y así lo expresó, pero Jennifer rechazó con tanta energía la propuesta que tanto José como Mark la miraron con curiosidad.

—No. Emma prácticamente no conoce a Roberto. Ella confía en su abogado.

Roberto, por supuesto, lo entendió.

Jennifer se volvió entonces hacia José.

—Debería decírselo usted —dijo.

El abogado asintió con gravedad, aceptando el encargo.

—Quizá no me crea —advirtió.

—Creerá a Consuelo —repuso Jennifer—. Vendrá con nosotros. Creo que será la más convincente de todos.

Cuando Consuelo se marchó, la atmósfera vibraba de optimismo y entusiasmo. Jennifer estaba segura de que, aunque la nueva información afligiera a Emma, también la liberaría del dominio de Paco, y quizá le procuraría alivio y tranquilidad. En cualquier caso, ella se aseguraría de que su hija ya no necesitara protegerlo, ni tampoco deseara hacerlo. Si todo iba bien, se pondría furiosa. La rabia era la respuesta más saludable. Pero incluso si se sentía avergonzada y humillada, al menos ya no pensaría que ese hombre merecía su lealtad aun a costa de su propia libertad. Sin embargo, le preocupaba Consuelo. ¿Cambiaría de opinión? ¿Qué harían si de pronto desaparecía? No tenía teléfono móvil. ¿Cómo iban a contactar con ella?

Roberto intentó apaciguar sus temores y, a la vez, moderar su entusiasmo. Él también esperaba que Emma reaccionara de forma positiva a la noticia, pero no lo daba por hecho. Además, le hizo ver a Jennifer que, incluso si reaccionaba bien, no podían estar seguros de lo que diría Paco, ni de la línea que seguiría la acusación. Aun así, estaba relativamente tranquilo en lo referente a Consuelo. Él mismo la había instalado en una pequeña pensión y estaba convencido de que se quedaría allí hasta obtener el dinero prometido. Estaba seguro de que no querría arriesgarse a perderlo.

Varias conversaciones separadas competían entre sí en la habitación: la de Jennifer y Roberto, la de José y Mark, y la de Mark y Jennifer, todos hablando al mismo tiempo sobre un aspecto diferente del caso. Entre los cuatro formaban un alboroto caótico al que finalmente Roberto puso fin, llamándolos a todos al orden. Los demás se volvieron hacia él expectantes.

—Muy bien, hemos recibido buenas noticias y tenemos esperanzas, pero ahora es preciso actuar —admitió, y se volvió hacia José—. ¿Cuándo podremos llevar a Consuelo a ver a Emma?

José reflexionó un momento antes de responder.

—No está claro —dijo en español, y enseguida continuó en inglés—: Consuelo no es pariente de Emma, por lo que no tiene derecho automático a visitarla. Es preciso que Emma lo solicite, y sólo entonces podrá entrar conmigo.

La aclaración del abogado produjo cierta consternación.

—¿Cómo lo haremos? —preguntó Jennifer preocupada—. No podemos pedirle a Emma que solicite a las autoridades de la cárcel una visita de la mujer de Paco.

—No, claro que no. —Mark parecía contrariado—. ¿No podríamos decirle que José necesita visitarla acompañado de alguien, quizá de una asesora que lo ayudará a preparar su defensa? Podríamos darle su nombre para que ella solicite la visita.

—¿Propones que le mintamos? —preguntó Jennifer.

—¿Tienes una idea mejor?

—No —contestó ella tras un momento de reflexión.

José dijo que estaba dispuesto a intentarlo. Como abogado suyo, podía verla todas las veces que quisiera; sólo tenía que anunciar su visita con unas horas de antelación.

Dijo que iría ese mismo día a la cárcel y procuraría concertar una visita con Consuelo para el día siguiente. Todos estuvieron de acuerdo y la reunión terminó.

Mientras recogían sus cosas para marcharse, Jennifer tuvo la incómoda pero inequívoca sensación de que ése era su sitio. Ansiaba estar un momento a solas con Roberto, e intentó pensar en alguna excusa que le permitiera quedarse un poco más. Trató de captar su mirada, pero él no miró en su dirección. Se limitó a agradecer a todos su presencia y añadió que estaba esperando a otro cliente y que tenía mucho que preparar antes de su llegada. Jennifer se sintió ofendida e incluso celosa. Siempre le chocaba un poco que Roberto mencionara a otros clientes, como si ella tuviera que ser la única. Lógicamente, sabía que ese sentimiento suyo era absurdo, y no pudo evitar sentirse un poco avergonzada. Algo en su relación con Roberto la hacía sentirse a veces como una escolar enamorada de su profesor, con unos sentimientos inapropiados y condenados al fracaso.

Al advertir su vacilación, Mark se dirigió a la puerta y la sostuvo abierta para ella.

—¿Jennifer? ¿Vienes?

—Sí, sí, por supuesto.

Ella salió sin mirar atrás y bajó a la calle en silencio, al lado de su marido.

—Parece que las cosas se arreglan —dijo Mark al cabo de unos minutos.

—Eso espero.

Siguieron andando sin rumbo fijo y, después de unas cuantas calles, Jennifer rompió el silencio.

—¿Adónde quieres que vayamos? ¿Te gustaría ver un poco la ciudad?

—No, ahora no. Creo que deberíamos hablar. Si te parece, podemos sentarnos en algún sitio a tomar algo.

Jennifer esperaba ese momento, pero también lo temía. Continuaron caminando un poco más en silencio, cada uno perdido en sus incómodos pensamientos, hasta que pasaron por delante de un bar con varias mesas en una terraza, a la sombra de sombrillas rojas.

—Éste me parece bien —dijo ella.

Cuando estuvieron sentados y hubieron pedido sus bebidas, Mark la cogió de la mano. Su gesto resultó demasiado deliberado y hasta cínico. Los dos se conocían bien (demasiado bien, según pensaba Jennifer), y ella notó enseguida que él no actuaba movido por un auténtico impulso de reconciliación. Se puso rígida y retiró la mano.

—Jennifer, soy yo. ¿Recuerdas? Ya sé que las cosas están tensas entre nosotros, pero ¿qué esperabas? ¡Ha caído una bomba en medio de nuestras vidas! Este desencuentro nuestro es... es como la radiactividad después de la explosión, o como la lluvia ácida que cae sobre los árboles. Lo superaremos.

Ella suspiró y miró en su dirección, pero no a él, porque aún no se sentía capaz de mirarlo a los ojos.

—¿De verdad lo crees? La última vez que hablamos tuve la sensación de que en cierto modo me culpabas a mí por todo esto.



Mark se echó hacia atrás, haciendo un esfuerzo por controlar su irritación.

—Nunca he dicho nada semejante, ni tampoco lo creo. Pero me temo que tú sí lo crees, aunque no sea así, y te aseguro que no es ni remotamente cierto. Has sido una madre maravillosa, Jennifer, y todo esto no tiene absolutamente nada que ver contigo. ¿Qué tengo que hacer para que lo entiendas?

Ella se encogió de hombros.

—Supongo que nada, porque en cierto modo tiene mucho que ver conmigo. Soy su madre. Lo que le ocurre a ella me ocurre a mí.

—De acuerdo. Te ocurre a ti, pero también me ocurre a mí. Y a Lily y a Eric. E incluso a tus padres, que están viviendo en nuestra casa y han renunciado a sus vidas para cuidar de nuestros hijos. Somos una familia. Pero nada de esto ha ocurrido *por tu causa*. Hay una diferencia.

—Ya lo sé.

Mark intentó cogerle la mano de nuevo y esta vez ella no la retiró, aunque siguió sin mirarlo.

—Dije algunas cosas que me parecen ciertas, pero no debería haberlas dicho cuando estaba enfadado, sobre todo teniendo en cuenta que estás muy frágil. Son cosas que deberíamos considerar juntos, para cambiar y mejorar, y no para alejarnos.

Jennifer deseó que la fuerza que le impedía mirar a su marido se disolviera y desapareciera, pero no fue así.

—Mark, ¿has tenido una aventura?

—¿Qué?

—Después de casarnos, ¿has tenido alguna relación con otra mujer?

Él le soltó la mano.

—¿Por qué me lo preguntas? ¿Por qué ahora?

—Contéstame. ¿Sí o no?

Mark se levantó y dejó algo de dinero sobre la mesa.

—Esto no nos lleva a ninguna parte. Volvamos al apartamento.

—Lo tomaré como un sí —dijo ella. Se levantó de la silla y alcanzó a su marido, que ya había empezado a andar—. Te lo pregunto ahora porque has dicho que deberíamos cambiar algunas cosas, y quiero saber si sólo yo debo cambiar.

Mark no le respondió. Paró un taxi, subieron y se dedicaron a mirar fijamente por sus respectivas ventanillas, sin decir ni una palabra. Cuando llegaron a casa, subieron la escalera y se instalaron en el cuarto de estar. Ella puso a hervir agua para el té, sin decir nada.

—¿Quieres un té? —preguntó.

—No, gracias.

Mark apoyó la cabeza sobre las manos. Jennifer esperó a que hirviera el agua, se preparó el té y se sentó frente a su marido. Entonces se dio cuenta de que estaban dispuestos exactamente de la misma forma que Roberto y ella cuando el detective le había contado que había encontrado y había vuelto a perder a su hija. Volvió a pensar

en la conducta de Roberto, en el modo en que había ignorado sus evidentes deseos de cruzar con él una mirada. El detective le había expresado de esa forma, con absoluta claridad, que no era apropiado que sucediera nada entre ellos dos, y que no iba a ocurrir nada más. En ocasiones anteriores le había indicado qué decir a la policía, cómo tratar a la prensa y qué hacer para ayudar a Emma en cada situación; ahora le estaba indicando cómo comportarse en su relación con él. Ella no dudaba del aprecio que el detective sentía por ella y, por tanto, sabía que la estaba protegiendo de sus propios impulsos. Y obraba bien, por supuesto. En esos momentos de tensión, las emociones de Jennifer eran demasiado volátiles. No sabía muy bien qué sentía por Roberto: admiración, desde luego, pero también dependencia, amistad, y también atracción, sí, y quizá incluso amor. Pero ella quería a Mark desde hacía veintitrés años. Habían criado tres hijos juntos y, después de todo ese tiempo, seguían teniendo una vida sexual notablemente saludable y un afecto mutuo que había ido volviéndose cada vez más profundo. Habían superado momentos de frustración y de aburrimiento, así como la falta de sueño y el estrés de tener niños pequeños. Como era obvio, también habían superado la atracción que él hubiera podido sentir por otras mujeres, e incluso alguna aventura, y con un poco más de esfuerzo, conseguirían superar también el mal trago que estaban viviendo. Si todo salía tal como esperaban, se aproximaba el final de la pesadilla con Emma, aunque todavía quedaba un largo camino para llevarla de vuelta a casa y ofrecerle la ayuda que necesitaba. Habría sido una locura presionar a Mark para que hiciera revelaciones que podían causar una ruptura, o tomar cualquier decisión que pudiera perjudicar su matrimonio.

Mark levantó la vista y pareció a punto de decir algo.

—Déjalo —lo interrumpió ella—. Siento haberte hecho esa pregunta. En realidad, prefiero no saber nada.

Él la miró, perplejo pero aliviado.

—Quizá algún día, cuando todo esto acabe, deberíamos volver a hablar, Jennifer. Quizá sea eso lo que necesitamos.

—Puede ser.

Ella se puso de pie y se sentó junto a su marido en el sofá. Le apoyó una mano en la rodilla y le habló suavemente.

—Lo siento, Mark. Esto es muy difícil para los dos y yo sólo he pensado en mí. Y en Emma, por supuesto, porque ella lo está pasando todavía peor. Pero tienes razón: lo que está ocurriendo nos afecta a todos, también a los niños y a mis padres. Y a ti. Con tu trabajo ganas el dinero necesario para pagar toda la ayuda que necesita Emma, y además te ocupas de los problemas en casa. Y creo que nunca me he parado a pensar en lo difícil que debe de ser para ti estar lejos y enterarte de todo a través de terceras personas.

Él la miró con agradecimiento y negó despacio con la cabeza para minimizar sus sacrificios en comparación con los de Jennifer.

—Como puedes imaginar —prosiguió ella—, también es difícil para mí

sobrellevar una situación demencial y complicada en un país extraño y en un idioma que no entiendo. Estoy segura de que lo comprendes. Por eso creo que no deberíamos tener en cuenta nada de lo que digamos o hagamos durante este tiempo, ¿no te parece? Deberíamos darnos libertad para hacer y decir lo que queramos.

Él la miró con escepticismo. Quizá había advertido la mirada que ella había intentado intercambiar con Roberto.

—Bueno, libertad, sí, pero no del todo.

Jennifer se echó a reír.

—No, no del todo. Quiero que sepas que te quiero, y siento mucho haber actuado de esa manera.

Él sonrió y le pasó un brazo por los hombros, como era su costumbre.

—Yo también te quiero —dijo.

Ahora ella ya podía mirarlo, y así lo hizo, directamente a los ojos, antes de que él se inclinara para besarla. Entonces, por primera vez desde que Emma los había despertado con su llamada en medio de la noche, hicieron el amor. Jennifer se sintió mucho mejor después, y era evidente que él también. Sólo una cosa la incomodaba, aunque intentó apartarla de su mente. De inmediato habían recuperado su agradable, sensual y acostumbrada manera de hacer el amor. Pero hubo momentos en que ella, con los ojos cerrados y contra su voluntad, había fantaseado que estaba con Roberto.

José llamó a primera hora de la mañana. Había concertado la reunión con Emma a las once, y les preguntó si querían acompañarlo.

Mark y Jennifer se encontraron con él en su oficina y el coche partió desde allí. Jennifer iba en el asiento trasero, con el cuerpo tenso y los labios apretados, mirando por la ventanilla. Consuelo viajaba a su lado, amamantando a la niña. Mark iba delante. De vez en cuando, Jennifer hacía comentarios sobre lo que veía: una serie de edificios a medio construir, abandonados como tantos otros a causa de la crisis, o la abrupta transición entre la ciudad y el árido páramo de color herrumbre. Mark y José también intentaban hablar de intrascendencias para aliviar la tensión, pero era evidente que Mark estaba muy nervioso. Cuando sonó su teléfono, lo sacó rápidamente del bolsillo, le echó una mirada aprensiva y después, con evidente alivio, lo puso en modo vibración.

—No era Emma.

Fue lo único que dijo, y lo único que Jennifer quería saber.

El bebé terminó de mamar y rompió a llorar. El ruido era estridente y molesto. Jennifer nunca había sido capaz de oír llorar a un bebé sin hacer algo al respecto. Cuando sus hijos eran pequeños y otras madres le aseguraban que eran capaces de diferenciar el llanto de sus bebés de los chillidos de otros niños, se preguntaba cómo lo harían. Cada vez que oía a un niño llorando pensaba que era el suyo, y cuando oía un chillido en el parque, se sobresaltaba, miraba a su alrededor angustiada y no se tranquilizaba hasta que veía a su criatura sonriendo en el cochecito, en el arenero o en los columpios. Se volvió hacia Consuelo y le pidió a José que le preguntara cuál era el problema. ¿Por qué lloraba el bebé, si acababa de comer? ¿Necesitaría que le cambiaran los pañales? José tradujo sus preguntas y le transmitió la respuesta.

—Dice que tiene gases. Y que está cansada y necesita dormir.

Jennifer rebuscó en el bolso hasta encontrar un llavero y lo suspendió a la vista de la llorosa niña. Inmaculada se calló al momento, tendió la mano para coger las llaves y se puso a sacudirlas como si fueran un sonajero. Cuando se las llevó a la boca, su madre se las arrebató y se las devolvió a Jennifer, lo que provocó otro episodio de llanto incontrolable.

—Sucias —le dijo Consuelo a la niña—. Caca.

Cuando llegaron, una vez superado el protocolo de seguridad que para entonces ya les resultaba familiar, José les dijo que quería tener unas palabras con ellos antes de que él entrara a ver a Emma. Les anunció que había conseguido una sala de visitas privada para la entrevista, así como la autorización para hablar con su defendida todo el tiempo que fuera necesario. Si todo salía como esperaban, Jennifer y Mark podrían entrar al cabo de un instante, para participar en la reunión.

—Buena suerte —dijo Mark—. Contamos con usted.

Al ver que había llegado el momento de pasar a la sala de visitas, Consuelo puso

abruptamente en brazos de Jennifer a la niña, que finalmente se había quedado dormida en su portabebés. Sin embargo, el movimiento la despertó y empezó a chillar de nuevo. Entonces Consuelo le metió un chupete en la boca, que pareció calmarla, y se fue detrás de José a través de la pesada puerta metálica que separaba a las reclusas del resto del mundo. Jennifer intentó distraer a la niña, pero ella no quiso saber nada de sus carantoñas y se puso a gritar y a retorcerse con tanta fuerza que estuvo a punto de caerse. Nada conseguía calmarla, hasta que finalmente Jennifer volvió a sacar el llavero del bolso y lo agitó delante de sus ojos. En ese momento, Inmaculada, que para entonces estaba sudorosa, con el pelo pegado a la cara y la nariz llena de mocos, dejó de llorar y tendió las manitas hacia las llaves. Cuando las cogió y se las metió en la boca, Jennifer no se las retiró, pero se agachó para recoger el chupete, que se había caído al suelo.

—No le hará ningún daño —le indicó a Mark, que le había lanzado una mirada reprobadora.

Sacó un pañuelo de papel del bolso para limpiarle la cara al bebé.

Transcurrió media hora. Pasó una hora completa.

Tras cansarse de las llaves y recuperar el chupete, Inmaculada se había quedado dormida en brazos de Jennifer, y ni ella ni Mark decían ni una palabra por miedo a despertarla. Por fin, justo cuando la niña empezaba a moverse, se abrió la puerta y aparecieron José y Consuelo. Jennifer no consiguió descifrar la expresión de Consuelo, que entró seria por la puerta, pero enseguida sonrió al ver a su bebé. La niña, que para entonces estaba completamente despierta, tendió los bracitos hacia su madre. Consuelo la acomodó en el portabebés y la pequeña se quedó allí, despierta pero tranquila, con el chupete en la boca. Mark y Jennifer miraron expectantes a José y al instante se tranquilizaron, al ver que sonreía.

—Quiere hablar con la policía y está dispuesta a hacer una declaración.

Jennifer se había puesto de pie para entregarle la niña a Consuelo, cuando José y ella habían entrado en la sala, pero ahora, abrumada por la sensación de alivio, volvió a sentarse.

—¿Tenemos trato? —preguntó Mark.

—Todavía no. Primero, Emma debe contar su versión. Segundo, las autoridades deben encontrarla creíble. Y, tercero, Paco contará su historia. Pero si todo sale bien, confío en que podamos llegar a un arreglo. Le pediré al juez que deje en libertad a Emma, a cambio de su testimonio. Quieren a Paco, y ella parece dispuesta a entregárselo. Pero antes de hablar con la policía, quiere verlos a ustedes.

—¿A los dos? —inquirió Jennifer con timidez.

—Sí, señora. Por supuesto.

Emma estaba de pie en medio de la habitación. Cuando vio a sus padres, no corrió hacia ellos. Tenía la vista clavada en el suelo y parecía que le costara mirarlos. Los dos se quedaron en la puerta sin saber qué hacer. Jennifer fue la primera en hablar.

—Emma, no sabes cuánto lo siento.

En ese momento, a su hija se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Estoy muy avergonzada —dijo.

Jennifer atravesó la habitación para abrazarla. Emma se dejó rodear por los brazos de su madre y después le devolvió el abrazo. Se estrecharon con fuerza durante mucho rato.

—No tienes por qué avergonzarte de nada —le murmuró Jennifer al oído—. Ese hombre te mintió y te manipuló. Nada en tu vida te había preparado para defenderte de sus engaños. No es culpa tuya.

Recordó con un aguijonazo de dolor un episodio de hacía mucho tiempo, cuando Emma tenía catorce años y estaba reflexionando sobre lo que significaba crecer, enamorarse y casarse. «Pero, mamá —le había dicho su hija entonces—, ¿cómo sabré si he encontrado a la persona adecuada? ¿Y si me equivoco? ¿Me lo dirás? ¿Me prometes que me lo dirás?» Y Jennifer, conmovida por su confianza y su inocencia, le había respondido: «Claro que sí, cariño. Claro que te lo diré».

Sin embargo, ahora se daba cuenta de que no debería haberle dicho eso, sino algo muy distinto. Tendría que haberle dicho: «Lo sabrás, Emma. Lo sabrás, porque eres inteligente e intuitiva, y porque tendrás la madurez suficiente para saber por ti misma ese tipo de cosas». Quizá de ese modo le habría infundido mayor confianza. Tal vez, si hubiera tenido más confianza en sí misma y menos necesidad de demostrar que no necesitaba a su madre, no habría pasado nada de lo que había sucedido. Quizá.

«Especulaciones —pensó Jennifer—. Ahora ya es tarde.»

—Si alguien puede tener la culpa de algo, aparte de ese hombre, soy yo —dijo.

Mark se les acercó, del otro lado de Emma, y le tendió los brazos a su hija.

—¿A mí no me abrazas, cielo?

La chica se separó lentamente de Jennifer y se arrojó a los brazos de su padre. Apoyó la cabeza sobre su pecho, como cuando era pequeña y él la sacaba dormida del coche.

—Papá, no sé qué hacer para que me perdones.

Él la estrechó con más fuerza y le acarició el pelo. Cuando se separaron, Emma se volvió otra vez hacia Jennifer.

—He dicho cosas horribles, mamá. No pensaba de verdad lo que decía. Por favor, créeme. Simplemente decía lo que creía que podía herirte. Estaba muy enfadada y no sabía cómo expresarlo.

—Yo también he dicho cosas muy desagradables —replicó Jennifer—. Es lo que suele hacer la gente cuando pierde el control. Yo tampoco pensaba realmente la mayor parte de las cosas que decía, aunque puede ser que una parte de lo que dijimos las dos sea verdad. No importa. Tendremos mucho tiempo para comentarlo, pero no ahora, ni aquí. Mejor hablemos de lo que tendremos que hacer para llevarte de vuelta a casa.

—Yo sé lo que tengo que hacer. Debería haberlo hecho hace mucho tiempo. Le contaré a la policía lo que sucedió en realidad. Paco mintió en casi todo lo que me

dijo, ¿sabes? Tengo que acostumbrarme a la idea y reconocer que todo lo que hice por él fue la prueba de lo idiota y patética que fui. Y que todavía soy. La verdad es que Paco no tenía intención de matar a Rodrigo. Tuvieron una pelea, y creo que Rodrigo lo habría matado si Paco no se hubiera defendido. —Se sentó meneando la cabeza, llena de rabia hacia sí misma—. Yo quise decir la verdad desde el principio. Le supliqué que se entregara a la policía, pero él me dijo que lo meterían en la cárcel para el resto de su vida. Añadió que lo odiaban porque era un activista que defendía a los pobres. —Cerró los ojos y por un momento echó la cabeza atrás. Después, hizo una inspiración profunda y dejó escapar el aire entre los labios fruncidos—. Me siento como una idiota. Una auténtica imbécil. Debió de reírse de mí con sus amigos, si es que tiene algún amigo, porque yo nunca conocí a ninguno. Sea como sea, pensé que tenía que protegerlo, considerando todos los sacrificios que estaba haciendo. ¿Qué valor podía tener mi vida, en comparación con la suya?

Se puso a reír y en ese momento cruzó por su rostro una sombra de la Emma más amarga, que Jennifer había conocido en las últimas semanas. Sin embargo, su expresión se suavizó de nuevo cuando se volvió hacia José.

—Por favor, dígame a la policía que quiero hablar —dijo—. Estoy dispuesta a contar todo lo que quieren saber.

Jennifer y Mark estaban ansiosos por empezar, pero José les pidió que antes se sentaran para hablar un momento. El tono de su voz les pareció más sombrío de lo que esperaban, dadas las circunstancias, y Jennifer sintió un pinchazo de angustia.

Cuando se hubieron sentado en torno a la mesa del centro de la sala, el abogado acercó otra silla y se instaló frente a Emma.

—Emma, la versión que me has contado quizá no les parezca satisfactoria —dijo.

La joven pareció desconcertada. Jennifer hizo una inspiración profunda y Mark se tensó visiblemente.

—¿Por qué no? —preguntó él en tono cortante.

José suspiró.

—Su hija prácticamente no ha cambiado la versión inicial —contestó—. Admite que no hay ningún argelino, pero eso ya lo sabíamos todos. Dice que Rodrigo Pérez intentó violarla, que Paco peleó con él para protegerla y que lo mató en defensa propia. Como ustedes saben, la policía piensa que la historia es más complicada. Desde su punto de vista, Paco y Emma habían planeado un robo. Querrán saber qué ha pasado con el dinero que Rodrigo llevaba encima.

Miró a Emma.

—¿Lo cogió Paco? ¿Sabía que Rodrigo lo llevaba en el bolsillo?

—No lo sé —respondió ella.

—Cuando la policía llegó, había desaparecido. Alguien tuvo que cogerlo, Emma. ¿Fue Paco?

La chica no respondió y José siguió hablando.

—Una cosa más. Emma todavía asegura que Paco mató a Rodrigo en el suelo, al

lado de la cama, pero la policía sabe que lo mataron en la cocina y luego lo arrastraron hasta el dormitorio. Era un chico bastante corpulento, y probablemente a Paco le habría costado moverlo solo. Creen que Emma lo ayudó. Si fue así, Paco es el asesino, y Emma, su cómplice.

Mark miró a su hija y, a continuación, se puso de pie y empezó a ir y venir por la sala mientras hablaba.

—Pero para saber que ese chico llevaba dinero encima y preparar el plan con tiempo, Emma habría tenido que conocerlo. Sin embargo, Roberto nos confirmó que no hay ninguna prueba de que Emma lo hubiera visto antes de esa noche, aunque mucha gente se ha empeñado en buscar indicios que prueben lo contrario.

—Bastaba con que Paco lo conociera. Posiblemente Emma nunca lo había visto.

Mark miró incrédulo al abogado.

—Pero usted ha dicho que ellos creen que Emma lo sedujo. ¿Cómo iba a seducirlo, si no lo conocía?

José asintió con la cabeza.

—No estoy diciendo que yo crea en sus acusaciones, señor Lewis. Sólo lo informo al respecto. Quizá argumenten que ella lo conoció esa noche.

—Pero la policía y Roberto han hablado con todas las personas presentes en aquel bar o en la caseta de Rodrigo, y nadie los había visto nunca juntos —intervino Jennifer.

Mark la miró con aprobación.

—Así es, exactamente —convino.

—Creo que la policía podría considerar que la falta de pruebas de que Emma y Rodrigo se conocieran antes de aquella noche debilita mucho el caso contra ella. Por eso, me parece que estarían dispuestos a hacer un trato. Ellos quieren a Paco. Emma no les interesa, e incluso se alegrarían si volviera a Estados Unidos y se llevara consigo a los periodistas. Pero tendrá que darles más de lo que ha ofrecido hasta ahora.

Mark y Jennifer miraron a su hija.

—¿Y bien? —preguntó Mark—. Recuerda lo que has averiguado hoy. Ese hombre te utilizó. Te mintió acerca de su identidad, del destino que le daba al dinero y de sus sentimientos hacia ti. Se rio de ti. ¿Todavía quieres protegerlo?

Emma estaba sentada con la espalda encorvada, sin atreverse a mirar directamente a nadie. De pronto, enderezó la espalda y se puso de pie.

—Quiero hablar con el policía que lleva la investigación —dijo—. Se lo contaré todo.



Sólo al día siguiente acudió Fernando a la cárcel para tomarle declaración a Emma, y llegó acompañado de una taquígrafa. Entró en la sala andando a paso rápido, con expresión serena y actitud cordial pero poco amistosa. Emma parecía muy nerviosa, y pidió que José y sus padres estuvieran presentes, a lo que Fernando accedió.

—Me han dicho que tienes una declaración que hacer —dijo el inspector con frialdad—. La estaba esperando. Lo único que lamento es que hayas tardado tanto tiempo en tomar la decisión.

Emma bajó la vista arrepentida.

—Lo sé. Tiene todo el derecho a estar enfadado. Lo siento muchísimo.

—Eso deberías decírselo a los padres de Rodrigo, que sufrirán por el resto de sus vidas. Seguramente será un alivio para ellos saber por fin la verdad de lo sucedido a su hijo.

Emma bajó los ojos apenada y empezó a decir algo, pero se le quebró la voz, como si la angustia le impidiera hablar. Mark le sugirió que se sentara y, cuando ella así lo hizo, él se acomodó a su lado. Jennifer se instaló al otro lado y le cogió la mano. Emma la miró agradecida, después miró a Mark y finalmente, con timidez, volvió la vista hacia Fernando.

—Me siento tremendamente mal..., siento mucho el dolor de los padres de ese chico. Y ya no estoy segura de nada. Me desconcierta oír lo que todo el mundo dice de Rodrigo. Quizá no intentó violarme, quizá él no lo consideró así, pero a mí me lo pareció. Me siguió. —Se volvió hacia su padre—. No sé qué han demostrado las pruebas de laboratorio, ni tampoco sé si los laboratorios de aquí son muy buenos, ni cuánto tiempo esperaron para hacer los análisis, pero puedo aseguraros que olía a alcohol y que se comportaba como un borracho.

Fernando pareció resentirse.

—Nuestros laboratorios están a la altura de los mejores del mundo —replicó—. Son iguales o mejores que cualquiera de Estados Unidos. Y los análisis revelaron que tenía una cantidad moderada de alcohol en la sangre. No obstante, es difícil determinar si lo poco que había bebido fue suficiente para obrar un cambio radical en su conducta habitual.

Emma estaba a punto de responder, pero Mark se le adelantó.

—Sin embargo, ha quedado establecido que el chico no bebía casi nunca. Quizá una cantidad reducida de alcohol fue suficiente para alterarlo por completo, si no estaba acostumbrado a beber.

Fernando hizo una pausa y después asintió con la cabeza.

—Es posible —convino—. Pero volvamos a la noche de su muerte —añadió enseguida mirando a Emma—. ¿Qué ocurrió a continuación?

Emma prosiguió su declaración.

—Me abordó por detrás cuando estaba entrando en casa y me empujó hacia

dentro.

—Dijiste que te había amenazado con un cuchillo para obligarte a entrar —observó Fernando.

—Sí, ya sé que lo dije. Pensé que tenía un cuchillo. Tal vez lo que sentí contra la espalda fueron unas llaves. Quizá sólo estaba fingiendo que tenía un cuchillo.

Mark pensó en su conversación en el despacho de José, cuando él había sugerido esa interpretación, y se alegró de que su hija la recordara.

—No lo había visto nunca en toda mi vida —prosiguió Emma—. Dijo que había oído hablar de mí, que yo era «la famosa chica estadounidense». Supuse que se refería a mi promiscuidad, porque yo también había oído esos rumores. —Miró a su madre—. Eran habladurías injustas y completamente falsas, quizá porque yo hablaba diferente o porque me comportaba con un poco más de libertad que la mayoría de las chicas. Creo que también me divertía aparentar ser más promiscua de lo que realmente era. Fue una estupidez, lo sé. Le dije que todo lo que decían por ahí era mentira y le pedí que se fuera, pero él me agarró e intentó besarme. Yo me resistí, pero él me llevó hasta la cama y me arrancó la blusa. Grité, pero él me tapó la boca. Se comportaba como si no estuviera sucediendo nada grave, como si yo sólo estuviera fingiendo y en realidad quisiera acostarme con él. Yo no me lo podía creer. En un momento dado, conseguí zafarme y me fui corriendo a la cocina. Cogí un cuchillo de la encimera y lo amenacé para asustarlo, pero él se echó a reír y me lo arrebató. Me puse a gritar y entonces oí que se abría la puerta y supe que Paco había llegado a casa. Irrumpió en la cocina, vio lo que estaba pasando, se abalanzó sobre Rodrigo y empezaron a pelear. Rodrigo todavía tenía el cuchillo en la mano mientras luchaban, y Paco se hizo varios cortes: nada serio, sólo unos cuantos rasguños en el brazo y en una mano. Pero cuando Rodrigo vio la sangre, se asustó, dejó caer el cuchillo y los dos siguieron peleando a puñetazos. Enseguida quedó claro que Rodrigo era más fuerte y que acabaría ganando. Entonces Paco vio el cuchillo en el suelo y lo recogió.

—¿Y tú? —preguntó Fernando—. ¿Por qué no llamaste a la policía mientras se peleaban?

—Quise llamar, pero Paco no dejaba de repetirme que no llamara a nadie y que él se ocuparía de todo.

—¿Lo viste apuñalar a Rodrigo?

A medida que rememoraba y describía la escena, Emma estaba cada vez más nerviosa y angustiada. Se mordió el labio inferior, se cubrió la cara con las manos y siguió hablando con la voz quebrada. Era difícil distinguir las palabras, por lo que Mark, muy suavemente, le separó las manos del rostro. Ella se agarró al borde de la mesa y prosiguió.

—No estoy segura. Sé que se estaban peleando y que Paco le hizo varios cortes con el cuchillo deliberadamente, como si fuera un juego. No dejaba de atormentarlo, quizá para darle miedo y mostrarle lo que era capaz de hacer.

Emma se interrumpió y los demás esperaron a que continuara.

Finalmente, Fernando rompió el silencio, animándola a proseguir.

—Muy bien, Emma. Y ¿qué sucedió después?

La joven volvió a taparse los ojos y a continuación apoyó otra vez las manos sobre la mesa. Estaba llorando.

—Le grité a Paco que parara, que le estaba haciendo daño, que soltara el cuchillo, pero entonces Rodrigo se retorció y cogió el arma. Paco lanzó una maldición, se abalanzó sobre él, y lo siguiente que recuerdo fue que Rodrigo estaba en el suelo, cubierto de sangre, y que Paco estaba a su lado. Hasta ese momento, yo había estado acurrucada en un rincón, llorando y suplicando que dejaran de pelear. Pero entonces corrí para ver cómo estaba Rodrigo y vi que no se movía. Tenía los ojos vidriosos, y creo que ya estaba muerto.

—Y ¿no pensaste en llamar a una ambulancia, por si aún era posible salvarle la vida?

—Paco dijo que estaba muerto. Dijo que la policía nunca creería que lo había matado en defensa propia, aunque yo lo jurara, y que la única manera de evitar que él fuera a la cárcel era decir que lo había hecho otra persona. Dijo que él se escondería hasta que se le curaran las heridas de los brazos y las manos. Me obligó a ayudarlo a mover el cuerpo hasta el dormitorio, y fue entonces cuando inventamos la historia del argelino. Ojalá no le hubiera hecho caso. Ojalá hubiera dicho la verdad desde el primer momento —se lamentó Emma entre lágrimas.

Fernando se hizo crujir los nudillos, primero los de la mano derecha y después los de la izquierda. Se puso de pie, se aproximó a la silla de Emma y se inclinó para mirarla muy de cerca, directamente a los ojos, a una distancia tan mínima que a ella le resultaba tremendamente incómoda.

—¿Te obligó a ayudarlo a mover el cadáver? ¿Cómo te obligó? ¿Amenazándote con un cuchillo? ¿Con una pistola?

Emma hizo una mueca de angustia, bajó la vista y cerró los ojos.

—No. Hice lo que él me ordenó. Estaba acostumbrada a hacer siempre todo lo que me decía.

Fernando rodeó la silla y se le acercó por el otro lado.

—¿Y el dinero, Emma?

Ella guardó silencio un momento, tragó saliva y desvió la mirada, apartándose del cuerpo del policía para tratar de recuperar su espacio personal. Sin embargo, él siguió inclinándose hacia ella y acercándole cada vez más la cara.

—No lo conocíamos. Le registramos los bolsillos para ver si encontrábamos alguna documentación que nos permitiera averiguar quién era. Paco encontró dinero y se lo quedó. Dijo que se lo daría a su movimiento y que yo no debía decir nada a la policía. Yo sabía que no era correcto lo que estaba haciendo, pero tenía mucho miedo y le hice caso.

—¿Es verdad lo que nos has contado ahora, Emma? —preguntó Fernando en voz

muy baja—. ¿No nos has dicho ninguna mentira? ¿Ni siquiera una muy pequeña?

Emma miró a sus padres como pidiendo ayuda, pero ellos no podían hacer nada. Jennifer le apretó la mano y la chica hizo un esfuerzo para mirar a Fernando a los ojos.

—No, ahora no he dicho ninguna mentira —aseguró—. Es la verdad. Fue Paco, pero no creo que lo hiciera deliberadamente. Sólo quería protegerme. Lo mató en defensa propia.

Fernando miró a la taquígrafa para asegurarse de que lo había recogido todo. Se alejó, poniendo distancia entre ambos, y Emma dejó escapar un suspiro de alivio. Después, hablando formalmente y en tono profesional, le anunció a Emma que, cuando su declaración estuviera debidamente mecanografiada, se la llevarían para que la firmara.

Mientras se dirigía a la puerta, se volvió hacia José.

—¿Defensa propia? No estoy seguro. Quizá se lo pareciera a ella. Pero matar a un hombre desarmado porque es más fuerte que tú y te está derrotando en una lucha a puñetazos no es defensa propia, sobre todo si a la muerte le añades el robo.

—Eso tendrá que verlo el abogado de ese tipo —replicó José—. ¿Aceptarán la declaración de mi cliente, tal como habíamos acordado, a cambio de su libertad?

—Puede ser —admitió Fernando—. Veamos lo que dice Paco cuando oiga esta declaración.

Cuando salió, Emma se derrumbó. Apoyó los brazos y la cabeza sobre la mesa, y nadie dijo nada durante un buen rato, para que tuviera tiempo de reponerse. Jennifer supuso que su hija debía de estar aliviada. Ella, por su parte, estaba eufórica. Incluso Mark, que por lo general era medido en sus reacciones, parecía optimista. Por primera vez, la pesadilla parecía próxima a su fin y empezaban a pensar que pronto podrían llevarse a Emma de vuelta a casa. Al cabo de un momento, Jennifer habló.

—Bueno, cariño, ha sido muy difícil y tú has sido muy valiente. Estoy muy orgullosa de ti.

Pero la chica no parecía más tranquila. Tenía los ojos muy abiertos, con expresión asustada, y hablaba entre dientes con la vista fija en la pared.

—Van a hablar con Paco —dijo en voz casi inaudible—. ¿Qué pasará si él les cuenta otra versión por completo diferente?

—¿Qué quieres decir? —le preguntó Jennifer, cuya sensación de peligro había vuelto a despertar repentinamente—. ¿Le tienes miedo? Ya no puede hacerte daño.

Emma la miró y levantó la voz, de manera que todos pudieron oír cada una de sus palabras. Habló despacio, como si estuviera dirigiéndose a alguien que no entendiera muy bien el idioma.

—¿Qué pasará cuando se entere de que he hablado con la policía y se lo he contado todo? Le prometí que no lo haría. ¿Qué pasará si quiere vengarse de mí y les cuenta una historia diferente?

Mark levantó la vista y José también.

—¿Una historia diferente? ¿Qué historia?

—No sé. No digo que vaya a hacerlo; sólo digo que podría hacerlo si se enfada conmigo. Podría decir que yo estuve más involucrada de lo que en realidad estuve. Consuelo dijo que es un mentiroso patológico, y yo sé que es cierto, por todo lo que ha sucedido. También dijo que es vengativo y que lo ha visto hacer daño a la gente únicamente para ajustar cuentas, y no para conseguir algún beneficio.

Mark y Jennifer intercambiaron una mirada de preocupación y tristeza. Jennifer pensó que estaban ante otra prueba —por si hubieran sido necesarias más— del maltrato que su hija había sufrido por parte de ese hombre. Siempre había creído que las mujeres maltratadas eran naturalmente débiles y fáciles de manipular, y que por eso permitían los abusos, pero Emma siempre le había parecido fuerte y segura de sí misma. Se dio cuenta entonces de que lo ocurrido a su hija podía sucederle a cualquiera. Emma veía a Paco como a un hombre fuerte y poderoso, sólo porque tenía un poder enorme sobre ella. Estaba a punto de decírselo, pero José se le adelantó.

—Si el juez cree tu versión, y todavía no sabemos si la creerá, entonces acusará a Paco de homicidio involuntario y robo. Si se declara culpable de los dos delitos y ahorra a las autoridades la necesidad de un largo juicio, probablemente le caerán unos cinco años de cárcel, incluso teniendo en cuenta sus antecedentes. Si no quiere aceptar su culpabilidad y te involucra a ti, es posible que la policía vuelva a su primera interpretación de los hechos, que os supondría una pena de cárcel mucho más larga a los dos, si al final sois condenados. Estoy seguro de que su abogado se lo hará ver. Si no confirma tu versión, será porque antepone la venganza a su deseo de salvarse. Quizá lo haga. Tú lo conoces mejor que yo. Pero no sería sensato.

La intervención del abogado tranquilizó a Emma, que sin embargo seguía preocupada.

—Paco no es sensato. Es pasional. Actúa por impulsos.

—Pero es pasional para hacer lo que le interesa —replicó Mark—. Creo que José tiene razón.

Jennifer se volvió hacia el abogado.

—¿Cuándo sabremos algo?

En ese instante, llamaron a la puerta. José fue a abrir y un guardia los informó de que el tiempo de visita se estaba acabando y de que Emma tenía que volver a su celda. El abogado le dio las gracias por la información y transmitió a los demás que había llegado el momento de marcharse.

Mientras abrazaban a Emma y se despedían, prometiéndole que todo saldría bien y asegurándole que había tomado la decisión correcta, José recogió todos los papeles y se dirigió a la puerta, donde se paró a esperarlos.

—Creo que recibiremos una respuesta, aunque sea provisional, hoy mismo o quizá mañana. Hablarán con Paco y con su abogado. Si acepta reconocerse culpable, permanecerá en prisión preventiva y Emma saldrá en libertad. Podría suceder mañana

o al día siguiente.

—¿Tendré que quedarme hasta que se celebre el juicio? —preguntó Emma.

—No. Si Paco se declara culpable de los cargos menos graves, no habrá juicio oral y tú podrás irte a casa. Pero será mejor que no adelantemos acontecimientos. Tenemos que esperar. Ahora todo depende de él.

Mark echó a andar hacia la puerta.

—¡Eso es ridículo! ¿Me está diciendo que todo el futuro de mi hija depende de la decisión de un psicópata?

José se encogió de hombros.

—Creo que así ha sido desde que lo conoció.

—No —lo contradijo Mark, en tono seco y airado—. Su futuro siempre ha dependido de sus propias decisiones. Espero que ahora lo haya entendido.

Jennifer fue hacia él conmocionada y furiosa.

—¡Mark!

—Déjalo, mamá —intervino Emma—. Tiene razón.

Volvieron a llamar a la puerta y una voz impaciente les dijo en español que la visita había terminado. Mark abrazó a Emma por última vez y salió de la sala. Jennifer también la abrazó y le alisó el pelo.

—Has hecho lo correcto, cariño —le dijo al oído—. Eso es lo que importa.

—Eso espero —murmuró Emma mientras Jennifer salía con Mark y José al pasillo.

La decisión no llegó al día siguiente, ni tampoco al otro, ni tampoco dos días después. Jennifer llamaba a Roberto y a José todos los días para preguntarles cuándo sabrían algo, qué estaba pasando y por qué era todo tan lento, y ambos le respondían que esas cosas siempre llevan tiempo, que la llamarían en cuanto supieran algo, y que la demora era en realidad un buen signo, ya que significaba que los engranajes estaban girando. Si se hubieran atascado —le decían—, ellos lo sabrían.

Mark se las arregló para modificar su agenda y no tener que marcharse durante ese período de tensión, que esperaban que fuera el último. Los sentimientos de Jennifer al respecto eran contradictorios. Se sentía agradecida, por supuesto, y comprendía que su marido necesitaba estar allí tanto como ella. Pero su presencia también significaba ver menos a Roberto. De hecho, no se le ocurría ninguna razón para encontrarse con él, y Roberto no la llamaba, ni intentaba reunirse con ella. Sin embargo, el hecho de no verlo no comportaba que no pensara en él. Tenía que hacer un esfuerzo de atención cuando estaba con Mark, para no perderse en recuerdos de algo que había dicho Roberto o de alguna amabilidad suya que la había ayudado en un momento difícil. Cuando comprendió que todo le resultaba más fácil si intentaba compartir con Mark al menos una parte de sus experiencias con el detective, le habló a su marido de su tragedia personal. A Mark le pareció muy triste —era una buena persona y tenía sentimientos—, pero no se interesó particularmente, ya que conocía poco a Roberto y sus problemas le resultaban muy ajenos. Aun así, Jennifer siguió hablando de la hija perdida y la esposa demente tan a menudo y con tanta pasión que a veces Mark la miraba con curiosidad mientras charlaba y, después, con cuidado, cambiaba de tema. «¿Quién es ahora el que no ve lo que no quiere ver?», pensaba ella. Incluso así, nunca dijo nada al respecto y lo tomó como una advertencia para controlarse.

En cuanto pudieron, Mark y ella cogieron un taxi para ir a ver a Emma, dos días después de su declaración. José estaba ocupado y no podía llevarlos, y Jennifer no quiso pedírselo a Roberto. Le resultaba demasiado difícil estar con Mark y con él al mismo tiempo. El taxista sabía un poco de inglés y se puso a hablar con Mark acerca de los problemas económicos de España, los recortes y las privatizaciones que Alemania imponía a los países del sur de Europa para asegurarse el pago de la deuda. Para explicar las diferencias culturales entre Alemania y España, y las razones por las que algunas medidas que funcionaban en un país no siempre lo hacían en otro, el taxista había dicho con énfasis:

—¡Aquí es aquí, y allí es allí!

Era una afirmación sencilla, que a Jennifer le llegó muy hondo, porque parecía hablarle directamente de su disyuntiva con Roberto y Mark. Pensó que todo se reducía a un problema de «aquí» y «allí», y ella iba a pasar el resto de su vida «allí». Habría querido tener ambos mundos, pero era imposible. Tenía que encontrar la

manera de aceptarlo.

Jennifer estaba inquieta, y Mark, terriblemente tenso, pero sus estados de ánimo no eran nada en comparación con el de Emma, que se había comido las uñas casi hasta la raíz y no podía quedarse sentada más de cinco minutos. Se ponía de pie, daba unos pasos, suspiraba y se rascaba un brazo o una pierna. Estaba tan agitada que, si no hubiera estado en la cárcel, Jennifer habría pensado que se encontraba bajo los efectos de las anfetaminas. Pero todo se debía a la adrenalina, producida por su propio organismo e inevitable en sus circunstancias. Sus padres hicieron lo posible para calmarla, y Mark lo consiguió bastante mejor que Jennifer. Era tal la ansiedad de Jennifer y tan estrecha su relación con Emma que, por mucho cuidado que pusiera en lo que decía, lo único que lograba era poner más nerviosa a su hija. Decidió controlarse y hablar poco. Emma pareció comprenderla e incluso simpatizar con su decisión. Cuando llegó la hora de irse, la abrazó, la estrechó con fuerza y le susurró al oído:

—Tranquila, mamá. Estaré bien, pase lo que pase. No te preocupes tanto, por favor. Te quiero mucho.

—Yo también te quiero —le respondió Jennifer automáticamente, aunque ni por un segundo se creyó que ninguno de ellos fuera a estar bien, «pasara lo que pasase».

Después de otros tres días de espera, llamó a José para saber si había hablado con el abogado de Paco y había averiguado algo, pero José le respondió que seguía sin tener noticias, aunque confiaba en que la decisión no tardara mucho. Le aconsejó que se fuera unos días a Granada con Mark, una idea que a Jennifer le pareció absurda, porque no podía pensar en nada que no fuera el futuro de Emma. No dejaba de barajar todas las sombrías posibilidades durante el día y también en medio de la noche. Mark quería llevarla a ver a un psicoterapeuta para que le recetara ansiolíticos, pero ella se opuso. Temía que el psiquiatra le dijera las habituales banalidades: «Tiene que cortar los lazos, separarse y reconocer que usted no puede solucionar los problemas de su hija». «Si es necesario, tendrá que aceptar que ella cumpla su condena.» «Debe concentrarse en el resto de su vida y en sus otros hijos, y dejar de obsesionarse con Emma.»

No tenía ganas de oír nada de eso. Sabía que no le sería de ninguna ayuda. ¿Desde cuándo se acababan las obsesiones en cuanto uno reconocía la necesidad de actuar con sensatez? Lo único que podía aliviar su ansiedad era llevarse a Emma de vuelta a casa. Entonces, ya podrían dedicarse a poner remedio a todo lo que fallaba: Emma, ella misma y tal vez incluso su relación con Mark.

Pasaba el día entero en el apartamento, tratando de leer o buscando películas en inglés en la televisión. Mark la animaba a salir, a dar un paseo, a hacer algo, cualquier cosa, pero ella tenía miedo de los periodistas, que seguían persiguiéndolos, y siempre le decía que no. Sin embargo, había algo que quería hacer. Recordó que Roberto le había dicho que la prensa sensacionalista de Estados Unidos defendía a Emma atacando a España, con el absurdo argumento de que la antigua judería de Sevilla era



la representación del actual antisemitismo. La idea era tan ridícula que al principio no le pareció necesario intervenir, y hasta llegó a pensar que todo se debía a una malinterpretación de Roberto. Pero el detective se había sentido molesto, y ella decidió investigar para ver si tenía razón. Llamó a Suzie, que se ocupaba del contacto con la agencia de relaciones públicas, y la reacción de su amiga fue defensiva.

—Bueno, quizá insinuamos un poco que una de las razones por las que la prensa española sospechaba de Emma y la tachaba de promiscua era el sentimiento antiestadounidense y cierto antisemitismo residual. Supongo que en parte es cierto lo que afirmamos.

—No, no es cierto, Suzie. Es una absoluta falsedad e incluso una idea bastante demencial.

—Muy bien, ¿y qué? Cualquier cosa que consiga que la gente de aquí se indigne nos conviene. Sirve para hacer presión.

Jennifer estaba demasiado preocupada y cansada para iniciar una discusión prolongada con su mejor amiga. Su réplica fue breve y cortante.

—Ni nos conviene ni nos es indiferente y, lo que es peor, no nos ayuda. Sólo puede perjudicarnos. Diles a los de la agencia que dejen de difundir esas ideas de inmediato y que se retracten, si se lo preguntan. Tenemos una posibilidad de acabar con todo esto, Suzie. No la echemos a perder ahora.

Suzie notó el tono de voz de su amiga y asimiló el mensaje. Le dijo que se ocuparía del asunto enseguida.

Por lo demás, los días se fueron sucediendo sin grandes cambios, hasta que, por fin, ocho días después de que Emma hiciera su declaración, llegó la esperada llamada telefónica.

Era José, para anunciarles que ya había una decisión y proponerles que se reunieran con él en su despacho a la una.

Jennifer sintió que el corazón se le salía del pecho. Mark se puso de pie y la cogió de la mano.

—Allí estaremos, José. Pero no podemos esperar hasta entonces. ¿Cuál es la decisión? Mark está aquí. Queremos saberlo ahora.

—Han dado por buena la declaración de Emma —anunció el abogado sin disimular su satisfacción—. Podrá irse a casa. Sólo quedan unos cuantos trámites burocráticos que resolver. Enhorabuena.

José siguió hablando —algo acerca de su deseo de darles la noticia en persona y de celebrarlo con cava—, pero Jennifer ya había soltado el teléfono. Hizo un par de inspiraciones profundas y se lanzó en brazos de Mark.

—¡Volverá a casa, Mark! ¡Se ha terminado! ¡Gracias, Dios mío, gracias!

Después de unos segundos abrazados y riendo, se dieron cuenta de que el teléfono seguía descolgado. Mark lo recogió y llamó a José para comprobar si aún estaba al otro lado de la línea, pero ya había interrumpido la comunicación.

—No te preocupes. Nos reuniremos con él en su oficina a la una para repasar los

detalles —dijo Jennifer.

Antes incluso de que Mark hubiera depositado el auricular del teléfono en la horquilla, ella se lo arrebató a su marido.

—¿A quién quieres llamar?

—A Roberto. Tengo que contárselo.

Mark pareció desconcertado.

—Seguramente ya lo sabe. Ahora tenemos que llamar a Lily y a Eric, a tus padres y a Suzie, y no a Roberto.

Ella bajó la vista avergonzada.

—Sí, por supuesto. Tienes razón. ¡Es sólo que nos ha ayudado tanto...! Jamás habríamos conseguido nada de esto si él no hubiera localizado a Consuelo. Pero tienes razón. Probablemente, ya esté al corriente. Quizá él también acuda al despacho de José. Deberíamos celebrarlo todos juntos.

Mark sacó su teléfono móvil para llamar a casa, pero Jennifer se lo impidió, recordándole la diferencia horaria.

—¡Estarán todos durmiendo! —le dijo a su marido entre risas—. Y, si te digo la verdad, me alegro de que así sea. Todavía no me lo creo del todo. Prefiero esperar a hablar con José.

Mark dejó el aparato sobre la mesa. Los dos se quedaron mirando un momento, felices aunque algo incómodos.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó Jennifer—. ¿Cómo sobreviviremos hasta la una?

Él le sonrió con afecto y le apoyó las dos manos sobre los hombros.

—Te diré qué haremos. Nos vestiremos. Tomaremos un desayuno enorme en nuestro bar preferido. Daremos un paseo disfrutando de las flores y del sol. Planificaremos el regreso a casa y todo lo que haremos cuando la familia vuelva a reunirse. Y hablaremos de lo felices que somos y de la suerte que tenemos de que todo acabe así.

Ella lo abrazó y lo estrechó con fuerza contra su pecho.

—Sí, tenemos muchísima suerte —dijo—. Y tu plan me parece estupendo.

Pero no salió como ellos esperaban.

Cuando llegaron al portal, los sorprendió un enjambre de periodistas, tanto de la prensa como de la televisión, acompañados de una serie de blogueros, tuiteros y otros personajes variopintos, que quizá no eran más que transeúntes entrometidos armados de iPhones. Empezaron a dispararse las cámaras, mientras los micrófonos se tendían hacia ellos y comenzaban a resonar las preguntas.

—¿Han oído las noticias? ¿Cómo se sienten? ¿Ya lo sabe Emma? ¿Cuál fue el trato? ¿Va a salir a la calle sin cargos, a pesar de haber matado a ese chico?

Y ésas fueron sólo las preguntas que ellos pudieron entender, porque también les hicieron otras en español que les sonaron particularmente hostiles. Ambos retrocedieron, corrieron escaleras arriba y se encerraron en el apartamento bajo llave.

Mark no estaba tan acostumbrado como Jennifer al acoso de los periodistas, por lo que la miró, a la espera de que ella le indicara qué hacer.

—Cuando pasan estas cosas —dijo Jennifer—, por lo general llamo a Roberto.

Lo llamó y, como de costumbre, saltó el contestador.

—Roberto, por favor, si estás ahí, coge el teléfono.

Hubo una breve pausa.

—¿Sí?

Oír su voz despertó en ella una sensación agrídulce.

—Soy yo.

—Lo sé.

—¿Has oído lo de Emma?

—Sí, por supuesto. Es maravilloso. Enhorabuena.

—No habría sido posible sin ti.

—Tampoco sin ti.

Hubo otra pausa.

—Roberto, tenemos la casa rodeada por un montón de periodistas. Vamos a reunirnos con José a la una. ¿Tú también vendrás?

—Podría ir.

—¿Nos ayudarás a llegar a su oficina?

—Sí. Pasaré a buscaros en taxi. Os llamaré cuando esté delante del portal y entonces saldré y os escoltaré hasta el coche. No hagáis ninguna declaración a los periodistas hasta que Emma esté libre y a vuestro lado.

—De acuerdo... Eh..., Roberto...

—¿Sí?

—Gracias.

—Hasta pronto.

Colgó y Jennifer mantuvo el teléfono apoyado contra el oído unos segundos. Cuando lo dejó, se dio cuenta de que Mark estaba en la puerta, mirándola fijamente. Hizo una inspiración profunda y se volvió hacia él, tratando de que su voz sonara tan animada como fuera posible.

—¡Qué alivio! Dice que vendrá en taxi y nos recogerá para llevarnos a la reunión con José. Tenías razón: ya sabía lo de Emma. Y está encantado, claro.

Mark asintió con la cabeza, pero no respondió.

Jennifer se puso de pie y fue hacia la cocina.

—Me temo que nuestro desayuno y nuestro paseo de celebración tendrán que esperar. Por suerte, tenemos el frigorífico lleno. Voy a preparar un desayuno americano para los dos, ¿de acuerdo? Huevos fritos, tostadas, beicon... ¿Qué te parece?

—Sí, claro —asintió Mark—. Me parece perfecto.

Se sentó a la mesa de la cocina mientras ella sacaba una sartén y ponía pan en la tostadora. Después, Jennifer se acercó a la mesa, se inclinó y lo besó en la coronilla.

Mark le sonrió.

—Lo hemos conseguido —dijo ella—. Podremos llevarla a casa.

—Sí —respondió él—. Ahora empieza el trabajo de verdad.

La euforia inicial de Emma por su inminente liberación no duró mucho. Pese a todo lo que sabía, se preocupaba obsesivamente por el futuro de Paco y lo que sería de él. Sus padres no podían entenderlo.

—¿Qué puede importarte Paco ahora? —le preguntó Jennifer, de visita en la prisión.

—¿Crees que él se preocupó y sufrió mucho por ti, cuando te interrogaron y te arrestaron, mientras él estaba fuera de la ciudad? —intervino Mark.

Confiaban en que fuera su última visita a la cárcel para ver a su hija. Les habían permitido usar una de las salas privadas y José se había quedado fuera, en la sala de espera. Emma, nerviosa y tensa, dijo que necesitaba hablar con él. Mark se levantó para preguntarle al guardia de la puerta si era posible llamar al abogado de la chica para que pasara, y volvió con él al cabo de unos minutos. José entró, esperando encontrar a una Emma feliz, que le agradecería entre lágrimas su ayuda y su pronta liberación. Pero lo que vio fue una joven pálida y preocupada que, en lugar de aceptar su enhorabuena, le pidió secamente que se sentara para hablar con él.

Mark y Jennifer se quedaron de pie junto a la puerta, incómodos e indecisos, sin saber si debían marcharse o quedarse, mientras José se sentaba a la mesa, a la espera de que su cliente empezara a explicarse. Como Emma no les pidió a sus padres que se fueran, los dos se quedaron de pie contra la pared, angustiados por la posibilidad de que su hija hiciera una revelación comprometida e inesperada. Emma se sentó junto a José, se inclinó hacia delante y se puso a hablar en voz baja, con los ojos muy abiertos y la respiración superficial propia de la angustia.

—Debe de estar furioso —dijo.

Jennifer se quedó perpleja, pero José entendió enseguida a quién se refería.

—Sí, ¿y qué? —objetó el abogado.

Emma pareció desconcertada.

—¿Qué quiere decir?

—Que nos da igual que esté furioso. ¿Por qué te preocupas? Ya no puede hacerte ningún daño.

Hizo una pausa y le dio unas palmaditas a Emma en una mano. Después, siguió hablando en tono paternal.

—Veo que todavía no te has librado del todo de su influjo.

—No lo entiende —replicó ella con la respiración entrecortada—. Sí que puede hacerme daño. Si no le gusta el trato, todavía puede impedir que yo salga de la cárcel.

Al comprender a qué se refería la chica, José negó con la cabeza.

—Ya no, Emma. Ha aceptado el acuerdo. Si lo hubiera rechazado, tu declaración no habría servido de nada y lo habrían acusado a él de asesinato premeditado. Él lo sabe. Ha reconocido todo lo que has afirmado en tu declaración a cambio de que le impongan solamente cinco años de cárcel. Todo ha terminado. Puedes relajarte.

Emma asintió, mordiéndose el labio superior.

—De acuerdo. Gracias. Espero que tenga razón.

Después de eso, la alegría del desenlace se perdió en la maraña burocrática. Considerándolo en retrospectiva, desde la comodidad de su casa en Filadelfia, ninguno de ellos podría haber recordado la secuencia exacta de acontecimientos desde que recibieron la noticia de que Emma saldría en libertad. Todo se confundía para ellos en una aguda sensación de alivio, mezclada con la ansiedad de acabar de una vez con las formalidades y encontrarse a bordo del avión que los llevara de vuelta a casa. A la primera visita de celebración en la cárcel le siguió la frustración de tener que marcharse sin Emma, cuando ya tocaba la libertad con las manos. Después hubo un frenesí de actividad: entrevistas con la directora de la prisión y con otros altos funcionarios, una vista a puertas cerradas con José y el magistrado que llevaba el caso de Emma y, finalmente, una breve comparecencia ante un tribunal, en la que el juez le levantó todos los cargos y decretó su libertad. La prensa no pudo acceder a la audiencia, pero Jennifer y Mark estuvieron allí, sentados en primera fila, cogidos de la mano. Mark le había apretado la mano con tanta fuerza a Jennifer que el anillo de bodas le había hecho un surco en los dedos. En esa ocasión, ella pudo ver fugazmente a Paco en los juzgados: un hombre bajo pero fornido, de aspecto descuidado, cejas pobladas y espesa barba negra que mantuvo la cabeza gacha hasta que vio que entraba Emma y, entonces, se volvió hacia ella con una mirada tan intensa que pareció abrasar el aire. Jennifer se volvió rápidamente para observar la reacción de su hija y notó que ella mantenía la mirada firmemente dirigida hacia delante, determinada a no cruzarla con ese hombre.

A continuación no fue posible evitar la aparición pública de la familia a las puertas de los juzgados, en medio de una horda de periodistas. Jennifer recordaba a Emma, pálida y asustada, parpadeando ante las luces de las cámaras, mientras resonaban las preguntas. Roberto les había aconsejado que no hicieran ningún comentario, y ellos siguieron sus indicaciones. Como única respuesta a las preguntas, amables por parte de los periodistas estadounidenses y hostiles en las filas de la prensa española, Roberto habló en nombre de la familia. En una declaración breve y bastante previsible, dio las gracias al sistema judicial español por el buen manejo del caso y expresó el vivo deseo de la familia de regresar a su país cuanto antes. Después los condujo a todos ellos hasta el coche que los estaba esperando. Por fin, con las maletas hechas y todas las facturas y honorarios pagados, Mark, Jennifer y Emma hicieron su último viaje al aeropuerto, en compañía de José y Roberto.

Durante todo ese tiempo, Jennifer y Roberto no habían estado ni un instante a solas. Ella ansiaba hablar con él, pero no sabía cómo hacerlo con un mínimo de intimidad. Él se comportaba casi siempre de manera profesional y controlada, pero una vez, mientras se subían al coche después de la liberación de Emma, cruzó una mirada con ella y le sonrió. Fue una media sonrisa, entre afectuosa y triste, que Jennifer interpretó como un gesto de cercanía, el único que podía permitirse Roberto,

dadas las circunstancias. Ella también le sonrió.

En el aeropuerto, tras facturar su equipaje y poco antes de pasar a la zona reservada a los pasajeros, se despidieron. Mark dio las gracias efusivamente a José y a Roberto, dijo que gran parte del mérito por el brillante resultado les correspondía a ellos, y les estrechó las manos. Entonces le llegó el turno a Jennifer, que primero se dirigió a José y le dijo en voz alta, para que también la oyera Mark, que jamás podría expresarle suficientemente su gratitud, por lo mucho que los había ayudado. El abogado rechazó con amabilidad sus elogios, diciendo que sólo había hecho su trabajo, que por lo demás estaba muy bien pagado. Entonces Jennifer se volvió hacia Roberto. Notó que el corazón le latía tan desbocadamente y con tanta fuerza que por un momento temió que los demás pudieran oírlo. Sin saber qué era lo correcto o lo más apropiado, le tendió la mano. Él arqueó las cejas y sonrió, estrechándole una mano que por el nerviosismo estaba fría y sudorosa. La de Roberto, en cambio, estaba perfectamente seca, y su tacto fue muy reconfortante para Jennifer. Le costaba mucho mirarlo a los ojos, de modo que le dio las gracias con torpeza, con la vista perdida en algún punto a su derecha. Cuando él se dispuso a marcharse, ella sintió que se le tensaba todo el cuerpo y tuvo que hacer una inspiración profunda para controlarse antes de volverse hacia Mark y alejarse con él. Pero Mark la detuvo, se inclinó hacia ella y le susurró algo al oído. Jennifer lo miró sorprendida, le apretó con suavidad la mano a modo de agradecimiento y corrió detrás de Roberto, gritando su nombre para llamar su atención, antes de que desapareciera detrás de una esquina. El detective se volvió y ella corrió hacia él.

—¿Qué haces? —le preguntó con cierta brusquedad.

—No, Roberto. Todo está bien. Mark me ha preguntado si quería hablar un momento a solas contigo para despedirme. Eso es todo. Creo que nos lo merecemos.

Él asintió con expresión solemne.

—No vuelve más fáciles las cosas, pero quizá sea mejor.

Ella estaba nerviosa y habló atropelladamente, mezclando las palabras.

—Ni siquiera sé muy bien qué decir. Quería expresarte que te estoy muy agradecida..., y no sólo por lo mucho que has ayudado a Emma, sino por tu amistad. Espero que podamos escribirnos de vez en cuando. ¿Recuerdas cuando te ofrecí enseñarte Nueva York? La invitación sigue en pie.

Roberto sonrió.

—No, cariño —dijo—. No soy tan fuerte de carácter. Tú debes volver a tu vida y yo a la mía. Pero yo también debo darte las gracias. Gracias por todo.

Ella miró por encima del hombro y vio a Mark y a Emma a lo lejos, que la esperaban. Su hija se movía inquieta, pero Mark se mantenía firme en su sitio y, al notar que ella lo miraba, levantó una mano y la agitó.

—¿Me prometes al menos que me lo harás saber, si encuentras a tu hija? —preguntó Jennifer volviéndose abruptamente hacia Roberto.

—Sí, si tengo alguna noticia importante, te lo haré saber.

—¿Me lo prometes?

En los labios de Roberto se dibujó de nuevo una media sonrisa.

—Sí, te lo prometo —le dijo en español.

Incapaz de expresar todas las cosas que habría querido decir, y sin saber siquiera con certeza cuáles eran, Jennifer se limitó a repetir un agradecimiento simple, pero insuficiente.

—Gracias —insistió, esperando que él la comprendiera.

Después, echó a andar lentamente para reunirse de nuevo con su familia. Mark contempló su rostro unos segundos y, a continuación, la abrazó con fuerza. Jennifer recogió su maleta de mano y los tres pasaron el control de seguridad.

Ni una sola vez volvió la vista atrás.



Al principio, cada día en casa fue una fiesta. Lily y Eric estaban encantados con el regreso de su hermana y felices de que su madre estuviera de vuelta. Los primeros días se disputaron su tiempo y su atención como niños pequeños, pero poco a poco fueron retornando a su rutina diaria, a sus amigos y a sus actividades, y siguieron viviendo como si nunca hubiera pasado nada. Los padres de Jennifer estaban ansiosos por conocer todos los detalles, y se alegraban de que todo hubiera acabado bien, pero no veían la hora de volver a sus propias vidas, o al menos eso pensaba Jennifer. Como es natural, también estaban los amigos. Jennifer y Mark recibieron muchas invitaciones para asistir a un montón de cenas, organizadas evidentemente en torno a ellos y a su reciente desgracia. Su dudosa condición de estrellas locales añadía cierto encanto y dramatismo al aburrido panorama de su tranquilo suburbio residencial.

¿Y Emma? Emma fue recibida como una heroína. El *The New York Times*, el *The New Yorker*, el programa de Charlie Rose y *Today* le pidieron entrevistas y ella se las concedió, aconsejada por la agencia de relaciones públicas con la que habían trabajado desde el principio. La agencia insistió en seguir presentando a Emma como una inocente chica estadounidense, acosada y perseguida por el sistema judicial español, lo que para Jennifer era muy perturbador, ya que sabía que no era cierto. Leía las entrevistas de su hija y la veía por televisión con una profunda sensación de incomodidad. Emma era preciosa, simpática, y hablaba muy bien. Describía de manera conmovedora la violencia ciega que había sacudido su vida, el dolor y el miedo que había experimentado en la cárcel, y el amor de su familia, que en todo momento la había apoyado. «Sin ellos, no habría sido capaz de sobrevivir», decía.

La historia ponía la carne de gallina a los jóvenes que aspiraban a estudiar un año en el extranjero, y sobre todo a sus padres, y a Emma la llamaban de todos los programas de televisión. Pero la notoriedad preocupaba a Jennifer, sobre todo porque le parecía perjudicial para su hija. Había muchas referencias, tanto por parte de Emma como de sus entrevistadores, a la situación traumática que había vivido, al hecho de que un desconocido hubiera irrumpido en su casa y hubiera intentado violarla, para luego morir apuñalado ante sus propios ojos. La propia Jennifer sufría enormemente cada vez que pensaba en lo devastadora que debía de haber sido la experiencia para su hija. Pero todos pasaban por alto el hecho de que Emma había estado viviendo con un criminal, al que había amado y protegido, y que los dos eran responsables de la muerte de un hombre joven, por muy censurable que hubiera sido su conducta. Jennifer no veía la hora de que Emma iniciara una terapia que la ayudara a comprender por qué se había dejado dominar por Paco hasta el punto de abandonar todos los valores que había aprendido desde niña y que habían guiado su vida. Sin embargo, podía comprender que la chica no lograra calibrar del todo la gravedad de sus problemas mientras el mundo siguiera tratándola como una celebridad.

Emma pasaba casi todo el día hablando por teléfono, enviando mensajes o

tuiteando, pero Jennifer esperaba poder sentarse con ella una mañana para hablar de un plan que incluyera el inicio de una psicoterapia. Desde que habían vuelto a casa, su hija se las había arreglado para eludir toda conversación con ella. Le daba un beso precipitado en la mejilla antes de salir por la mañana y otro cuando regresaba por la noche, tan tarde que Jennifer ya estaba acostada. Cuando ella intentaba acorralarla para hacerle alguna pregunta o proponerle una cena en familia, Emma siempre encontraba la manera de zafarse. Jennifer sabía que su hija había decidido volver a Princeton en otoño, pero todavía no lo había hablado con ella.

Una noche, la llamó a la mesa para cenar y ella le respondió secamente que no tenía hambre. Jennifer miró a Mark y meneó la cabeza, tratando de que su marido la secundara en su exasperación, pero él simplemente le aconsejó que no le diera importancia. En su opinión, el tiempo en la cárcel había acelerado su madurez, y ahora Emma sólo quería ejercer su independencia.

—La última vez que ejerció su independencia acabó en la cárcel, Mark. ¿No te parece que necesita a alguien que la ayude a asimilar lo sucedido? No puede seguir viviendo así, como si nada, como si no precisara ninguna ayuda.

Mark le dio la razón, pero dijo que estaba convencido de que Emma necesitaría un poco más de espacio propio durante un tiempo. Comieron juntos en silencio y al final él le dio un beso en la mejilla, cogió el libro que estaba leyendo, se fue al cuarto de estar y se arrellanó en su sillón favorito.

Lily y Eric se habían ido a un campamento de verano. Ese año, Lily hacía de monitora de los niños pequeños, y ambos estaban ansiosos por volver a ver a los amigos que habían conocido el verano anterior. Jennifer se maravillaba por lo bien que sus padres se habían ocupado de los preparativos: las etiquetas en la ropa, las autorizaciones, los certificados médicos..., ¡todo! De hecho, le habían dejado muy poco que hacer, por lo que el regreso a la rutina debería haberle resultado muy fácil. En el pasado, Jennifer habría llenado las jornadas con proyectos comunitarios, se habría dedicado a buscar actividades interesantes para cuando los niños regresaran del campamento y habría planificado con amoroso esmero las estupendas vacaciones de dos semanas que toda la familia solía tomarse al final del verano. Ahora, en cambio, no encontraba la energía necesaria para hacer nada de eso. La mayor parte de los días, Mark se iba a trabajar, Emma acudía al empleo de media jornada en una ONG de justicia internacional que había conseguido gracias a su repentina fama, y Jennifer pasaba la mayor parte del tiempo leyendo revistas y viendo reposiciones de anteriores temporadas de «Ley y orden». Sus amigas la llamaban y a veces quedaba con ellas para ir a comer, pero ya no hacía la compra ni preparaba la cena como antes, y Mark a menudo volvía y la encontraba en el dormitorio, con las cortinas cerradas, y con la pantalla del televisor como única fuente de luz. Su marido le suplicó que consultara con un profesional; le dijo incluso que olvidara la terapia de pareja y fuera a ver ella sola a un terapeuta, y ella le prometió que lo haría. De hecho, quería hacerlo, pero no fue capaz de dar ningún paso concreto. Sin embargo, cuando Mark le

recordó que faltaba poco para el regreso de Eric y Lily, ella se obligó a entrar en acción para recibirlos. Compró todo lo que les gustaba y planificó comidas y cenas con sus platos preferidos.

Una semana después, llegaron sus hijos menores. Jennifer se maravilló por la rapidez con que se amoldaron una vez más a su vieja rutina. Ella también lo intentó, pero sentía que le faltaba algo. Cuando Lily le enseñó su lista de lecturas para el verano y le pidió ayuda para elegir el libro sobre el que debía escribir un trabajo, ella solamente le echó un vistazo, comentó que le parecía muy interesante y le sugirió que lo escogiera ella misma. Molesta por lo que consideró una falta de atención por parte de su madre, Lily le pidió que la ayudara a redactar el trabajo, pero Jennifer le contestó que no había leído el libro y que era preferible presentar al profesor algo escrito por ella misma, sin correcciones ni ayuda, porque de esa forma aprendería más. Lily reaccionó primero con perplejidad y después con enfado.

—¡A ti sólo te importa Emma! —le espetó a su madre mientras se marchaba airada de la habitación.

—No es cierto, Lily —respondió Jennifer intentando alcanzarla.

Eric, por su parte, pasaba el día deslizándose con la tabla de *skate*, practicando lanzamientos de béisbol en el jardín o jugando con la consola de videojuegos. Jennifer había llegado a la conclusión de que sus probabilidades de éxito futuro no se verían mermadas porque ella le permitiera dedicar más horas al día a las cosas que realmente le gustaban, en lugar de llevarlo de una clase a otra para mantenerlo ocupado. Incluso le levantó las restricciones en el uso de la consola y le permitió jugar a los videojuegos mucho más que antes. Dejó de estar permanentemente encima de su hijo y se dio cuenta de que nada se venía abajo si no lo controlaba todo el tiempo.

Un día, llamó a Suzie y la invitó a la ciudad. Las dos mujeres pasaron muchas horas charlando y caminando juntas por el parque. Cuando Suzie se marchó, una semana después, Jennifer había vuelto a activarse y la televisión volvía a estar apagada. Por primera vez en años, se permitió pensar en sus propias necesidades y de inmediato supo lo que le hacía falta. Necesitaba un empleo.

Le llevó tiempo, mucha reflexión y largas horas de conversación con Mark, con sus amigas e incluso con un experto en orientación laboral, llegar a una conclusión que a todos excepto a ella les había parecido evidente desde el principio: el teatro. No estaba segura de querer volver a los escenarios, pero había oído que un colegio privado de los alrededores buscaba un profesor de lengua y literatura que además se ocupara de la sección de teatro y dirigiera las funciones escolares. Presentó una solicitud, porque, dada su excelente formación y su experiencia profesional, creía tener posibilidades, aunque llevaba mucho tiempo fuera del mercado laboral. Todos los días miraba el buzón a la espera de una respuesta.

Una soleada mañana, dos semanas después, Jennifer estaba sola en casa, con Emma. Lily se había ido a dormir a casa de una amiga y Eric había salido al jardín a

practicar sus lanzamientos de béisbol, nada más acabar el desayuno. Se estaba haciendo tarde y, como siempre, Jennifer llamó a la puerta de Emma para ver si quería desayunar.

—Gracias, mamá —respondió ella—. No es necesario que me prepares el desayuno. —Antes de meterse en la ducha, le sonrió cariñosamente—. Pero me alegro de que lo hagas.

Reconfortada por las palabras amables de su hija, Jennifer volvió a la cocina, a prepararle el desayuno y esperar el correo. Emma estaba de buen humor. Quizá hubiera llegado por fin el momento de que ambas hablaran.

Sintió una oleada de optimismo y pensó que, por muy terrible que hubiera sido la experiencia española, habían sacado algo positivo. Todo se solucionaría para Emma. Regresaría a la universidad en otoño, su notoriedad caería en el olvido y la vida de todos volvería a la normalidad. Pensó que incluso sería posible reducir la distancia entre ambas. Podrían recuperar su anterior proximidad, pero de una manera nueva, como dos personas adultas y no como una madre con su hija menor de edad. Jennifer reconoció que ella misma había contribuido a crear en Emma la necesidad de someterse a un hombre manipulador capaz de hacerle creer que estaba en posesión de todas las verdades. Se dijo que no cometería los mismos errores con Lily y Eric.

Se sirvió unos copos de cereales integrales, les añadió leche desnatada e intentó concentrarse en el *Times* mientras comía. Pero no conseguía mantener la atención en el periódico. Se puso a pensar en Mark. Sabía que su relación con él había sufrido un duro golpe y necesitaba recuperarse, pero se sentía optimista y confiaba en que los dos lo lograrían. ¿Acaso no lo habían conseguido siempre? Buscarían un consejero matrimonial, como Mark había propuesto, y empezaría a prestarle más atención a él y a sus necesidades. Con la sensación de que su vida en común se había salvado por muy poco, Jennifer hizo una inspiración profunda, como para purificarse de todo lo negativo.

Llegó el cartero y Emma aún no había bajado a desayunar. Jennifer repasó rápidamente los sobres para ver si estaba entre ellos la carta del colegio, la que estaba esperando para saber si por fin aceptaban contratarla. Ese día había mucha correspondencia, sobre todo revistas, catálogos y facturas, que Jennifer fue clasificando en diferentes montones, como era su costumbre. No había llegado la carta del colegio, pero antes incluso de poder sentirse decepcionada, su vista reparó en otra con la dirección escrita a mano, con pluma estilográfica, y franqueada con un sello de España. Buscó la dirección del remitente en la esquina superior izquierda, pero no la encontró. Le dio un vuelco el corazón y se le aceleró el pulso. Durante unos segundos, sintió pánico, pero se tranquilizó pensando que estaban en casa, Emma había salido de la cárcel y ya nadie podía hacerles daño. Sin embargo, no consiguió tranquilizarse, porque enseguida su temor se vio sustituido por la emoción de sospechar quién era el remitente y el deseo de no estar equivocada.

Deliberadamente, pospuso el momento de abrir el sobre. Se sirvió otra taza de

café, se llevó la carta al dormitorio y cerró la puerta con pasador. Después, se sentó en la cama y abrió con cuidado el sobre.

Extrajo de su interior una hoja doblada por la mitad, que al desplegarla dejó caer una fotografía. Antes incluso de mirar la imagen, buscó la firma al pie de la carta y comprobó que efectivamente, tal como ella esperaba, era de Roberto. Sólo entonces levantó del suelo la foto, en la que aparecían Emma, Paco y otro chico, bailando juntos. O tal vez no estuvieran bailando, quizá sólo estaban juntos, rodeándose unos a otros con los brazos. Parecían muy alegres. Reían a carcajadas y Emma estaba muy despeinada, con la cara parcialmente cubierta por el pelo. Paco no tenía la barba que Jennifer le había visto en los juzgados, pero en su rostro destacaban sus pobladas cejas. El tercer chico, de pelo castaño claro, era bastante guapo y tenía una expresión franca y honesta. Estaba al otro lado de Emma. La cámara lo había captado inclinado sobre ella, con la cabeza apoyada sobre su hombro. Había algo extraño en las expresiones de los tres. Tenían la mirada vidriosa, y Jennifer pensó que quizá estuvieran bebidos o tal vez drogados.

Apartó la fotografía y rápidamente cogió la carta, negándose a imaginar lo que podía significar que Roberto se la hubiera enviado, aunque el corazón le palpitaba con fuerza y tenía la boca seca.

*Querida Jennifer:*

*He pensado mucho y muy detenidamente antes de enviarte esto. Espero haber tomado la decisión correcta. Soy culpable de haberlo mantenido en secreto durante mucho tiempo, desde antes de que Emma saliera en libertad, y ya comprenderás por qué. Sin embargo, creo que es preciso revelar este secreto, aunque sea sólo a ti.*

*Quizá no reconozcas a la tercera persona que aparece en la foto. Tú no lo conocías, ni yo tampoco. Creíamos que Emma tampoco lo había visto nunca, como ella misma declaró en repetidas ocasiones. Pensábamos que no lo había visto, hasta que intentó violarla y ese intento resultó en la muerte de esa persona. Es Rodrigo Pérez. Por lo visto, la fotografía fue tomada en el apartamento que Emma compartía con Paco. Fíjate en el cartel de la pared del fondo y quizá recuerdes haberlo visto en el dormitorio de Emma.*

*La cámara que tomó la imagen estaba ajustada para registrar la fecha de cada toma. Puedes verla. Está en la esquina inferior derecha.*

*La que te envió es la única copia que existe de esa fotografía. He destruido el negativo, que conseguí a cambio de dinero.*

*No te mando esta foto para afligirte, sino con la esperanza de que el conocimiento de la verdad te ayude a prevenir eventuales tragedias para ti misma o para los demás.*

*Recibe un abrazo de tu buen amigo,*

La firma era sencilla y sin rúbrica. Sólo su nombre: Roberto.

Jennifer volvió a coger la foto y buscó la fecha impresa. Febrero de 2012, dos meses antes del asesinato.

Se quedó paralizada en la cama. No había copias. Roberto le estaba diciendo que podía destruir la foto y quedar completamente a salvo. La estuvo mirando un momento, en particular la expresión aturdida del chico muerto. Recordó a sus padres y la entrevista que les habían hecho por televisión, en la que habían jurado que su hijo jamás habría intentado violar a nadie. Empezó a romper la foto, pero se detuvo. La devolvió al sobre, junto con la carta, y abrió el último cajón de la cómoda. Luego guardó el sobre dentro de un neceser con cremallera que deslizó debajo de un montón de pijamas. Volvió a meterse en la cama y se tapó la cabeza con las mantas.

—¡Mamá! —oyó que la llamaba Emma—. ¿Dónde estás? ¿No me habías dicho que estabas preparando el desayuno?

Jennifer se levantó lentamente y fue al baño a lavarse la cara. Después, se dirigió a la cocina. Emma estaba sentada a la mesa, bebiendo zumo de naranja. Jennifer la miró, con la mente convertida en un torbellino que recogía fragmentos de información guardados en la memoria y los combinaba con la última revelación para crear una narrativa verosímil. Los policías españoles tenían razón: Emma conocía a Rodrigo Pérez. Paco y ella le habían tendido una trampa. El muchacho no había intentado violarla, sino que ella lo había seducido. Paco había llegado después y le había robado el dinero. Quizá lo tenían planeado. Incluso era posible que Emma lo hubiera ayudado a matarlo. Sus huellas dactilares habían quedado impresas en el cuchillo. Tal vez ella lo había recogido del suelo para dárselo a Paco.

Jennifer no sabía qué hacer. Ni siquiera sabía si debía decírselo a Mark. La persona con quien deseaba hablar y a quien quería acudir en busca de consejo y consuelo era Roberto, pero sabía que eso era imposible. Se preguntó cuál le parecería a Roberto el proceder más correcto. ¿Por qué le había enviado la foto? ¿Por qué había tenido que hacérselo saber?

Emma necesitaba la ayuda de un psicoterapeuta. Eso lo sabía Jennifer desde hacía tiempo, pero ahora se preguntaba si serviría de algo. Le hacía falta tiempo para pensar. Ella también necesitaba los consejos y la ayuda de un profesional. Miró de nuevo a Emma. ¿Quién era? ¿Sería capaz de sentir algún remordimiento? ¿Existía la posibilidad de que volviera a suceder algo parecido y de que, al no haber hecho nada para impedirlo, Jennifer también fuera responsable? Pero ¿qué podía hacer? ¿Qué podía hacer?

—Mamá, me estás asustando. ¿Por qué me miras así?

Jennifer se volvió hacia los fogones.

—¿Qué quieres para desayunar? —preguntó.

## AGRADECIMIENTOS

Me gustaría dar las gracias a varias personas de Sevilla que aportaron generosamente su tiempo para ayudar a una escritora estadounidense necesitada de información acerca del sistema jurídico español. He utilizado los datos que me proporcionaron cada vez que me ha parecido conveniente. Espero que me perdonen las licencias literarias. Todas las inexactitudes son de mi exclusiva responsabilidad.

Por su hospitalidad y por ayudarme a crear un mundo que ojalá esté rodeado de un aura de verosimilitud, quiero dar las gracias a Leticia Pérez Desena, mi intérprete y guía; a José Manuel de Paúl Velasco, presidente de la sección cuarta de la Audiencia Provincial de Sevilla; a José Luis Lledó González, también magistrado de la Audiencia Provincial de Sevilla; a Fernando Martínez Pérez, juez de instrucción; a Rafael Salvador Moreno, exjefe de la Policía Judicial de Sevilla, y a José Manuel Sánchez del Águila Ballabriga, abogado que muy amablemente me proporcionó material de referencia y me presentó a sus ilustres colegas.

Quiero dar también las gracias a mis queridos amigos José Antonio Martínez Soler y Ana Westley, que nos acompañaron a mi marido y a mí en nuestro viaje a Sevilla, nos presentaron a las personas mencionadas anteriormente y volvieron de manera particular memorable nuestra estancia en España, tanto esta vez como en ocasiones anteriores, cuando vivíamos allí. A mis queridos amigos Teresa Maravall y a su marido, el recordado Juan Badosa, les estaré eternamente agradecida por enseñarme a amar su maravilloso país.

Además, quiero dar las gracias a mi amiga, cuñada y consejera editorial, la incomparable Phyllis Grann; a mi querida amiga y agente Kathy Robbins; a mi editora, Clare Ferraro, que me animó a escribir este libro durante un largo y delicioso almuerzo; a la encargada de la edición en Plume, Denise Roy; a su ayudante, Matthew Daddona, y a mi correctora, Kym SurrIDGE.

Y, como siempre, en todos mis empeños y proyectos, agradezco profundamente el amor y el apoyo de John Darnton, mi marido desde hace cuarenta y ocho años, mi héroe, mi mentor y mi inspiración, y de nuestra familia: Kyra, David, Liza, Jamie, Blythe, Zachary, Ella, Asher y Adara, que colman mi vida de luz y alegría. Son mi bendición.



NINA DARNTON (Nueva York) es periodista y ha ejercido su profesión en varios periódicos, agencias de noticias y revistas, como por ejemplo *The New York Times*, *Los Angeles Times*, *The Washington Post*, *Newsweek* y *Elle*. También ha sido corresponsal de radio, medio para el que cubrió en directo la ascensión del movimiento polaco Solidaridad. Tras cinco años viviendo en África publicó *An African Affaire*, su primera novela. Llamada a medianoche es la primera obra de la autora traducida al castellano. Vive en Nueva York y está casada con el célebre reportero de *The New York Times*, y también novelista, John Darnton.